

Daniel Campione



Argentina

La escritura de su historia

UNIVERSITAT POMPEU FABRA
BIBLIOTECA



1005041775



Para ~~me~~ nuestros
a la distancia!
a través de nuestra. Análisis del pasado.
y ahora de la historia de los
Hombres.

Ex libris
Josep Fontana

391-010
(10)
1/5041775

Daniel Campione

Argentina

La escritura de su historia

(Ensayo)



CENTRO CULTURAL
DE LA COOPERACION

EDICIONES DEL INSTITUTO MOVILIZADOR DE FONDOS COOPERATIVOS

F
2879
1536
1000

© CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACION
EDICIONES DEL INSTITUTO MOVILIZADOR
DE FONDOS COOPERATIVOS C. L.

Maipú 73 (C1084ABA) tel. (54-11) 4320-6060 Buenos Aires Argentina
www.infc.com.ar

Director del C.C.C.: Floreal Gorini

Consejo Editorial: Mario José Grabivker (coordinador)

Daniel Campione / Ana María Ramb / José Luis Bournasell

Diseño: Sergio Bercunchelli

Armado: Clara Batista

Corrección: Carlos Agosti

Películas e impresión: Grupo Editor Altamira

© Del Autor

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida gráficamente hasta 1000 palabras, citando la fuente. No puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial y/o autor, autores, derechohabientes, según el caso.

Hecho el depósito Ley 11.723

I.S.B.N. 950-860-120-5

I

A modo de presentación

El origen de estos comentarios, y su propósito inicial, es el de brindar una orientación a quienes se acerquen al estudio de la historia argentina con un ánimo que incluya el propósito de hacerse de una mirada crítica, de construir herramientas para 'decodificar' lo que intuyen como el 'discurso del poder' acerca de la historia. Estos apuntes han sido inspirados por el reiterado dictado de cursos de historia argentina a auditorios heterogéneos, con mayoría de personas no poseedoras de una formación sistemática en la materia. Allí aparece, una y otra vez, la inquietud acerca de qué leer sobre nuestra historia, y la búsqueda de criterios básicos para comprender lo leído. La dificultad de satisfacer ese interrogante con una contestación breve, nos fue llevando a la escritura de este panorama acerca de la historiografía argentina, que pretende ser 'apto para principiantes', pero ha sumado la intención de resultar útil para la discusión, siquiera inicial, entre aquellos ya familiarizados con la historiografía de nuestro país.

A esos objetivos se debe el atrevimiento de tratar de dar noticia, en un espacio exiguo, de una historiografía que, como la de nuestro país, aun sin contar el tiempo de sus primeros precursores, lleva ya bastante más de cien años de trayectoria; y de relacionar, siquiera brevemente, a corrientes y autores con el momento histórico en que actuaron.

Si bien la escritura de la historia no puede ser explicada sólo en función de pertenencias de clase de quienes la escriben, menos aun puede ser dilucidada en sus motivaciones,

4 - Daniel Campione

sus elecciones temáticas y metodológicas, en sus énfasis y sus silencios, sin referencia a las luchas sociales, a la disputa del poder político y cultural, a la creación y destrucción de 'visiones del mundo' que configuran puntos de vista de grupos sociales diferentes, muchas veces con intereses antagónicos entre sí.¹

Es indudable que hay una historia que es básicamente, 'discurso del poder', en el sentido de que tiene una opción hecha por la conservación de las relaciones sociales existentes, y tiende a justificarlas. Toda clase social dominante, y modernamente todo Estado-nación, tiende a generar un discurso histórico que le sirva de legitimación, de fundamento para la continuidad de su dominio. La construcción de este discurso dista de ser un trabajo meramente propagandístico, no excluye, al contrario, la investigación sistemática, ni los debates, incluso duros, al interior del mismo. No es fruto de ninguna 'conspiración' sino el resultado de la labor colectiva y extendida en el tiempo, de los intelectuales 'orgánicos' de un sistema social, que construyen trabajosamente una visión del pasado no sólo útil al orden social existente, sino 'legítima' en términos de saber historiográfico.

De modo simétrico, el alineamiento con las clases subalternas en el conflicto social del presente, lleva a los historiadores que tienden a identificarse con esas clases, a buscar la estela de las luchas sociales, de los discursos alternativos, a examinar la formación de la subjetividad y la identidad de esas clases. Y al mismo tiempo, a criticar y desmitificar los actos y el pensamiento de las clases dominantes y del estado, a lo largo del proceso histórico en análisis. La toma de partido juega a favor y no en contra del saber histórico, cuando se la entiende como el trabajo hecho desde la relación activa con un proyecto social para el presente y el futuro, y no en un sentido groseramente instrumental o propagandístico. Cabe aquí una cita al respecto de Adolfo Gilly:

"La parcialidad no significa mentira: significa tomar partido o, también, apasionarse. Si las relaciones sociales

son relaciones de fuerza y si la historia es historia de la lucha entre las clases y los grupos sociales, tomar partido no exige faltar a la objetividad. La parcialidad más interesada por alguno de los intereses en lucha, requiere al contrario buscar la veracidad de los hechos y rechazar la falsedad con la misma severidad con que el investigador de la naturaleza toma en cuenta tanto los resultados experimentales que confirman sus hipótesis como aquellos que las desmienten.”²

Desde esa perspectiva, búsqueda intelectual (y dentro de ella la investigación histórica) y militancia, no pueden dejar de estar unidas, o dicho en términos más amplios, la indisoluble unidad entre saber histórico y práctica social hace que se vivifiquen mutuamente, si el equilibrio entre ambos está bien mantenido. Coincidimos con Jean Chesneaux cuando afirma:

“La historia es una relación *activa* con el pasado. El pasado está presente en todas las esferas de la vida social. El trabajo profesional de los historiadores especializados forma parte de esta relación colectiva y contradictoria de nuestra sociedad con su pasado pero no es más que un aspecto particular, no siempre el más importante y jamás independiente del contexto social y de la ideología dominante.”³

Ese vínculo ‘activo’ sólo puede establecerse sobre una doble constatación: que en toda sociedad de clases, la historia forma parte, en distintas formas, de los medios utilizados para que la clase dominante mantenga y reproduzca su poder (por más que no sea esa la única lógica operante, y la disciplina histórica construya ciertas reglas y criterios que debe mantener para asegurar su legitimidad al interior de la disciplina y hacia fuera), y que frente a ello, la construcción de una historia crítica, identificada con el derrotero de las clases subalternas, y en lo posible ligada efectivamente con ellas, es un medio indispensable para trabajar en pos de transformaciones sociales profundas.

El historiador que se percibe como un individuo aislado, que supone que su preparación profesional y talento están por encima de cualquier condicionamiento social, termina atrapado, de modo irremisible, por esos límites que se niega a reconocer, sirviendo, aun contra su voluntad, a la 'concepción del mundo' imperante en el ámbito que lo rodea:

"...el historiador, cuando más consciente es de su propia situación, más capaz es de trascenderla y mejor armado está para aquilatar la naturaleza especial de las diferencias entre su sociedad y concepciones y las de otros períodos y países, que el historiador empeñado en proclamar que él es un individuo y no un fenómeno social. La capacidad del hombre de elevarse por sobre su situación social e histórica parece condicionada por su capacidad de aquilatar hasta qué punto está vinculado a ella."⁴

De todos modos, la discusión con las concepciones históricas dominantes no puede descansar en una 'literatura de denuncia', que las ataque desde un punto de vista moralizador, acusándolas de falsedad y manipulación. Confundir la denuncia de lo existente con la construcción de alternativas, es un error funesto en cualquier campo, y en particular en el del saber histórico. Lo fundamental, por tanto, es la producción alternativa de conocimiento, la iluminación de los aspectos de la realidad que el pensamiento hegemónico posterga o distorsiona. Y sobre todo el desarrollo de un enfoque comprensivo sobre el proceso histórico que permita un entendimiento de la totalidad, que apunte no sólo a explicar sino a transformar (sin pensar este vínculo con la acción transformadora como inmediato y lineal), problematizar, con una mirada y una concepción metodológica diferente, los aspectos que son tratados por los historiadores de algún modo aliados con el Estado y el poder social.

El rigor y el talento del historiador tiene 'relativa autonomía' respecto de su orientación ideológica. Y si muchas veces un enfoque social y políticamente conservador del conocimiento histórico malogra capacidades, *a contrario sensu*

posturas revolucionarias o profesiones de fe en teorías radicales no redimen a historiadores sin formación y sin dedicación suficiente para ser tales. El compromiso político no suple la falta de conocimiento sistemático o la carencia de vocación por la investigación. Por eso, hay buenos y malos historiadores en diversos campos político-ideológicos. Nos compete la posesión de buenos historiadores en el campo propio, y es 'obligatoria' la lectura y la reflexión sobre los autores serios y talentosos de otras tendencias, aún de las diametralmente opuestas, para poder incorporar críticamente lo mejor de sus enfoques.

Nuestro país tiene la característica de haber sido escenario de prolongados debates históricos, relacionados directamente a luchas sociales y políticas. Ya en la década de 1930, los historiadores que pretendían circunscribir su tarea a la búsqueda del dato preciso y su presentación objetiva, afectando a partir de allí que se desligaban de todo prejuicio partidista,⁵ se vieron conmovidos, en ese lugar que se asignaban, por una crítica, el revisionismo, que asumía su partidismo de modo explícito. Desde ese momento se sucedieron décadas enteras de debates sobre la trayectoria del país y el modo de ver la historia, tan intensos como extendidos mas allá de los círculos de especialistas.

En cambio, en estos últimos años, se ha tratado de desvincular la historia de los proyectos sociales transformadores, de 'pacificar' el escenario histórico, suprimir la veta polémica antes existente, en una operación que tiene bastante de proyección hacia el pasado de la pérdida de espesor de la política en el presente. Es un proceso que ha ocurrido a nivel mundial, pero se ha proyectado muy especialmente sobre nuestro país. Nos alineamos aquí con los activamente disconformes con ese estado de cosas, con los que se alzan contra la 'academización' excesiva del conocimiento histórico, y su separación de las luchas sociales y los debates políticos.

Hasta hace poco, el conocimiento y la interpretación de la historia ha sido en Argentina arena de lucha político-

ideológica, lucha que alcanzó una intensidad y apasionamiento poco comunes. La batalla entre liberales y revisionistas ocupó décadas de lo que podríamos denominar la disputa por la 'conciencia histórica de las masas'. La actualidad política, el rumbo económico futuro, la 'identidad nacional' se discutían, muchas veces a brazo partido, en base al debate sobre el pasado. Las corrientes políticas de la actualidad buscaban acercar legitimidad identificándose con los bandos en lucha en el pasado, convirtiendo el discurso histórico en inmediatamente político.

Hoy esa batalla se ha acallado, en base a la bancarrota en el campo científico y la creciente irrelevancia en el campo político de la antigua historia oficial (la de Levene y la Academia); y la paralela declinación del revisionismo, ligado a opciones políticas que han fenecido o han cambiado radicalmente de signo, y a la crítica parasitaria a un enemigo 'liberal' que se les terminó diluyendo, en medio de una pobreza teórica y metodológica nunca superada.

Producida esa doble y paralela declinación, se ha erigido una nueva corriente hegemónica, que erige en 'bandera' la superación de esa tendencia confrontativa y politizada de los saberes históricos.

Las clases dominantes, la elite de poder, han cambiado, y ya no se escribe una historia a gusto de miembros de viejas familias patricias, jefes militares y jefes de la Iglesia, como era gran parte de la que se hacía en el campo dominado por la Academia Nacional de la Historia. Clases dominantes atravesadas por un proceso de reestructuración, concentración y trasnacionalización muy potente, jugadas a proseguir ese trayecto bajo un régimen constitucional, luego de comprobar los peligros que para ellos mismos escondían las dictaduras militares, hicieron el aprendizaje de cierta 'tolerancia' y pluralismo (con límites hacia la izquierda, aunque menos explícitos, menos rígidos que en el pasado) en las ciencias sociales, incluyendo la historia, como parte de una 'conversión' que les permitía proseguir en el rol de dirección

(junto con el predominio económico, que no aparecía en riesgo), también en la 'nueva Argentina democrática'. Hoy se escriben obras de autores 'progresistas' bajo el auspicio de fundaciones y universidades privadas de clara vinculación con la gran empresa. El gran capital, y el aparato estatal que le depende con creciente inmediatez, han aprendido que su dominio pleno puede ser compatible con un rango de ideas más amplio que el que aceptaban y propiciaban originalmente, siempre y cuando esa ampliación de espectro vaya acompañada por la inexistencia de una vocación por relacionar construcción de conocimiento con acción social y política radicalizada. Será esa falta de vocación cuestionadora lo que buscarán en quienes escriben la historia, y no ya la apología de sus virtudes y realizaciones como detentadores del poder.

Libertad intelectual (y cierto grado de protección y financiamiento) al precio de renuncia a cualquier perspectiva de transformación estructural de la sociedad; en esos términos puede ser descrita la transacción ofrecida a quienes se dedican a bucear nuestra realidad social. Y en ese 'nuevo trato' se han inscripto el grueso de los profesionales de la historia.

Este se podría formular así: ¿Qué problema hay en que se proclamen de izquierda, incluso marxistas, aquellos intelectuales cuyo primer desacuerdo (sino teórico por lo menos práctico) con Marx es acerca de la misión transformadora delineada en la tesis XI; y aceptan, por tanto, en sus líneas fundamentales, la perduración del orden establecido?

Buena parte de la intelectualidad argentina regresó del exilio (o de la marginación interna), con el firme propósito de no volver a correr riesgos, de no tornar a desafiar a un poder que se les había revelado durante la última dictadura, en carne propia o cercana, mucho más destructor y despiadado de lo que imaginaban. Marcados en profundidad por la derrota, decidieron que alentar desde sus saberes específicos la posibilidad de construcción más o menos plácida de una democracia, a la que ya no se atrevían a adjetivar, era toda la militancia a la que estaban dispuestos. La subordinación, cada

vez más evidente, de esa democracia a un poder económico más expandido y centralizado que nunca, no era para ellos un dato fundamental. Cuando la ilusión democrática inicial se fue empobreciendo, la actitud fue extremar el refugio en lo académico, construir una 'hiperprofesionalización' que los mantuviera al margen de las contingencias políticas y sociales. Con respecto a su relación con el poder en general y con el Estado en particular, ya no se inscribía en sus propósitos ningún enfrentamiento serio con los mismos, sino el tranquilo aprovechamiento de los auspicios y protecciones que éstos pudieran brindar, sin cuestionarse demasiado sobre las razones que hacen viable esos ofrecimientos. Esta disposición 'renovada' para encarar el trabajo intelectual, no dejaba de tener su basamento, al apoyarse en una lectura de la época que se vivía, signada por una tendencia a la fragmentación de los saberes, y en la aparición con fuerza de una serie de cuestiones que las grandes escuelas históricas a las que se venía siguiendo hasta ese momento (*Annales* y el marxismo, las fundamentales), habían ignorado o desarrollado escasamente.⁶ La idea de 'progreso' que había alentado a los mejores historiadores del siglo XX, dentro y fuera del marxismo, aparecía en bancarrota, y tendían a desarrollarse una serie de 'retornos' de temas y modos de tratamiento a las que se había prestado menos atención, por décadas, como la historia política, la biografía, la historia-relato. Los 'historiadores sociales' argentinos tomaron con entusiasmo esa corriente que buscaba la renovación volviendo, en cierta forma, al pasado.⁷

Un mundo académico ahora 'bien estructurado', con universidades con autonomía y gobierno tripartito, cátedras concursadas, carreras de investigador en desarrollo, relaciones estables con instituciones del exterior* ha dado lugar a una historiografía cada vez más 'academicista', en el sentido de desligar los problemas que se plantea de cualquier práctica social, 'pacifista' en el sentido de eludir toda confrontación, todo debate arduo, para funcionar en el modo de una corporación que acomete una obra de conjunto, y que excluye, con

motivos válidos o pretextos especiosos, a los que no cumplen sus reglas. Ya no se conciben a sí mismos como intelectuales incluidos en el movimiento social, sino como 'comunidad de historiadores', cuya tarea colectiva se agota en el desarrollo de la disciplina, entendido esto último en una acepción restringida, 'profesionalista'.

El fervor militante del pasado (el de hace apenas un par de décadas), es desechado casi como un 'obstáculo epistemológico'. Las propuestas de investigación pretenden una fría racionalidad, que se aleja de los temas conflictivos para detenerse con fruición en otros menos relevantes o más lejanos en el tiempo, a los que se prefiere cuando más 'acotados', más de detalle resulten. Se publican centenares de artículos, notas y comunicaciones, en decenas de revistas académicas, cuyo público, a duras penas, se extiende a la porción de historiadores interesados en un recorte temático o temporal similar. Cuando se propone la llegada a un ámbito más amplio, se piensa en términos de mejorar la información histórica de un público con aspiraciones ilustradas, y no en construir una conciencia histórica que apunte a cimentar algún proyecto social definido. Casi nada se encuentra en esa producción que pueda 'hacer época', sacar a la luz pasados olvidados realmente importantes, poner de relieve los peores procedimientos de quienes detentaron el poder, traer al presente los esfuerzos de quienes lucharon contra ellos. Con todos los límites que se les pueda señalar desde un punto de vista académico, resultan preferibles *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, *La Forestal* u *Operación masacre*, antes que por la gran mayoría de los ejercicios 'neutrales' que hoy se hacen.

La apretada síntesis acerca de cómo se escribió la historia en Argentina contenida en el presente trabajo, tiene el objetivo de proporcionar, a quienes se inician en el conocimiento y la reflexión sobre la historia, una suerte de guía para el entendimiento de las distintas corrientes históricas y de las obras a las que dieron lugar, su ubicación en su época

respectiva y en las discusiones y alineamientos que se produjeron en diferentes momentos. También procura reflexionar sobre las perspectivas para el futuro cercano, en base al balance de la actualidad de la historiografía argentina, enfocado sin ninguna pretensión de neutralidad, sino bajo la luz de una toma de partido: a favor de una historia que recupere el vínculo con la militancia por la transformación social, y asuma cabalmente la herencia de la tradición marxista (y la centralidad de la perspectiva de la lucha de clases) y de otras perspectivas revolucionarias que han tenido un lugar, mayor o menor, en la historiografía argentina. Pero sobre todo, que aporte a la posibilidad de generar una historia verdaderamente 'nueva', vinculada a la convicción sobre la necesidad de transformación radical del cuadro de desigualdad e injusticia generalizadas que domina hoy en la sociedad argentina.

.....

Para la elaboración de esta síntesis hemos tratado de recorrer lo fundamental de la bibliografía sobre historiografía argentina, tanto las obras clásicas como las de años más recientes, y procuramos recoger las distintas escuelas y vertientes de pensamiento, sin soslayar la consulta directa con los trabajos históricos que jalonaron con más fuerza cada etapa y corriente. También hemos consultado las publicaciones periódicas sobre temática histórica o afín de nuestro país en los últimos años, para tratar de reflejar los puntos de vista y debates actuales en materia historiográfica.

En cuanto al ordenamiento del trabajo, en lo que respecta a los períodos formativos de la historiografía nacional, hemos tomado como punto de inicio la configuración de una historia de carácter 'oficial' tratando de establecer paralelos con la configuración del Estado-nación y de la clase dominante que le da sustento. En el conjunto del trabajo hemos

procurado dar más espacio a la de años recientes, en dirección a orientar al lector en las búsquedas y discusiones que aun tienen vigencia o al menos ejercen influencia sobre la historia argentina actual. Esto incluye un tratamiento más pormenorizado de la historiografía marxista y de izquierda en general, tanto la inserta en el campo académico como la ajena a éste.

Hemos incorporado como Anexo una bibliografía comentada dividida en dos partes, la primera con obras de estudio de historiografía y teoría histórica generales, y la segunda con trabajos sobre distintos aspectos del desarrollo historiográfico de Argentina. En ambos casos hemos privilegiado los trabajos de años recientes, pero sin dejar de incluir algunas obras que han adquirido un carácter clásico. El propósito de esta sección no se aparta de la finalidad didáctica, de brindar al lector una orientación para la ampliación y profundización de sus lecturas en materia historiográfica.

NOTAS

¹ Escribe al respecto A. Gilly: "El grupo o la clase social cuyo interés coincide con la *crítica radical* (subrayado en el original) de los poderes establecidos podrá aproximarse más, en su interpretación de la historia, a los criterios del conocimiento científico. Aquel cuyo interés sea la conservación de esos poderes y del orden que de ellos se desprende se orientará en cambio a hacer de la historia una ideología justificadora del estado de cosas presente y a convertirla, en consecuencia, en un *discurso del poder*. (subrayado en el original). A. Gilly, "La historia como crítica o como discurso del poder" en AA.VV, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, 18va. Edición, 2000, p. 200.

² A. Gilly, "La historia como crítica o como discurso del poder" en AA.VV, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, 18va. Edición, 2000, p. 201.

³ Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Siglo XXI, México, 2000, p. 23.

⁴ Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, México, Planeta, 1985, p. 58.

⁵ Los rasgos del trabajo historiográfico que aquí se señalan, están tomados de la descripción del 'neopositivismo historiográfico' que hace Sergio Bagú.

Cf. S. Bagú, "Perspectivas de la historiografía latinoamericana" en *Dialéctica*, núm. 27; primavera de 1995, Universidad Autónoma de Puebla, México, pp. 78-79.

* La historia de las mujeres, o la historia del medio ambiente, sub-disciplinas de importancia creciente, se desarrollaron al margen del materialismo histórico y de *Annales*. Cf. Carlos Barros, "La historia que viene". En *Pro-historia*, Rosario, año 1. Núm. 1, 1997, p. 14.

† Un reflexivo tratamiento de esos 'retornos' de lo descartado antes por superficial o irrelevante, se encuentra en Jacques Le Goff, "Los retornos en la historiografía francesa actual", *Pro-historia*, Año I, número 1, 1997, pp. 35-44, que recoge una ponencia presentada en el año 1993.

‡ No quiero decir con esto que en nuestras instituciones de enseñanza e investigación todos esos procedimientos se cumplen a pleno (sabemos que hay concursos fraudulentos o postergados, restricciones a la democracia universitaria, etc. etc.), sino que su funcionamiento más o menos regular confiere una legitimidad a los protagonistas actuales de la vida académica, largamente ausente en el período anterior a 1983.

II

Los orígenes de la “historia oficial”

Antes de 1880, el Estado argentino no dominaba ni la mitad del territorio que reivindicaba como propio, y libraba frecuentes conflictos armados con poderes regionales para imponer precariamente su autoridad. Sufría asimismo la falta de articulación de su territorio como espacio económico, la debilidad de su sistema de comunicaciones y transporte, además del reinado de una verdadera anarquía monetaria, y la carencia de un control efectivo del comercio exterior. La inmigración extranjera en curso venía a suplir la aguda escasez de población, pero creando el problema de la creciente heterogeneidad cultural de la población resultante. En la conformación de su clase dominante, el país presentaba algo más semejante a un conjunto de núcleos provinciales o a lo sumo regionales, bastante aislados entre sí (y del mercado mundial, salvo los más cercanos al Río de la Plata), que a una clase unificada que pudiera desplegar alguna estrategia de conjunto.

En el plano político-institucional, si bien el programa de la ‘organización nacional’ había quedado fijado entre 1852 y 1860, con el dictado de la Constitución Nacional y su reforma, existían elementos de precariedad no desdeñables, como la carencia de una capital de la república, lo que no era sino la manifestación de la existencia de la provincia de Buenos Aires como foco de poder alternativo (y potencialmente antagónico) al del Estado nacional. Y, más grave, subsistía una frecuente puesta en entredicho del monopolio de la fuerza por parte del Estado nacional, realizada por poderes

regionales respaldados por la fuerza armada.

Pero en esos mismos años despegaba el crecimiento de las exportaciones, con ciclos de envergadura creciente (primero lana, después cereales, finalmente carne), aflúan importantes inversiones extranjeras, que se centraron en infraestructura (en primer lugar los ferrocarriles) y finanzas (con bancos y empréstitos que financiaron el gasto público y los negocios de la elite económica), el comercio, los servicios y el desarrollo urbano sufrían una verdadera explosión, sobre todo en Buenos Aires, y la inmigración hacía posible la duplicación de la población en pocos años. Argentina se delineaba claramente como un espacio en el que los niveles de prosperidad económica, y merced a ella, el desarrollo de la infraestructura, los servicios públicos, la educación, iban a ser superiores a los de sus vecinos sudamericanos.

Con el exterminio de los indígenas, la consiguiente ocupación efectiva del territorio por el Estado, y la apropiación plena de la tierra por la clase dominante, no sólo se logra el dominio territorial efectivo, sino un principio de homogeneización cultural, al eliminar a un componente 'extraño' (el indígena) a la 'unión nacional' en vías de consolidación, que tenía entre sus tempranos supuestos la deseable 'europeidad' de la población argentina.

Casi al mismo tiempo se produce el triunfo definitivo del Estado nacional sobre el foco de poder de la provincia de Buenos Aires (y la previa campaña de pacificación sobre los instalados en el interior), el completamiento de las medidas básicas de unificación económica (moneda nacional, sistema de conversión monetaria, sistema bancario estatal, mayor articulación del sistema impositivo, perfeccionamiento de la legislación civil, comercial, penal y minera), la profesionalización y organización de las fuerzas armadas, y la 'apropiación' por el aparato estatal de las funciones de carácter público que hasta ese momento desempeñaba la Iglesia.

El Estado nacional argentino terminaba de consolidarse. Esa consolidación permitiría proveer el sustento a una clase

dominante que articulaba el aparato estatal para dirigir el proceso de integración del país en el mercado mundial, y mejorar su posición a la hora de obtener beneficios de ello. Esa misma clase se iría conformando como gestora de un 'orden' político nacional, constituido también en torno a 1880, mediante una alianza que integraba a las elites provinciales preexistentes y generaba por primera vez una coalición estable que comprendía tanto a la bonaerense como a las provincianas.¹

Con soluciones más o menos estables en el terreno económico y en el político-institucional, la clase dirigente y el aparato estatal podían fijar progresivamente mayor atención en los componentes 'ideales' de ese proceso. La construcción de un sistema educativo coherente y unificado en todos sus niveles (Ley de Educación Común, Ley Láinez, tarea reglamentaria del Consejo Nacional de Educación en el nivel primario, desarrollo de las escuelas normales y los colegios nacionales, ampliación y homogeneización del sistema universitario), y la conformación de una cultura nacional oficial, eran piezas fundamentales, cuya realización cobraba mayor urgencia ante el crecimiento vertical de la inmigración europea.

Dentro del trazado de una cultura oficial en ciernes, la historia del país tendría un lugar de privilegio, al contribuir a la conformación de una 'tradición'², que podía ser utilizada para fundamentar la preexistencia de una supuesta identidad nacional, y 'fecundar' con ella la legitimidad de las distintas instituciones estatales: el régimen político y la Constitución que le daba forma, el federalismo y la existencia de los estados provinciales, las fuerzas armadas, el aparato educativo, todo tendía a cobrar mayor vida y legitimidad hundiendo sus raíces en el pasado. La Revolución de Mayo, las guerras de la Independencia, la lucha contra la 'tiranía de Rosas' y la batalla de Caseros, la 'organización nacional' que esta última había hecho posible, la 'gesta civilizadora' de las presidencias de Mitre y Sarmiento³, estaban llamados a ser hitos fundantes de la nacionalidad y el Estado, y fuentes de legiti-

midad para el armazón institucional. En rigor de verdad, la incorporación del pasado a la legitimación del presente fue gradual, y comenzó de 'atrás hacia adelante': la canonización de la revolución de Mayo y el proceso de emancipación fue anterior en su tratamiento al de la 'gesta' librada primero contra la 'anarquía' y después contra la dictadura de Rosas' que culmina definitivamente en Pavón. Con todo, el conjunto se fue integrando en un panegírico que luego incorporaría al general Roca (la 'conquista del desierto'), y por último a Roque Sáenz Peña, cuya reforma electoral sería el último episodio de un pasado 'idealizable' (el posterior a 1916 ya no lo sería, por lo menos por obra de los historiadores). Una colección de breves biografías laudatorias, publicadas en la década de los veinte (*Vidas Argentinas*, de Octavio R. Amadeo), acabado ejemplo de difusión de un 'panteón nacional', exhibe ese itinerario: partiendo de Rivadavia, pasa entre otros por Mitre, Sarmiento, Roca y Pellegrini, para cerrar la marcha con los dos artífices de la Ley Sáenz Peña: el propio presidente e Indalecio Gómez. En torno a estos hechos pudo edificarse un culto a los héroes, figuras señeras de la nacionalidad que el aparato estatal estableció y reprodujo a través de los programas escolares, los nombres de ciudades y calles, los monumentos, y que encontraba en la historiografía erudita oficial las bases del culto.⁵

El ciudadano argentino, que la clase dominante visualizaba como en proceso de formación, recibiría el impacto de ese relato histórico desde la escuela primaria. El servicio militar obligatorio representaría un refuerzo importante, y luego incorporaría a su vida cotidiana a través del calendario de festividades y demás rituales patrióticos a fecha fija. Estas prácticas, con carácter obligatorio, fueron establecidas y minuciosamente reglamentadas en la primera década del siglo XX. De 1908 datan las resoluciones del Consejo Nacional de Educación que instituyen la Semana de Mayo como fiesta escolar y la minuciosa reglamentación de sus festejos.⁶ Del año siguiente el establecimiento del Saludo a la Bandera con carácter

diario y la Jura de la Bandera para los niños que ingresan por primera vez a la escuela.⁷ Comentarios insertos en documentos oficiales indican una clara autoconciencia de los objetivos buscados con estas medidas:

“País de inmigración, la República Argentina necesita cimentar su grandeza, más que en las montañas de cereales y en los millones de cabezas de ganado [...] en la difusión amplia de un fuerte y equilibrado patriotismo [...] Esta será la manera más eficaz, por no decir la única, de prepararnos sólidamente para resolver con acierto los grandes problemas que pudieran afectar en el porvenir a nuestro país.”⁸

Este programa de formación de un canon histórico arrancarí­a en las postrimerías de la ‘organización nacional’,⁹ iría convirtiéndose en parte de un proyecto de dominación conscientemente adoptado en tiempos de la generación del ‘80, y se tomaría en virtual ‘política de estado’ a comienzos del siglo veinte, en una tarea que, como veremos, culmina en la década del ‘30, ya más ligada a la defensa del proyecto de sociedad entonces en crisis, que a la proyección de su etapa expansiva.

Una nación argentina preexistente a la revolución de Mayo, señalada para un ‘destino de grandeza’, que había visto interrumpida su marcha hacia el progreso en la época de Rosas para retomarla decididamente después de la reunificación nacional en Pavón, bajo la dirección de una minoría ilustrada y liberal que guiaba casi por ‘derecho propio’ la vida del país desde su emancipación, contando con el silencioso consenso de los ‘hombres de trabajo’. Tal era la imagen del proceso de conformación del país que a las clases dominantes les interesaba construir y difundir, como legitimación de su prosperidad económica, su monopolio del poder político, y su dirección de la vida intelectual del país. Nada esencial de la conformación de la sociedad argentina era cuestionable para esa visión apologética: tanto el régimen de gobierno como el rol represor del Estado nacional en las guerras civiles, la propiedad de la tierra, la modalidad de inserción en el

mercado mundial, el papel del capital europeo, fundamentalmente el británico, las políticas educativas y culturales, todo pasaba a formar parte de un todo a conservar y desarrollar sin modificaciones sustantivas.

La construcción de una visión histórica, y su posterior difusión por vía de la educación y la propaganda oficial, formó así parte importante de la constitución de una ideología con capacidad hegemónica, sustentada en la virtual 'invención' de una identidad nacional, que tenía en la creación de una epopeya histórica propia un componente central. En Argentina, que no se diferenciaba sustantivamente de los países vecinos ni por idioma, ni por etnia ni por religión, la 'invención' de un pasado que se remontara lo más atrás posible en cuanto a la existencia de una identidad común y de la voluntad de plasmarla en una organización política, era la posibilidad central de construir una idea de 'nación' que se presentaba más que escurridiza, y el actor destinado a realizar esa invención no podía ser otro que el Estado.¹⁰

La 'tarea historiográfica' se integró así a la obra de uniformación cultural emprendida por la generación del '80, como forma de saldar en el plano ideológico-cultural la integración territorial, económica y demográfica de nuestro país. Completadas las tareas más urgentes, relacionadas con imperativos económicos, militares y políticos, e incorporados recientemente al dominio estatal una buena parte de sus habitantes (sea por la inmigración o por la existencia de población de antigua residencia que recién ahora caía efectivamente bajo la autoridad estatal), la problemática de construcción de legitimidad cobraba elevada pertinencia.

En los años del cambio de siglo, la conjunción de los niveles más altos de inmigración europea, junto a la toma de conciencia por las elites de las aristas 'peligrosas' del fenómeno, acentuó el sentimiento de urgencia en cuanto a la necesidad de instaurar un aprendizaje de la historia nacional que sirviera como generador del 'amor a la patria', y algunos de los intelectuales más destacados de la época dedicaron su pluma a predicar en esa dirección.¹¹

El país estaba en trance de insertarse con fuerza en el mercado mundial, al mismo tiempo que se consolidaba como espacio económico unificado y poblado (inmigración mediante) lo que hasta poco antes había sido casi un 'espacio vacío', para colmo fragmentado por 'fronteras interiores'. La expresión 'espacio vacío', lo mismo que la de 'desierto', tienen una fuerte carga ideológica, en cuanto aluden a la ausencia o escasez, no de cualquier población, o de toda actividad económica, sino de aquellas que pudieran ser integradas (y explotadas) con facilidad por el capitalismo en expansión. Designar a un país como 'espacio vacío' significaba declararlo, en algún sentido, 'territorio a ocupar' por la empresa capitalista y los auxilios, coercitivos e ideológicos que ésta requiriese. Dotar al país de su propia 'leyenda nacional', con una 'argentinidad' que remontara al menos a Hernandarias (o mas allá todavía, los 'mancebos de la tierra' que acompañaban a Garay), 'argentinidad' que se sustentaba, entre otros elementos, en la defensa de un 'criollismo' que valorizaba a las clases dominantes por su pertenencia a un viejo tronco europeo adaptado tempranamente al medio rioplatense, presentándolas así como superiores tanto al indígena 'incivilizado' como a los europeos de inmigración reciente.¹²

A esto se agregaba la conformación de una galería de próceres con sus correspondientes 'obras maestras' que los ubicaran en la historia (a ese género corresponden, producidos en épocas diferentes, los libros de Mitre sobre Belgrano y San Martín, el posterior de Ricardo Levene sobre Moreno o el de Ricardo Piccirilli en torno a Rivadavia¹³); y un muestrario de réprobos con sus correspondientes obras denigratorias (las diversas diatribas integrales contra Rosas, que en su momento produjeron Mariano Pelliza, José María Ramos Mejía y Ernesto H. Celesia¹⁴) jalonaron distintas etapas de la historiografía oficial.

Esta versión de la historia se apoyaba en el consenso de la clase dominante, consolidada como fuerza social en torno al cambio del siglo XIX al XX, sustentada en una amplia

expansión económica, y en el dominio pleno del poder estatal consolidado en el 'orden conservador'. Fundada en esta etapa, convertida en canon para el tratamiento no sólo académico sino educativo y periodístico de nuestra historia, incorporada al sentido común de las clases subalternas por múltiples vías, la historiografía liberal oficial estuvo llamada a tener larga vigencia. Sólo comenzó a ser puesta en duda cuando se hicieron visibles los límites del orden agro-exportador, de la asociación privilegiada con Gran Bretaña y de la explosión de modernidad de la Argentina internacionalizada y culta del Centenario, así como los efectos 'negativos' de la vigencia efectiva del sufragio universal.

Los fundadores de la historiografía nacional

Los iniciadores mayores de esa tradición fueron, sin duda, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, ambos hombres políticos de primera línea, que dedicaron parte de sus empeños intelectuales a construir una historia argentina de pretensión integral (López) y sendos libros sobre las guerras de Independencia y sus dos próceres principales (Mitre¹⁵).

Hubo por cierto historiadores de la Argentina anteriores a Mitre y López, e incluso produjeron alguna obra de intención 'integral', pero no alcanzaron a configurar una 'versión oficial' orgánica, como la que sí pergeñaron aquellos dos.

La primera 'historia argentina' en orden cronológico, fue escrita por el deán Gregorio Funes, destacado dirigente político cordobés y miembro de la llamada 'Junta Grande' en 1810-1811. Su trabajo se desarrolló por encargo gubernamental, y fue publicado en el año 1817, con el título de *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*. Otro autor de importancia fue Pedro de Angelis, que publicó sobre todo durante el gobierno de Rosas, y que además de algunas biografías, sacó a la luz la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna*

de las Provincias del Río de la Plata, amplia compilación de documentos que quedó inconclusa.¹⁶ Ya contemporáneamente a la primera obra de Mitre (la *Historia de Belgrano...*) Luis L. Domínguez, además de publicar profusas colecciones de documentos, fue autor de una *Historia Argentina* que llegó a servir de libro de texto en las escuelas secundarias.

Sin embargo, sólo con Mitre y López se configuraría con claridad una 'historia nacional oficial' del pasado, a través de la redacción de obras de largo aliento, que transmittían una visión integral del pasado nacional. No resulta nada extraño el que la escritura orgánica de una versión oficial de la historia fuera estrechamente contemporánea a la de la conformación del estado argentino, y quedara en manos de hombres como Mitre y López.

El nivel de esos dirigentes (especialistas además de políticos)¹⁷ dentro de la elite gobernante, nos indica el grado de prioridad asignado a la construcción historiográfica dentro de la tarea ideológica de la clase. La clase dominante se afirmaba a sí misma al desplegar el poder de producir una visión 'legítima' del pasado; y a través de establecer esa versión con el carácter de verdad indiscutida, enraizar en los sucesos del pasado la habilitación de la elite dirigente para regir los destinos del país.¹⁸

La escritura de la historia no era todavía obra de profesionales (y no lo sería tampoco durante el ciclo de la subsiguiente generación del '80), sino de 'grandes intelectuales' que unían un rol descollante en variados ramos del saber con el ejercicio de la dirigencia política en el nivel más elevado: Mitre fue general, fundador del diario *La Nación*, gobernador de la provincia de Buenos Aires, presidente de la Nación, fundador de la Unión Cívica, poeta, traductor de *La Divina Comedia*, estudioso de las lenguas y culturas indígenas, y con intervalos determinados por el curso de su vida pública, historiador; Vicente F. López fue ministro a nivel provincial y nacional, también fundador de la Unión Cívica, dramaturgo y novelista, e historiador.

No tan destacado en su carrera política como Mitre, López le llevaba una ventaja: ser hijo de una gran figura de la primera mitad del siglo XIX, Vicente López y Planes, y a partir de eso constituirse en portador de la tradición de la burguesía liberal de Buenos Aires, a través de cuyos testimonios directos construyó, en gran parte, su *Historia de la República Argentina*.¹⁹ Entre los dos, Mitre sería reconocido como el fundador de una historia 'científica' en cuanto basada en pruebas documentales rigurosas,²⁰ a diferencia de López, propenso más bien a recoger testimonios orales y tradiciones,²¹ sin mucha preocupación por las pruebas fehacientes, e incluso con fuerte propensión a la 'invención' lisa y llana, de la que constituyen ejemplo paradigmático las escenas del Cabildo Abierto del 22 de Mayo, salidas en gran medida de la mente del autor, sin que por ello dejaran de ocupar un lugar central en el relato que se transmitía, generación tras generación, a los alumnos de las escuelas primarias sobre la 'gesta emancipadora'.²²

Mitre, además, marcó el camino para una interpretación optimista de la historia argentina, con la 'nación' en ciernes desde la primera época colonial, y la Argentina destinada a la prosperidad económica y al imperio de instituciones políticas liberales desde el fondo de su historia.²³ En cambio, López mantendrá un acentuado escepticismo frente a la organización federal del país, y a su régimen presidencialista, señalando a la república 'conservadora y parlamentaria'²⁴ como el ideal de régimen político, además de descreer del sufragio universal;²⁵ al contrario de Mitre, que después de la reforma de 1860 y de la reunificación por él dirigida a partir de Pavón, se muestra plenamente identificada con el sistema federal y presidencialista, semejante al de EE.UU., impuesto en nuestro país. López critica además cierto 'determinismo' de su rival, frente a una idea del desarrollo histórico con más espacio para el libre albedrío sostenida por su parte.²⁶

Ambos polemizarían sobre la importancia de la base heurística en el trabajo histórico, defendiendo el segun-

do una visión más 'filosófica' 'literaria' y creativa frente al 'seco' rigor documental que creía descubrir en Mitre.²⁷ Mientras el hijo del autor del himno se desenvolvía en una línea más colorida, próxima a la historiografía romántica al estilo de Agustín Thierry, el general-historiador se aproximaba más al culto del documento, al positivismo personificado en Ranke.²⁸ En cierto sentido, cada uno se identificaba con el modo de hacer historia que le había resultado más accesible, por sus vínculos y formación.

La educación escolar y los textos de divulgación posteriores, combinarían en muchos aspectos las visiones de los dos 'clásicos' a la hora de configurar la versión oficial. La historia escolar, con su profusión de escenas 'de color' en la recordación de las fechas patrias y de las figuras próceres, con bastante despreocupación por los hechos comprobables, y una fuerte propensión a la anécdota y al tono moralizador, debe más a López que a Mitre. Por añadidura, aquél produjo una síntesis de su *Historia*, destinada al uso en la enseñanza, de amplia y prolongada utilización,²⁹ tarea que el autor del *Belgrano* nunca acometió. En cambio, las grandes líneas de interpretación de la historiografía erudita, estaban vaciadas más sobre el molde de los trabajos del general.

Los historiadores posteriores han asumido que Mitre ganó la polémica entre ambos, y se lo convertía así en el 'padre fundador' por excelencia, como ejemplifica esta apreciación de Enrique de Gandía:

"De sus polémicas históricas, que representan en Mitre la independencia del investigador, y en López, la rutina del tradicionalista, surgió en la Argentina el sistema definitivo, la técnica para escribir historia, que de inmediato adoptaron los investigadores concienzudos de nuestro pasado."³⁰

Con todo, Mitre y López,³¹ no fueron sino precursores de una historiografía que, ya en las primeras décadas del siglo XX, se constituiría en escuela (la Nueva Escuela Histórica) y

se profesionalizaría. En el período intermedio, el coincidente aproximadamente con la actuación de la llamada generación del '80 y el cambio de siglo, aparecerían estudiosos todavía no profesionales, como Juan Agustín García³², Ernesto Quesada³³, David Peña³⁴, José María Ramos Mejía³⁵, Paul Groussac³⁶, que cultivarían el ensayo histórico o la biografía con regular calidad pero sin obras de envergadura comparable a las de sus predecesores (eran además de un perfil más 'profesoral', con paso por la universidad, aunque no fueron ajenos a la actuación política y las carteras ministeriales). Tampoco ocuparían los altísimos lugares en el aparato estatal a los que llegaron los miembros de la generación anterior.³⁷ Esa conjunción de hombres políticos, intelectuales-generalistas e historiadores no profesionales tendría ramificaciones algo posteriores, como Juan Alvarez,³⁸ los Cárcano padre e hijo (Ramón J.³⁹ y Miguel Angel⁴⁰), que coexistirían con el desenvolvimiento de la profesionalización posterior, pero sin predominar sobre ella. Sería durante los años de actuación de la generación del '80, pero todavía bajo la dirección de Bartolomé Mitre, que se formarían los primeros antecedentes de una institucionalización de los historiadores, aunque todavía sobre una base no profesional, como la Junta de Historia y Numismática, cuyo proceso de formación y adquisición de su identidad organizativa inicial, abarca la década que va de 1891-1892 a 1901.⁴¹

Unos años antes, y como consecuencia de la federalización de Buenos Aires, tomaron carácter nacional las instituciones de la provincia de Buenos Aires ligadas a la conservación y desarrollo del patrimonio histórico, que pasaron a ser la Biblioteca Nacional y el Archivo General de la Nación, en el año 1884. Quedaba así configurado, dentro de un proceso más amplio de nacionalización de las instituciones culturales (que incluyó a la Universidad de Buenos Aires, en primer lugar), un conjunto de organismos estatales dedicados a la historia, que se iría ampliando y consolidando con posterioridad, que marcaría el paso de un manejo de la investigación

histórica basado en el acceso a colecciones particulares en base a vínculos privados, que había predominado en la época de Mitre y López, a la sistematización de repositorios de propiedad estatal y acceso público.⁴²

NOTAS

¹ Para la caracterización de ese período de la historia argentina hay varias obras importantes, con distintos enfoques. Las de lectura absolutamente indispensable son *La formación del Estado argentino*, de Oscar Ozslak, *El Orden Conservador*, de Natalio Botana, *La formación de la Argentina moderna*, de Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *Una nación para el desierto argentino*, de Tulio Halperín Donghi. La tradición marxista y de izquierda no ha producido todavía un gran libro sobre esta etapa, aunque pueden tomarse referencias en los tomos correspondientes de la obra de Peña (*De Mitre a Roca y Sarmiento, Alberdi, el 90*) y en algunos pasajes de la *Historia Crítica...* de Puiggrós.

² Leopoldo Mármora ha realizado un excelente análisis de esta conformación de una historia y una tradición como parte del proceso de desarrollo capitalista y de consolidación del Estado nacional: "La universalidad de la matriz temporal capitalista se reproduce en la forma nacional del Estado burgués que no pretende tolerar más que una historia nacional y una tradición nacional en el interior de sus fronteras. Mediante la clara demarcación con respecto a la historia y a la tradición del extranjero, y a través de la opresión de los elementos interiores así definidos como extraños, la universalización y la unificación —como caracteres definitorios de la matriz temporal capitalista— terminan por imponerse." (Leopoldo Mármora, *El concepto socialista de nación*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 96, México, 1986, p. 107). En esa línea, puede afirmarse que en nuestro país, a la unificación en el plano territorial (campanas contra los indios), del mercado interno, y política, le correspondió la uniformación cultural, que tuvo en el plano histórico un componente muy importante.

³ Octavio R. Ariadeo, *Vidas Argentinas*, La Facultad, 1934. La obra también incluye un capítulo sobre Rosas, que juega a modo de contra-ejemplo de los restantes. Este libro solía ser obsequiado a los alumnos de las escuelas públicas cuando completaban la escuela primaria.

⁴ cf. Bartolomé Mitre y otros, *Galería de celebridades argentinas: Biografías de los personajes más notables del Río de la Plata*, Buenos Aires,

1857. Esa obra, a la que se dio profusa difusión en su época, puede ser leída como un temprano intento de instaurar un 'panteón nacional' que comprende el período 1810-1852: San Martín, Belgrano, el deán Gregorio Funes, Moreno, Brown, Rivadavia, Manuel J. García, Florencio Varela, Lavalle, son incluidos a través de sendas biografías, escritas por figuras de la época como Sarmiento, Juan M. Gutiérrez o Félix Frías. Por más que Mitre se lamenta en la Introducción de no haberse podido incluir otras figuras (Dorrego, Saavedra, Güemes), de los personajes efectivamente tomados se puede deducir una línea bastante clara: dos miembros de los primeros gobiernos patrios, los héroes de la guerra de Independencia, los líderes de los primeros gobiernos unitarios, y dos 'mártires' (civil uno, militar el otro) de las luchas contra Rosas. Un amplio comentario de esta Galería se encuentra en Nicolás Shumway, *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Emecé, 2a. edición, 1995. pp. 208 y ss. Cabe acotar que el capítulo sobre la vida de Belgrano, escrito por Mitre, suele ser considerado como la primera edición de la *Historia de Belgrano*. Cf. Elías José Palti, "La Historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional." En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. Tercera serie, núm 21, 1º semestre de 2000.

• Escribe Carlos Monsiváis, refiriéndose al ámbito latinoamericano: "el heroísmo ayuda a estructurar las conciencias nacionales, encauza la lectura de la Historia y en los distintos niveles sociales, suscita simultáneamente el sentimiento de orgullo y la conciencia de fragilidad." (C. Monsiváis, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 83) y más adelante: "Al servicio de los héroes se coloca ese formidable aparato de condolencias y homenajes de la República, los programas de historia escolar. Y con tal de minimizar el olvido se imponen a calles y avenidas y ciudades y países los nombres consagrados e incluso las 'fechas heroicas', mientras se prodigan bustos y estatuas y conjuntos escultóricos y efigies en billetes y monedas." (Idem, p. 85)

* cf. Consejo Nacional de Educación, *Compilación de normas correspondientes al año 1908*, Resolución del 9/5/1908

† cf. Consejo Nacional de Educación, *Compilación de normas correspondientes al año 1908*, Resolución del 10/ 2/1909.

* cf. Instrucciones sobre la Semana de Mayo, emitidas por la Inspección Técnica General del Consejo, el 14 de mayo de 1909 (Consejo Nacional de Educación, *Compilación de normas correspondientes al año 1909*, pp. 3 y ss.) El titular del Consejo era el médico alienista, funcionario público e historiador José María Ramos Mejía. El gobierno de Yrigoyen siguió por una senda similar. Un decreto orientado a la 'exaltación de los sentimientos patrióticos', reza en su artículo 2º: "Procurarán (los maestros y profesores), igualmente, inculcarles, como base indispensable de su acción ciudadana, al par que un

espíritu de veneración a las tradiciones argentinas, nobles y elevados pensamientos de bien público y anhelos de verdad, de justicia y de progreso, buscando en el ejemplo de sus próceres las virtudes y enseñanzas que han de servirles para contribuir con honroso y altivo patriotismo a la felicidad y grandeza de la República." Esos propósitos moralizadores, de inspiración patriótica, iban acompañados de la obligación de celebrar actos patrios y generar todas las oportunidades posibles de exaltar la pertenencia a la Nación. Cf. Decreto del P.E.N del 4 de mayo de 1919, reproducido en Carlos Giacobone y Edit Gallo, *Radicalismo, un siglo al servicio de la patria*. UCR, 1991, p. 154.

" La primera edición del Belgrano de Mitre es de 1858, es decir anterior al período que aquí referimos. (Ya mencionamos que algunos consideran el breve trabajo de 1856 como la edición inicial). Pero sólo después del '80 se cristalizó la idea de construir un canon explicativo de la configuración del Estado nacional, y volcarlo a un público masivo, y de esos años datan las versiones definitivas de las obras maestras tanto de Mitre como de López. En fecha tan temprana como 1864, en su polémica con Vélez Sársfield, Mitre admitía la intención de 'despertar el sentimiento nacional' como uno de los objetivos de su función de historiador. Cf. Alejandro C. Eujanian, "Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882", *Entrepasados*, año VIII. N° 16. Principios de 1999, p. 13

¹⁰ Para la construcción de la nación desde el Estado ver E. Hobsbawn, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona, 1991, en especial el capítulo "La perspectiva gubernamental" , pp. 89-109.

¹¹ Vale la pena reproducir *in extenso* un comentario al respecto de Fernando Devoto: "El problema de la construcción de la nación deviene en cambio un tópico dominante en las elites argentinas en los quince años anteriores a la primera guerra mundial. En esa etapa una recorrida por la vasta literatura que desde ámbitos oficiales o privados se produce revela que los temores de desintegración social como resultado del alud inmigratorio, de la cuestión social o de ambas conjuntamente concentran las ansiedades de los grupos dirigentes argentinos." (...) "La solución mayoritariamente propuesta para los males de esa imaginada Babel en la que se habría convertido la Argentina con sus escuelas de comunidades (...) con sus nuevas migraciones 'exóticas', con su visible conflictividad social y con la difusión de ideologías contestatarias, es la educación patriótica. En ella coinciden Ramos Mejía desde el Consejo Nacional de Educación, Juan P. Ramos desde su *Historia de la Instrucción pública en la Argentina*, Carlos O. Bunge desde las páginas de *El Monitor de la Educación Común* o Arturo Massa en su libro *Educación y gobierno*. Esa educación patriótica pasa claro está, en gran medida, por la potenciación de la escuela pública y por la instauración en torno a ella de una liturgia cívica centrada en el culto del pasado nacional.

Pero también concomitantemente por el reforzamiento en los distintos niveles del sistema educativo de aquellas disciplinas capaces de proveer el conocimiento y los argumentos explicativos necesarios para fundar sobre bases más sólidas el culto a los héroes: la historia argentina en primer lugar...". "Idea de nación, inmigración y cuestión social en la historiografía académica y en los libros de texto en Argentina. 1912-1974", *Estudios Sociales. Revista Universitaria Trimestral*. Año 2. N° 3. Segundo Semestre de 1992, p. 12. A los autores aquí mencionados, habría que agregar a Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*, cuya primera edición es de 1909.

¹² Esa construcción de lo argentino-criollo puede rastrearse tempranamente, sobre todo en la obra de Mitre, que exalta a los antiguos habitantes del Río de la Plata, basándose en parte en valores raciales (su pertenencia a la raza indoeuropea, que Mitre veía como destinada a dominar el mundo) y ambientales (la 'adaptación al medio', de raigambre en las teorías evolucionistas en boga). En verdad, ese sujeto criollo no se limitaba a la elite, sino a los nativos del Río de la Plata de antigua procedencia europea en general, los dirigentes serían los 'hombres superiores' dentro de ese colectivo, siendo la figura de los héroes su máxima expresión. Cf. R. Costa, D. Mozejko, *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*, Homo Sapiens, Rosario, 2001, pp.45 y ss.

¹³ Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, en tres volúmenes, una suerte de extenso panegírico del que fue llamado 'el más grande hombre civil de los argentinos', por Bartolomé Mitre, en el discurso de homenaje al centenario de su nacimiento. Cf. Ricardo Levene, *La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad*, Espasa-Calpe, segunda edición, 1946, p. 56.

¹⁴ Las tres obras aludidas son: Mariano Pelliza, *La dictadura de Rosas*, J. M. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, y Ernesto H. Celesia, *Rosas. Aportes para su historia*. Tienen diferentes estilos y énfasis, sus fechas de edición van entre fines del siglo XIX y la década de los '50 del XX, pero las tres mantuvieron un juicio globalmente negativo sobre Rosas.

¹⁵ *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina e Historia de San Martín y de la Independencia Americana*, no son ni meras historias militares ni biografías de ambos próceres, sino minuciosas historias generales del período 1806-1820, con mucha información que excede las trayectorias de ambos generales y los conflictos bélicos ligados a la emancipación (el *Belgrano...* incluye pormenorizado relato de las guerras civiles del período).

¹⁶ Existen algunos estudios que analizan en particular la historiografía romántica anterior a Mitre y López, ligada en gran medida a la generación de 1837 y al exilio montevideano (Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, Florencio Varela), e incluyendo a los primeros trabajos del joven Mitre y de los principales representantes de esa generación de 'los proscriptos', en la que los estudios históricos se realizaban sobre bases todavía muy precarias, y como un

componente de inquietudes intelectuales más amplias, a su vez inescindibles de la política militante. cf. Félix Weinberg, "Los comienzos de la historiografía romántica rioplatense", *Boletín de la ANH*, Volumen LXI, 1988, p. 145 y ss. Guizot, Michelet, Thierry, Quinet, eran los modelos de historiadores para la generación de 1837. Una extensa y densa tesis doctoral ha sido dedicada a la historiografía romántica rioplatense; la de Eduardo Segovia Guerrero, *La historiografía argentina del romanticismo*, Madrid, Universidad Complutense, 1980, que trata pormenorizadamente a un conjunto de historiadores, desde De Angelis hasta Mitre y López. A. J. Pérez Amuchástegui le dedicó un artículo a "La espiritualidad romántica de Esteban Echeverría y la historiografía argentina", en *Anuario del Departamento de Historia*, Universidad Nacional de Córdoba, Año I, N° 1, 1963, pp. 241/257, con un enfoque fuertemente crítico del pensamiento romántico.

¹¹ Tomamos aquí la definición gramsciana, que considera al auténtico dirigente como sumatoria del conocimiento profundo de un sector de la realidad y la posesión del arte de la política.

¹² Un trabajo muy reciente, que analiza la producción histórica de Mitre con un abordaje que recurre explícitamente tanto a la sociología como al análisis del discurso, analiza minuciosamente esa constitución de un discurso histórico como elemento de construcción de la legitimidad de clase, la que 'hace historia' para dotarse ella misma de un sentido histórico trascendente. En esa tarea, la construcción de 'héroes nacionales' ocupa un lugar fundamental. Cf. Ricardo L. Costa y Danuta Mozejko, op. cit., pp. 63 y ss.

¹³ "La historia de V. F. López hacía referencia a un mundo íntimo, en el que primaba la confidencia hecha en un rincón del hogar. Refería también a un espacio privado, de acceso restringido en el cual había forjado una historia también ella privada, que se nutría de las 'referencias verbales de mi padre' o las 'conversaciones tenidas con el señor don Nicolás Rodríguez Peña'." A. Eunejian, art. cit. p. 18. El historiador quedaba así atado a unas familias patricias porteñas cuyo rol histórico había declinado de modo irremisible. El padre, Vicente López y Planes, triunviro, autor del Himno, presidente provisorio, gobernador de Buenos Aires, la suya era una de las carreras públicas más relevantes de la primera mitad del siglo XIX. La relación del general Mitre con la tradición era diferente. "En López su apelación a la historia familiar permitía escribir la historia del poder, a través de la memoria de quienes formaron parte de ese círculo privilegiado. La pérdida de protagonismo por parte de esas familias patricias del que López se lamentaba, otorgaba a su historia un carácter irremediabilmente incompleto y necesariamente nostálgico. Mitre, en cambio, pretendía escribir la historia del Estado, y ella sólo podía ser elaborada con documentos públicos." A. Eujenian, art. cit. p. 19. En realidad, Mitre tenía una ubicación más clara como dirigente de un proceso

de modernización que incluía en primer lugar el orden político en general y estatal en particular.

²⁰ La apelación constante del general al rigor documental, reviste peculiaridades importantes. En realidad, las obras no proporcionan bases ciertas para comprobar el sustento en los documentos. Mitre cita sin mencionar la fuente, reproduce diálogos 'textuales' que no tuvieron testigos. Según quienes han estudiado recientemente esta cuestión "...a partir del reconocimiento social que habría suscitado como dueño de documentos cuya cantidad y calidad pocos se atreverían a discutir, el enunciador de la Historia se considera eximido de explicitar el origen y autenticidad de la cita..." cf. R. Costa y D. Mozejko, *op. cit.* p. 130.

²¹ En base a críticas de López hacia Mitre, formuladas en la "Introducción" a *Historia de la Revolución Argentina. Desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852* (1881), ambos autores se trabaron en una polémica acerca del papel respectivo de los documentos y de la 'filosofía' en la práctica historiográfica. Más tarde, en 1892, sellarían la reconciliación entre ambos, en coincidencia con el alineamiento político de ambos en la Unión Cívica, y luego en el 'Acuerdo' con el roquismo. Entre varios tratamientos de ese debate, el más reciente se encuentra en A. Eujenian, *art. cit.* pp. 14 y ss.

²² Natalio Botana ha dedicado buena parte de uno de sus libros a comparar la visión histórica de Mitre y la de López, no desde el punto de vista de lo específico historiográfico, sino a partir de la búsqueda de distintos principios de legitimación para el orden político surgido de la revolución de Mayo: "...Mitre resuelve la cuestión de la legitimidad republicana merced a una evolución democrática que contiene en germen la Constitución nacional (federal y presidencialista) de 1853-60 (...) V.F. López rasga el velo de las contradicciones de la revolución sin poder encontrar en ella una respuesta al modelo de una república aristocrática y parlamentaria." (Natalio R. Botana. *La libertad política y su historia*. Editorial Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella, p. 31) Mitre quedaría así ubicado en una orientación más democrática dentro de lo que el autor denomina 'los dos liberalismos posibles' que uno y otro defendían. (Idem, p. 121). En términos de posicionamiento frente al proceso histórico, esto se trasuntaría en el rechazo más frontal y completo de López por la acción y las ideas de la tradición federal y caudillista, a la que Mitre asigna algunos aportes positivos dentro de una evaluación globalmente crítica. Halperín encuentra otra línea de diferenciación entre ambos historiadores: López no logra despegar de su identificación con la burguesía liberal porteña, mientras que Mitre coloca en el centro de su obra la construcción de la nación. Cf. T. Halperín Donghi, "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comp.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Sudamericana, 1980.

Otra línea de diferenciación entre la obra de ambos (y el debate que sostuvieron), se encuentra en Elías J. Palti, que considera que la interpretación mitrista no es homogénea, modificándose incluso su concepción de la formación de la nación. Cf. Elías J. Palti, "La Historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional." *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, núm. 21, 1° semestre de 2000, p. 79 y ss.

²⁰ Halperín considera la obra de Mitre como particularmente apta para la Argentina del período del cambio de siglo: "En cuanto la historia que propone Mitre presenta la trayectoria de la Argentina no sólo como el surgimiento paulatino de una conciencia de sí por parte de la sociedad rioplatense, sino el afirmarse de ésta bajo la figura de la nación y dentro del marco institucional del constitucionalismo liberal y democrático al que la destinaba su vocación originaria, ella ofrece la caución más sólida para el patriotismo de Estado; se entiende bien por qué un monumento historiográfico marcado por una audaz originalidad de ideas pudo terminar ofreciendo las nociones básicas para la visión del pasado y del destino argentino difundida por la escuela elemental, instrumento de un esfuerzo muy deliberado por improvisar una conciencia nacional para un país deshecho y rehecho por un alud innigratorio sin paralelo en la historia universal." T. Halperín Donghi, "Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina." *Anuario del IEHS*, 11, Tandil, 1996. p. 69. Una suerte de 'patriotismo de la Constitución' cubriría así la evidente falta de una tradición o identidad pre-constituida.

²¹ En variados pasajes de su *Historia de la República Argentina*, López hace la apología del régimen parlamentario, a la par que critica el presidencialismo, del que dice: "Sin esto, no hay gobierno representativo, ni gobierno libre; y por eso es que toda nuestra historia política después de la revolución es, como se verá, un constante testimonio de su fracaso entre nosotros (...) nacidos nuestros gobiernos de las intrigas electorales y de las usurpaciones del poder público que ellas engendran, la transmisión del poder no es otra cosa que la delegación omnímoda de la soberanía que se hacen los unos a los otros, sin que la opinión pública tenga jamás cómo estorbarlo..." V. F. López, *Historia de la República Argentina. Su origen. Su revolución y su desarrollo político...* 4° ed. La Facultad, 1926, tomo I, Prefacio, p. XXXII. Una buena extensión del Prefacio está dedicada a un alegato a favor del parlamentarismo.

²² López considera al 'gobierno libre' "...evidentemente incompatible con el sufragio universal y con la soberanía brutal del número, que es siempre ignorante de los deberes que impone y que exige el orden político". *Ibidem*, p. LI.

²³ "...esos que con mambretes federales nos gobiernan bajo un régimen sin nombre ni verdad, no ya centralizado en los principios, sino en la voluntad y en los intereses personales (...) Estamos todavía en lucha latente con él y

muy bien pudiera ser que la falta de verdad federal nos aconseje volver a la verdad unitaria bajo el régimen libre de la república conservadora y parlamentaria: la única que puede acondicionarnos en la vida libre y bajo las leyes de nuestra historia." Vicente F. López, *Historia de la República Argentina*, t. VIII, p. 547.

27 El debate Mitre-López transcurrió en una serie de escritos en que los autores se atacan y refutan entre sí. Lo inicia, como ya consignamos, López en la *Introducción a la Historia de la revolución argentina*, que se publica en 1881 y hace observaciones críticas sobre el *Belgrano...* de Mitre. Este contesta a través de las páginas de *Nueva Revista de Buenos Aires* y de *La Nación*, intervenciones que dan origen a un volumen denominado *Comprobaciones históricas a propósito de algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos* (1881). López contestó en *El Nacional* y luego en forma de libro: *Debate histórico: Refutación a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano* (1882). Cerró la discusión el general con *Nuevas comprobaciones históricas sobre historia argentina* (1882) cf. Rómulo D. Carbia, *Historia crítica de la Historiografía Argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)*, Edición definitiva, Buenos Aires, Coni, 1940, pp. 147-148.

²⁸ Cf. Eduardo Segovia Guerrero, *La historiografía argentina del romanticismo*, Universidad Complutense de Madrid, 1980, p. 450.

²⁹ V. F. López produjo en realidad dos obras a modo de resumen, relacionadas con la enseñanza de la historia nacional. La primera fue el *Compendio de historia argentina*, adaptado a la enseñanza de los Colegios nacionales, publicado en 1889-90, y luego, en 1896, el *Manual de la historia argentina. Dedicado a los Profesores y Maestros que la enseñan*, también en dos volúmenes. Se utilizaron como libros de texto para la enseñanza media por décadas.

³⁰ Enrique De Gandía. *Los estudios históricos en la Argentina. I. La obra histórica de Ricardo Levene*. El Ateneo, 1931, p. 10.

³¹ No faltan los ejemplos de juicios severos respecto del poco rigor documental de V. F. López, que a la vez condenan el 'éxito' de tales carencias entre los historiadores posteriores, tal como este emitido por Enrique M. Barba, a propósito de su versión en torno al asesinato de Facundo Quiroga: "Vicente Fidel López, uno de los historiadores que más influencia intelectual tuvo en nuestro país, difundió en sus escritos, donde campea a la par que su estilo galano, descuidada información de las fuentes, una versión antojadiza desprovista del más elemental recaudo crítico. Y en pos de ellos, escritores de menor cuantía han preferido abreviar en esa fuente cegada más que dirigir sus esfuerzos a la investigación personal." Enrique M. Barba. Estudio Preliminar, p. 7, en *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*, Col. El Pasado Argentino, Hachette, 2° edición, 1975.

³² Juan A. García fue profesor de Introducción al Derecho en la UBA, y emprendió en *La Ciudad Indiana* un ensayo sobre la configuración social y las ideas circulantes en la ciudad y campaña bonaerense del período colonial, justo en el filo del cambio de siglo (la obra es de 1900), y bajo la explícita inspiración de Fustel de Coulanges y Taine.

³³ Hijo de un diplomático y escritor (Vicente G. Quesada), actuó en política dentro del juarismo. Fue titular de la cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, designado a principios de siglo. Hizo un largo viaje por Alemania del que fue resultado su libro *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, obra con la que ingresó en la polémica a favor de una pedagogía destinada a crear una 'conciencia histórica', como Rojas por la misma época. Fue un gran admirador de la cultura y la sociedad alemana, y se erigió en un firme defensor de la neutralidad durante la guerra mundial. Lo central de su obra histórica versó en torno a la figura de Rosas, en tono fuertemente reivindicatorio. En esa línea, su trabajo de mayor resonancia fue su ensayo *La época de Rosas*.

³⁴ La obra más recordada de Peña es *Juan Facundo Quiroga*, que es en realidad una reproducción de las conferencias que dictó en Filosofía y Letras de Buenos Aires en 1903, como parte de su dictado de la asignatura Historia Argentina. Ernesto Quesada por *La época de Rosas*, cuya primera edición es de 1898, y David Peña con su *Juan Facundo Quiroga*, fueron precursores en la reivindicación de los caudillos y de la trayectoria de Rosas, y de la preocupación por la configuración del federalismo argentino, que posteriormente desarrollará Emilio Ravignani.

³⁵ Como su discípulo José Ingenieros, J. M. Ramos Mejía era de profesión médico, especialmente interesado en temas ligados a la psiquiatría, y por ese rumbo llegó a la labor de historiador, en la que su trabajo más difundido fue *Rosas y su tiempo*, en tres tomos. Halperín Donghi marca la diferencia entre el espíritu con que abordan la labor histórica Ramos Mejía o Juan Agustín García, ambos orientados por el positivismo, respecto a los hombres de la generación anterior: "...una baja irremediable en la tensión de ese empeño que mueve al historiador a ocuparse de historia. La historia no tiene ya lecciones que dar, o más exactamente el historiador no busca ya recibirlas porque no sabría ya aplicarlas; ya no está en sus manos el hacerlo, ni en manos de ese grupo que es el suyo y que él identifica con la nación toda." T. Halperín Donghi, "Positivismos historiográfico de José María Ramos Mejía" en *Imago Mundi. Revista de Historia de la Cultura*. N°5. Septiembre de 1954. El vínculo entre trabajo historiográfico y vocación de construcción de la realidad presente y futura había sufrido un primer hiato. El modelo de historiador comenzaba a alejarse de aquél en que la investigación histórica era una suerte de descanso respecto de 'los afa- nes de la vida pública'.

¹⁶ Francés de origen, director de la Biblioteca Nacional durante largos años, crítico literario muy severo, ajeno a la vida universitaria, Groussac apareció como una autoridad intelectual de primer orden en las décadas iniciales del siglo XX. Sus trabajos históricos estaban plagados de retórica y de culto al patriotismo, sin alcanzar el nivel de erudición que sería nota distintiva de la 'nueva escuela'. Los más conocidos fueron *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires* (1753-1810), y *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires 1536-1580*, amén de una compilación de *Estudios de historia argentina* en la que reunió trabajos breves. En sus pasos iniciales, la NEH dedicó no pocos esfuerzos a criticar los trabajos de Groussac, y con él polenzaron Carbia y Molinari, acusándolo de subordinar lo histórico al atractivo literario, a no incorporar las reglas de la profesión a su trabajo con los documentos, y a cubrir con retórica las falencias de su interpretación. Es evidente que se lo elegía como modelo del 'hombre de letras' dedicado a la historia como una tarea más, que se deseaba superar en función de una historiografía profesionalizada, con una inserción académica regular, que era la que los historiadores que comenzaban a trabajar en la Sección de Historia de la UBA querían imponer. Cf. Gustavo H. Prado, "La historiografía argentina del siglo XIX en la mirada de Rómulo Carbia y Ricardo Levene: problemas y circunstancias de la construcción de una tradición. 1907-1948", en Nora Pagano-Martha Rodríguez (comp.) *La historiografía rioplatense en la posguerra*, La Colmena, 2001 y Julio Stortini, "La recepción del método histórico en los inicios de la profesionalización de la historia en Argentina", en AA.VV, *Estudios de historiografía argentina* (II), Biblos, 1999.

¹⁷ Los intelectuales de la 'generación del 80' (Lucio V. Mansilla, Miguel Cané, Eduardo Wilde, por ejemplo) seguían siendo hombres de extracción social muy elevada y con acceso a la elite política, pero ya no eran personajes centrales de la misma como lo habían sido Mitre o Sarmiento, que unieron a la condición de ser grandes intelectuales, carreras políticas que pasaron por la presidencia de la república sin extinguirse con ella. Alguna cartera ministerial, una banca de diputado o senador, y los cargos diplomáticos fueron los destinos habituales de esta segunda generación. Cf. D. Viñas, *Literatura argentina y vida nacional*, vol. 2, CEAL, 1992, p. 232.

¹⁸ Juan Alvarez fue, además de historiador, un funcionario judicial de alto nivel, llegando a ser Juez Federal, Fiscal de la Cámara Federal de Rosario, y finalmente Procurador General de la Nación, al mismo tiempo que desarrollaba su obra histórica, que comprendió un ensayo breve pero muy perdurable de 1914 (se sigue reeditando hasta hoy) llamado *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, la compilación *Temas de historia económica argentina*, de 1929, y un estudio sobre su ciudad de residencia, Rosario, titulado *Historia de Rosario, 1689-1939*, del año 1943. El advenimiento del peronismo terminó con su prolongada carrera judicial, con el juicio político a la Corte Suprema, que lo incluyó y terminó en su separación.

³⁹ Ramón J. Cárcano es un caso arquetípico de combinación de miembro conspicuo de la alta burguesía, político e intelectual. Después de iniciar su carrera política muy joven, la frustración de su muy temprana candidatura presidencial por la revolución del '90 (no tenía treinta años), y el consiguiente ostracismo por 'juarizta' conspicuo, le depararon veinte años de dedicación a la administración de sus propiedades rurales y al estudio de la historia. Rehabilitado después de 1910 por Roque Sáenz Peña, otro ex juarizta, Cárcano fue diputado nacional, gobernador de Córdoba a partir de 1913, y en un segundo período en la década de los '20, siempre por el conservadorismo. Por esa misma época será presidente de la Sociedad Rural Argentina. Ya en los treinta ocupará la presidencia del Consejo Nacional de Educación (por poco tiempo) y luego será embajador en Brasil. Terminará sus días como alto funcionario en el área previsional, hasta que muere en 1946. Desde su juventud, escribe historia, con aristocrático desprecio por las convenciones académicas (para explicitar ese desdén no dota a sus libros de prólogo, ni notas al pie, ni índice de nombres ni bibliografía) y especial dedicación al período de la '*Organización Nacional*': *De Caseros al 11 de setiembre*, en 1918, y *Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda*, publicado en 1921, y a la guerra del Paraguay: *Guerra del Paraguay. Orígenes y causas*, de 1939 y *Guerra del Paraguay, acción y reacción de la Triple Alianza*, de 1941. La Academia Nacional de la Historia reconoció ampliamente su perfil de historiador-gentleman, elevándolo a la presidencia de la misma en dos oportunidades. La segunda vez lo sucedió Ricardo Levene, marcando la transición definitiva al predominio del 'profesionalismo'.

⁴⁰ Político, diplomático y funcionario público como su padre, vinculó más claramente su inserción en el aparato estatal con la tarea historiográfica, ya que escribió sobre política agraria, el libro de 1917, *Evolución histórica del régimen de la tierra pública*, y sería a partir de 1934 ministro de Agricultura de Justo, y sobre relaciones internacionales, luego de dedicar un lapso prolongado a funciones como embajador, y de ser ministro de Relaciones Exteriores en 1961: *Las relaciones exteriores en la historia argentina*, de 1973.

⁴¹ Los historiadores de la Academia Nacional de la Historia se empeñan en señalar como antecedente de la Junta, al Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata. Este fue una creación de Mitre, en el período de separación entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación (1854), que resultó más que efímera, ya que su existencia se diluyó antes de 1860. Más allá de su corta vida, y de su irrelevancia práctica, filiar a la Junta y a la Academia en el Instituto, significa agregar casi cuatro décadas a la antigüedad de las instituciones académicas ocupadas de la historia nacional, reforzar el vínculo con el 'padre fundador' creador también de aquella institución, y equipararse en cierto sentido a los cercanos Brasil y Uruguay,

que fundaron sus propios Institutos antes de 1850. En el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay tomó parte el propio Mitre durante su exilio montevideano, junto con el uruguayo Andrés Lamas y algunos otros exiliados, circunstancia también mencionada en ocasiones como lejano antecedente de la institucionalidad histórica argentina. Una buena síntesis de ese intento organizativo, en el contexto de los antecedentes de la profesionalización de la historiografía en el país, se encuentra en Pablo Buchbinder, "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* Tercera serie, núm. 13, 1er. semestre de 1996, pp. 67-68.

¹¹ En Pablo Buchbinder, art. cit., pp. 69 y ss. se describe este proceso de traspaso al Estado nacional. Es de notar que en estos primeros años no había una clara división del trabajo entre Archivo y Biblioteca. Esta última, bajo la dirección de Paul Groussac también atesoraba y publicaba documentos inéditos, además del material impreso que luego constituiría su objetivo específico.

III

La nueva escuela histórica

La 'nueva escuela histórica', como dijimos, se constituyó sobre una base de profesionalización creciente, en las dos primeras décadas del siglo XX.¹ Eso se produjo tanto dentro de la institución universitaria, a través sobre todo del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, al que pertenecían la mayoría de los integrantes del grupo fundador; y también fuera de ella, en la Junta de Historia y Numismática Americana, antecedente de la Academia Nacional de la Historia.² En esta última institución coexistirían durante bastante tiempo historiadores de un perfil más bien *dilettante*, con dedicación principal a la política o a profesiones liberales, con historiadores claramente profesionales como Ricardo Levene, considerado uno de los fundadores de la Nueva Escuela.

'Profesionalización' no equivale en este caso a estudios históricos formales: la Nueva Escuela seguía teniendo un componente predominante de abogados (Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari, Ricardo Levene, Enrique Ruiz Guiñazú) y otros profesionales de ramas ajenas a la historia, e incluso sin formación universitaria (José Torre Revello, que llegó a ser responsable de Investigaciones del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, no había completado la enseñanza de nivel medio). Se refiere en cambio a que ingresa a la actividad una generación de historiadores que tiende a vivir de su profesión, en la docencia, la investigación, y cargos públicos relacionados, y a convertir el rigor en su trabajo, la búsqueda constante de

nuevas fuentes, la investigación en archivos, en la piedra basal de su legitimidad como tales.

El *profesor-gentleman* para el que la historia era un *hobby*, era reemplazado progresivamente por profesionales de la historia a tiempo completo, en un proceso que puede ligarse a la reforma universitaria y la parcial renovación que introdujo en el claustro profesoral, con el ingreso de docentes de extracción social no muy elevada, para los que vivir de su labor de enseñanza e investigación podía constituir una perspectiva atractiva.³ Este proceso no era exclusivo de la historiografía, sino que se daba también en la literatura y el periodismo, también dominados por representantes de sectores sociales en ascenso, que hacían de esas actividades su medio de vida principal. Podría anotarse al respecto que la profesionalización marca un cambio en el origen social y en la actitud hacia la vida académica, pero también da la base para una subordinación directa al aparato estatal, y a través de él a las clases dominantes, al convertir a las condiciones del salariado a los investigadores. Se desarrolla un talante del tipo 'funcionario público, especialidad historiador' que coloca a la dependencia burocrática como un condicionante privilegiado de la tarea intelectual.

La Junta de Historia y Numismática Americana data del período anterior, siendo uno de sus fundadores el propio Mitre, en el año 1893 (nació como Junta de Numismática, en 1895 pasó a llamarse Junta de Numismática e Historia, y tomó la denominación arriba mencionada en 1901, cuando el interés fundamental de sus animadores ya había virado hacia la historiografía.) Mitre fue el primer presidente de la Junta, cargo en el que permaneció hasta su muerte.⁴ La institución fue tomando progresivamente un perfil cada vez más formalizado, de ámbito de producción y aprobación de la visión oficial del pasado, con apoyo financiero y consulta frecuente por parte de los poderes públicos.

En enero de 1938 se transforma en Academia Nacional de la Historia, por decreto del presidente Agustín P. Justo, lo

que le asigna un mayor carácter oficial, además de una definitiva orientación a la historia argentina como objetivo central. Por esos años se le proporcionan a la Academia fondos públicos para ampliar las instalaciones en el Museo Mitre, su sede de la época, y se le facilitan recursos para sus ediciones, en primer lugar la *Historia de la Nación Argentina*. Una vez asignado el carácter de Academia Nacional, resultaba claro que el Estado la erigía en la institución oficial por excelencia en lo que a fijación del canon histórico nacional se refería, y le otorgaba las protecciones y privilegios correspondientes. A sus actos y conferencias concurrirían funcionarios, y ocasionalmente, hasta presidentes de la Nación, y distintos poderes públicos efectuarían consultas sobre símbolos nacionales, lugares históricos, efemérides, autenticidad de documentos, iconografía histórica, imágenes a utilizar en billetes, nombres de calles y lugares públicos, programas y textos y otras cuestiones vinculadas con la fijación definitiva de una imagen del pasado nacional, legitimadora del orden social existente.

Que la Academia no fuera, por definición, un organismo universitario, no implica que los directivos de la Academia no tuvieran inserción en ese campo. El propio Levene fue profesor de Historia Argentina y decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, e incluso presidente de esa Universidad. En el ámbito de investigaciones de esa carrera de Historia y bajo la orientación del mismo Levene, se desarrolló un vasto proyecto de estudio de la historia bonaerense. Fue asimismo fundador del Instituto de Investigaciones sobre Historia del Derecho, en la correspondiente facultad de la UBA, y también titularizó la cátedra de Sociología en Filosofía y Letras de la misma universidad. Esta variada inserción institucional configuraba una suerte de 'área Levene' en la historiografía, mientras que el 'área Ravignani' estaba centrada en Filosofía y Letras de la UBA, con ramificaciones en el Instituto del Profesorado, institución de mucho peso en la época.⁵

El Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, fue fundado en los primeros años del siglo XX, con el nombre de Sección de Historia y bajo la dirección de Luis María Torres, que inició la publicación de la serie *Documentos para la historia argentina*, de los que se editaron varios tomos, y una completa documentación sobre *Asambleas Constituyentes Argentinas*. Otra de las actividades del Instituto fue la exploración y catalogación de los archivos españoles, en especial el *Archivo de Indias*, de Sevilla, en el que trabajó José Torre Revello. En 1920 tomó la dirección Emilio Ravignani, y al poco tiempo cambió su denominación por la de Instituto de Investigaciones Históricas. Ravignani permanecería en la dirección del Instituto hasta los primeros años del peronismo. La primitiva Sección de Historia fue el principal lugar de origen de la Nueva Escuela, allí revistaban, del grupo inicial mencionado por J. A. García; Ravignani, Carbia, Molinari y Luis María Torres, y fue donde la tendencia renovadora imperó sin disputa desde un comienzo, ya que en la Junta convivieron mucho tiempo quienes se adscribían a la renovación con autores de menor rigor metódico y menos apego a los documentos originales.⁶

La obra mas recordada de Ravignani fue la *Historia Constitucional Argentina*, extenso estudio de la organización jurídico-institucional del país, tema que integró lo central de sus preocupaciones históricas. A diferencia de los historiadores de generaciones anteriores, comprometidos políticamente con el orden oligárquico-conservador, y de contemporáneos como Levene, que se mantenían 'apolíticos', Ravignani fue un destacado dirigente de la U.C.R, siendo diputado nacional por ese partido en varios períodos. A partir de los años '30 se alineó con la fracción 'alvearista' del radicalismo, y sería destacado miembro del bloque 'de los 44', como se conoció a los legisladores de la UCR que formaban la bancada opositora al peronismo gobernante. También radical, pero yrigoyenista, fue otro prohombre del Instituto, Diego

Luis Molinari, que después de 1943 se volcaría al peronismo, por el que llegaría a ser senador nacional.

La *Nueva Escuela* se amparaba en el rigor metódico y la crítica concienzuda de los documentos, de acuerdo a los preceptos de los historiadores alemanes. Así la definía uno de sus destacados cultores, que fue además quien escribió el análisis más completo de la historiografía argentina que exista hasta hoy, Rómulo D. Carbia:

La *nueva escuela* (...) postula una reconstrucción histórica americana, y en particular argentina, a base de pesquisas documentales y bibliográficas realizadas de acuerdo con los más estrictos métodos de Bernheim, seriando los hechos, estableciendo los procesos con el concepto de la universalidad de los fenómenos históricos y haciendo *revivir* el pasado, sin que la forma literaria obedezca a la preocupación única de lo estético. (...) La *nueva escuela* (...) entraña una reacción contra el infundado criterio de autoridad y marcha en búsqueda de una cumplida intelección del pretérito, con un afán parecido a aquel que en el último tercio del siglo XVIII caracterizó al movimiento iluminista, pero aplicando el mismo juicio orientador y las mismas técnicas de la escuela historiográfica de Ranke. Se quiere ver a plena luz, y con un sentido humano de las cosas, el panorama integral de lo pasado, tratando de encontrar la explicación de los fenómenos por el camino de su génesis..."⁷

Se destaca en esta conceptualización la identificación con la reconstrucción de los 'hechos tal como fueron' a través del análisis riguroso de las fuentes inéditas, consideradas como llave fundamental del saber histórico. La tarea del historiador descansaba más en la 'caza del inédito', que en la comprensión y análisis de la materia histórica.

La Nueva Escuela⁸ ocupó ámbitos institucionales que contaron con apoyo del Estado, y durante algunos períodos dispuso de fondos para efectuar publicaciones, viajar al extranjero, enviar miembros a estudiar archivos españoles,

establecer miembros correspondientes en el exterior, y otras actividades necesarias al afianzamiento de la disciplina histórica. Tuvieron en común la reivindicación del rigor heurístico (por eso se apoyaron más en Mitre que en López), la dedicación predominante a la historia política (y dentro de ésta la centrada en torno a las diversas manifestaciones de las instituciones y del Estado en particular), y su vocación por desarrollar un metódico trabajo de ubicación, copia, estudio y publicación de documentos. Su forma de concebir la escritura de la historia, estaba ligada a la visión de la historia-acontecimiento, centrada en construir una narración en torno a los grandes 'hechos', con el afán de reproducirlos, en una visión de impronta positivista." Por tanto era poco proclive al entendimiento de la historia como proceso de cambios casi imperceptibles que sólo se visualizan en períodos prolongados, tal como se impondría unas décadas después.¹⁰

Era una visión de la historia mirada 'desde arriba', propensa al culto a los 'grandes hombres' y las 'minorías ilustradas', y a prestar poca atención a las 'masas anónimas', más allá de la visión desdeñosa o paternalista que se tuviera sobre las mismas. Su misma forma de concebir el método histórico, centrada en el conocimiento de los documentos, en gran proporción de carácter oficial, los restringía a un estudio sesgado hacia el ámbito estatal e institucional, o al menos a reflejar los puntos de vista que allí se formaban. Hay que señalar, que tanto la historia centrada en las elites y los grandes personajes, como el culto a los 'hechos' y la negativa a plantear problemas e hipótesis para resolverlos, no era en absoluto privativa de los historiadores locales, sino que formaba parte en la época del paradigma internacional dominante, sobre todo en Alemania y Francia, y precisamente en nombre del rigor y de la 'ciencia'.¹¹ Estas creencias estaban acompañadas por la asunción de la tarea de historiador como parte de una actividad de construcción más vasta de las bases del Estado y la nacionalidad, entendidos ambos en la óptica de las clases dominantes, aunque estos historiadores,

a diferencia de los anteriores al Centenario, ya no provenían en general de las familias 'patricias'¹² sino de las capas medias. La profesión de historiador se convertía así en un 'deber cívico', y la exaltación de los 'valores patrióticos' y las raíces de la identidad nacional, en una virtual obligación de un modelo de historiador que era (y se asumía como) 'funcionario de la ideología', para usar una terminología de origen gramsciano.

Veamos como caracteriza la relación de los historiadores con el pasado nacional y su utilización para formar sentido común de las masas, el más autorizado vocero de la historia oficial, Ricardo Levene:

"La Historia patria es fuente perenne de inspiración y formación del alma nacional que tiene fisonomía propia y ha realizado las obras originales de la argentinidad. La tradición viene a nosotros, caudalosa corriente central de la Historia, en instituciones, ideas, religión, creencias, preceptos estampados en la Constitución (...) que los pueblos fuertes y progresistas como el nuestro, atesoran con el mismo patriotismo con que se conserva y se defiende el patrimonio territorial." "Debemos alentar la fe colectiva y armar el espíritu del pueblo combatiendo la atonía, mal conocido desde antiguo, la enfermedad de las sociedades desmoralizadas o en decadencia. La Historia es expresión palpitante de la vida de un pueblo, de su unidad en el espacio y de su continuidad en el tiempo."¹³

Esa tarea apologética se realizaba al mismo tiempo que se seguía profesando la 'objetividad' del historiador, pensando al investigador más como un 'medio' para traer el pasado al presente, documentos mediante, que como intérprete del proceso histórico. A la ceguera sobre el papel del historiador en la selección de los hechos históricos, y en cierta medida en la 'construcción' de esos hechos como 'históricos', se añadía la incapacidad de ver que los documentos no reflejaban la 'verdad' pura y simple, los hechos 'tal como fueron' sino un punto de vista condicionado por las coordenadas de su 'posición' en el proceso histórico. Tal 'objetividad' se completaba

con la pretensión de 'apoliticismo', con un razonamiento en el que a la identificación con el pensamiento oficial no se le asignaba carácter político, sino que constituía la única creencia posible para un historiador cabal, el que imbuido de 'sano patriotismo', participaba 'naturalmente' en la legitimación retrospectiva del orden social.

Tanto la Junta como el Instituto encararon la publicación de documentos en gran escala (sobre todo en torno al período virreinal y el de la Independencia¹⁴) con algunos esfuerzos monumentales en esa dirección como *Asambleas Constituyentes Argentinas*, dirigida por Emilio Ravignani, o la *Historia del Derecho Argentino*, de Ricardo Levene. Predominaban los historiadores que tenían formación jurídica y no histórica, lo que incidía adicionalmente para que su dedicación central fuera casi siempre a la historia política, con una gran preocupación por el establecimiento de la cronología y por el trabajo sobre los documentos,¹⁵ y la consiguiente pobreza (o directa carencia) en cuanto a 'problematización' de las cuestiones históricas, ya que, garantizado el rigor heurístico, y establecida la narración básica de los sucesos, la tarea quedaba prácticamente terminada, o bien la seguía como segunda etapa, el adaptar la interpretación de esos hechos a las 'simpatías retrospectivas' del poder estatal.¹⁶ Cuando incursionaban en temas económicos, sociales y culturales, no abandonaban esa impronta, y seguían sin desarrollar herramientas específicas para transitar por otros 'niveles' de la realidad distintos al político-institucional. En cuánto al conflicto social y político, solían interpretarlo en clave de choques entre partidos o personalidades, subestimando su base material para privilegiar las diferencias doctrinarias o las distintas concepciones éticas.

Al interior de esta escuela hubo discrepancias y debates,¹⁷ que llevan a cierta diferenciación entre la Junta y su sucesora la Academia por un lado, y el Instituto de Investigaciones Históricas del otro. La primera quedó asociada a una relación más estrecha con el aparato del Estado, y a una visión

historiográfica más propensa a la exaltación patriótica y a la elusión de cualquier enfoque crítico, lo que se acentuaría después de 1930:

“Después de 1930, ante la crisis argentina desencadenada, la visión académica comienza a cristalizarse, y alcanza la dimensión de institución de ‘estado’, en un marco de restricciones inéditas a la libertad ideológica en el ámbito universitario y académico (...) para adaptarse al clima creado por la crisis argentina, el conocimiento histórico debía ofrecer garantías de su total irrelevancia al presente y al futuro, limitando sus perspectivas a aquellas que los poderosos de turno juzgasen inofensivas.”¹⁸

El rol legitimador de la Academia salía a la superficie, se volvía más inmediato. A la luz de la situación generada por la crisis, la historia proporcionaba un buen fundamento para la recomposición de una cierta legitimidad de parte de un régimen empeñado en sustentarse con exclusividad en una elite y negarse a una nueva liberalización del sufragio.¹⁹ Los lazos de la Academia con el poder político se habían reforzado considerablemente, y el Estado se interesaba cada vez más en contar con el apoyo activo de la institución.²⁰ Además, la Academia tendía a incorporar miembros que unían a su inclinación por la historia (a veces bastante escasa) la pertenencia a instituciones de poder cuya benevolencia se deseaba cultivar: nunca faltaban uno o más sacerdotes u obispos-académicos²¹, y un par de oficiales superiores del Ejército y la Marina, dedicados a la historia de sus respectivas instituciones,²² con el agregado de algunos grandes nombres de las ‘letras’, como Leopoldo Lugones, y de representantes de profesiones liberales varias.

La relación entre las dos instituciones no dejó de tener puntos de conflictividad. En ocasiones la Academia ‘demoraba’ la incorporación como miembros de los investigadores surgidos del Instituto, por más importante y reconocida que fuera su labor. Esto ocurrió con el propio Ravignani, recién aceptado en la Junta en 1931, o con José Torre Revello, también

incorporado de modo tardío. Otros miembros destacados del Instituto nunca fueron admitidos en la Academia, como Rómulo D. Carbia o Diego Luis Molinari.

El Instituto tendía a reclamar para sí una profesionalidad más rigurosa, una preocupación más 'desinteresada' por la investigación (menos ligada a los poderes públicos), e incluso la voluntad de incursionar en algunas cuestiones polémicas, como la de los orígenes del federalismo argentino y la relación con éste de los caudillos y del propio Juan Manuel de Rosas, que constituían la especialidad de su director, Emilio Ravignani.²³ Algunos de sus máximos animadores, como Ravignani, Molinari o Carbia, mantuvieron un talante algo más crítico, menos proclive a la deferencia ante el poder que ostentaba la Academia. Carbia se atrevió, incluso, a acoger con 'beneficio de inventario' la herencia de Mitre como historiador, al reconocer su valor como iniciador, sin renunciar a la crítica de su obra:

"Mitre, un poco embanderado en el culto del héroe como lo denuncia hasta el título de sus libros, no tuvo idea clara del proceso histórico, ni sacó a su aparato erudito todo el provecho que hoy le extraen las disciplinas historiográficas (...) no es posible desconocer, sin embargo -y tal es el más cumplido elogio que puede hacerse del biógrafo de Belgrano- que él fue un precursor verdadero, en una hora en que la cultura comenzaba entonces como a amanecer."²⁴

Tal toma de distancia no era dable en el territorio de la Academia, siempre practicante del culto a su fundador.

De todas maneras, y más allá de matices, los miembros de ambas instituciones no dejaron de hermanarse en un rol de intelectuales orgánicos de la clase dominante, en el que ambas instituciones se reconocían compartiendo un papel rector, como en su momento lo expresara el propio Levene en un discurso de homenaje a su colega Ravignani, fallecido unos años antes:

"El carácter científico de las investigaciones históricas y

su desarrollo en la Argentina se relaciona con dos instituciones principales que han patrocinado y promovido la cultura histórica: la Academia Nacional de la Historia y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras.²⁵

En ese carácter fueron co-autores de un canon histórico que luego se proyectó sobre el sistema educativo y los documentos oficiales, con una influencia que perdura hasta nuestros días. Punto culminante de la elaboración de esa versión canónica fue la redacción y publicación de la *Historia de la Nación Argentina*,²⁶ bajo la presidencia de Agustín P. Justo (luego continuada en la *Historia Argentina Contemporánea*).

Esta fue una obra integral,²⁷ que constituyó la *summa* de la historiografía liberal, y en la que participaron el grueso de los representantes de esta escuela (Enrique M. Barba, Ravignani, Levene, Torre Revello, Juan Cánter, Ricardo Caillet-Bois, Enrique de Gandía, Juan Alvarez, Roberto Levillier, el padre Guillermo Furlong, Carlos Heras, Diego Luis Molinari, José León Pagano, Ricardo Rojas, Mariano de Vedia y Mitre, Ramón J. Cárcano) fueran o no miembros de número de la Academia. Incluso una figura de la conducción gubernamental de la época, el coronel José María Sarobe, tuvo a su cargo la redacción de una sección de la obra.²⁸ En efecto, el Estado nacional se comprometió activamente en la publicación de la *Historia...*, dispuso apoyarla por decreto, hizo votar una ley con una partida presupuestaria especial para su publicación. Esto nos habla de la importancia que se le asignaba a la escritura de la historia dentro de las tareas de la clase dominante y el Estado. Sarobe sería poco después incorporado como miembro de número, y el propio presidente Justo aspiró a ser miembro de la Academia (y fue presentado para su admisión, a la que se opusieron con firmeza y éxito algunos académicos de filiación radical, en particular Ricardo Rojas). Evidentemente se avanzaba en la vinculación de la institución con la dirección del aparato estatal.

Ello formaba parte de toda una política, desplegada durante la presidencia Justo, y continuada por sus sucesores hasta junio de 1943, de uniformación de la visión histórica, en lo que puede caracterizarse como una ofensiva del aparato del Estado para fijar definitivamente una 'historia oficial' en un momento de crisis general del ordenamiento socioeconómico y político, que se proyectaba incluso al plano específico historiográfico, ya que en esos años despuntaba con fuerza el revisionismo inicial. A la cerrazón del régimen conservador en el presente, se le adosaba una interpretación del pasado de simular impenetrabilidad frente a innovaciones y críticas. A esa imposición de una visión oficial se la dotaba de una cristalización institucional, creando organismos estatales o con apoyo oficial, para encargarse de esas tareas. Así se produjo una suerte de 'segundo ciclo' de fundación de instituciones estatales dedicadas a la historia, si consideramos como el primero el del cambio de siglo, en que se originaron el Archivo Histórico Nacional, el Museo Histórico Nacional y la Junta de Historia y Numismática. De la presidencia de Justo datan el Archivo Gráfico Nacional, la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos (para cuya presidencia también se designó a Levene) y el Instituto Nacional Sanmartiniano. Este fue colocado, desde sus comienzos, bajo la dirección de las FF.AA. y se convirtió en el bastión de la historiografía militar.²⁹ La Comisión se dedicó, entre otras actividades a ubicar, y declarar tales, a los sitios y edificios con valor para la recuperación del pasado nacional. Empezó la reconstrucción de la Casa Histórica de Tucumán, creó el Museo del Cabildo y la Revolución de Mayo y el Museo Sarmiento. Se tendía a completar así la instauración de una simbología oficial sobre el pasado nacional.³⁰ También del mismo período es la conversión de la Junta de Historia y Numismática Americana en Academia Nacional, y la realización en Buenos Aires del II Congreso de Historia Americana (1936), que proporcionaba una vidriera internacional a los académicos locales. Quedaba así completa, en su estructura

fundamental, un conjunto de 'aparatos históricos del Estado', que llegarán hasta nuestros días, componiendo una fuerte intervención estatal en la construcción de la visión sobre el pasado nacional. Esa estructura administrativa cimentaba, en su práctica, la defensa de una visión del pasado nacional que jugaba como legitimación retrospectiva de las relaciones de poder del presente, y podía ponerse en movimiento para defender esas operaciones legitimadoras cuando ellas se vieran amenazadas desde cualquier dirección.

A través de la lectura de la *Historia...* y de las obras importantes de estos autores, se percibe la existencia indudable de una distancia en el enfoque entre las elaboraciones eruditas, de mayor complejidad en el tratamiento, y los textos destinados a la divulgación o a la enseñanza, directamente orientados a la implantación de una visión apologética de las 'clases dirigentes'. El esquematismo y la trivialización de las interpretaciones crecía en los textos destinados a escolares, pero la escritura de éstos no era más que un aspecto de la división del trabajo en una tarea común: los propios protagonistas de la Nueva Escuela, comenzando por Ravignani y sus adláteres del Instituto³¹, escribieron textos destinados a la enseñanza secundaria. Hay una indiscutible articulación entre las diferentes modalidades, niveles y asientos institucionales que los revelan como partes constitutivas de una 'versión oficial' de fondo único. Menos explícita, sin tanta carga retórica, la apologética estaba presente incluso en las obras de mayor pretensión científica. La tarea de construcción de la versión oficial (y estatal) del pasado argentino, tuvo una proyección en la manualística escolar y en las obras de divulgación, sobre todo las dirigidas a la juventud. La historia argentina a enseñarse en las escuelas de los diversos niveles, comenzó a fijarse ya a principios de siglo, y en cierto sentido se proyecta hasta nuestros días. El propio Levene, mentor máximo de la Academia y de la *Historia...* produjo manuales de historia nacional (*Lecciones de Historia Argentina*, en dos tomos, cuya primera edición data de 1912 y

cuenta con prólogo de Joaquín V. González) y compilaciones de documentos aptos para uso escolar.

La historiografía liberal constituyó, sobre todo en su versión apta para la enseñanza, la divulgación o actos oficiales, una historia centrada en la narración, y en la valoración de los protagonistas, a los que divide entre réprobos y elegidos, con la 'clase dirigente' pintada siempre con caracteres idílicos y sin grandes discrepancias a su interior. Entre próceres sólo se reconocían malentendidos y distanciamientos temporarios, pero siempre aparecían reconciliados a la larga por el fondo de patriotismo, desinterés personal y nobleza de espíritu que impulsaba las acciones de todos ellos. Así, por sobre las individualidades, se dibujaba un sujeto colectivo, una elite que guiaba el país, con el bien público y el 'engrandecimiento nacional' como objetivo fundamental. Por supuesto que la gravitación de intereses económicos o de luchas por el poder entre distintos sectores, quedaba excluida de modo axiomático. Como contracara, existían los períodos de 'oscuridad' en que el país había sido gobernado por 'tiranos' (por definición Rosas, y después de 1955, Perón) o se sumió en la 'anarquía', lapsos estigmatizados por una condena global que les adjudicaba el monopolio de las 'luchas de facciones', las 'ambiciones personales desenfrenadas', y todos los disvalores posibles, con el efecto buscado de dar brillo a los períodos 'normales', en los que todo se subsume en la búsqueda insobornable de la 'grandeza de la patria'. En cuanto a las clases subalternas, su papel es invariablemente de acompañamiento, casi de comparsa. Serán 'pueblo' pintado con nobles caracteres compatibles con su humildad y su dejarse conducir, cuando actúan del lado de los 'próceres'. O 'populacho' bárbaro e irracional cuando aparecen asociadas a la 'anarquía' o apoyando a 'demagogos'. En algunos casos especiales, el culto a las individualidades destacadas se proyectará sobre algún personaje de extracción social subalterna, incorporándose al panteón alguna que otra figura emblemática de los 'hombres pequeños', leales y patriotas pese a

su baja condición, desde la que se elevan a través de un acto heroico, al estilo del Sargento Cabral.³²

Una característica lateral, pero no irrelevante, de toda esta historiografía, era su tendencia al distanciamiento temporal, a sólo ocuparse de períodos vividos por generaciones pasadas y no por las contemporáneas al historiador. De hecho se dedicaba atención preferente al período colonial y a los años de la emancipación, con prolongaciones que solían no ir mas allá del período inicial de la llamada 'organización nacional'. La *Historia de la Nación Argentina* culminaba en 1862, es decir en el momento que, con la victoria de Mitre en Pavón, se produce la unificación del país bajo predominio de Buenos Aires, y que el volumen dedicado al período de Rosas fuera postergado por años, en razón de lo 'conflictivo' del período. Sólo en los años '60 haría aparición la continuación, que a su vez se detiene en 1930.

Solía invocarse como justificación al respecto el prurito del necesario 'aquietamiento de las pasiones', vehículo de una toma de distancia necesaria para el estudio y la reflexión 'objetiva', a la hora de justificar la reticencia a ocuparse del pasado reciente. Lo cierto es que la mitificación de ese pasado lejano era *prima facie* más sencilla, los testigos directos ya estaban muertos, las posibles impugnaciones eran menos acuciantes, y posiblemente se buscara precisamente ese efecto. Otras veces, el corte tenía el propósito claro de eludir el debate sobre etapas 'turbulentas': al menos hasta los primeros años '70 los programas de la escuela secundaria se interrumpían bruscamente el 4 de junio de 1943.³³

Como efecto de este manejo temporal, la gran mayoría de las obras historiográficas versaban sobre períodos no posteriores a los años '60 del siglo XIX, lo que paradójicamente afectó también a los autores de intención crítica, ya que el revisionismo apuntó luego a los mismos lapsos históricos. La época que va de los últimos años del mil ochocientos y más aun la del siglo XX tendía a quedar en manos de memorialistas y biógrafos, desdeñada en cuanto a su dignidad 'histórica'.

Sin duda fue Ricardo Levene el que dio asiento definitivo a esta escuela, desde una potente y diversificada inserción institucional, que abarcaba la Facultad de Derecho de Buenos Aires, la de Humanidades de La Plata, la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y el Archivo Histórico de la Provincia. Fue quizás el exponente máximo de la historiografía liberal.³⁴ Su obra de mayor aliento, el *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, cuya primera edición data de la década de los '20, constituyó el complemento de la obra de Mitre en cuanto al establecimiento del canon de interpretación del período de la Independencia, y entronizar a la tercera figura entre los próceres de 'los albores de la nacionalidad'. Allí pinta a un secretario de la Junta ajeno a propensiones jacobinas (Levene batalló durante años en procura de demostrar el carácter apócrifo del *Plan de Operaciones*, por ejemplo en *Nuevas comprobaciones sobre la apocricidad del Plan atribuido a Mariano Moreno*, contra historiadores de variadas tendencias que sostenían su autenticidad)³⁵ casi como un pacífico jurista pensando en el andamiaje del nuevo estado independiente. Otras obras importantes del autor son *La anarquía de 1820 y la iniciación de la vida pública de Rosas*, la *Historia de las ideas sociales argentinas*, *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato del Plata*, *Introducción a la historia del derecho indiano*, *Introducción a la historia del derecho patrio*, además de las *Lecciones de Historia Argentina*, obra orientada a la enseñanza, claramente inspirada en la similar francesa de Benjamín Lavissey y una monumental *Historia del Derecho Argentino*, en once volúmenes. Fue asimismo el autor de la tesis de que 'las Indias no eran colonias' (un libro dedicado a defender esa tesis, titulado justamente *Las Indias no eran colonias*, fue publicado en 1951) sino territorios incorporados de forma directa y plena a la Corona española, constitutiva de un intento de releer (desde un pretendido basamento jurídico) todo el sentido de la historia colonial,

contribuyendo a la llamada 'leyenda rosa' de una dominación española tolerante, guiada por la voluntad civilizadora y evangelizadora y no por el ansia de riquezas. También dedicó atención al trabajo historiográfico de Mitre, con *Los estudios históricos de la juventud de Mitre* y *Las ideas históricas de Mitre*. En cuanto a su enfoque personal de la historia, lo que quizás más destaca es un perfil de abogado-historiador, que pretende interpretar la historia a través del derecho, exacerbando así la tendencia a visualizar el conjunto del proceso histórico desde el punto de vista de las clases dominantes y del aparato estatal, productores de las normas jurídicas. También se caracterizó por su empeño en 'mellar el filo' de situaciones de conflicto o de ideas radicales, como en su tratamiento de la entrevista de Guayaquil, incluido en la *Historia...* de la Academia y en su trabajo *El Genio Político de San Martín*, o en el ya mencionado contra la autenticidad del Plan de Moreno.³⁶ Levene presidió la Academia por un total de casi treinta años, siendo que entre 1934 y 1959, año de su muerte, fue presidente en forma casi ininterrumpida (salvo el par de años que duró la intervención dispuesta durante la segunda presidencia de Perón).

La Academia Nacional de la Historia, sería el núcleo mayor de la historiografía erudita. Entidad apoyada por los poderes públicos, encargada desde el Estado de prestar las bases para la articulación del pasado y el presente, con la historia como 'convidada de honor a la constitución de la argentinidad'. Esa 'historiografía oficial' sufrió la contestación revisionista desde los años '30 sin perder espacio académico, logró que parte de sus integrantes alcanzaran posiciones ventajosas durante el peronismo (algunos previo vuelco al revisionismo, como Diego Luis Molinari, otros sin necesidad de ello, como José Torre Revello), y volvió con fuerza a ocupar el espacio central después de 1955. La aparición de la escuela renovadora, llamada 'nueva historia' o 'historia social', a partir de ese entonces, no implicó que la historiografía tradicional perdiera su posición frente a los poderes públicos, el

dominio de la mayoría de las cátedras universitarias, y un amplio entramado de relaciones internacionales.³⁷ A partir de 1966 los períodos de reacción política volverían a entronizarlos una y otra vez en los lugares de predominio, y recién de 1983 en adelante ese panorama cambiaría.

A partir de esta última fecha, con una clase dominante que ya podía permitirse la existencia de la democracia representativa y el 'pluralismo' ideológico después de la masacre dictatorial y la derrota de los proyectos transformadores, las nuevas corrientes modernizadoras le arrebatan el predominio en el ámbito académico y frente al aparato estatal. Se inicia así un período de repliegue que dista de ser total y que conjuga elementos de recomposición y re-agrupamiento. Así lo muestra, por ejemplo, el reciente lanzamiento de una nueva versión de la *Historia de la Nación Argentina* (de la que ya se han publicado ocho volúmenes)³⁸, y ciertos 'puentes de plata' tendidos a la corriente hegemónica en la universidad sobre todo por vía de su incorporación a los escaños académicos, o su inclusión como autores en los últimos emprendimientos editoriales.

NOTAS

¹ Argentina fue el primer país latinoamericano donde se produce el proceso de profesionalización de los historiadores, bastante antes que en México y Brasil, cf. Carlos A. Aguirre Rojas, *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX*, Prohistoria-Suárez, Rosario, 2000, pp. 75 y siguientes.

² Esa doble centralidad de la 'autoridad' historiográfica (Universidad y Academia) constituiría una peculiaridad argentina, a diferencia de Europa, con predominio completo de las universidades, y de otros países de Sudamérica donde la autoridad máxima son las respectivas academias nacionales. cf. Fernando J. Devoto, "La enseñanza de la historia argentina y americana. Nivel superior y universitario: dos estudios de casos", en Academia Nacional de la Historia, *La Junta de Historia Numismática Americana y el Movimiento Historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, tomo II, 1996, p. 390.

³ Cf. José Carlos Chiaramonte, entrevista en Javier Trímboli y Roy Hora, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, El Cielo por Asalto, 1994, p. 150.: "La prioridad del historiador-gentleman, del historiador de familia principal, desaparece, y surgen historiadores de apellidos extraños, como Ravignani, Molinari o Levene, todos de origen inmigrante." En realidad, la 'profesionalización' abarcó a intelectuales en general. David Viñas ubica el surgimiento de la Nueva Escuela Histórica, dentro de un proceso general de profesionalización de escritores e intelectuales, en ligazón directa con el origen inmigratorio, de clase media, de muchos de ellos. Menciona en ese sentido a Roberto F. Giusti y la fundación de *Nosotros*, en 1907, y a Alberto Gerchunoff. Cf. D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*. Vol. 2. CEAL, 1994, p. 231.

⁴ cf. E. de Gandía, "La Academia Nacional de la Historia. Breve Noticia Histórica" en A. N. de la Historia. *Historia de la Nación Argentina*, 2da. edición, 1939, pp. 99-100.

⁵ cf. E. de Gandía, art. cit. p. 139

⁶ Carbia da como 'grupo primitivo' al de la antigua Sección de Historia, y luego menciona, junto con Filosofía y Letras de la UBA, a la Facultad de Humanidades de La Plata y al Instituto Nacional del Profesorado como 'centros de irradiación' de la corriente. Rómulo D. Carbia, *Historia crítica de la Historiografía Argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)*, Edición definitiva, Buenos Aires, Coni, 1940. pp. 154-165.

⁷ Rómulo D. Carbia, *Ibidem*.

⁸ La denominación la creó Juan Agustín García, englobando en la escuela a Diego Luis Molinari, Ricardo Levene, Enrique Ruiz Guiñazú, Luis M. Torres, Emilio Ravignani y Rómulo Carbia. Cf. Nora Pagano y Miguel Angel Galante, "La nueva escuela histórica: una aproximación institucional del Centenario a la Década del 40". En Fernando J. Devoto (editor), *La historiografía argentina en el siglo XX (I)* CEAL, 1993.

⁹ Gravitaba sobre la 'nueva escuela' la concepción que Le Goff caracteriza como "...un ideal erudito positivista que eludía las ideas y excluía de la historia la búsqueda de las causas". Jacques Le Goff, *Pensar la historia, Modernidad, presente, progreso*. Paidós, 1° reimpresión, 1997, p. 123, haciendo referencia a la 'degeneración' del historicismo erudito alemán. Sobre la 'nueva escuela' influían tanto los grandes autores alemanes (en primer lugar el manual de método de Bernheim, titulado *Lehrbuch der historischen Methode*, del año 1889) como sus seguidores franceses, Langlois y Seignobos (autores de *Introduction aux études historiques* de 1898). La expresión que aquí usamos (historia-acontecimiento), deriva en realidad del término que utilizaron Bloch, Febvre y sus sucesores, para criticar a sus predecesores en la historiografía francesa (*histoire événementielle*). El libro de

Bernheim codificaba las técnicas de heurística y hermenéutica, en lo que no serían otra cosa "...que preceptos, con ordenación de cánones, de lo que Ranke realizara por propia iniciativa". Cf. R. D. Carbia, op. cit. p. 78. Al mismo ideal historiográfico hace alusión E. H. Carr: "Cuando Ranke, en el cuarto decenio del siglo (el XIX, N. del A.) ... apuntaba que la tarea del historiador era 'sólo mostrar lo que realmente aconteció' (*Wie es eigentlich gewesen*), este no muy profundo aforismo tuvo un éxito asombroso. Tres generaciones de historiadores alemanes, británicos e incluso franceses, se lanzaron al combate entonando la fórmula mágica '*Wie es eigentlich gewesen*' a modo de conjuro, encaminada, como casi todos los conjuros, a ahorrarles la cansada obligación de pensar por su cuenta." E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, México, Planeta, 1985, pp. 11-12.

¹⁰ No es que la historiografía académica local no tuviera conocimiento y contacto con las tendencias avanzadas de la historiografía europea. Como señala Diana Quattrocchi Woisson, un representante tan eminente de la renovación historiográfica como Lucien Febvre dio conferencias en la Universidad de Buenos Aires durante los años '30, pero parece no haber dejado 'ninguna secuela en los historiadores argentinos'. cf. D. Quattrocchi Woisson, "El revisionismo de los años 20 y 30. Rosistas y revisionistas: ¿los rivales de la historia académica?" en Academia Nacional de la Historia, op. cit., Buenos Aires, 1995, p. 309.

¹¹ Véase al respecto, entre otros textos de parecida orientación, el ensayo de Febvre "De 1892 a 1933. Examen de conciencia de una historia y de un historiador." En L. Febvre, *Combates por la historia*, Altaya, 1999. En todo caso, es la prolongación de la vigencia del paradigma erudito décadas después, cuando nuevas escuelas historiográficas lo habían reemplazado, lo que hizo a la otrora 'Nueva Escuela' una rémora del pasado, además de una contribución a la legitimación del dominio de clase, como lo fue siempre, y no podía ser de otra manera en una escuela historiográfica 'oficial'.

¹² Siguió habiendo, por mucho tiempo, hombres de las familias tradicionales que realizaban su tarea de historiadores en los intersticios que les dejaba la actividad política, la función pública o la diplomacia, como los Cárcano padre e hijo, Carlos A. Pueyrredón, Benjamín Villegas Basavilbaso y otros, pero ya eran un componente secundario dentro de la 'comunidad de historiadores', regida por los profesionales.

¹³ Ricardo Levene, *La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad*. Colección Austral, Espasa Calpe, 2º edición, 1946, p. 23. El pasaje reproducido aquí forma parte del discurso titulado "La unidad histórica argentina" pronunciado en la ANH, en marzo de 1942. En otro discurso de la misma época, Levene definía la 'cultura histórica' como factor de cohesión nacional, más aún, como componente importante del lazo social: "Es

que la cultura histórica, como se sabe, es vertebral en las sociedades actuales. Su crisis es una de las causas del quebrantamiento de la coexistencia organizada humana. Cuando se intensifica ese saber por el estudio sereno de los grandes hechos y sus grandes hombres, el espíritu culto siente en sí la continuidad de la historia, surgen nuevas relaciones y se estrechan los vínculos del pasado con el presente, acrecentándose los bienes morales de la humanidad." "El Americanismo de San Martín y Bolívar." Discurso pronunciado el 27 de abril de 1940, incluido en *Idem*. p. 24.

¹¹ El primer libro que editó la Junta fue el *Viaje al Río de la Plata*, de Ulrico Schnudel, con un estudio preliminar escrito por el propio Mitre. cf. E. de Gandía, art. cit., p. 100. Posteriormente, dedicó esfuerzos a realizar ediciones facsimilares de periódicos editados en el Virreinato del Río de la Plata y los primeros años de vida independiente. *Telégrafo Mercantil*, *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, *Gaceta de Buenos Aires*, dirigido por Mariano Moreno, y *Argos*, el periódico oficial de la época rivadaviana, fueron, entre otros, publicados por la Junta.

¹² Un ejemplo de esta concepción, lo proporciona Enrique De Gandía, un destacado representante de la Nueva Escuela: "Hoy, antes de disertar sobre un hecho histórico, se trata de exhumar todos los documentos relacionados con ese mismo hecho. La historia, como dijeron Langlois y Seignobos, no puede ser objeto de las meditaciones de los pensadores carentes de erudición (...) Las investigaciones exhaustivas no excluyen la belleza del estilo y tampoco, cuando son completas, las atinadas reflexiones, que por lo general hállanse en los mismos documentos." E. De Gandía, *op. cit.* p. 11. Nótese que la reflexión, situada en un lugar subordinado, también es tomada como una 'emanación' de las piezas documentales. Carr caracteriza con eficaz ironía el origen y modo de operar de historiadores con estas convicciones: "El fetichismo decimonónico de los hechos venía completado y justificado por un fetichismo de los documentos. Los documentos eran, en el templo de los hechos, el Arca de la Alianza. El historiador devoto llegaba ante ellos con la frente humillada y hablaba de ellos en tono reverente. Si los documentos lo dicen, será verdad." E. H. Carr, *op. cit.*, pp. 21-22.

¹³ Halperín explica así la actitud de los historiadores de pretendida 'objetividad' frente a las interpretaciones dictadas por el poder: "La facilidad con que, de edición en edición, tal estudioso de la Nueva Escuela va cambiando el sentido general de un proceso por él estudiado según cambian las simpatías retrospectivas de los poderosos del momento puede sin duda indignar. Pero al autor no le habrán sin duda costado demasiado tales concesiones, para él sin importancia, a los caprichos del tiempo. Más que esa pasajera espuma le importa la firme roca sobre la cual ha edificado: la tupida contextura de las notas a pie de página." ("La historiografía argentina en la hora de la libertad". En T. Halperín Donghi, *Argentina en el callejón*,

Edición definitiva, Ariel, 1995, p. 20.) Falta en esta explicación, a nuestro juicio, el señalar que la despreocupación de los historiadores de la Nueva Escuela por lo que significara interpretación o disquisición teórica, se integraba estrechamente a su papel de oficiantes del culto retrospectivo a la clase dominante y al Estado-nación por ella fundado. Como marcamos en otro pasaje, cuando abandonan el talante erudito para pasar al texto escolar o al artículo periodístico, queda claro que no necesitan otros criterios interpretativos que los contruidos desde fines del siglo XIX para instaurar el culto a los héroes y proyectar retrospectivamente la existencia de la 'argentinidad', con los que coinciden por completo. Definido ese eje, su ocupación es la supuesta 'reconstrucción objetiva de los hechos', con ligeros acomodamientos a los deseos de unos dueños del poder.

¹⁷ Quizás la diferencia más importante se da en torno de la valoración de los caudillos y del federalismo del interior en general, en relación con el proceso de organización nacional. Afirma Pablo Buchbinder en un trabajo dedicado a Ravignani: "Rastreó estos orígenes no en el seno de la intelectualidad porteña sino en la acción y el pensamiento de los caudillos y las masas del interior. Sus trabajos giran entonces en torno a la concepción de un federalismo que es asumido por los caudillos como bandera indeclinable y es legitimado mediante el respaldo popular." (P. Buchbinder, "Emilio Ravignani: La historia, la nación y las provincias" en Fernando Devoto (editor) op. cit. p. 96). Esta visión, con un fondo reivindicador de los caudillos y las masas populares, chocaba con la de Levene, mucho más ajustado a la línea de prosapia mitrista de ubicar a los 'grandes próceres' como fundadores del Estado nacional, junto a una evaluación globalmente negativa del papel de los jefes federales, como obstáculos y no promotores de la organización institucional.

¹⁸ Cf. T. Halperín Donghi, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)", en *Desarrollo Económico* vol 25, N° 100. 25° Aniversario. Enero-marzo 1986. p. 491.

¹⁹ Aurora Ravina, que junto con Noemí Girbal-Blacha ha sido la historiadora 'institucional' de la Academia, remarca el rol de la Junta (después Academia) como agente institucional de la legitimación, en tanto que representante de la cultura histórica de la elite, y conformada ella misma por miembros de la 'clase dirigente'. Cf. Aurora Ravina, "Historia, crisis e identidad nacional (La respuesta de una institución cultural argentina, 1938-1943)". Monografía presentada al III Simposio Panamericano de Historia. IPGH- Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, D.F., 25 al 30 de septiembre de 1995, p. 3.

²⁰ cf. Aurora Ravina, ídem anterior, p. 21.

²¹ Algunos de estos sacerdotes-académicos fueron realmente historiadores, de vasta producción, como el Padre Guillermo Furlong, pero *a posteriori*, la Academia se inclinó por figuras encumbradas de la jerarquía eclesiástica

sin dedicación específica a la historia, de lo que el ejemplo máximo fue el arzobispo de Buenos Aires y cardenal Antonio Caggiano.

²² Explica Noemí Girbal-Blacha: "...la estrecha relación que siempre había existido entre la Junta y el ejercicio del poder político a través de sus miembros, en el decenio de 1930 se hacía más próxima, o por lo menos su discurso y su comportamiento adquirirían los rasgos de una marcada identidad oficial. La transformación de la Junta en Academia Nacional de la Historia confirmaba esta relación, cuando la legitimación política a través de la historia quedaba definida y expuesta por Ricardo Levene. (...) Conectada con el poder político desde sus orígenes fundacionales, la Junta participó en la apertura intelectual de los años '20 y acentuó durante los '30 su perfil nacional, hasta convertirse en 'tribunal de la verdad histórica' y gestora de la historia oficial. Así lo advertían sus miembros y lo aceptaba el gobierno." Noemí Girbal-Blacha, "II. Su tránsito hacia la conversión en Academia Nacional de la Historia" en *La Academia Nacional de la Historia en su Centenario (1893-1993)*, Buenos Aires, 1999, pp. 40-41. Esta opinión tiene el valor específico de estar inserta en una producción 'oficial' de la Academia, y provenir de un miembro de la institución. Sólo cabría agregar que el poder político no sólo 'aceptaba' sino que promovía activamente el reforzamiento de una visión histórica que preservaba al orden social y político existente de impugnaciones que iban in crescendo desde varias direcciones, pues tal como también afirma la autora: "Desde mediados del decenio de 1930 contar con una historia oficial para mantener viva la memoria de la sociedad argentina era, sin duda, una cuestión de Estado." (Ibidem, p. 41.) Una clase dominante menos segura de su predominio económico, y sin capacidad para generar una fórmula política de eficacia similar a la del 'orden conservador' en su mejor momento, estaba menos dispuesta a hacer concesiones a la libertad intelectual y la diversidad de opiniones. El talante de la Academia se adecuó a este nuevo estado de cosas, que en definitiva favorecía su monopolio del 'juicio histórico'.

²³ En 1945, Ravignani publicaría un libro en torno a la figura de Rosas, *Inferencias sobre Juan Manuel de Rosas y otros ensayos*, Huarpes, 1945. Allí realizaba una reivindicación parcial de su gobierno, al que calificaba de "constructivo", además de destacar que "supo fomentar el sentimiento nacional e imponer el federalismo". Cf. Idem, pp. 78 a 80.

²⁴ Romulo D. Carbia, op. cit. pp 153-154. Cabe señalar que el autor partía de la existencia de diferencias importantes entre el precursor y sus continuadores: "Las diferencias que se advierten entre el respetable precursor y los que integran el grupo nombrado, se concretan, precisamente, en el criterio de la valoración de fuentes, en el ejercicio de la crítica y en el concepto serial que comprende todos los postulados de la universalidad del fenómeno histórico." (Idem, p. 153)

²⁵ R. Levene, "Homenaje al Dr. Emilio Ravignani" en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XXIX, 1958, p. 53.

²⁶ La iniciativa de publicar la obra fue formalizada y oficializada en 1934, también durante la presidencia de Justo (y con Levene ya presidiendo la Junta), mediante un decreto presidencial y la solicitud de un crédito extraordinario al Congreso para su publicación, la de un resumen en dos volúmenes destinado a la enseñanza, y de un *Atlas histórico y geográfico*, el que fue aprobado por Ley N° 12.114 (estas dos últimas publicaciones nunca se hicieron). La referida ley fue debatida y aprobada por la Cámara de Diputados, en las sesiones del 26 y 27 de septiembre de 1934. El principal orador fue Américo Ghioldi, del socialismo, que se expidió por el voto favorable, pero formuló advertencias sobre la orientación de la obra, como por ejemplo: "Deseamos que no sea una historia de las tantas conocidas, que sólo conoce la trayectoria de los regueros de pólvora que ha habido en el pasado, sino que sea una historia capaz de conocer y de reconocer los fundamentos técnicos y económicos de la misma, que hasta ahora son desconocidos o disimulados en los tratados oficiales" y más adelante "Espero que no han de ocultarse una vez más las relaciones sociales de los distintos grupos y de las diversas clases que actuaron en el pasado argentino; en una palabra, espero que no nos engañemos una vez más con la vieja ideología de atribuirlo todo a las doctrinas, ignorando que las más de las veces son los procesos materiales y económicos los que determinan las instituciones". (Reproducido en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, 2° ed. 1939, t I p. 84.) Estas salvedades de tinte 'materialista' fueron rechazadas en el debate por algunos legisladores oficialistas, entre ellos Miguel Angel Cárcano, que no toleraban ninguna reticencia sobre la labor a emprender. Ricardo Levene, presidente de la Junta en ese período, fue designado director general de la obra.

²⁷ La *Historia de la Nación Argentina* fue publicada en catorce volúmenes, entre 1936 y 1950, siempre bajo la dirección de Ricardo Levene. La *Historia Argentina Contemporánea* fue posterior a la muerte de aquél, y se publicó con la Academia dirigida por Ricardo Zorraquín Becú, entre 1963 y 1967. Abarcó otros siete volúmenes. El inicio de la publicación fue saludado por el *establishment* académico y cultural. Vale como ejemplo el comienzo de la nota editorial de *La Nación*, 1° de noviembre de 1936: "La Junta de Historia y Numismática Americana ha publicado el tomo primero de la *Historia de la Nación Argentina*. Señalamos el advenimiento para inscribirlo en los días fastos de nuestra floreciente cultura (subrayado nuestro) y subrayamos este vocablo, pues viene henchido de significaciones." (Reproducido en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, edición citada, t. I, p. 44)

²⁸ El general Sarobe escribe una de las secciones del volumen 7 de la *Historia...*,

el titulado "Rosas y su época", editado en 1951. Se titula "Campaña de Caseros. Antecedentes con referencia a la política interna y externa.", pp. 517 a 562.

²¹ También en esos años se creó el Instituto Sanmartiniano, luego nacionalizado como Instituto Nacional Sanmartiniano, a instancias de José Pacífico Otero, especialista en la historia de San Martín. Cf. C. A. Guzmán, "José Pacífico Otero", pp. 153-155, en Academia Argentina de la Historia, *Historiadores Argentinos*, Ciudad Argentina, 2000.

²² Cf. A. Cattaruzza, "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional." En Alejandro Cattaruzza (dir.) *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, tomo VII de *Nueva Historia Argentina*, p. 466.

²³ Las figuras más destacadas de la entonces Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, de la UBA, fueron autores de un libro de texto. Se trata de Rómulo Carbia, Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari y Luis María Torres, *Manual de Historia de la Civilización Argentina*, Biblioteca de la Asociación Nacional del Profesorado, 1917.

²⁴ El sargento Cabral ocupa un lugar desmesurado en el imaginario histórico, expresado en una de las canciones patrióticas más frecuentadas, el nombre de institutos militares, nombre de calles, plazas y escuelas de todo el país. Sin embargo su aparición en la historia (como la de otro personaje de la Independencia, el negro Falucho), es el heroísmo de un instante, que lo saca del anonimato impuesto por su condición subalterna. En Cabral el mecanismo raya la perfección, porque su actuación está dada por la salvación del héroe principal, constituyéndose en vehículo para que éste pueda llevar a cabo su misión, encontrando la muerte en ese acto heroico. El hombre común se convierte en prócer sólo por su servicio al 'hombre superior', y en el plano militar se constituye en modelo a imitar del suboficial subordinado a su jefe hasta el límite de dar la vida por él, epítome de la disciplina y el espíritu de sacrificio (de ahí que el Sargento Cabral se convierta en el alter ego eterno de toda la suboficialidad, a cuyo escuela de formación da el nombre). La entronización de la figura del negro Falucho, extraída de un relato de Mitre, fue producto del consciente propósito de incorporar soldados rasos al 'panteón' de próceres, lo que derivó en un debate parlamentario sobre la construcción de un monumento en su homenaje (algunos proponían como alternativa los 'sargentos de Tambo Nuevo', otros un recordatorio colectivo a los anónimos infantes negros que habían luchado en las guerras de la Independencia), que finalmente llevó a la inauguración del monumento en el año 1897. (cf. Lilia A. Bertoni. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, 2001, pp. 289 y ss.) La exaltación del soldado de extracción popular, puede relacionarse con el propósito de basar al Ejército en la conscripción obligatoria, que se concretaría pocos años después.

³¹ Puede constarse la existencia de este 'corte' en múltiples ediciones de los manuales firmados por José C. Ibáñez, para las asignaturas Historia Argentina e Historia de las Instituciones argentinas.

³² Hay quien lo señala como continuador del propio Mitre (Miguel Angel Scenna, *Los que escribieron nuestra historia*. Ediciones La Bastilla, 1976, pp. 190 y ss).

³³ Levene no vaciló en trabarse en polémica, a propósito de la autenticidad del Plan, incluso con un destacado miembro de la Academia (aunque con opiniones heterodoxas sobre el proceso revolucionario de Mayo) como Enrique de Gandia, que sostenía su autenticidad con amplios argumentos. Era claro que Levene no podía aceptar que se pusiera en duda la moderación de 'su' prócer.

³⁴ Diana Quattrocchi de Woisson, "Historia y contrahistoria en la Argentina 1916-1930" en *Cuadernos de Historia Regional*, N° 9, Buenos Aires, 1987, p. 38.

³⁵ "El balance sumario de las redes institucionales (...) no deja de remarcar en cuan gran medida también los historiadores eruditos disponían externamente de una sólida cadena de corresponsales y ello les permitía aparecer como una de las cabezas visibles de la historiografía profesional argentina. De este modo, cualesquiera fueran las debilidades o los arcaísmos historiográficos, la 'nueva escuela' histórica conseguía ante los poderes públicos, los historiadores menores o buena parte de las instituciones externas, convertirse en el verdadero poseedor del saber legítimo." (Fernando Devoto. "Los estudios históricos en la Facultad de Filosofía y Letras entre dos crisis institucionales (1955-1966)", en F. Devoto (comp.) op. cit. p. 59.

³⁶ En la misma línea pueden inscribirse los dos tomos, de suntuosa presentación, editados con motivo del centenario de la Junta de Historia y Numismática Americana, a lo largo de los años 1995 y 1996. El agradecimiento en las primeras páginas al entonces Jefe de Gabinete, Jorge Rodríguez, deja en claro el auspicio oficial a la publicación, que reconstruye con minuciosidad la trayectoria de la institución antecesora de la Academia.

IV

El revisionismo histórico

Mientras el paradigma de Argentina como sociedad en sostenida marcha de progreso, 'granero del mundo', 'el país más culto y europeo de América Latina', en un contexto mundial al que se veía marchando hacia el liberalismo económico y político, resultó altamente verosímil, la historiografía liberal reinó en forma indisputada en nuestro país,¹ en tanto brindaba legitimidad retrospectiva a esa imagen, y daba basamento a una visión globalmente optimista del 'destino nacional' del país. No faltaron las expresiones críticas anteriores, que contenían un rechazo global del proceso de modernización en curso, pero lo hacían más en nombre de una reivindicación 'espiritualista' frente al materialismo y la mercantilización al uso, que por medio de un ataque a los fundamentos económicos y políticos del modelo, y todavía no definían una visión historiográfica alternativa. Un ejemplo temprano de ese tipo es el ensayo de Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga* subtítulo *Opiniones de la vida argentina*, cuya edición original es de 1909. Allí, al mismo tiempo que se afirma

"Hemos abandonado aquéllos ideales nacionalistas, que fueron el más noble ornamento del pueblo argentino, para preocuparnos tan sólo de acrecentar nuestra riqueza y acelerar el progreso del país. (...) Hasta hace pocos años el país era pobre, carecía de fuerza y de prestigio, tenía escasa población, los extranjeros no pensaban en este rincón de Sudamérica y vivíamos en continuas revoluciones y guerras. Pero entonces, en cambio, había un

espíritu nacional, el patriotismo exaltaba a nuestros soldados y a nuestros escritores...”²

Se exalta, junto a José Hernández, a Mitre, López y Sarmiento como “espíritus románticos que sentían el alma de la raza y la expresaban en sus escritos y en sus hechos”.³ Se evidencia así que el rechazo por los ‘próceres del liberalismo’ no era siquiera insinuado por la principal figura de lo que luego se llamaría ‘el primer nacionalismo’ argentino.

Tulio Halperín Donghi caracteriza así la secuencia que va del éxito a la crisis de una visión histórica que, en última instancia, remite a Mitre:

“...la visión historiográfica de la Argentina es la que creó Mitre (...) cuando los revisionistas se dedicaron a hacerle la guerra sobre todo a él, fueron bastante clarividentes. Lo que había ahí era una visión de destino manifiesto, parecido al norteamericano: un país que había nacido para crecer sobre una línea que lo haría un país moderno, occidental, de economía avanzada y de desarrollo político que maduraría en la forma más alta inventada por la humanidad para organizarse políticamente, que era la república democrática.” (...) “Mientras la Argentina iba por esa línea era obvio que esta imagen era una que a todo el mundo le encantaba reconocer, pero desde el momento en que se descubrió que había tropezado con una piedra en el camino, luego que no era una piedra sino que se había cerrado el camino, todo eso llevó a una conclusión de fracaso.”⁴

El ascenso al gobierno de la Unión Cívica Radical en 1916, no modificó de manera significativa la visión que el orden oligárquico había construido del país, tanto sobre el presente, como hacia el pasado y el porvenir. Las disidencias, que las había, sobre la valoración de este o aquél acontecimiento, o acerca de tal o cual figura histórica, no afectaban al ‘paradigma’ dominante en su conjunto.

El nacionalismo de los años veinte y el revisionismo que fue uno de sus productos, se forjaron, en cambio,

en la oposición frontal al segundo gobierno de Yrigoyen, e incluyeron al radicalismo entre los sujetos de su impugnación. Ello no excluía la existencia de radicales que simpatizaban con Rosas y los caudillos antes de 1930, como Ricardo Caballero o Dardo Corvalán Mendilaharsu, pero que no se integraron plenamente a ese movimiento.

Fueron los síntomas de la crisis del modelo de integración al mercado mundial, con el reemplazo del crecimiento económico sostenido por el estancamiento y la recesión; y el período de convulsiones abierto por la guerra de 1914, la revolución rusa, el fascismo y la crisis de 1929, los que abrieron la puerta para que comenzaran a aparecer voces contestatarias, con variadas orientaciones e intencionalidades. Y con el golpe de 1930, y el corte no sólo institucional que significó (la atmósfera cultural e intelectual cambió de modo perdurable, evolucionando a un clima de menor tolerancia), se abrieron paso corrientes que asumían el fracaso del proyecto en curso desde la segunda mitad del siglo XIX, y pretendían una fuerte rectificación del rumbo seguido hasta ese momento, tanto en materia económica y social, como política y cultural. Por añadidura, de 1930 en adelante, el desenvolvimiento del campo de la historia académica quedó marcado por el autoritarismo ideológico, el mayor control del Estado sobre la producción historiográfica, y una creciente tendencia a la discontinuidad en las carreras universitarias de los investigadores, en las orientaciones de los planes de estudios y en el desarrollo de las líneas de investigación, motorizada por el mayor empeño oficial por controlar de cerca la enseñanza y la producción ideológica en sus diversas formas y niveles.

Para la comprensión del revisionismo es fundamental, nos parece, ubicarlo en estas coordenadas, que es la que dan lugar a su conformación plena como movimiento historiográfico, cultural y político. La posición contraria, adoptada por varios entre los propios cultores del revisionismo, es dar por iniciado el movimiento en cuanto aparecen historiadores

dispuestos a la reivindicación de Rosas y los caudillos, de Saldías o Quesada en adelante, sin distinguir esos esfuerzos individuales y no articulados a una 'visión del mundo' más amplia, de la configuración de una corriente de la magnitud y complejidad que tiene el revisionismo posterior a 1930.⁵

El carácter de la historiografía erudita oficial cambió después de 1930. Ya no sólo era visión 'oficial', sino impuesta incluso mediante la coerción más o menos abierta desde el aparato estatal, lo que por reacción daría lugar para críticas de una virulencia inédita hasta ese momento.

Buena parte de esas voces atacaban el paradigma de organización económica, social, política y cultural de la Argentina desde la derecha, defendiendo un nacionalismo emparentado con la reacción de sectores conservadores de la burguesía, sobre todo la más directa y exclusivamente ligada a la propiedad de la tierra, contra todo impulso modernizador," que se extendía a otros sectores de extracción social menos elevada, que se habían sentido beneficiarios del orden existente, y comenzaban a percibir como evidente que ya no lo eran. A los motivos de esa reacción se sumaba el fuerte desagrado producido en los sectores más conservadores por el tipo de acción política que se había vuelto exitosa a partir de la Ley Sáenz Peña, encarnada sobre todo por el radicalismo en su vertiente yrigoyenista. Al ingreso en una nueva era de política de masas, éste había sumado una inclinación, más patente en la segunda presidencia de Yrigoyen, por una 'demagogia populachera' que no estaban dispuestos a tolerar.⁷

Ese nacionalismo veía el gran mal de Argentina en que sus dirigentes habían operado con concepciones del progreso de matriz iluminista, que según ellos no se adaptaban al origen hispano-católico de nuestro país, y predisponían a visualizar todo lo extranjero como superior y más avanzado. Pretendían, en cambio, buscar la 'tradición nacional', y los mitos fundantes de la misma, en un terreno distinto que la corriente liberal, en el que se destacaran la fuerza de las tradiciones inmemoriales por sobre el 'progreso' de raíz racionalista, y

donde el vínculo ideológico se estableciera con el pensamiento hispánico y católico y no con el liberalismo decimonónico francés y anglosajón, que había regido la 'fórmula' de organización del país al menos desde la caída de Rosas. Las obras doctrinarias y de análisis de la realidad nacional reverenciadas por el pensamiento predominante hasta ese momento, eran fuertemente criticadas en tanto portadoras de una visión alienada de la realidad argentina, tendiente a sepultar los valores nacionales más genuinos. Alberdi (revalorado a través de sus *Escritos Póstumos*, pero denostado por las *Bases* y demás trabajos vinculados a la 'organización nacional'), Sarmiento, y Mitre, dejaban de ser portadores de valores positivos, para convertirse en ejemplos de la alienación a un paradigma 'ilustrado' y a intereses foráneos que habían llevado a la nación al borde de su extinción. Pero junto con esa lectura reaccionaria de la problemática nacional, su obra aportaba la puesta en duda de las virtudes, hasta ese momento poco discutidas, de las elites que habían construido a esa Argentina que dejaba de ser exitosa y de los capitales extranjeros que habían colaborado en su obra 'civilizadora'.

Además de antiliberal, esta corriente era, en su versión original, fuertemente antisocialista, en tanto que buscaba lo opuesto a una revolución social: la 'restauración' de las tradiciones y valores abandonados, en nombre de un 'espiritualismo' que impugnaba de plano el materialismo marxista, asociado en ese sentido con el 'mercantilismo' del capital foráneo y las elites 'antinacionales'. Mientras que los marxistas repudiaban al liberalismo porque sus nociones de igualdad y libertad servían de ocultamiento a la explotación, y veían a la democracia representativa como un conjunto de formalidades que impedían el gobierno del pueblo en lugar de promoverlo, el nacionalismo conservador ejercía su crítica del régimen parlamentario desde el ángulo opuesto, en nombre de la defensa de un orden jerárquico, anterior a toda idea de igualación, y basado de modo explícito en el predominio de minorías constituidas en elite dirigente.

Los grupos portadores de estas concepciones comenzaron a aparecer en la segunda mitad de la década de los '20, siendo el hito fundamental la fundación del bisemanario *La Nueva República*, periódico al que dirigían un grupo de intelectuales de esa tendencia,⁸ parte de los cuáles se volcarían años después a la tarea historiográfica (Ernesto Palacio y Julio Irazusta en particular), previo abandono de la acción política, a raíz de la decepción con el golpe de septiembre de 1930 al que habían impulsado con entusiasmo.⁹ La renovación de signo corporativo que habían soñado, devino 'restauración' del régimen parlamentario, presentado para colmo en una versión amañada, que no conformaba a nadie del todo. Ya en la década de 1930, el nacionalismo tendería a converger, reforzándose, con la ola de catolicismo integrista que, con el auspicio de la jerarquía eclesiástica, y el beneplácito del presidente Agustín P. Justo, tendió a desatarse por esos años.¹⁰

Así fue que, durante varias décadas (desde los años '30 en adelante), la interpretación de la historia nacional se constituyó como un campo de batalla político, en el que la presentación de una visión alternativa a la oficial se convirtió en importante eje de un combate ideológico orientado a la impugnación del orden socioeconómico y político existente. La denuncia de la 'falsificación histórica' cometida por la 'oligarquía', formaba parte integrante de la crítica contra las políticas que se llevaban a cabo en ese momento. El nacionalismo articulaba así su impugnación del presente con la construcción de un enemigo al que se dedicaba a perseguir hasta el fondo del pasado nacional.¹¹ *La historia falsificada*, publicada por Ernesto Palacio, constituye una exposición sistemática de esta tesis, con fundamentos propios del primer revisionismo, antiliberal desde la derecha, hispanófilo y anticomunista.¹²

Con la misma idea de entablar la polémica contra patrañas históricas impulsadas por un pensamiento al servicio del imperialismo extranjero, Arturo Jauretche producirá su *Política Nacional y Revisionismo Histórico*, varios años

después (1959) , ya en la línea de lo que irá a llamarse nacionalismo popular. Veamos como explica los mecanismos de falsificación al servicio de la 'historia oficial', y la necesidad del revisionismo:

“No es pues un problema de historiografía, sino de política: lo que se nos ha presentado como historia es una *política de la historia*, en que ésta es sólo un instrumento de planes más vastos destinados precisamente a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una conciencia histórica nacional que es la base necesaria de toda política de la Nación. Así pues, de la necesidad de un pensamiento político nacional, ha surgido la necesidad del revisionismo histórico.”¹³

Para el dirigente de FORJA estaba claro que la producción de una política nacional autónoma de 'intereses foráneos' no podía hacerse sino se 'nacionalizaba' previamente la visión del pasado argentino, cuya versión oficial era obra de minorías carentes de patriotismo, manipuladas por intereses extranjeros.¹⁴ El revisionismo cobraba así sentido a partir de su vinculación orgánica con un proyecto social y político de corte nacionalista, que en Jauretche ya estaba más ligado a la posibilidad de desarrollar un capitalismo autónomo en el país que a la orientación de repudio a toda la tradición liberal, con la Ilustración y la Revolución Francesa a la cabeza, de Palacio o los Irazusta.

Atilio García Mellid, por su parte, denunciaría al prolongado predominio de la ideología liberal como responsable de prácticamente todos los males de la sociedad argentina:

“A lo largo de los tiempos, ha sido el factor determinante de todas nuestras desventuras. La larga guerra civil y la anarquía, la destrucción de las provincias y la anulación de los derechos del pueblo, el enfeudamiento económico y la pérdida de valiosas virtudes tradicionales, son obra de un liberalismo retórico que ha vivido permanentemente de espaldas al país y en el desconocimiento de sus derechos soberanos.”¹⁵

Para legitimar ese modo de pensar y actuar, los liberales habrían consumado con la historia 'una monstruosa falsificación'. Se trataba de revertirla, de promover el reencuentro con el "*país real*, que extrae su savia de la tradición católica e hispánica."¹⁶

En esos años, se atacaban las políticas de la llamada 'Década Infame' poniéndola en paralelo con las de la era de Rivadavia, Mitre, Sarmiento o Juárez Celman. Impugnar la trayectoria histórica seguida en el pasado, se volvía una herramienta principal a la hora de trazar (e imponer) otro rumbo en el presente.

Luego, un sector de los revisionistas defendería las políticas de Perón comparándolas con las de Juan Manuel de Rosas, fortaleciendo el uso del recurso de buscar legitimidad en el pasado lejano. Visiones enfrentadas del presente y el futuro de la sociedad argentina libraban su batalla también sobre la interpretación del pasado, con sus lecturas antagónicas del mismo, simbolizadas a su vez en panteones de héroes enfrentados. En efecto, sólo San Martín y Belgrano suscitaban unanimidad en su carácter de próceres, a partir de allí, todos eran impugnables.

El resultado fue la constitución de una corriente historiográfica que se convirtió en activa oposición a la oficial, la cual pasó a ser conocida con el mote de 'liberal'. Los revisionistas siempre gustaron presentarse como marginados, perseguidos por una historiografía oficial a la que describían como una suerte de fortaleza monolítica. En realidad, ocupaban un lugar menos incómodo que el que acostumbraban proclamar, y formaron parte de circuitos culturales cercanos al calor oficial, y al favor de los sectores dominantes.¹⁷ Mientras estos historiadores mantuvieron posiciones de unívoco sentido conservador, y sus interpretaciones alternativas del pasado se hicieron en pos de la mejor defensa de los lineamientos básicos del orden social existente, los sectores dominantes podían tener con ellos disidencias y prevenciones, pero no una actitud de censura o proscripción abierta. Sólo

con posterioridad a la caída del peronismo, y del progresivo avance de corrientes radicalizadas dentro del revisionismo, las reacciones desde el poder se hicieron mucho más fuertes. El revisionismo siempre estuvo signado por una fuerte heterogeneidad, la que no hizo sino acentuarse, a medida que ideales políticos progresivamente más radicalizados se cobijaban bajo ese 'paraguas' ideológico, sin que dejaran de tener vigencia los de línea más conservadora, lo que ocurrió de modo creciente desde 1955.

Es importante situar los orígenes de esa discusión, porque la historiografía revisionista llegó a ser la que formó el 'sentido común histórico' de la mayoría de los argentinos, durante un período en torno a los años '60 y '70. Es cierto que, a esa altura, el revisionismo se había tornado mucho más heterogéneo y multiforme que en sus comienzos, y podía interesar al público en un rango ideológico y una diversidad de niveles culturales mucho mayores que al comienzo. Si bien nunca alcanzó hegemonía en el terreno académico, en la educación pública ni en el discurso oficial (salvo, de forma parcial, en el breve período 1973-1976) durante un tiempo ganó ampliamente la batalla que se planteó a sí mismo, con más recursos y perseverancia: la del espacio de la divulgación y de la polémica en los medios de comunicación, la de la llegada al gran público por los más variados medios y soportes. En esos años, en las filas revisionistas circulaba la idea de que el revisionismo había ganado definitivamente la batalla ideológica, ante la virtual extinción de la historiografía oficial:

"...la explicación del proceso transformativo de la historiografía argentina; se notaba el progreso acelerado del revisionismo y predijimos el triunfo de esta escuela; hoy es tal la evidencia que redundancia sería decir que la escuela 'oficial' ha muerto."¹⁸

Esto lo logró sobre todo a través de libros que se vendían por decenas de millares en las décadas de los '60 y los '70, como los de José María Rosa, Arturo Jauretche, Raúl

Scalabrini Ortiz, Fermín Chávez¹⁹, Ernesto Palacio, Eduardo L. Duhalde y Rodolfo Ortega Peña, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui.²⁰ Estos formaron parte central del fondo de varias editoriales argentinas (Arturo Peña Lillo, Theoria, Oriente, Plus Ultra, Sudestada, Octubre, Coyoacán, etc.). Se publicó incluso una *Historia Argentina* de largo aliento (13 tomos), obra de José María Rosa, que constituyó un éxito editorial de proporciones. También los revisionistas iniciales, como Palacio, Irazusta e Ibarguren, eran frecuentemente reeditados. Y una revista de divulgación de elevadas ventas, nacida en los años '60, *Todo es Historia*, sin ser exclusivamente revisionista, dio amplia acogida a los historiadores de esa tendencia. Hasta la propia Academia Nacional de la Historia incorporó a uno de los prohombres de la historiografía nacionalista, el ya anciano Julio Irazusta, en el año 1971, en una decisión que tuvo más de afán de cooptación del que se había tornado el más 'presentable' y moderado de sus representantes, que de verdadera apertura a la corriente adversaria.²¹

En torno a 1973, y a favor del regreso del peronismo al gobierno, estos historiadores intentaron ocupar las posiciones centrales en las instituciones académicas y oficiales vinculadas con la historia. Los últimos '60 y primeros '70 fueron sin duda su época de oro, con un avance notable de la vertiente nacionalista popular, acompañada por la 'izquierda nacional' y las vertientes más radicalizadas del peronismo. Por todo ello, no se puede comprender el debate historiográfico argentino sin entender en profundidad al revisionismo, más allá de la valoración que se tenga de esa producción. Este explicitó la 'politización' de la visión dominante hasta ese momento de la historia argentina, y le opuso otra no menos 'politizada' (con la diferencia que se la asumía públicamente), que en gran parte se plegó activamente (y contribuyó a producir) la profunda radicalización política y cultural de esos años. Todo en un contexto social en el cual la historia del país era un campo del combate político más general. como

víctimas de un estado de cosas visto por la mayoría como repudiable.

Los 'revisionistas' iniciales (Carlos Ibarguren,²² los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio²³) estaban ligados a un ataque tanto a la organización política propia de la democracia representativa, como al modelo económico de integración al mercado mundial bajo dependencia británica, a partir de percibir a ambos como puestos en tela de juicio, definitivamente, por la crisis mundial de 1930. Eran admiradores del ideólogo francés Charles Maurras, y de los regímenes totalitarios europeos, aunque siempre con un lente más tradicionalista y aristocratizante que el del fascismo italiano y el nazismo alemán, cuyo componente de movilización de masas les inspiraba desconfianza. Puestos a escoger, preferían con amplitud al falangismo español, basado en la admiración intelectual por Ramiro de Maeztu o José Antonio Primo de Rivera, y luego la devoción política por 'la Cruzada' posterior al alzamiento de 1936, con cuyo catolicismo de rasgos integristas, que se confundía con las raíces mismas de la 'hispanidad', se identificaban por completo. Hacia atrás, remontaban su linaje intelectual hasta los conservadores y reaccionarios que habían debatido contra los iluministas y la revolución francesa como De Maistre, Burke o Rivarol²⁴. Por su extracción de clase, muchos de ellos estaban ligados a la propiedad de la tierra, y gran parte de su espíritu contestatario estaba ligado a los perjuicios que esos sectores (sobre todo los menos cercanos al puerto y con tierras de menor fertilidad relativa) sufrían a manos del comprador británico y de los frigoríficos; pero se manifestaba a través de una idea de 'regreso a las fuentes', a un orden decimonónico que tendieron a identificar con el gobierno de Juan Manuel de Rosas, que negara el proceso modernizador ligado al capital inglés y a la inmigración, al mismo tiempo que pusiera a las clases subalternas 'en su lugar' a través de una combinación de trato paternalista y combate activo contra sus vertientes radicalizadas.

Centraron su visión historiográfica en la crítica de la acción del capital británico (*La Argentina y el imperialismo británico*, de Julio y Rodolfo Irazusta tuvo un carácter fundacional²⁵), al liberalismo económico y político de los próceres oficiales, y en la defensa de la idea federal frente al centralismo porteño, y sobre todo, en la reivindicación de la actuación de Juan Manuel de Rosas (el *Rosas. Su vida, su tiempo, su drama*, de Iburguren, *Vida política de Rosas a través de su correspondencia*²⁶ y los *Ensayos históricos*, de Irazusta). Desde esa visión, la época de Rosas, epítome de todas las abominaciones para la historiografía tradicional, se convertía en eje fundamental desde el cual revisar toda la historia del país.²⁷ El brigadier general encarnaba la defensa de la soberanía nacional frente al extranjero (tanto en el orden político-militar como en el económico, con el combate de la Vuelta de Obligado y la Ley de Aduanas de 1835 como gestas liminares); y la capacidad de entronizar la paz interna y el orden social de un modo que conjugaba una autoridad política fuerte con la adhesión amplia de los sectores populares, ambos elementos que extrañaban en la Argentina posterior a 1930.²⁸

Otra línea vindicatoria de los revisionistas fue la de las luchas de los caudillos del interior, sobre todo los de la región noroeste (Quiroga, Peñaloza, Varela). Esa orientación era para algunos complementaria y en otros alternativa de la que se apoyaba en el análisis del período rosista. En este último caso se puede hablar de un revisionismo 'provincialista', más afincado en la defensa de los valores del interior frente a Buenos Aires, y en la idea de la existencia virtual de 'dos países' en la Argentina²⁹ que en definiciones ideológicas del tipo del primer revisionismo. Para esta corriente, Rosas no dejaba de ser un cabal representante de los intereses de Buenos Aires.³⁰

Otro tema unificador dentro del revisionismo, sobre todo en su versión conservadora original, era la reivindicación de la etapa colonial,³¹ acompañada por una visión más

que despectiva sobre las comunidades indígenas.³² Era aquello un modo de sostener la autenticidad de la tradición hispánica, frente a lo que se percibía como la inserción adventicia de las ideas provenientes de la Revolución Francesa y la Ilustración, que había pregonado el liberalismo. Ernesto Palacio impugna de modo frontal la filiación en la revolución francesa de la emancipación y la organización nacional en nuestro país, con una argumentación en que campea una visión ultraconservadora del proceso histórico:

“La adopción de este mito arbitrario envenenó toda nuestra vida colectiva. Porque declararnos hijos de la Revolución, tanto daba como declararnos hijos del Caos, ya que sus principios implican la negación de todas las condiciones de la convivencia social. Ellos nos obligaban a despojarnos, en nombre del Progreso, de nuestra religión heredada; en nombre de la Civilización, de nuestra predisposición atávica por la aventura; en nombre de la Prosperidad, de nuestro idealismo caballeresco; en nombre de la Igualdad, del culto de los héroes; en nombre de la Libertad, de la sumisión a la autoridad legítima.”³³

La propia emancipación de España, en 1810, solía aparecer como un hecho más inspirado por la política británica que por aspiraciones en ese sentido de los pobladores del Río de la Plata.³⁴

Sobre la etapa posterior a Caseros, fueron construyendo un cuestionamiento centrado en la alianza con Brasil que derrocó a Rosas, las políticas de Mitre, la Guerra de la Triple Alianza, y un ataque muy fuerte a la actuación y el pensamiento de Sarmiento.³⁵

Con claridad creciente a partir de los años '40, se insinuaron posiciones revisionistas desde ángulos diferentes al del nacionalismo de derecha (apostrofado con frecuencia como 'oligárquico').³⁶ Los hombres de FORJA o afines a ella (René Orsi,³⁷ y sobre todo Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche), agrupación fundada en 1935,³⁸ y a partir de los últimos 40 algunos hombres de izquierda sumados de una manera u otra

al peronismo (Juan José Hernández Arregui, Eduardo Asteasano, Jorge Abelardo Ramos, etc.), dieron matices nacionalpopulistas en el primer caso, y marxistas en el segundo a las posiciones del revisionismo, algunas de las cuales no compartieron (sobre todo el enfoque hispanista de la colonia y la emancipación, además de tener un abordaje diferente de toda la problemática del caudillismo y sobre todo del propio Rosas).

La revisión histórica dejaría así, poco a poco, de ser base de apoyo para vindicaciones reaccionarias, para articularse en proyectos de aspiración progresiva dentro del orden capitalista. FORJA en primer lugar, que apuntaba a rescatar las tendencias más democratizadoras de la tradición radical y cuya concepción del nacionalismo pasaba por el terreno económico y no por la reivindicación de un orden social jerárquico y las preferencias hispanistas y católicas en el terreno cultural de los nacionalistas. *A posteriori*, también abreviarían en el revisionismo corrientes que buscaban la ruptura radical con el orden social existente, integrada en interpretaciones de raíz marxista, las que igualmente invocaban a los forjistas como sus precursores y fuente de inspiración.³⁹¹

Dentro de los hombres de FORJA, dos se destacaron claramente por el impacto que alcanzaron sus trabajos, los más conocidos de los cuales influyeron con fuerza en el sentido común popular, y se siguen reeditando hasta la actualidad.

Arturo Jauretche, uno de los fundadores, fue en realidad más practicante de una suerte de ensayo de observación social, en el que mezclaba las apreciaciones de tipo costumbrista, con algunas referencias históricas y reflexiones sobre la estructura social y la configuración cultural del país. A este tipo de escritos responden *El medio pelo en la sociedad argentina*, *Los profetas del odio*, *Manual de zonceras argentinas*, quizás sus tres títulos más difundidos, en los que procura retratar a la sociedad argentina en tono irónico y hasta abiertamente humorístico por momentos. También practicó el alegato político de coyuntura como en *El Plan*

Prebisch. Retorno al coloniaje, incursionó en el juicio historiográfico en la aquí citada *Política nacional y revisionismo histórico*, y se entremetió en diversas polémicas periodísticas, muchas de ellas recogidas en forma de libro. Mas allá de que no fue ni pretendió ser un historiador, la eficacia de su prosa de tono coloquial contribuyó en mucho a popularizar las tesis revisionistas, formuladas en una veta de nacionalismo popular, enrolada en el peronismo, pero con cierta distancia crítica hacia ese movimiento.

Scalabrini Ortiz, hombre vinculado a FORJA sin militar en ella, se especializó en el análisis crítico de la política británica en Argentina, sobre todo a través de sus inversiones en empresas de servicios públicos, en una línea en que lo habían precedido José Luis Torres (el creador de la denominación 'la década infame') y Jorge Del Río (que se ocupó de los monopolios eléctricos).

El autor de *El hombre que está solo y espera*, erigió a la intervención del imperialismo británico, y a la complicidad de sus socios locales, en causa central de la deformación estructural de toda la economía argentina, y por lo tanto a la liberación de esa tutela imperialista en el núcleo maestro de cualquier intento de política emancipatoria.⁴⁰ Su *Historia de los ferrocarriles argentinos y Política británica en el Río de la Plata*, editados por Plus Ultra, se vendieron por millares, al igual que *Bases para la reconstrucción nacional*, una recopilación de sus artículos posteriores a la caída de Perón. En estos últimos trabajos se nota que, como en otros revisionistas, el espíritu antibritánico se sobrepone a una crítica al imperialismo de miras más amplias, y la explicación conspirativa que asigna astucia infinita al imperialismo de ese origen, por sobre análisis más complejos y pormenorizados. Por ejemplo, en pleno declive del imperio inglés y auge del poderío estadounidense (segunda mitad de los '50), Scalabrini Ortiz sigue restándole importancia al papel del capital y el Estado norteamericano, más empeñado en seguir la lucha contra su enemigo

de siempre, que en registrar los cambios en la sociedad argentina y mundial.

Si un mérito global corresponde al revisionismo histórico es haber puesto las bases para un análisis crítico de la historia nacional, cuestionando la apologética de la clase dominante local, y su alianza con el capital británico, su cultura y sus valores. Se denunciaba así el sentido central de una historiografía que erigía la erudición y el trabajo de archivo en instrumentos para la legitimación de un sistema de dominación. Pero ese talante crítico no estuvo acompañado de una visión amplia, que permitiera una comprensión integral del proceso histórico argentino.

Esta crítica se hizo, en muchos casos, con herramientas teóricas y metodológicas muy precarias (o bien francamente obsoletas, llegando en algunos casos a la reivindicación de Leopold von Ranke, historiador positivista del siglo XIX alemán), y con escaso manejo de fuentes primarias, con el resultado de que no se superaba a la Academia en rigor histórico y aportes originales, y en muchos casos se retrocedía frente a los logros de aquélla (al menos en cuanto a revisión de documentos y precisión en los datos). Por otra parte, el grueso de la producción se mantenía dentro de las formas más clásicas de la historia-relato, centrada en los hechos y no en los procesos, guiada por la ilusión de establecer 'lo que realmente ocurrió', la misma que animaba parte de la labor de los historiadores liberales.⁴¹ Se proponía un culto a nuevos héroes y no una superación crítica del endiosamiento de los mismos;⁴² se propiciaba la aceptación acrítica de valores alternativos a los oficiales como los únicos genuinamente nacionales, en lugar de revisar la idea de que existiera una sola forma legítima de identificarse con el país y su pasado.

La escuela estuvo conformada por historiadores en su mayoría no profesionales, de los que algunos sólo llegaron al trabajo histórico en una etapa avanzada de su producción intelectual, como parte de una militancia política e intelectual asumida con anterioridad. En las universidades ocupaban un

lugar marginal, si es que ocupaban alguno, y por definición, estaban excluidos de la Academia Nacional, cuadro de marginación que hacía más difícil sentar bases sólidas para el trabajo historiográfico. Contaron como institución 'madre' con el Instituto de Investigaciones Históricas 'Juan Manuel de Rosas', espacio de convergencia de distintas corrientes, fundado a fines de la década de los treinta, casi al mismo tiempo que la Academia, para constituir un ámbito para la producción y difusión de la 'anti-historia' que los revisionistas escribían. El Instituto consiguió editar durante décadas una revista-libro que sintetizaba buena parte de la producción de la escuela, así como realizar cursos y conferencias que por épocas tuvieron muy numerosa asistencia.

José María Rosa fue quizás el más activo y conocido por el gran público de los historiadores del revisionismo, y el que más hizo por el desarrollo y continuidad del Instituto. Se diferenció del ala más conservadora y aristocratizante del nacionalismo (la mayoría hombres de generaciones anteriores a la de él, como Carlos Ibarguren o Julio Irazusta) por su inflexión más populista, identificada con el peronismo, aunque mantuvo rasgos aristocratizantes, como el de reivindicar a los gauchos como descendientes de los 'primeros criollos', o ensayar la defensa de la administración colonial española de la época de los Austrias frente a la más liberal de los Borbones. En la otra dirección, no se dejó influir ni por los pujos izquierdistas de parte de sus colegas de escuela, ni por la tendencia de otros a contemporizar con la historiografía liberal. Su versión de la historia argentina se caracteriza por su cerrada oposición a toda la herencia académica y liberal, y no perdonó prácticamente a ninguno de los próceres del liberalismo, desde Moreno en adelante. La historiografía liberal, a su juicio, no respondía a otra lógica que a la del afianzamiento del 'colonialismo', y así lo expresó una y otra vez en un lenguaje particularmente cáustico:

"Se escribió y se enseñó, con fervor de patria (de patria colonial) una 'historia' donde la presencia del pueblo

quedó excluida o rebajada a montoneras, gauchos anarquistas, populacho; los conductores del pueblo denigrados como *tiranos*, al tiempo de presentarse como ejemplos próceres a los políticos o escritores que sirvieron al coloniaje; y los intereses materiales foráneos mostrados como los fundamentos mismos de la nacionalidad.”⁴³

Su reivindicación del ‘pueblo’ y la sabiduría popular contra la ‘oligarquía’ y la intelectualidad que le responde de modo consciente o no, adquiere un registro que recuerda a la tradición del romanticismo y el historicismo alemán, en su inflexión más nacionalista. En la interpretación de los hechos históricos es notable su tendencia a ‘invertir’ casi todos los relatos tradicionales, proponiendo versiones alternativas de fuerte componente conspirativo, y sin privarse de conjeturas forzadas (ejemplo de ello es su versión de la muerte de Juan Lavalle, contenida en su libro *El cóndor ciego* y reproducido en su *Historia...*) Su libro quizás más clásico fue *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, encendida defensa de la política económica de Rosas, y en particular de la Ley de Aduanas de 1835. También escribió, entre otros *Del municipio indiano a las provincias argentinas*, *Rivadavia y el imperialismo financiero*, una suerte de ‘juicio’ al empréstito Baring, *La caída de Rosas*, *Nos los representantes...* sobre el proceso constitucional y *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, reivindicación literariamente brillante del Paraguay de Solano López y del ejército que lo defendió, al que enlaza con la derrota histórica sufrida por Felipe Varela y las últimas montoneras, traicionadas por la conciliación de Urquiza con el mitrismo. Los trece tomos de su *Historia Argentina*, ya mencionados, llegaron a venderse a domicilio, en una demostración de la vigorosa popularidad que venía alcanzando este historiador.

La denuncia de una ‘conspiración del silencio’ contra sus obras y su pensamiento, por parte de la gran prensa y otros ámbitos comprometidos con la historiografía liberal, se volvió

una obsesión para los revisionistas, muchas veces más preocupados por la polémica pública orientada a denunciar y desmontar tal 'conspiración' que a la producción histórica propiamente dicha. Eso no obstaba para que mantuvieran un enfoque más que deficiente de las razones de la construcción y predominio de la cultura oficial. Visualizaban ese proceso bajo la forma de 'traición' a los intereses del país, y no como parte de la construcción de consenso por parte de la clase dominante y las elites políticas e intelectuales a ellas vinculadas, integrada a la consolidación y fortalecimiento del Estado-nación. Lo que ellos veían como una particularidad de la 'oligarquía argentina' (a la que muchos de ellos describían más en término de una mentalidad o configuración ideológica que de una clase o sector social determinado), distaba de ser privativo de nuestro país, ya que con distintas modalidades puede rastrearse en la etapa formativa de cualquier moderno Estado-nación.

Llevados por cierto 'provincianismo' común a la mayoría de ellos, y a su muy escasa vocación por la comprensión teórica de los procesos, nunca llegaron a entender que el control del pasado por parte del poder,⁴⁴ para instaurar una visión de la historia que legitime hacia atrás a la 'clase dirigente', está presente en todas las sociedades de clase. Y en particular en las capitalistas toma la forma de un 'asunto de estado', con la maquinaria cultural del Estado nacional puesta a realizar un trabajo activo de 'institucionalización' de la historia. Prefirieron seguir pensando a la historia oficial como un producto de la 'mentalidad colonial' de la oligarquía y la *intelligentzia* a su servicio.

En el fondo, tanto el revisionismo inicial, como el de línea 'forjista', en cuanto no se planteaban cambiar el carácter de las relaciones sociales existentes, aspiraban de modo implícito a la oportunidad de erigir su propia maquinaria de control del pasado, que prosiguiera legitimando la misma clase dominante, previo, eso sí, a algunos ajustes de cuentas al interior de la misma.

Esa visión conspirativa, y de contornos moralizantes (una dirigencia 'auténticamente nacional' no hubiese actuado de esa forma, creían), melló muchas veces la potencialidad de la crítica efectuada, y la posibilidad de una producción histórica que no fuera, en última instancia, un 'subproducto' de la historia oficial.

En efecto, la historiografía erudita puede ser leída sin conocer las posiciones revisionistas, la operación contraria es casi inconcebible: el revisionismo vive de la 'inversión' de las posiciones de la historia oficial, de buscar el impacto a través de 'revelaciones' sobre los ocultamientos y distorsiones de la verdad histórica cometidos por ésta, algunas veces inventados, muchas otras reales, pero reemplazadas por versiones de similar ineptitud explicativa.⁴⁵ Tempranamente quedaron delineadas las bases para lo que sería su destino final: contribuir al hundimiento del enemigo que nació para combatir, pero quedarse a su vez sin finalidad ni programa, cuando la vieja historiografía erudita dejó de ser hegemónica, sin que ellos pudieran siquiera calificar para reemplazarla en su predominio.

Peronismo e historiografía

La aparición del movimiento peronista, y su advenimiento al gobierno, iba a implicar importantes cambios para toda la historiografía argentina, fuera o no revisionista.

Las diferentes actitudes frente a la constitución del peronismo como movimiento político y su ascenso, quedaron impregnadas desde un comienzo de lecturas antitéticas del pasado argentino. Desde el antiperonismo, antes y después de la constitución de la Unión Democrática, se comparó peyorativamente a Perón con Rosas, al mismo tiempo que gigantescos retratos de Rivadavia, Sarmiento y otras figuras vilipendiadas por el revisionismo, presidían sus actos públicos.⁴⁶ El espectáculo, en vísperas de las elecciones de 1946, de la defensa acrítica de los valores históricos preconizados

por el liberalismo, por parte de una coalición que se esparcía desde la derecha a la izquierda del arco político, pero con el embajador norteamericano en un lugar expectante, dejó una huella perenne. Contribuyó sin duda a dar credibilidad, en las clases populares, a la valoración positiva de los caudillos y de Juan Manuel de Rosas, como antecedentes de políticas nacionalistas y favorables a los sectores oprimidos, que en el presente se percibían encarnadas en el coronel Perón. Esa imagen estuvo destinada a perdurar y fortalecerse, pues más allá de las vacilaciones de quienes conducían el aparato estatal en cuanto a adoptar la visión histórica revisionista, las bases sociales peronistas no podían sino sentirse identificadas con los caudillos federales, defensores de los gauchos y la plebe urbana de la época, contra los 'señores' de una elite ilustrada apoyada por poderes externos, fácilmente asimilable al perfil predominante en la dirigencia antiperonista.

Este planteo reconocía otra inflexión provista por el propio desarrollo del peronismo: el cambio en la apreciación de los sujetos de la historia. El pueblo anónimo, los 'descamisados' eran reivindicados por el movimiento gobernante, desde el fondo de nuestra trayectoria nacional (la referencia partía, al menos, de las invasiones inglesas), como portadores de valores positivos, el hombre común era elevado a protagonista de la historia, una suerte de 'héroe colectivo',⁴⁷ a quien hasta se pensó en erigirle un monumento, condensándolo en la figura del 'descamisado'.⁴⁸ La politización y movilización (limitada y contenida por un líder indiscutible, por cierto) que ahora se esperaba de las masas populares, se proyectaba hacia el pasado para conferirle mayor legitimidad: No se innovaba del todo, sino que se retomaba una tradición largamente negada o minusvalorada. La historiografía liberal, siempre atenta a los 'grandes hombres' y las 'minorías ilustradas' quedaba cuestionada, sin duda, por este cambio. Se construía así una revaloración del papel de las 'masas' en la historia, y se insinuaba una lectura en clave heroica de su actuación, que tendría resonancias a la hora de constituirse

las variantes de izquierda del revisionismo, que hicieron especial hincapié precisamente en este punto.⁴⁹

De ese modo, el peronismo se ligó a la visión revisionista de la historia desde el comienzo, pero de una manera no lineal ni completa. Afirma al respecto Halperín Donghi:

“El nuevo régimen no iba a recibir el aporte revisionista con efusión; si su triunfo debilitó el influjo de la que los revisionistas llamaban historia oficial en los centros oficiales de estudios históricos, no se tradujo en la integración de la visión revisada del pasado argentino en la que de la Argentina proponía el nuevo oficialismo;...”⁵⁰

Con la llegada de Perón al gobierno, el Instituto ‘Juan Manuel de Rosas’ se alineó con el oficialismo, pero conservando un grado de autonomía. Esta decisión no dejó de provocar conflictos, como la renuncia de Julio Irazusta, enrolado en la oposición a Perón desde el comienzo.⁵¹ Durante el primer peronismo hubo avances de los historiadores revisionistas en el ámbito académico (Vicente D. Sierra,⁵² Diego Luis Molinari, que era un disidente de la historiografía liberal,⁵³ puestos sucesivamente a cargo del Instituto de Investigaciones Históricas, Ernesto Palacio, nombrado a cargo de la Comisión Nacional de Cultura), y cierta reivindicación de Rosas y los caudillos en los manuales escolares, pero estuvo lejos de convertirse a su vez en ‘historia oficial’. Ha sido muy citado el hecho de que el gobierno peronista seguía rindiendo homenaje al panteón liberal completo, como se hace evidente en los nombres adjudicados a los ferrocarriles, que incluyeron a Urquiza, Mitre, Sarmiento y Roca además de los indiscutidos San Martín y Belgrano. Por otra parte, con la Academia Nacional de la Historia se alcanzó, durante un buen tiempo, una adaptación mutua entre el gobierno y esa institución, que prosiguió editando su *Historia...* bajo la dirección del mismo Ricardo Levene, y colaborando de variadas formas con el gobierno, lo que no impidió su posterior intervención.⁵⁴ Con todo, era claro que esa historiografía académica que se había nutrido cada vez más del favor estatal,

ya no era la 'historia oficial', era en buena medida desplazada de las universidades, y el revisionismo no pudo sino beneficiarse de ello.⁵⁵ Con todo, el corte no fue total. En algunas universidades, pese a cesantías y renunciaciones, que se produjeron en todas ellas, el enfoque historiográfico ligado a la Nueva Escuela continuó siendo predominante. Un estudio reciente sobre la historiografía producida en la Universidad Nacional de La Plata subraya estos elementos de continuidad, que se aunaban con una cierta tendencia al anquilosamiento:

“En sentido estricto, la historiografía dominante, tanto por los temas estudiados como por la metodología utilizada y por la formación de los historiadores, siguió siendo la de los representantes de la Nueva Escuela Histórica, quienes solo en parte habían desaparecido del escenario académico platense. (...) la historiografía realizada en el seno de la carrera de Historia, continuaba desarrollando las líneas de investigación planteadas hacía dos décadas. No se desplegaron en estos años nuevas temáticas de análisis histórico, capaces de constituirse en puntos de partida de nuevas líneas de investigación, en nuevos núcleos temáticos o en nuevos aportes metodológicos.”⁵⁶

Se ha tendido a considerar que Perón, guiado por un criterio pragmático, prefirió no incorporar el debate sobre el pasado a los conflictos que atravesaban el presente de la sociedad argentina, por lo que eludía pronunciarse públicamente sobre la problemática planteada por el revisionismo. Por otra parte, una buena porción de la dirigencia del peronismo estaba formada en la visión historiográfica tradicional, y no veía las razones para dejarla de lado de un modo drástico. De todas formas, la discusión histórica ingresó en la liza política, incluyendo las cámaras del Parlamento,⁵⁷ y las fuertes presiones de los revisionistas encolumnados con el gobierno para que éste se definiera de modo explícito acerca de la reivindicación de Rosas y otras preocupaciones centrales del grupo.

El vínculo San Martín-Perón fue explotado ampliamente

por el gobierno, sobre todo con motivo del Año del Libertador General San Martín, en 1950 (en realidad ya la letra de la marcha 'Los muchachos peronistas' ensayaba el vínculo, con Perón como realizador de la Argentina soñada por San Martín). Los revisionistas se esforzaron ya entonces por intercalar a Rosas en ese paralelo histórico, pero será recién después de 1955 que a la línea Mayo-Caseros-Septiembre propuesta por la Revolución Libertadora, se le responderá con la tríada San Martín-Rosas-Perón desde los más diversos círculos vinculados al movimiento derrocado, incluyendo al propio ex presidente, desde el exilio. En *Los vendepatria*, una de las primeras publicaciones posteriores a su derrocamiento, Perón tiende a asumir con más claridad las posiciones revisionistas sobre el pasado nacional. De ese modo, el peronismo, ahora fuera del poder y proscripto, se identificará sin retaceos con el revisionismo, y dará lugar a nuevas inflexiones de éste, algunos impensables en sus comienzos.⁵⁴

Progresivamente, el nacionalismo aristocratizante perderá peso como sustento ideológico, a favor de la tradición forjista y de nuevas corrientes provenientes de la izquierda. Esto acompañará tanto a la radicalización de sectores del movimiento⁵⁵ como a la 'peronización' de grupos de izquierda. Se ha escrito al respecto:

“El revisionismo, ahora despojado de sus elementos más reaccionarios y tradicionalistas, se *aggiorna* al posibilitar la incorporación de nuevos reclutas, que, provenientes de tradiciones políticas de izquierda (recordemos el cuestionamiento y el abandono de la matriz liberal por parte de algunos sectores de izquierda después de 1955) han simpatizado, por obra y gracia de una nueva situación política, con esta tradición. Para ellos acercarse al peronismo era también alejarse del 'mitrismo'. Pero esta situación política también altera la conciencia de los revisionistas 'viejos'. El *aggiornamiento* del peronismo aparece como resultado de un doble proceso condicionado por una misma coyuntura política, se producen cambios

internos favorecidos por aportes externos.”⁶⁰

En los años 60-70 el ‘revisiónismo de izquierda’ ya será una matriz muy difundida para pensar el presente del país desde el pasado, leyendo en éste las claves para una perspectiva de transformación revolucionaria que iba ganando predicamento entre sectores sociales cada vez más amplios. El auge de masas de esos años será tributario en parte de la simbología federal, interpretando la historia toda del país como un prolongado combate entre el imperialismo y sus aliadas, las clases dominantes y la elite política, expresadas ambas en el difuso colectivo ‘oligarquía’; y clases populares portadoras intuitivas de un verdadero sentimiento e interés nacional. Era un enfoque que combinaba la asignación de centralidad al enfrentamiento ‘nación-imperialismo’ con la consideración de la lucha de clases. Las clases subalternas, que en el primer revisionismo, el de Ibarra y Irazusta, solían aparecer como ‘plebe’ de la cual desconfiar, cambiaba completamente su papel, hasta identificarse con la ‘nación misma’. Indios, negros, gauchos, trabajadores peronistas, formaban parte de una secuencia destinada a un triunfo final inexorable, cabal revancha de siglos de injusticia.⁶¹ En esa visión, la ‘historia oficial’ era una contribución esencial, en el plano ideológico, al reiterado triunfo de la minoría pro-imperialista sobre las mayorías oprimidas, una forma de mantener a amplios sectores de la población en una visión alienada de la realidad nacional. A *contrario sensu* la difusión de otra versión de la historia sería parte insoslayable y necesaria del triunfo final del ‘pueblo’ sobre la ‘oligarquía’, y esa historia debía procurar seguir el punto de vista de ‘los de abajo’, del conjunto de las clases subalternas. En la escritura, el sentido militante se hace más fuerte, más preñado de urgencia, en cuánto aspira con claridad a incidir en la movilización popular contra las minorías que le roban el presente, sobre la base de escamotearles también el pasado. Los autores más difundidos de esa tendencia fueron Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. *Facundo y las montoneras* y

Felipe Varela contra el imperio británico, fueron las obras más leídas de estos dos escritores del peronismo de izquierda (adscriptos a la vertiente más impregnada de marxismo, el peronismo de base), que ensayaron una reivindicación de los caudillos populares del interior, considerándolos encarnación de la rebelión de las masas rurales contra la oligarquía porteña, aliada al imperialismo. Trataban de visualizar en esos caudillos (sobre todo en Varela), una posible propuesta alternativa a la Argentina librecambista y probritánica que veían en construcción en esos años.

La iconografía de los caudillos, encabezada por el propio Rosas, formaría parte de los símbolos de Montoneros y grupos afines. El propio nombre de la organización establecía una filiación directa con las masas armadas en la defensa de la causa federal, y la lanza de caña tacuara fue uno de los símbolos que pasó sin mayores cambios desde las juventudes nacionalistas y antisemitas de los primeros '60 a la organización de izquierda de unos años después. Es cierto que historiadores ligados a esa tendencia o al peronismo de base, como Rodolfo Puiggrós y el mencionado Ortega Peña, tenían una visión más reticente de Rosas, al que consideraban un representante de la oligarquía, y sólo reivindicaban a los caudillos del interior, destacando el federalismo antirrosista que profesaron parte de ellos, rasgo generalmente 'olvidado' por el revisionismo tradicional.

Otro rasgo característico de este revisionismo radicalizado era el anti-intelectualismo, en la idea de que había que contrarrestar la acción de una intelectualidad de la que se tenía una imagen peyorativa, en tanto se consideraba que nunca había dejado de ser un 'sirviente de la oligarquía', aun la identificada con los sectores que esgrimían un discurso de izquierda.⁶²

Con todo, muchos hombres de esta nueva tendencia no dejarán de sentirse identificados en cierta medida con el revisionismo anterior, en una 'transversalidad' izquierda-derecha, que se proyectaba, de modo reflejo, en un repudio a todos los

no revisionistas (asimilados como 'liberales') hecha asimismo sin distinguir entre izquierdas y derechas.⁶³ El propio J. W. Cooke, representante máximo del peronismo en trance de radicalización hacia la izquierda, no consiguió 'despegar' nunca por completo de la cosmovisión nacionalista-revisionista de la historia argentina. Los representantes de la 'izquierda nacional', y no sólo ellos, acentuaron la polarización entre 'nacionalismo popular' y 'nacionalismo oligárquico', e incluso llegaron a plantear un 'revisionismo histórico socialista', claramente diferenciado del revisionismo 'rosista',⁶⁴ pero las fronteras no siempre estuvieron tan claras.

Con posterioridad a la caída del gobierno de Isabel Perón, el revisionismo entró en un cono de sombra, no faltando algunos de sus hombres claves entre los muchos que sufrieron el asesinato o el exilio: Rodolfo Ortega Peña fue asesinado por la Triple A, siendo diputado nacional y defensor de presos políticos. Su coautor, Eduardo L. Duhalde, marchó al exilio, y terminó alejándose de la labor historiográfica.

Ese oscurecimiento, en un primer momento, parecía confundirse con el silencio forzoso que la dictadura impuso a toda corriente de pensamiento con algún impulso crítico. Pero ya no hubo recuperación. El ocaso de la dictadura y el retorno del régimen constitucional mostraron a una escuela debilitada. La corriente de izquierda había visto morir o cambiar de actividad (o de ideas) a sus mejores hombres. La más tradicional no dio lugar a nuevas obras de fuste, sin autores nuevos de importancia, y con los viejos en proceso de retirada. Los vientos que soplaban desde el Estado, con eco en las capas medias que habían sido su mejor 'clientela' en los años de éxito, no les eran favorables. La derrota electoral del peronismo, frente a un presidente electo en base a la revaloración casi eufórica de la democracia representativa, y la utilización del Preámbulo de la Constitución de 1853 en el rol simbólico de una suerte de credo laico, trazaba los rumbos para un reencuentro de amplios sectores de la sociedad con la tradición liberal, y el consiguiente distanciamiento con el

radical antiliberalismo que era signo común de los revisionistas de todas las tendencias. Reencuentro parcial, si se quiere, en una vena más moderna y crítica que la de la antigua historia oficial, pero reencuentro al fin. La Constitución de 1853, por emerger de la coalición triunfante en Caseros contra Rosas, y en su visión, resultado de los pujos ilustrados de los intelectuales que habían combatido al rosismo, era objeto de fuerte rechazo por buena parte de la historiografía revisionista.⁶⁵ Que una candidatura presidencial y un proyecto político pudiera triunfar contra el peronismo, hasta ese momento imbatible, proponiendo a la 'carta magna' como objeto de adoración colectiva, indicaba el 'agua corrida bajo los puentes' en menos de una década.

Por añadidura, el 'espíritu' que se abría paso en la relación entre intelectualidad y política, entre ciencias sociales y militancia, resultaba también desfavorable al fervor polémico de una historiografía que llevaba en su misma médula el espíritu de denuncia, que era renuente a las 'maneras de mesa' entre adversarios. El revisionismo había estado siempre más dispuesto a detectar múltiples traiciones y conspiraciones, que a co-existir amablemente en el 'pluralismo' conciliador y hasta algo inocente que se pregonaba por doquier en aquellos primeros años de democracia. Por añadidura, su gran enemiga, la historiografía liberal, aparecía desleída, y en esos mismos años era desalojada exitosamente de las instituciones universitarias, sin que eso redundara en ningún reposicionamiento importante de la historia de cuño antiliberal, sino en el encumbramiento de una 'historia social' cuya existencia el revisionismo apenas había percibido, tan empeñado estaba en su debate con la vieja historiografía.

El descubrir que el enemigo se ha convertido en un fantasma, y que sin embargo se sigue perdiendo la batalla, suele ser un síntoma de que la naturaleza espectral se ha extendido a ambos contendientes, y que se libró un combate equivocado o que, al menos, la lucha empeñada ya pertenece al pasado. Como suele ocurrir, los enemigos habían contribuido

a su destrucción recíproca, y la 'nueva historia' comenzaba a barrer los despojos de ambos. En desventaja relativa frente a sus enemigos liberales, el revisionismo no tenía una institución con vínculos oficiales y una red de apoyo como la Academia, que permitiera intentar la reconstrucción desde lo institucional de lo que se había perdido en lo ideológico y en el nivel académico.

El año 1989 fue otra estación en el camino hacia el ocaso. La visión revisionista estaba vinculada desde siempre a una concepción política que se centraba en la creencia acerca de la necesidad de un Estado fuerte e interventor a la cabeza de un desarrollo capitalista autónomo. Esta vez el retorno del peronismo al gobierno marcaba el abandono más radical de esa concepción y el completo desmantelamiento de las bases sociales que tradicionalmente la sustentaban. El presidente de la Nación era peronista, pero se volcaba hacia un programa económico y social situado en las antípodas de todo lo que los revisionistas propiciaban, promovía políticas que estos solían identificar con la 'entrega' y el 'cipayismo' y citaba elogiosamente a Roca y Pellegrini en sus discursos, como para demostrar que el cambio de frente no se circunscribía al presente sino abarcaba a la evaluación histórica.

Al mismo tiempo que producía su viraje, ese gobierno auspició el retorno de los restos de Rosas, y la incorporación de su retrato a los billetes, junto a todo el panteón liberal, para resolver así en una fusión a la que los héroes del nacionalismo entraban en posición subordinada, la antigua duplicación de 'galerías' de figuras próceres. Un decreto de 1997 otorgaría al Instituto de Investigaciones Históricas 'Juan Manuel de Rosas' el carácter de institución oficial⁶⁶, mientras algunos historiadores de esa raigambre ocupaban cargos públicos, como Fermín Chávez, puesto al frente del Archivo General de la Nación. El Estado les daba lugar en algunos de sus pliegues, y cumplía reivindicaciones anheladas por décadas por ellos. Pero eso al mismo tiempo que alentaba la desmovilización política y la dilución ideológica, y mientras la

nueva historiografía universitaria seguía en pleno avance, teniendo entre sus presupuestos el que ni liberales ni revisionistas eran adversarios dignos para ella. Las distinciones se convertían en parte de un dispositivo de neutralización, en el oblicuo reconocimiento de una irrelevancia creciente, como esos 'premios a la trayectoria' que a veces son utilizados para recompensar a quienes han dejado definitivamente atrás sus mejores momentos.

La historiografía revisionista había estado ligada desde siempre a una concepción polémica y politizada de la historia, la que declinaba en una sociedad como la argentina de los años '90, a la que se pretendía educar, no sin éxito, en la ausencia de grandes debates, en la existencia de consensos inamovibles sobre todos los puntos fundamentales, con la historia como un saber que no tiene una imbricación directa con los conflictos del presente ni con la proyección hacia el futuro. En un mundo político e intelectual que tendía a negarse a cualquier planteamiento radical, una imagen del pasado surcada por luchas a muerte y contradicciones irreconciliables que se proyectan hasta nuestros días, está destinada a perder espacio, como efectivamente ha ocurrido, tanto en el terreno de la consideración crítica a su producción como en el de la recepción por el público.⁶⁷

El predominio que el revisionismo había ido logrando en la historia narrativa dirigida al gran público, se fue diluyendo. Lo reemplazaba la profusa y diversa producción de Félix Luna⁶⁸, el auge de biografías más o menos noveladas, y un esplendor impensado de la novela histórica, que pasó a ser un género de consumo masivo⁶⁹. Incluso la misma 'nueva historia' ha procurado incursionar en la divulgación de calidad.

En suma, los presupuestos que lo animaban, habían caducado.⁷⁰ Los pensadores de orientación 'nacional-popular' (Horacio González, Alcira Argumedo, entre otros) que siguen teniendo audiencia e inserción institucional, ya no hacen de la revisión histórica un eje importante de su trabajo. Los pocos que siguen trabajando con la historia y provienen

de esa orientación, como Norberto Galasso, vuelcan sus inquietudes hacia períodos y personajes (desde San Martín a John William Cooke)⁷¹, alejados de las temáticas más visitadas durante la 'época de oro' de los '60 y los '70. Agotado como apuesta político-cultural, el revisionismo no está en condiciones (nunca lo estuvo) de reivindicar una legitimidad asentada exclusivamente en la calidad de su trabajo historiográfico. Siendo que casi todas sus grandes figuras han muerto, o se hallan muy envejecidas, y que no parece haber bases, siquiera mínimas, para un recambio, no aparece hoy previsible otro porvenir que su progresiva extinción.

NOTAS

¹ Allí, junto a la reivindicación de la 'Vieja Argentina', Maristella Svampa vincula posiciones de este tipo a sectores tradicionales, y en especial del interior, que se sentían postergados por los cambios vertiginosos que experimentaba la sociedad argentina. Cf. M. Svampa, *El dilema argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 102 a 107.

² Manuel Gálvez, *El Diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*. Taurus, 2001, pp. 85-86

³ Ibidem.

⁴ T. H. Donghi, entrevista en R. Hora y J. Trímboli, op. cit. p. 51.

⁵ Ejemplo de esa filiación del revisionismo remontada a fines del siglo XIX (en su caso dando por iniciada la escuela con Ernesto Quesada y la época de Rosas) se encuentra en el trabajo de A. J. Pérez Amuchástegui, "Federalismo e historiografía" en *Revista de la Escuela de Defensa Nacional*, Año IV, N° 13, 1976.

⁶ Suele relacionarse la aparición de corrientes políticas nacionalistas, y con ellas del revisionismo, con los intereses de sectores terratenientes, ligados a la ganadería de exportación, perjudicados en la puja con los frigoríficos de capital británico y norteamericano, primero, y luego por la restricción de las exportaciones a partir de la crisis de 1930. Esto excluiría a la elite de invernadores de las mejores zonas de la 'pampa húmeda', que estaban mejor posicionados frente a los frigoríficos, y luego

lograron ingresar en la cuota de exportación establecida en los acuerdos emanados del Pacto Roca-Runciman. Sin ánimo de caer en un economismo lineal, la extracción social de muchos de los primeros revisionistas (Julio Irazusta, Carlos Ibarguren) parece coincidir con esta caracterización (Arturo Jauretche los llamó ‘los primos pobres de la oligarquía’). No en vano *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta, editado en 1934, es antes que nada un alegato contra el tratado mencionado. De todos modos, esto no puede ser tomado linealmente. Similar extracción social, e igualmente virulenta reacción contra el Pacto tuvo Lisandro de la Torre, sin que eso lo impulsara a revisar sus opiniones sobre la historia. Es interesante al respecto ver la autobiografía de Irazusta, con la explicación que él mismo hace de su vuelco al nacionalismo y su dedicación, algo tardía, al quehacer historiográfico. Julio Irazusta, *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)* pp. 215 y ss. Irazusta llegó a participar en las medidas de protesta de los ruralistas entrerrianos contra las consecuencias del nuevo arreglo.

⁷ Afirma al respecto, M. Svampa: “...no fueron las líneas económicas del primer sexenio radical las que suscitaron las críticas más acaloradas, pues en este punto Yrigoyen continuó con la correcta aplicación del modelo agroexportador. El objeto de denostación lo constituyeron, en especial, sus bases de apoyo que le prodigaban un respeto casi reverencial: esas masas oscuras que seguían a los políticos de comité y aquellos hombres sin ilustre apellido encumbrados en medianas o altas funciones del Estado.” M. Svampa, op. cit. p. 140. El segundo gobierno ahondaría el componente plebeyo de un yrigoyenismo ya separado de sus componentes más conservadores, y a poco andar el contexto de crisis económica volvió el cuadro más amenazante a los ojos de los sectores reaccionarios, que ya en esos años se lanzaron a una furibunda campaña contra Yrigoyen y la ‘chusma’ que lo apoyaba, comparada con malones indígenas y candombes de negros, sobre todo en el diario *La Fronda*, dirigido por Francisco Uriburu.

⁸ El primer número del periódico aparece el 1° de diciembre de 1927, llevando el subtítulo “Órgano del nacionalismo argentino”. Tomaban parte Ernesto Palacio, Julio y Rodolfo Irazusta, Juan E. Carulla y César E. Pico, todos hombres jóvenes que se habían conocido en la redacción de *La Fronda*, el periódico conservador y anti-yrigoyenista arriba citado. Cf. Marisa Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Jorge Alvarez, 1969, p. 45.

⁹ “Amantes despechados de la oligarquía, marginados del poder, los nacionalistas abandonarán la escena política argentina elaborando un contradiscurso crítico, mordaz, moralizante.” Maristella Svampa, op. cit., p. 172.

¹⁰ La derecha católica antiliberal tuvo su fortaleza intelectual en la revista

Criterio, con prelados y sacerdotes como Gustavo J. Franceschi, Leonardo Castellani y Julio Meinvielle a la cabeza, y la participación de laicos nacionalistas como Ignacio B. Anzoátegui o Manuel Gálvez, y los Cursos de Cultura Católica, organizados desde 1932 por Atilio De'll Oro Maini y Tomás D. Casares, dos intelectuales católicos de acendrado conservadurismo. Cf. Marisa Navarro Gerassi, op. cit., pp. 109 a 111. En este campo, las preocupaciones intelectuales eran más filosóficas y teológicas que históricas, pero ese auge de la 'reacción católica' no dejó de llevar sustento a las posiciones revisionistas.

¹¹ Cf. Maristella Svampa, *El dilema argentino: Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. El Cielo por Asalto, 1994, p. 179.

¹² *La historia falsificada* fue editada originalmente en 1938, y fue objeto de sucesivas reediciones.

¹³ Arturo Jauretche. *Política nacional y revisionismo histórico*, 2ª edición, corregida y aumentada, Arturo Peña Lillo, 1970, p. 17.

¹⁴ "La historia falsificada fue iniciada por combatientes que, en el mejor de los casos, no expresaron el pensamiento profundo del país; por minorías que la realidad de su momento rechazaba de su seno y que precisamente las rechazaba por su afán de imponer instituciones, modos y esquemas de importación, hijos de una concepción teórica de la sociedad en la que pesaba más el brillo deslumbrante de las ideas que los datos de la realidad; combatientes a quienes posiblemente la pasión y las reacciones personales terminaron por hacer olvidar (...) Los límites impuestos por el patriotismo para subordinarlos a intereses y apoyos foráneos que, estos sí, tenían conciencia plena de los fines concretos que perseguían entre la ofuscación intelectual de sus aliados nativos." Ernesto Palacio, *La historia falsificada*, Colección La Siringa, Peña Lillo, 2ª edición, 1960, p.18.

¹⁵ Atilio García Mellid, *Proceso al liberalismo argentino*, Theoria, 2ª edición, 1964, p. 15.

¹⁶ A. García Mellid, op. cit. p. 28. El subrayado es del autor. García Mellid es uno de los más extremos dentro del revisionismo, en cuanto a la denuncia de una conspiración en la que casi siempre destaca la conformación mental de los liberales, y no su pertenencia de clase o sus intereses materiales, al estilo de Palacio, y a diferencia de Jauretche, más cercano a un enfoque de clase.

¹⁷ Cf. Alejandro Cattaruzza, "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional." En Alejandro Cattaruzza (dir.) *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, tomo VII de *Nueva Historia Argentina*, p. 448-449. Se afirma allí: "La tolerancia que

el mundo cultural demostró hacia los revisionistas revela que no se hallaba articulado alrededor de un único eje liberal-democrático, con un programa preciso que lo obligara a repudiar a quienes plantearan la discusión del pasado desde posiciones siempre sospechadas de autoritarias." Idem, p. 449. Por su parte Carbia, en la edición de 1940 de su *Historiografía...* llega a incluir al revisionismo como expresión de la Nueva Escuela, como una corriente dentro de la misma "...que, tomando como epicentro a la Dictadura, anhela darle otro sentido y otra comprensión a todo el pretérito argentino posterior a 1810", y menciona al por entonces flamante Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas como 'centro de irradiación'. R. D. Carbia, op. cit. p. 165.

¹⁸ Prólogo de Alberto A. Mondragón, en José María Rosa. *El Revisionismo Responde*, 1964, p. 10.

¹⁹ Fermín Chávez era un escritor de prosa vivaz, de firme militancia peronista. Escribió trabajos de tono biográfico como *Vida y muerte de Ricardo López Jordán* o *El hermano de Martín Fierro*, así como ensayos generales de interpretación, entre ellos *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*.

²⁰ Al torrente de literatura histórica revisionista producida sobre todo entre los últimos años '50 y los primeros '70 se sumaban frecuentes reediciones de las obras iniciales del revisionismo (el *Rosas...* de Ibarguren, la recopilación de correspondencia rosista de Irazusta entre ellas editado como *Vida política de Rosas vista a través de su correspondencia*), e incluso de 'precursores' como Adolfo Saldías, cuya *Historia de la Confederación Argentina* fue incluso relanzada por EUDEBA.

²¹ Diana Quattrocchi Woisson, historiadora vinculada a la Academia, comenta así esta incorporación: "La Academia reconocía así a uno de los mejores exponentes de la contrahistoria revisionista, un hombre cuyas referencias intelectuales, metodológicas y políticas ya no desentonaban en la magnífica sala donde los exponentes de la tan mentada 'historia oficial' lo reconocían como uno de los suyos." cf. D. Quattrocchi-Woisson en Academia Nacional de la Historia, op. cit., vol. I, p. 310. Irazusta, además de sus trabajos históricos, dejó una profusa producción ligada a la teoría política (*La monarquía constitucional en Inglaterra*, Eudeba, 1970, *Tito Livio o del imperialismo en relación con las formas de gobierno y la evolución histórica*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1951, y *La política, cenicienta del espíritu*, 1977) e incluso a la crítica literaria, que fue su dedicación principal antes de la historia. En este último género le fue otorgado el Premio Municipal de 1937 por su trabajo *Actores y Espectadores*, editado por Sur. También fue un frecuente traductor de obras en inglés y francés. Un tratamiento exhaustivo de la producción intelectual de Irazusta, juzgada con el prisma muy favora-

ble de quienes fueron sus discípulos, se encuentra en los distintos ensayos agrupados en Enrique Zuleta Alvarez, Mario G. Saravi y Enrique Díaz Araujo, *Homenaje a Julio Irazusta*, Mendoza, 1984

²² Del mismo año 1930 es el libro más difundido de Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas-Su vida, su drama, su tiempo*; pilar de la revalorización integral de Rosas (asociado a la oposición al dominio anglosajón, al anti-liberalismo político, la defensa de los valores de la vida rural y el orden jerárquico de las sociedades tradicionales). Ibarguren era por cierto un representante cabal de la clase dominante, perteneciente a una familia de estancieros, y era un intelectual y político destacado dentro de los círculos establecidos. Llegó a ser presidente de la Academia Argentina de Letras en los años '40, y previamente había sido presidente de la sección argentina del PEN Club Internacional. En el terreno político, luego de ser ministro de Justicia e Instrucción Pública bajo la presidencia de Roque Sáenz Peña, actuó en el Partido Demócrata Progresista, del que llegó a ser candidato a presidente en las elecciones de 1922.

²³ El antecedente inmediato del paso a la militancia política nacionalista y al trabajo historiográfico de los primeros revisionistas que se asumieron como tales, es el de la fundación del periódico *La Nueva República*, por Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta y Juan E. Carulla, periódico que apareció en diciembre de 1927. Un extenso relato de la fundación de ese órgano de prensa se encuentra en Julio Irazusta; *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza*, ECA, 1975, pp. 176 y ss). Ernesto Palacio, que era el Jefe de Redacción, sintetizó así el ideario del periódico: "invocaba la vuelta a la tradición nacional para encontrar los remedios que el país urgentemente reclamaba. Su persistente ataque a la democracia se dirigía, sobre todo, contra el prurito de convertirla en religión, con olvido de su carácter instrumental: religión expresada en la creencia de que el simple funcionamiento del sistema constituía una panacea para todos los males..." (E. Palacio, *Historia de la Argentina...*, citado por J. Irazusta, op. cit. p. 184). *La Nueva República* fue a su vez antecedente de la Liga Republicana, agrupación directamente comprometida en la conspiración que dio lugar al golpe militar de septiembre de 1930.

²⁴ Irazusta dedicó sendos estudios al pensamiento de Antonio de Rivarol y de Edmund Burke, ambos publicados en 1951.

²⁵ Escribe Diana Quattrocchi-Woisson: "La tercera parte del libro de los hermanos Irazusta, llamada 'Historia de la oligarquía argentina', es la primera síntesis coherente de una contrahistoria que ya había comenzado a esbozarse con elementos dispersos, y que ahora aparece por primera vez en una visión de conjunto destinada a perdurar." (Diana Quattrocchi-Woisson, op. cit. p. 111). La utilización del término 'imperialismo' no escapó a la despreocupación por la teoría que caracterizó a la generalidad de

los revisionistas, ya que se lo aplicó en un sentido vago que permitía hablar de 'imperialismo financiero' en fecha tan temprana como 1820, yendo contra los análisis de los clásicos del tema como Hobson, Hilferding y Lenin. José María Rosa titularía un libro suyo, centrado en el empréstito Baring, *Rivadavia y el imperialismo financiero*.

²⁶ Esta obra fue sin duda la fundamental de Irazusta en el terreno historiográfico. Iniciada su edición en 1941, y continuada a lo largo de una década, en 1970 aparece la edición definitiva, en ocho tomos, en ediciones Trivium.

²⁷ Ver Roberto Etchepareborda, *Rosas. Controvertida historiografía*, Pleamar, 1972 y Hebe Clementi, *Rosas en la historia nacional*, La Pléyade, 1970.

²⁸ Al decir de Halperín Donghi cuando describe ciertas críticas al rosismo historiográfico, los revisionistas valorizaban en el gobierno de Rosas que "...resolvía los problemas planteados por la exigencia democrática al dar a la plebe un lugar en el sistema político, pero sin otorgarle por ello ningún influjo real en las decisiones del poder." (T. Halperín Donghi, "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional" en *Punto de Vista*, Año 7, n° 23, abril de 1985, p. 11.

²⁹ La prosapia intelectual de ese revisionismo remite con claridad a la segunda mitad del XIX, representada por los pensadores que sostuvieron el federalismo antirrosista posterior a Caseros y denunciaron las acciones políticas del 'mitrismo', desde la ejecución del Chacho a la guerra del Paraguay; tales como Carlos Guido y Spano, Olegario V. Andrade, José Hernández, y el propio Alberdi de *Pequeños y grandes hombres del Plata* y otros escritos de su exilio europeo. Un interesante enfoque al respecto es efectuado por el estudioso norteamericano Nicolás Shumway, en el capítulo correspondiente de su libro *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Emecé, 2a. edición, 1995, pp. 235 y ss.

³⁰ cf. Armando Raúl Bazán, *La investigación histórica en la Argentina (1940-1973)* Buenos Aires, 1974, p. 226. Este autor plantea esa vertiente revisionista como una defensa de los caudillos y del pueblo de las provincias en tanto que 'componentes genuinos del alma argentina', frente a los ingredientes 'aluviales' provenientes de la ciudad-puerto. En una línea diferente, también los historiadores de la 'izquierda nacional' planteaban una diferenciación fuerte respecto del 'porteñismo' de los revisionistas 'tradicionales', con José María Rosa a la cabeza. Cf. Alfredo Terzaga, "Rosismo y mitrismo: Dos alas de un mismo partido", en AAVV. *El revisionismo histórico socialista*, Octubre, 1974. En un sentido parecido se expresó por esos años, A.J. Pérez Amuchástegui: "Los historiadores provincianos se hicieron presentes para clarificar problemas y situaciones desatendidas, desdeñadas o, incluso, subvertidas malignamente para justificar arteros intereses. En los últimos años ha cobrado

cuerpo una historiografía federalista, nada proclive a la exaltación de Rosas, cargada de intencionalidad vindicadora del caudillismo mediterráneo." A. J. Pérez Amuchástegui, "Federalismo e historiografía", en *Revista de la Escuela de Defensa Nacional*, Año IV, N° 13, 1976.

³¹ Es llamativo que, si bien el exponente máximo de la historia oficial, Ricardo Levene (p. ej. en su libro *Las Indias no eran colonias*. Austral 1951), y al menos algunos de sus adláteres más importantes, como Enrique de Gandía (*España en la conquista del mundo, Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay: los gobiernos de Don Pedro de Mendoza, Alvar Nuñez y Domingo de Irala 1535-1556, Crónica del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza*, entre otros trabajos), compartían una visión apologética de la actuación hispánica en el período colonial, los revisionistas la emprendieron contra la 'leyenda negra' sobre la conquista y colonización española, como si la mirada adversa sobre ésta, construida en la época de la independencia y afirmada por la generación de 1837, siguiera formando parte de la versión histórica oficial (como sí lo había sido en la época anterior a la Nueva Escuela). Pareciera existir cierta incapacidad, desde las filas del revisionismo, para defender cualquier posición, si no era en vena polémica contra supuestas conspiraciones de ocultamiento y distorsión de la verdad histórica. Por añadidura, tomar nota de la benevolencia hacia la dominación colonial, y hasta el hispanismo declarado que campeaba en buena parte de la Academia (Ricardo Zorraquín Becú es un caso claro, además de los ya nombrados) hubiera significado para ellos reconocer que el liberalismo no era el único componente ideológico en la historia oficial, y que el carácter de descendientes directos de la historia escrita por Mitre, López y la generación del '80 que asignaban a los portavoces de la historiografía erudita, no era tan lineal y completo como les gustaba suponer.

³² Palacio, entre otros, afirma la existencia en Argentina de una hispanidad que excluye cualquier herencia indígena: "Somos españoles; mejor dicho, somos la prolongación de España en el Río de la Plata, por la persistencia entre nosotros de los dos elementos diferenciales, constituyentes de cultura, que son la religión y el idioma. No provenimos, espiritualmente hablando, de españoles e indios, sino exclusivamente de los primeros." (...) "La influencia indígena ha sido aquí, en la Argentina, nula como contribución de cultura e ínfima como aporte de sangre." (E. Palacio, *La historia falsificada*, Colección La Siringa, Peña Lillo, 1960, p. 24)

³³ *Ibidem*.

³⁴ Véase en ese sentido el relato sobre el período de Mayo contenido en el tomo II, de la *Historia Argentina* de José María Rosa.

³⁵ El ataque contra Sarmiento de más éxito en el gran público fue el de Manuel Gálvez, autor de una biografía del sanjuanino que lo deja mal parado,

no ya por su pensamiento y actitudes políticas, sino hasta en su salud mental. Cf. Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento, el hombre de autoridad*, Emecé, 1945.

³⁶ Ya en la época de los gobiernos radicales, dentro de ese partido aparecen defensores de algunos de los temas que posteriormente tomará el revisionismo, como lo fueron Dardo Corvalán Mendilaharsu, de Mendoza, y el dirigente santafesino Ricardo Caballero. Los caudillos tendían a ser exaltados como representantes de un liderazgo popular y democrático, y Rosas entendido como un defensor de las ideas federalistas con las que la U.C.R. se identificaba. (cf. D. Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria*, pp. 61 y ss.). Esa relectura de la historia en clave a la vez democrática y nacionalista, no llegaría a imponerse, ni siquiera en las filas del propio radicalismo yrigoyenista, y no daría lugar a obras históricas de importancia. Caballero se dedicó más bien a la historia del partido radical, con un trabajo, entre otros, sobre la revolución radical de 1905. Serían los hombres de FORJA, años después, los que tomarían un sendero parecido, pero al precio de romper con el partido radical.

³⁷ Atilio García Mellid fue autor de una impugnación global de la formación ideológica argentina, titulada *Proceso al liberalismo argentino*. René Orsi tuvo su obra histórica más conocida en *Historia de la disgregación rioplatense*, en la que abonaba otra tesis favorita del revisionismo, la 'balcanización' de América del Sur (y del antiguo virreinato del Río de la Plata en particular), como resultado de las políticas británicas, lideradas por George Canning.

³⁸ FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), fue quizás la primera organización política que, como tal, tomó el debate sobre la historia nacional como una tarea central. Esa decisión alcanzó mayor claridad y alcance cuando en torno a 1940, la organización definió su abandono de la Unión Cívica Radical (con el consiguiente alejamiento de Gabriel del Mazo y Luis Dellepiane, que optaron por permanecer en el 'tronco' radical), y su creciente vinculación con las corrientes nacionalistas, sin fundirse nunca del todo con ellas. Jauretche reconocerá que, en general, los forjistas no realizaron investigación original, sino que tomaron el trabajo previo de los historiadores nacionalistas, para reinterpretarlo parcialmente y volcarlo en escritos polémicos.

³⁹ Norberto Galasso, con sus libros dedicados a Scalabrini Ortiz, Jauretche, e inclusive a Manuel Ugarte (socialista enrolado en el antiimperialismo que en sus últimos años adhirió al peronismo), fue quizás quien más trabajó para fundamentar la filiación entre FORJA y la 'izquierda nacional'.

⁴⁰ Beatriz Sarlo caracterizando el enfoque histórico de R. Scalabrini Ortiz, apunta a los rasgos de la visión de la historia que impulsa el forjismo, tanto en su falencia en el plano historiográfico, como en su eficacia

política: "...la teoría monocausalista y fuertemente conspirativa que se propondrá como explicación global de los males nacionales: bajo las formas de la independencia política no somos sino una colonia. (...) Sin duda, es enorme el poder persuasivo de esta historia sencilla donde acontecimientos y actores están perfectamente clasificados según la dicotomía nacional-antinacional." Y más adelante: "(...) la lógica binaria que despliega está entre las razones básicas de su eficacia. Un claro sistema de valores define los lugares y un movimiento imaginativo coloca a los actores, les atribuye intenciones simples y comprensibles, los mueve en acciones perfectamente encadenadas." (B. Sarlo. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Nueva Visión, 3ª edición, marzo de 1999, p. 210-220). Estas coordenadas de interpretación de la repercusión de Scalabrini son, a nuestro juicio, aplicables al éxito de público de otros cultores del revisionismo.

¹¹ Para Alberto Pla, la visión de los revisionistas es "(...) la misma de los liberales, pero el caso es que se trata de la misma metodología del resto de los revisionistas nacionalistas. O sea se trata de una historia fáctica, de tiempo corto, y que entiende la historia básicamente como historia política." A. J. Pla, *Ideología y método en la historiografía argentina*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1972, p. 41.

¹² "Se construyeron dos panteones paralelos y perfectamente opuestos, donde cada elemento se insertaba en una línea coherente: 'civilización liberal' o 'nacionalismo'..." Silvia Sigal. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur, 1991, p. 28.

¹³ José María Rosa, *El Revisionismo Responde*. Prólogo y Apéndice Bibliográfico por Alberto A. Mondragon. Ediciones Pampa y Cielo, 1964, p. 15.

¹⁴ "El control del pasado por el poder es un fenómeno común a todas las sociedades de clase; pero se efectúa según modalidades específicas, en función de las exigencias de cada modo de producción dominante." cf. Jean Chesneaux, op. cit. p. 37.

¹⁵ Esta tendencia a dudar preventivamente de toda afirmación de la historiografía académica, y buscar el modo de afirmar lo opuesto sin analizar seriamente el problema correspondiente, fue estigmatizada en su momento por Halperín: "Los revisionistas no revisan los esquemas heredados; invierten tan sólo los signos valorativos que tradicionalmente marcaban a cada uno de los términos en ellos contrapuestos." T. Halperín Donghi, "La historiografía argentina en la hora de la libertad", en *Argentina en el callejón*, edición definitiva, Ariel, 1995.

¹⁶ La 'Marcha de la Constitución y la Libertad', gigantesca demostración pública de todo el arco antiperonista, realizada el 19 de septiembre de 1945, puso en escena esa iconografía (carteles con la efigie de Echeverría,

Rivadavia, Urquiza, Mitre, Sarmiento, Roque Sáenz Peña), acompañada de la presencia a la cabeza de la manifestación del embajador Spruille Braden, días antes de retornar a su país. Cf. Félix Luna, *El 45. Crónica de un año decisivo*, p. 199 a 202.

⁶¹ Afirmaba un destacado diputado peronista: “Yo creo que para quien observa con mirada sagaz y penetrante el acontecer histórico argentino tiene que llegar, sea o no especializado en la historia argentina, a una conclusión (...) y ella es que el hombre puro, el héroe impoluto, el héroe por antonomasia (...) es (...) el hombre masa (...) A su vera cualquier héroe, cualquier personalidad de la historia argentina, empalidece y se reduce a proporciones minúsculas...” Diputado Joaquín Díaz de Vivar, CDDS, 1946, t. V, p. 396 (Citado en C. Pittelli-M. Somoza Rodríguez, “Peronismo: Notas acerca de la producción y el control de símbolos. La historia y sus usos”, incluido en Adriana Puiggrós (dir.) *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, Galerna, Buenos Aires, 1995, p.214)

⁶² Narra el episodio del proyecto de ‘Monumento al Descamisado’, incluso aprobado por Ley N° 12.876, Alberto Ciria en *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*, Ediciones de la Flor, 1983, p. 93.

⁶³ Esa entronización de las masas humildes como constructoras de la nacionalidad, y la transferencia a las mismas de valores antes exclusivamente atribuidos a los próceres (desinterés, espíritu de sacrificio, lealtad, preocupación excluyente por la grandeza de la patria), es estudiado minuciosamente en C. Pittelli-M. Somoza Rodríguez, en A. Puiggrós (comp.) op. cit. pp. 209 y ss. Como allí también se explica, esa ‘elevación’ del rol de las clases populares, no se libra de un vínculo de subordinación con el ‘líder’, en una relación asimétrica y no exenta de ambigüedades, donde aquél juega el papel de ‘conductor-disciplinador’.

⁶⁴ T. Halperín Donghi, “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional.” En *Punto de Vista*. Año VII, N° 23. Abril de 1985, p. 13

⁶⁵ “El Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, purgado de los miembros que pretendían alejarlo del nuevo movimiento, opera su completa peronización bajo la dirección de José María Rosa. La manifestación más evidente de esta ‘peronización’ es la presencia en 1951 del diputado peronista Cooke en la sede del Instituto, dando una conferencia dirigida contra Echeverría, y más aún, contra los que honraban su memoria. Cooke es elegido luego vicepresidente del Instituto.” Diana Quattrocchi-Woisson, op. cit. p. 291.

⁶⁶ Vicente D. Sierra, de formación autodidacta, constituye un ejemplo de historiador católico, identificado con el nacionalismo de derecha, volcado

con entusiasmo al peronismo a partir de 1946. De formación autodidacta, varias de sus obras principales están dedicadas al papel de la Iglesia en el período colonial: *El sentido misional de la conquista de América. Así se hizo América—La expansión de la hispanidad en el siglo XVI*. Produjo también una *Historia de la Argentina*, de doce tomos, que empezó a publicar en 1956. La obra quedó algo opacada por el trabajo algo posterior de J. M. Rosa, que en un estilo más popular, convirtió a su *Historia...* en un éxito masivo.

²³ Como hemos visto, Diego Luis Molinari había sido considerado una de las figuras principales de la 'Nueva Escuela Histórica' desde los comienzos, y formó parte por largo tiempo, primero de la Sección de Historia, y luego del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Sólo después se volcaría a posiciones revisionistas, con su obra *La Representación de los Hacendados de Mariano Moreno, su ninguna influencia en la vida económica del país y en los sucesos de Mayo de 1810*, entre otras. Ya bajo la presidencia de Juan Domingo Perón, y luego de un período a cargo de Vicente D. Sierra, fue puesto en la dirección del mencionado Instituto, lo que al tiempo provocó el alejamiento de Ravnigani, al parecer hostilizado por el nuevo director. Colaboró en la *Historia de la Nación Argentina*, en capítulos dedicados al período colonial.

²⁴ La publicación de la *Historia...* no quedó completada hasta 1950, año en que apareció el tomo sobre el período rosista, dirigido por Enrique M. Barba. De todos modos, la Academia, pese a los esfuerzos de Levene por mantener la tradicional cercanía al poder, resultó marginada de un modo ostensible en los fastos conmemorativos de 1950 ("Año del Libertador General San Martín") y terminó por ser intervenida en el año 1952 (si bien como parte de una medida general, aplicada a todas las Academias Nacionales), con el resultado de la completa cesación de sus actividades hasta después del golpe de 1955. Entonces fue reabierta y Levene regresó a la dirección, hasta su fallecimiento.

²⁵ Halperín Donghi lo señala con agudeza: "Aun sin identificarse por entero con el peronismo, el revisionismo debía beneficiarse de todos modos con la disrupción que éste había provocado en los centros defensores de una 'historia oficial' que había dejado de serlo." T. Halperín Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, Siglo XXI, 1970, p. 35.

²⁶ cf. Adrián G. Zarrilli, Talía V. Gutierrez y Osvaldo Graciano, *Los Estudios Históricos en la Universidad Nacional de La Plata (1905-1990) Tradición, renovación y singularidad*. Academia Nacional de la Historia, 1998.

²⁷ Al menos tres destacados historiadores fueron parlamentarios durante el peronismo: Molinari y Palacio, por el oficialismo y Ravnigani, de la oposición radical. Con todo, las principales intervenciones parlamentarias

sobre el tema estuvieron a cargo de otros legisladores, como el peronista J. W. Cooke y los radicales Arturo Frondizi y Ernesto Sammartino. Cf. D. Quattrocchi-Woisson, op. cit. p. 244 y ss.

⁵⁸ Halperín Donghi presta atención a una de las derivas del revisionismo post-55: la de aparecer como una vía de conciliación entre distintos campos ideológicos dentro de lo que él denomina los defensores del statu quo, facilitando una conciliación unificadora en la visión del pasado, y en esa línea menciona principalmente al Irazusta del posperonismo y a Marcos Merchensky en *Las corrientes ideológicas de la historia argentina*. Si bien es cierto que tal tendencia tuvo su gravitación, como él mismo Halperín reconoce fueron las nuevas vertientes contestatarias, inspiradas más o menos libremente en el marxismo, las destinadas a prevalecer. Cf. T. Halperín Donghi, *El revisionismo histórico...*, pp. 44 y ss.

⁵⁹ John William Cooke, el más importante entre los impulsores tempranos (fines de los '50 y comienzos de los '60) de la convergencia entre el peronismo y el marxismo, participó también del movimiento revisionista, dando incluso conferencias de contenido histórico en el Instituto Juan Manuel de Rosas. Durante las presidencias de Perón, y en su carácter de parlamentario, tuvo importantes intervenciones de contenido revisionista en el recinto legislativo. (cf. Diana Quattrocchi-Woisson, pp. 244 y ss.)

⁶⁰ Miguel Mazzeo, *John William Cooke, Textos trasapelados (1957-1961)* en La Rosa Blindada, 2000, 'Estudio Introductorio', p. 37. En cuanto a los cambios de los 'viejos' revisionistas, los experimentará el propio J. M. Rosa, figura estelar del movimiento antes y durante el gobierno de Perón, quien, por ejemplo, no se privó de expresiones de simpatía por la Revolución Cubana, aun después de la expresa proclamación de su carácter 'marxista-leninista'.

⁶¹ En la opinión de A. Cattaruzza, en esta nueva etapa, el revisionismo proponía un relato histórico que se enlazaba con la historia de la nación desde sus momentos iniciales "pero esta vez proponiendo una genealogía que lo emparentaba con los perseguidos, con los derrotados. En esta visión, ellos se alzaban una y otra vez para proseguir un combate más que secular, que era el de la entera nación, contra las minorías del privilegio que usurpaban el gobierno aliadas a alguna potencia extranjera." A. Cattaruzza, "Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico" en F. Devoto (comp.) op. cit I, p. 124.

⁶² Horacio Tarcus caracteriza así este rasgo: "...el antiintelectualismo, figura que se acrecentará a lo largo de los '60 y primeros '70, pero que ya aparece perfilada con toda claridad en autores como Jauretche, que despectivamente llamaba la *intelligentzia* (...)" a la que le atribuía "las marcas negativas de la extranjería, el eterno divorcio de la realidad nacional,

su carácter colonizado...” H. Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El Cielo por Asalto, 1996., pp. 123-124. El término *intelligentzia* proviene de Rusia, país donde designaba a una clase media intelectual que, enfrentada con el Estado, no acertaba a vincularse con el pueblo.

⁶⁵ Las contradicciones se cruzaban en varias direcciones, ya que la asimilación de buena parte de los revisionistas iniciales a lo que se solía denominar como ‘nacionalismo oligárquico’ colocaba *prima facie* a aquéllos en las filas enemigas, las de la ‘oligarquía’.

⁶⁶ “El Revisionismo Histórico Socialista constituye el trasfondo que nos permite explicar, no sólo el carácter del drama nacional en sus rasgos actuales, sino su resolución futura que es lo que más importa. Porque al fin y al cabo toda visión del pasado resulta historia muerta, pseudohistoria, cuando no es capaz de señalarnos los cauces del porvenir.” (AAVV. *El revisionismo histórico socialista*, Octubre, 1974, prólogo de Blas Manuel Alberti, p. 14). El libro aquí citado reúne artículos de dirigentes principales de la ‘izquierda nacional’, tales como Ramos, Spilimbergo, Alfredo Terzaga y otros. Alberti en el prólogo citado, y Terzaga en su artículo, atacan también lo que otros llamarían ‘visión decadentista’ del revisionismo, que creía ver al país frustrado ya a partir de la derrota de Rosas en Caseros.

⁶⁷ Véase *Nos, los representantes...* de José María Rosa

⁶⁸ Ese reconocimiento al Instituto fue a su vez anulado por decreto del presidente de la Rúa, durante el año 2000.

⁶⁹ Cf. A. Cattaruzza, art cit. en F. Devoto, op. cit. p. 132.

⁷⁰ Luna atravesó el auge del revisionismo asimilándose a sus temas, y en cierta medida a sus enfoques. Así escribió *Los caudillos*, y *El 45*, entre otros. Siempre atento y perceptivo a las tendencias del mercado, los ‘80 lo encontraron en un plan diferente, marcado por *Soy Roca*, la *Historia integral de los argentinos*, y otros productos más cercanos a la nueva ‘corriente principal’. Esa ‘ductilidad’ junto con la decadencia de sus ‘competidores’ revisionistas, le permitió no sólo mantener sino ampliar su nivel de ventas y explorar canales nuevos para la difusión de sus trabajos. ‘Félix Luna’ tiende a convertirse en una ‘marca’ con promesa cierta de buenas ventas, más que en un indicador de la autoría efectiva de los trabajos.

⁷¹ Más adelante nos ocuparemos de esa producción novelística, en el apartado específicamente dedicado a la divulgación.

⁷² Un artículo sobre el revisionismo, escrito desde la historiografía universitaria, diagnostica el declive en estos términos: “En la Argentina de

comienzos de los años '90 aquella potencia que había caracterizado al revisionismo, y al menos sorprendido a sus antagonistas, parece agotada. Esta opinión, que retomaremos más adelante, no supone 'decretar' la muerte de un movimiento intelectual, sino sostener que, aprisionado entre su todavía escasa penetración académica y su mínimo registro de los cambios en los problemas históricos que interesan al público, el grupo ya no logra hacer oír su voz: el revisionismo no se halla hoy en condiciones de participar activamente en las discusiones colectivas sobre el pasado nacional." A. Cattaruzza, "Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico." En F. Devoto (comp.) op. cit. I. p. 113.

⁷¹ Nos referimos a la temática de obras recientes de Norberto Galasso, que ha publicado biografías de J. W. Cooke, de Arturo Jauretche, e incluso de Enrique Santos Discépolo, para luego dar a luz una biografía de San Martín, coincidente con cumplirse un siglo y medio de su muerte. Galasso es quizás el único revisionista que aun cuenta con audiencia fuera de círculos donde comienza a predominar el ejercicio de la nostalgia por un pasado irrepetible más que la producción actual relevante.

V

La “nueva historia” o “historia social”

Las últimas décadas asistieron al fortalecimiento de estudios historiográficos que más allá de diferencias de enfoques teóricos y metodológicos, exhibieron una mayor profesionalidad y un rigor creciente.

Las primeras manifestaciones de una historiografía académica no subordinada a la visión conocida como ‘liberal’, crítica de los métodos y la cosmovisión de la Nueva Escuela Histórica, se dio a través del Centro de Estudios de Historia Social y la cátedra de Historia Social dirigida por José Luis Romero en la UBA¹, que funcionaron desde los últimos años ‘50 hasta el golpe militar de 1966. El momento fundacional de esta renovación histórica no puede sino relacionarse con la Revolución Libertadora, que colocó a Romero,² como Rector de la Universidad de Buenos Aires. Se daba así la paradoja, señalada en su momento por Halperín Donghi, de que un momento de restauración social, política y cultural sirviera de marco para una propuesta de pretensión renovadora, contradicción que se proyectó sobre las limitaciones de toda la corriente.

Una de las protagonistas de esa corriente caracteriza así sus objetivos:

“Hacer una historia, digamos, antipositivista, una propuesta de tomar básicamente los aspectos social y económico en la larga duración (...) se tomaba en consideración los grandes movimientos sociales, la constitución de las clases sociales y al mismo tiempo las revoluciones y los grandes cambios (...)”³

Se buscaba alcanzar una producción histórica con mayores pretensiones de rigor científico, y actualizada de acuerdo a las corrientes historiográficas europeas (en esa época Ruggiero Romano y Eric Hobsbawm, por entonces jóvenes pero ya consagrados historiadores, visitaron la universidad), sobre todo la francesa de *Annales*, que ya bajo la dirección de Fernand Braudel, vivía sus años de apogeo.⁴ ⁵Las nociones de 'historia total', 'larga duración', 'estructura' y 'coyuntura', la metodología serial, serían incorporadas gradualmente al horizonte mental de estos estudiosos, así como la construcción de un discurso más analítico que narrativo. De allí la preocupación por integrar las dimensiones económicas, sociales y culturales a una historiografía nacional que hasta ese momento se había centrado en lo político (y esto reducido al plano de lo institucional), a través de la idea de *historia social*, que a su vez afirmaba su vinculación con el conjunto de las ciencias sociales, en una época en que aun seguía vigente la tradición erudita de las Humanidades, en la que anclaba la historia tradicional. En ese empeño por vincularse al ámbito más amplio de las ciencias sociales, los nuevos historiadores participarán en los ámbitos privados creados para la investigación en ciencias sociales en este período, como el Instituto Di Tella y el Instituto de Estudios Económicos y Sociales, además de la estrecha relación con el Instituto de Sociología que en Filosofía y Letras encabezaba Gino Germani, en una época en que las ciencias sociales tendían a ocupar un lugar más expectable que la disciplina histórica en el campo universitario y del saber en general. A ello se sumó su autopercepción como convocados a disipar las visiones 'politizadas' y técnicamente 'arcaicas' de la historiografía existente, incluyendo de lleno en esta impugnación a la crítica revisionista en todas sus vertientes.

Un breve fragmento puede servir de apretada síntesis al ideario de todo este grupo:

"sus autores se consideran estudiosos profesionales de la historia y las ciencias sociales, y como tales quieren ser

juzgados: su primer deber es, por lo tanto, practicar un estilo de indagación histórica que esté a la altura de los tiempos, no sólo en cuanto haga suya la perspectiva que este problemático presente impone al pasado nacional (...) sino en cuanto busque utilizar una cultura histórica menos arcaica de lo que todavía suele ser habitual entre nuestros historiadores, y por último, en cuanto no se niegue a extraer las conclusiones necesarias del hecho de que la historia es -en una de sus dimensiones- ciencia social..."⁶

En esos años Romero reeditó, actualizada, *Las ideas políticas en la Argentina*, una obra panorámica que tendía a presentar toda la historia argentina como una confrontación entre la libertad y el autoritarismo, principios ideales que a su vez coincidían respectivamente con el impulso modernizador y la inercia del atraso,⁷ que se convirtió en un clásico y en base de una matriz interpretativa que se remontaba claramente a los trabajos de Mitre. Ese esquema interpretativo fue proyectado, *a posteriori* (la primera edición es de 1946, con sucesivas reediciones que avanzaban hacia el presente) sobre la idea de que la libertad recobraba posibilidades de imponerse sobre el autoritarismo mediante el derrocamiento de Perón y la construcción paralela de una sociedad más moderna y de instituciones liberales que funcionaran con aceptable eficacia.

El desempeño de estos historiadores no puede ser analizado sin tener en cuenta algunas orientaciones que enmarcaban sus esfuerzos:

- a) Su encuadramiento en el avance del conjunto de las ciencias sociales, que en las décadas de 1950 y 1960, 'aspiran a adquirir plena respetabilidad', tanto en nuestro país como en Latinoamérica, como escribiría Tulio Halperín Donghi.⁸
- b) Su objetivo consciente de contribuir a lo que percibían como la 'modernización' definitiva, y en todos los planos, de la Argentina post-peronista.⁹
- c) Su constitución como corriente en el marco de la

'universidad democrática', a cuya espíritu de 'libertad científica' y relativo aislamiento del contexto se vincularon, resistiendo a la vez las tendencias a la radicalización, y las reacciones de signo conservador y antirreformista.

La argumentación en ellos es más compleja, la metodología más actualizada, el tono es mucho más austero e 'imparcial' que la ríspida retórica de muchos historiadores liberales, y tienen fundamentos teóricos actualizados ausentes en aquéllos, pero las conclusiones presentaban importantes semejanzas.¹⁰ Se podría afirmar que los historiadores renovadores producen una oxigenación teórica, temática y metodológica bastante amplia, pero no llegan a transformar radicalmente la perspectiva ideológica desde la que se había constituido la historiografía liberal. En la mencionada cátedra de Historia Social (y el Centro de Estudios en Historia Social, que nucleaba a profesores de otras áreas, disconformes con las orientaciones de las mismas) se formarían Tulio Halperín Donghi, Reyna Pastor, Alberto Pla, Haydée Gorostegui, Roberto Cortés Conde y otros. Halperín dirigía, paralelamente, algunos seminarios de Historia Social en el Instituto de Sociología. En algunas universidades del interior se desarrollaron también avances de esa corriente, como la de Rosario, bajo el liderazgo de Nicolás Sánchez Albornoz, o Córdoba, con Ceferino Garzón Maceda, comandando vastos programas de investigación en historia económica, y dónde produce sus primeros trabajos José C. Chiaramonte.

Es indudable que, más allá de la voluntad de sus sostenedores, su pretensión moderna y científica, encuadrada en un ideario liberal-democrático, resultaban útiles para los sectores más modernizadores y desarrollistas de las clases dominantes, que aparecían colocados del lado 'correcto' en una contradicción que se planteaba entre libertad y autoritarismo, o de lo moderno frente a lo tradicional, y no sobre un eje social, de clase. Además la atención prestada al desarrollo de las nuevas escuelas europeas les permitía presentarse como

auspiciantes de una universidad superadora de la 'oscurantista' del peronismo, en la que habían tallado discípulos de Santo Tomás y admiradores de Primo de Rivera y Oliveira Salazar, junto con incompetentes de variada laya. Más complicada era la relación con los historiadores eruditos que, como Ricardo Caillet-Bois o Enrique M. Barba,¹¹ poblaban todavía la mayoría de las cátedras, habían sido también desplazados por el peronismo, y sustentaban una visión histórica tradicionalmente grata a los detentadores del poder político. Profesores como Gino Germani o Romero unían a ese efecto, la competencia profesional, la pretensión de neutralidad científicista y una ideología reformista pero claramente 'occidental', ajena a contaminaciones marxistas o de otras vertientes radicalizadas, altamente compatible con proyectos como la Alianza para el Progreso o la CEPAL, en desarrollo por esos años. Sólo el advenimiento de una reacción unilateralmente conservadora y clerical como la de la época de Onganía, marcó el final de la tolerancia para esos partidarios de una renovación 'despolitizada' de las ciencias sociales.

El golpe de estado de 1966 cortó esa trayectoria. Estaba apoyado en las alas más conservadoras dentro de las clases dominantes, lanzadas en el plano nacional a un 'cambio de estructuras' identificado con la concentración capitalista y a la ofensiva contra todo lo que pudiera atentar contra una 'seguridad nacional' identificada con los intereses del gran capital y la política exterior de EE.UU. Con ese punto de partida, se tendía a ver con desconfianza a los emprendimientos de los científicos sociales, aun cuando éstos tendieran a exhibir credenciales impecablemente 'occidentales' como era el caso de la mayoría de los historiadores sociales y de sus colegas de Sociología.

Se volvió por un tiempo a la hegemonía plena del 'academicismo' conservador, previa renuncia masiva de estos profesores, identificados, no con el gobierno radical depuesto, pero sí con las grandes líneas del orden de cosas anterior. Como en áreas más centrales de la realidad social, la 'Revolución

Argentina' vivió luego sus años de repliegue en medio de un proceso de radicalización estudiantil y politización de la vida académica sin precedentes. De la mano de las 'cátedras nacionales' y otras expresiones contestatarias, la 'limpieza' de los comienzos de la dictadura de Onganía no tardó en dar el resultado contrario al buscado.¹²

Por esos años escribiría varias de sus obras importantes Tulio Halperín Donghi, que se convertiría, fallecido Romero, en la figura consular de la historiografía 'social',¹³ aunque su alejamiento definitivo del país (no modificado luego del retorno al régimen constitucional, permaneciendo como profesor de la Universidad de Berkeley, EE.UU.) no le permitió jugar el rol de un efectivo 'jefe de escuela' en nuestro país. Produjo en esos años (y en los de la llamada Revolución Argentina) un intento de fijar interpretaciones más complejas e integrales de distintos períodos de la historia argentina, si bien uno de sus empeños fue un intento en parte fallido de hacer 'historia serial' con el comercio exterior argentino, que nunca fue publicado, y quedó como un intento de adaptarse a las corrientes internacionales, entonces dedicadas a la 'historia de precios' y otros menesteres afines.¹⁴

Así *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo, Revolución y Guerra*, sobre el período de la emancipación, *Una Nación para el desierto argentino*, para las ideas políticas de la segunda mitad del siglo XIX, *Argentina en el callejón*, en torno al peronismo y sus consecuencias, y los dos tomos que estuvieron a su cargo de una *Historia Argentina*, planificada en ocho volúmenes que él dirigió; el correspondiente a la primera mitad del siglo XIX (*De la Revolución de Mayo a la Confederación Rosista*) y al período que abarca al peronismo y postperonismo (*Argentina. La democracia de masas*)¹⁵.

La mencionada *Historia Argentina*, editada por Paidós, constituyó el primer intento de producir una obra colectiva integral, orientada por los principios de la 'historia social' y escrita por investigadores con respaldo académico, sobre el

proceso histórico nacional. En sus distintos volúmenes colaboraron representantes de diferentes vertientes de la historiografía de pretensión científica y despolitizada que nos ocupa, como Haydée Gorostegui de Torres, José Carlos Chiamonte, Carlos Sempat Assadourian, José Luis Moreno, Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Darío Cantón.

Colocada en la perspectiva de la 'larga duración' en la evolución de la historiografía argentina, aparece evidente que, si bien la tendencia renovadora no logró ser hegemónica en su período inicial de actuación (1955-1966) y vio truncada a partir de allí sus posibilidades de proyección, al menos en el terreno universitario, sí logró convertirse en predominante a partir de 1984, mantiene un vínculo de filiación con ella.¹⁶

En el período 1973-1976, algunos de los miembros de la corriente regresaron a la Universidad, en muchos casos inclinados a una versión radicalizada del papel político de la historiografía. Pero su posición no dejó de ser marginal, y a juicio de algunos representantes de la corriente, bastante difícil, ante quienes la cuestionaban desde posiciones situadas más a la izquierda, cuando su hábito era disputar con colegas más conservadores. Ello no los eximió de verse incluidos entre los expulsados (de la Universidad y en varios casos del país) por la dictadura militar posterior al golpe de marzo de 1976.

Como dijimos, a partir de 1984, una nueva generación de historiadores, muchos de ellos de regreso del exilio, irrumpirían en la vida universitaria desplazando a los sobrevivientes de la vieja erudición que la última dictadura había vuelto a colocar en las cátedras y en el disfrute de subsidios de investigación. El nuevo grupo, encabezado entre otros por Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, Enrique Tandeter, José E. Burucúa, Fernando Devoto, Juan Carlos Korol, tomará a guisa de 'patriarcas' a los mayores representantes de la generación anterior, y se referenciará explícitamente en la línea inaugurada por J. L. Romero, con Halperín colocado en el sitio de mayor exponente vivo de esa tradición, y un

reconocimiento importante hacia José C. Chiaramonte, que a diferencia del anterior, regresa al país y pasará a dirigir el Instituto de Historia Argentina y Americana de la UBA.

Después de 1983. La hegemonía de la 'Historia Social'

Todavía en pleno transcurso de la dictadura iniciada en 1976, se constituyó un grupo de historiadores que, desde centros privados, comenzaron a reconstruir la idea de hacer 'historia social' en la línea de José Luis Romero, pensando en un futuro no signado por la censura y las persecuciones, como era el que se vivía en ese momento. El autor fallecido, junto con el largamente exiliado Tulio Halperín Donghi obraban como modelos. Leandro Gutiérrez fue a su vez maestro directo de jóvenes cursantes de la carrera en los oscuros tiempos de la dictadura, marcados por el retorno a posiciones de poder en la docencia y la investigación de una 'Nueva Escuela Histórica' ya fantasmal. El PEHESA (Programa de Estudios de Historia Económica y Social Argentina) se formó ya a fines de 1977, integrado entre otros por Leandro Gutiérrez, Luis Alberto Romero, José Luis Moreno, Haydée Gorostegui, Juan Carlos Korol, bajo el paraguas del CISEA.¹⁷

A partir de diciembre de 1983 la nueva historiografía académica se adueña del espacio universitario (a favor de su alianza con quienes tuvieron a su cargo la intervención inicial de la universidad post-dictatorial), y desarrolla un trabajo inspirado en las corrientes sobre todo francesas y británicas (de *Annales*¹⁸ en adelante, incluyendo a los representantes del 'marxismo británico' en una referencia destacada), y en la 'historia social' en la estela de José Luis Romero, como forma de 'tomar la posta' del desarrollo interrumpido por el golpe militar de 1966.¹⁹ La asignatura Historia Social General (la vieja materia dictada por J. L. Romero) fue restituida, y vuelta a ubicar en un lugar central en el plan de estudios de la carrera en la UBA (siendo a la vez incluida en el de otras,

como Antropología), y para mayor simbología de continuidad, puesta bajo la titularidad de Luis Alberto Romero, hijo de José Luis, que llegó a colaborar con él en algunos de sus últimos trabajos.²⁰ Buscan forjar una imagen del trabajo del historiador, que L. A. Romero delineó brevemente a mediados de los '80, refiriéndolo a la figura de su padre:

“Quizás sea esa combinación de rigor y compromiso, que distingue a su autor tanto de los profesionales falsamente asépticos como de aquellos empeñados en justificar con la historia las consignas del presente, el principal atractivo de estos trabajos.”²¹

Rigor que no se confunda con erudición vacía, compromiso que no equivalga a pasión militante,²² eran las claves de un programa de acción, la ‘silueta’ del modelo de historiador buscado. En esta elección de antecedentes en los que referenciarse, estaba claro el rechazo por las dictaduras que habían arrasado la continuidad de la labor académica, pero se implicaba también una visión poco favorable del período 1973-75, del que se destacaban sus innegables componentes de convulsión e inestabilidad, mientras se daba por sentada la caducidad de los ideales de transformación radical que bullían en la Argentina de esa época.

Se empeñan así en un proceso de acentuada profesionalización de la carrera de Historia, con la consiguiente regularización de sus cátedras y plan de estudios (incluyendo el restablecimiento del mecanismo de concursos), y de la tarea de investigador, en búsqueda del establecimiento de criterios compartidos de excelencia profesional.²³ Se busca un restablecimiento de las publicaciones y encuentros científicos, el cultivo de vínculos internacionales con las últimas tendencias de la historiografía mundial, y el establecimiento de un *cursus honorum* pautado para el avance de los nuevos profesionales, sometidos a su vez a un ‘control de calidad’ estricto por parte de sus superiores, dotados de las herramientas de disciplinamiento que se hicieran necesarias. Como parte de este proceso puede inscribirse la generación

de un encuentro de los investigadores de los distintos centros universitarios del país, con periodicidad regular, sede rotativa, y facilidades para que no sólo los consagrados sino las nuevas generaciones tuvieran espacio para exponer sus trabajos. Nos referimos a las Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, que se vienen realizando desde los años '80, consideradas por L. A. Romero como elemento fundamental en la hegemonía historiográfica predominante desde el retorno a la democracia:

“A través de ellas, esa historia que se identifica, a la vez, por su adhesión a las viejas banderas de la ‘historia social’ y por su inclusión en el nuevo campo profesional que se estaba definiendo, ha llegado a imponerse en el campo del saber histórico.”²⁴

Ese avance tan fuerte de las rigideces de la vida académica,²⁵ terminó por preocupar incluso a figuras claves del grupo, como Hilda Sabato:

“Me preocupa la constitución de un *statu quo* fuerte, de una institución que ella misma se convierta en un chaleco de fuerza para el desarrollo de un pensamiento crítico. Me preocupa que aquellos desarrollos institucionales que van garantizando carreras individuales, con pasos establecidos, con jerarquías, con caminos más o menos fijados de antemano y muy marcados por la cooptación –desarrollos que son por un lado positivos– se conviertan a la vez en trabas para el florecimiento de un pensamiento crítico, orientado a alimentar el debate público (...) Pero el humor ‘fin de siglo’ no ayuda en ese sentido, ese humor que prioriza lo privado frente a lo público, las tareas individuales más que los compromisos colectivos. Soy anacrónica quizás, pero me gustaría ver, dentro de la Universidad, mayor dinamismo político, mayor interés por lo público.”²⁶

Cabría acotar que esas ‘incomodidades’ y ‘preocupaciones’ no han tenido hasta ahora efectos visibles en las prácticas de investigación y docencia, y el camino del an-

quilosamiento académico sigue, en general, su curso, sin grandes turbaciones.

Esa actitud 'profesionalista' no deja de ser un drástico cambio de frente con respecto a las concepciones que sobre la relación entre actividad académica y militancia política había sido pensada como deseable, en algunos casos por las mismas personas, no más de unos años atrás.

En el pasaje del entusiasmo revolucionario al conformismo 'democrático', se había tomado la decisión de asumir como tarea principal la formación de investigadores y profesores competentes en la producción y transmisión de un conocimiento histórico vuelto a una morada más que nada académica, y cuyos objetivos fundamentales pretendían ser internos a la propia vida universitaria.²⁷

Todo convergía hacia la constitución de una *comunidad de historiadores* unificada, con sus mecanismos de control académico y cooptación de los más capaces, y bajo el seguro control de los 'historiadores sociales'. En el discurso, esta tarea de unificación tendía a integrar a todos los sectores, pero en la práctica encubría dos políticas diferentes:

- a) La llevada a cabo con los restos de la historiografía liberal (representada por los sobrevivientes de la antigua docencia de la carrera de Historia de la UBA y por la Academia Nacional de la Historia y ámbitos afines a ella) con la que se aplicó una tolerancia 'integradora' que en el fondo aspiraba a conquistar los espacios codiciados que éstos conservaban, en primer lugar la Academia Nacional de la Historia.
- b) Con la historiografía revisionista y marxista una actitud que osciló entre el 'ninguneo'²⁸ y la agresión activa, tendiente a desplazarlos de (o impedir su ingreso a) los espacios académicos y privarlos de la consideración pública.

En los últimos años se suele definir el campo historiográfico sin tomar en cuenta a quienes se sitúan a la izquierda de los 'nuevos historiadores', y se los excluye de la respetabilidad

académica sin dar la discusión, por la omisión lisa y llana (esto en un clima ideológico en el que quien señala silenciamientos, queda rápidamente bajo sospecha de tener una 'visión conspirativa', cuando ese tipo de visión está situado en la cima del prestigio intelectual). El revisionismo estaba ya en plena decadencia, privado de una generación de reemplazo de sus figuras muertas o envejecidas. Con respecto a los marxistas el resultado no fue sino mantenerlos en su lugar de marginalidad, en muchos casos negándoles hasta la cita o la inclusión en las bibliografías.

Esta política diferenciada no sólo se proyectó sobre lo institucional sino que impregnó los estudios e interpretaciones sobre procesos históricos concretos, en los que se manifestaba la tendencia a cierto acercamiento con las conclusiones de la historiografía liberal y la toma de distancia respecto a posiciones que pudieran aparecer inspiradas por el marxismo. En muchos casos, se asistió a una fundamentación más rigurosa y una elaboración teórica mucho más sofisticada que en el pasado, de posiciones gratas a la visión tradicional de la historia de nuestras clases dominantes: la construcción de la sociedad y el Estado producida después de Caseros y por la generación del '80 fue enfocada con una iluminación gradualmente más brillante (incluso en detrimento del radicalismo que la sucedió en el ejercicio del gobierno), en nombre de la 'modernización' algo similar ocurrió con la otrora 'década infame', con figuras como el general Agustín P. Justo colocadas en el sitio de la 'eficacia' y la 'claridad de concepción'²⁹, al mismo tiempo que la visión del peronismo se hizo más bien sombría, si bien es cierto que el estudio de los períodos posteriores a 1916 estuvo en gran parte en manos de investigadores extranjeros (Loris Zanatta, Daniel James, David Rock, entre otros) o a estudiosos locales más vinculados a la sociología o a la historia económica que el núcleo de la carrera de Historia, como Oscar Oszlak, Ricardo Sidicaro, Juan Carlos Torre, Adolfo Prieto, Julio Godio y otros.³⁰ En el enfoque, por

cierto sesgado, que se hizo dominante, revisionistas y marxistas eran culpables de un exceso de 'politización' que había debilitado el rigor científico y la 'distancia crítica' necesaria para construir 'buena historia', mientras que la cosmovisión afín a las elites dominantes no sería visualizada como 'politización' (al menos no con tanto énfasis) y su rigor en el estudio de los documentos tomado como posible base para el desarrollo y modernización de la disciplina.

La historiografía contestataria de la etapa de los '60 y '70 era, como ya dijimos, vista como ejemplo de historia que pierde rigor a fuer de 'politizada' (vale decir comprometida con un proyecto de transformación de la sociedad) y en la 'despolitización' juzgada imprescindible para alcanzar rigor científico, se incluye el expurgar cuidadosamente las impregnaciones 'marxistas', sobre todo las que aceptan, y aun propician, cierto 'espíritu de partido' en el desarrollo de la tarea de historiador. No se trata de un antimarxismo a la antigua usanza: se sigue utilizando cierta terminología de ese origen, y citando con respeto a los clásicos de esa corriente e incluso a sus representantes actuales (esto último sólo si tienen reconocimiento previamente acordado en los grandes centros académicos, como los historiadores marxistas británicos). Lo que sí se produce es un rechazo a las actitudes ligadas a una asunción integral de la tradición marxista, con su consecuencia de un entendimiento del trabajo con la historia como ligado más o menos directamente a proyectos de transformación radical de la sociedad, a partir de un enfoque de clase.

En cuanto a las corrientes historiográficas tomadas como modelo, la ya tradicional referencia a *Annales* continuaba vigente, siguiendo ahora las ranificaciones de la escuela en direcciones más alejadas de la historia económico-social que había predominado en la 'era Braudel' (y en la inclinación cada vez mayor de esa escuela a batallar contra todo lo que huele a 'ideas de progreso y revolución')³¹, e incorporando la consideración de nuevas corrientes de la historiografía europea.³²

La expansión de una visión de este tipo no puede escindirse

del modo en que toda una generación de intelectuales, la mayoría de los cuales vivieron la experiencia del exilio bajo la dictadura, regresaron con la idea de participar activamente en la construcción de una democracia representativa a la que, junto con un capitalismo percibido como 'humanizable', asumían como el horizonte posible (e inmodificable) de cualquier proyecto realista de transformación, rompiendo con la concepción del mundo y los objetivos políticos que muchos de ellos mismos alentaron en la etapa pre-dictadura. El reemplazo del pasado revolucionario por un reformismo cada vez más modesto, en aras de una 'transición a la democracia' erigida en objeto máximo del deseo, signó la nueva actitud. Ese replanteo de la visión sobre la escena social y política, no podía dejar de incluir el del su propio 'lugar en el mundo', la actitud cotidiana frente a las instituciones y a las ideas. Pasaron a pensarse a sí mismos en el modo de los profesores de las grandes universidades europeas y norteamericanas, con la meta de obtener un amplio reconocimiento profesional, una relación plácida con los poderes económicos, políticos y culturales establecidos, y la posibilidad de ampliar el arco de difusión de su 'experticia' desde los medios de comunicación o en el lugar de consejeros del poder. Para ello debían mantenerse saludablemente ajenos a las 'irrupciones' de la política, entendiendo por tal, sobre todo, a aquella divergente de los objetivos de las 'elites dominantes' (que no clases, término a limitar en su uso sino a desterrar completamente), ya que el apoyo a candidaturas o partidos, o la asesoría en diversas variantes, siempre que estuviera rigurosamente incluida en el 'sistema', suele practicarse sin remordimientos.

Se abría paso una visión no conflictiva del presente (al menos ajena al conflicto central, la lucha de clases), y para cohonestarla se imaginaba una imagen igualmente no conflictiva acerca del pasado, proyectando hacia atrás el actual déficit de pasión y proyectos transformadores.³³ Y cada vez más se percibían a sí mismos como 'profesionales' de una

disciplina, y ya no como intelectuales con vocación de intervención sobre la totalidad social, actitud que se acentuó al compás del fracaso de las esperanzas de tinte socialdemócrata de los comienzos de la (denominación discutible por ellos acuñada) 'transición a la democracia'. El rol de consejeros áulicos de los mandatarios de la democracia, sólo lograron asumirlo cabalmente en los primeros años de la gestión presidencial del Dr. Alfonsín. La actuación pública, aun en el modesto plano que se le destinaba, comenzó a quedar vedada durante el doble período presidencial del Dr. Menem. Y con el recambio presidencial de diciembre de 1999, quedó en claro a poco andar que el tipo de relación política-intelectuales de los años de retorno al régimen constitucional no iba a volver, ni siquiera como farsa. Aunque hayan regresado al gobierno fuerzas políticas teóricamente afines con el 'progresismo' que profesa la intelectualidad, ya no hay margen (ni 'voluntad de creer') para que desde las instituciones representativas se pueda limitar seriamente el poder del gran capital y sus ramificaciones en la esfera cultural. La tendencia es más bien al avance de la gran empresa sobre las esferas que aun no ha 'colonizado' por completo, entre ellas la Universidad, a la que se propone arancelar, restringir el ingreso, y subordinar más directamente al gran capital en sus orientaciones pedagógicas y de investigación. Y el 'poder académico' no tiene un programa claro para enfrentar esa tendencia, sin contar con que es atravesado por la tentación de dejarse cooptar por ella.

Algunos sinsabores derivados de su asentamiento en una sociedad argentina cada vez más distante de los modelos del capitalismo avanzado, más atravesada por la pobreza y el estancamiento económico, social y cultural, e incluso presa de una acelerada degradación de sus instituciones políticas, no lograron conmover esa actitud en su base. En el terreno público, comenzaron a ejercer un temperamento de desazón creciente con el transcurrir del derrotero democrático del país, pero sin abandonar el rechazo

frente a cualquier respuesta radicalizada contra un estado de cosas crecientemente injusto. Preferían insistir en la 'expansión de la ciudadanía', en reformas parciales al régimen político, aunque no pudieran ocultar el descenso de sus propias expectativas. El correlato en lo privado fue una creciente reclusión en la esfera profesional, un re-localizar cada vez más las aspiraciones hacia los logros de una carrera ascendente. A lo sumo la precariedad de la situación impulsó a algunos a mudarse de las instituciones de enseñanza e investigación estatales a las privadas, buscando, al calor más directo de la gran empresa,³⁴ la estabilidad presupuestaria y la generosidad en las remuneraciones que escasea en la universidad pública. La historiografía debía, en esa línea de ideas, abandonar el espíritu 'incandescente' de los 60-70, para centrarse en una producción específica de alto nivel, de 'excelencia', a cubierto de las 'inclinaciones' del mundo externo.

Podría señalarse que esa preocupación por recuperar (o construir) la especificidad de la tarea historiográfica, no exime a esta corriente de que sus visiones del pasado se tiñan con las del presente. Por ejemplo, del reduccionismo de clase del que se acusa al marxismo se pasa, a menudo, a la 'ignorancia' de toda la problemática clasista. Así, la clase obrera tiende a desaparecer de la escena, disuelta en 'sectores populares'; no sólo ya no es 'sujeto revolucionario' sino que amenaza dejar de ser sujeto o categoría social. Toda perspectiva del 'conflicto social' (lo que excluye el concepto de lucha de clases) toma una forma atenuada que concluye por acercarla más a la tradición funcionalista (en cuanto esta propone 'administrar' el conflicto, su reabsorción por parte del sistema) que a la marxista o a cualquier otra orientada a cuestionar más o menos radicalmente el orden existente. En el caso particular de la historia del movimiento obrero, si bien son correctas observaciones críticas a la excesiva propensión a la 'historia heroica', y el centrarse exclusivamente en las 'organizaciones y las luchas'³⁵ descuidando otras dimensiones de la vida y combate de los trabajadores, se tienden a

cometer excesos de signo opuesto, que minimizan la importancia de las luchas.

Bajo la capa del abandono de la excesiva 'politización' se transita hacia la dedicación a temas y cuestiones soslayados o minusvalorados (a veces muy injustamente por cierto) por la historiografía anterior (incluyendo a las primeras generaciones de *Annales* y, sobre todo, a los marxistas) convirtiéndolos en 'los' temas por excelencia (la convivencia cotidiana, la vivienda, las fiestas populares, las cuestiones relacionadas con el sexo y el cuerpo, la niñez, la muerte etc.), a riesgo de que la huella de los grandes procesos históricos quede disuelta en un sinnúmero de enfoques 'micro' que no se articulan de ninguna manera en dirección a comprender la totalidad, y que las clases sociales, so pretexto de quitarles su 'centralidad' en el análisis histórico, desaparezcan por completo del análisis del mismo.³⁶ Al mismo tiempo, tiende a predominar un enfoque empirista, que desconfía de toda discusión teórica, ya que se las ve ajenas a una historiografía validada por las propias 'reglas del oficio', y el consenso de la 'comunidad de historiadores', que sería la encargada de dictaminar cual es la 'buena historia'. La investigación del tipo 'estudio de caso', circunscripta a estrechas coordenadas tanto temáticas como de espacio y de tiempo, es la modalidad escogida en buena parte de los trabajos, mientras que la tarea de síntesis, de integración de esos resultados, queda relegada. Se valoriza en cambio, el relevamiento más que detallado de la pequeña 'parcela' que se elige como objeto de estudio, y se vuelve una y otra vez sobre ella. Cualquier intento de extender el campo de análisis, de ampliar la perspectiva, de modificar el estilo de trabajo, podrá acarrear la reprimenda de los más o menos 'consagrados', quiénes ejercen cierta 'policía' metodológica, modalidad de control de cuya instauración todo el 'sistema' se siente orgulloso.

En los últimos años, se está poniendo de manifiesto una crisis de esta perspectiva de 'nueva historia', fuertemente condicionada por el naufragio cada vez más evidente de su

visión del presente, que se proyecta en dudas crecientes sobre la perspectiva y el modo elegido para el abordaje del pasado.³⁷ Las publicaciones se multiplican, los congresos y encuentros se hacen más frecuentes y crecen en número de participantes, las becas en universidades prestigiosas del exterior se hacen costumbre, pero los resultados obtenidos no son particularmente deslumbrantes.

La producción historiográfica concreta, se ha volcado en un amplio conjunto de artículos y recopilaciones, pero menos en libros orgánicamente concebidos, y de estos son poquísimos los que pueden aspirar a la dimensión de 'grandes obras', que cambiarán la interpretación de todo un período histórico, o alleguen novedades que revolucionen la apreciación de un determinado proceso social. Tal como comenta un especialista en historia colonial, al que no se puede considerar enfrentado con el grupo hegemónico:

"...es notable la multiplicación de estudios monográficos sustentada en un más generalizado dominio del oficio y una creciente profesionalización; sin embargo, las obras de historiadores argentinos han sido muy escasas: me refiero a obras pensadas como totalidades, a libros integrales resultado de una necesariamente lenta pero también más completa -y compleja- elaboración."³⁸

La tendencia al trabajo breve y de poca elaboración, responde en cierta medida al imperio de la cultura del *paper*, apto para encuentros locales o internacionales, circulación rápida entre expertos con los que se trabaja o mantiene correspondencia, publicación en revistas, y otros menesteres que resultan productivos, sino para la construcción de un saber, al menos en la de un *currículum*. Si bien la preocupación por contribuir a modificar el presente desde el estudio del pasado cede su lugar, según se postula, a la construcción desinteresada del conocimiento, muchas veces esta última se desplaza frente al propósito más prosaico de 'hacer carrera'. Más llamativo es que incluso muchos investigadores en plena madurez y con elevada inserción institucional, supuestamente no

tan urgidos por exigencias curriculares, se pliegan también a esa modalidad de trabajo.³⁹

Los 'nuevos clásicos' de esta escuela historiográfica siguen siendo las obras de hombres de la camada anterior. *El Orden Conservador*, de Natalio Botana, editado en 1977, sigue siendo irremplazable como obra acerca del régimen socio-político asentado a partir de 1880. Y en materia de historia de las ideas en el siglo XIX, la especialidad de Botana desde siempre, publicó dos libros interesantes: *La tradición republicana* y *La libertad política y su historia*. No hay una obra sobre la emancipación nacional del alcance de *Revolución y guerra*, de Halperín Donghi que data de 1971. Algo parecido ocurre con *La pampa gringa* de Ezequiel Gallo, editado en 1983, para la colonización rural pampeana. En cuanto a Ricardo Cortés Conde no ha dejado de publicar en forma de libro desde la ya lejana *La formación de la Argentina moderna*, en co-autoría con Gallo, y el ya unipersonal *El progreso argentino*, siendo que ambas continúan como puntos de referencia como panoramas de historia económica del siglo XIX. En él se hace particularmente evidente que no siente atracción por la visión 'parcelada' tan en boga en los últimos años. En un trabajo reciente, se anima nada menos que con dos siglos de historia económica, examinados desde una perspectiva claramente identificada con el liberalismo económico: *La economía argentina en el largo plazo (Siglos XIX y XX)*, Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1997.

Incluso, en algunos casos, las obras más consideradas son de autores extranjeros, como David Rock para el caso del radicalismo. *El radicalismo argentino*, sigue siendo la obra de consulta indispensable para la historia del primer radicalismo, pese a las claras falencias que presenta desde el punto de vista interpretativo.

Estos son autores que sí producen libros orgánicamente concebidos como tales, abarcando por lo general temas de un alcance relativamente amplio en la problemática y el

período abordado, con el respaldo de una investigación de 'aliento'. En cambio, los hombres y mujeres de la 'nueva historia social', no siguen en este aspecto el ejemplo de los historiadores que admiran (Braudel, Duby o Hobsbawn, p. e.), que se han destacado como productores de obras extensas, que se despliegan sobre un ámbito espacial amplio y un lapso prolongado, en torno a problemáticas que distan de ser 'micro'.

Una excepción parcial podría ser la obra de Hilda Sabato sobre la expansión lanera, que de todas maneras data de comienzos del período.⁴⁰ El trabajo constituye un exhaustivo análisis que, desde la cuestión central de la expansión ovejera, que estudia en detalle, analiza la conformación del mercado de tierra, trabajo, capital, la conformación de un empresariado del sector, el entramado técnico y organizativo construido en torno al bien exportable. La obra, si bien con un punto de partida relativamente circunscripto, logra dar un panorama de la organización del capitalismo pampeano en una etapa no particularmente estudiada con anterioridad, y efectuando un enlace crítico con estudios precedentes (como los de Ernesto Laclau y Jorge F. Sabato⁴¹), sobre la configuración de la clase dominante en el país y sus fuentes de acumulación.⁴²

Esta misma autora ha generado más recientemente otro libro, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. 1862-1880*, en el que se efectúa un intento de revisión de la etapa conocida como 'Organización Nacional', en procura de encontrar tempranos componentes democráticos en una sociedad civil partida entre 'mitristas' y 'alsinistas'. La propia H.S. confiesa el itinerario del entusiasmo a la perplejidad, respecto a las potencialidades de la democracia representativa, que ha guiado la indagación reflejada en la obra:

"No se le escapará al lector que este libro lleva las marcas de un tiempo muy particular en la Argentina, signado por los esfuerzos y las dificultades en la construcción de una sociedad democrática. La pregunta original nació

en el clima efervescente creado hacia el fin de la dictadura militar, cuando muchos nos preguntábamos dónde se encontrarían las reservas democráticas en una sociedad atravesada por el autoritarismo. En ese marco propusimos la hipótesis, tal vez demasiado optimista, de la histórica capacidad de nuestros sectores populares para generar celulares 'nidos de la democracia' en el seno de la sociedad civil. (...) Hoy, sin embargo, aunque estemos muy lejos de la arbitrariedad de la dictadura, encontramos dificultades en todos esos planos."⁴³

No sólo ese trabajo, sino buena parte de la producción de la historiografía hegemónica registra ese tipo de 'marcas': las del propósito de descubrir en nuestro pasado una trayectoria que pueda legitimar retrospectivamente a una pacífica democracia representativa en amable coexistencia con un orden capitalista tal que respete la libertad de mercado sin renunciar a colocarle límites desde el aparato estatal. Modelo de sociedad que se imagina deseable y posible en la actualidad, aunque se reconoce la carencia de avances en su concreción práctica. Los 'sectores populares' (que ya no clases, dominadas o subalternas) son estudiados privilegiando en su trayectoria los elementos de 'integración' sobre los de explotación y marginación, los momentos de consenso por sobre los de conflicto, las actitudes moderadas y reformistas frente a las ideas y acciones revolucionarias, los niveles 'micro' sobre lo 'macro'.⁴⁴ En suma, una serie de sesgos tanto o más pronunciados que los de visiones más explícitamente 'politizadas' o 'ideológicas' de la sociedad y la historia, sin por eso pensar en abandonar la pretensión de historia rigurosa y 'despolitizada'. Una paradoja llamativamente parecida a la que, como ya hemos visto, aquejó a la vieja historiografía erudita. El resultado es una obra situada muy por debajo del nivel de calidad y aspiraciones de la anterior.

El espíritu excesivamente 'monográfico', la tendencia a visualizar a las instituciones por sobre los grupos sociales, o la más amplia huida de temas comprometidos y 'politizables'

han conspirado contra la producción de trabajos destinados a perdurar. El malograrse de algunas obras por la manía 'particularista' se da a veces en el transcurso del mismo trabajo. Así en *Mercaderes del Litoral* de José Carlos Chiaramonte, lo que apunta en la introducción como un interesante análisis del capitalismo de la primera mitad del siglo XIX, con la hipótesis de la preeminencia del capital comercial, resulta ser sólo el prólogo de un pormenorizado estudio circunscripto a la provincia de Corrientes, sin regresar sobre el tema general.

Luis Alberto Romero es el líder del grupo de los 'nuevos historiadores', al menos en su aspecto de 'empresa cultural'. Vínculo directo con la generación anterior, en tanto hijo de José Luis Romero y heredero (a cerca de dos décadas de 'la noche de los bastones largos', el hiato que simbolizó el descabezamiento de la 'renovación' post-55) de la cátedra de Historia Social General que aquél había ejercido, encabeza además los más variados campos de intervención historiográfica: es editorialista del diario *Clarín*; conduce el grueso de las colecciones y series que vuelcan la producción del grupo, se ha multiplicado para compilar en forma de libro artículos sueltos de su padre o de sus colegas. Si bien no ocupa una de las cátedras de Historia Argentina en la carrera de Historia de la UBA (lo hizo por un tiempo, pero al parecer eligió concentrarse en Historia Social, pensada como vía de entrada de todos los estudiantes de Historia y otras carreras), ni dirige el Instituto Ravnani, eso no disminuye su papel de organizador, y nexo principal de la historiografía hegemónica con el conjunto de la vida cultural y con el 'gran público'. El conjunto de la colección *Historia y Cultura*, que bajo la dirección de Romero ha sido el canal de publicación (o de difusión en un público más amplio que el de las revistas académicas) de muchos trabajos tanto de los miembros de esta corriente, como de autores ajenos a ella (sobre todo extranjeros) pero considerados 'buena historia' con sus criterios, es representativa de las opciones temáticas a las que nos venimos refiriendo. Para encontrar en ella un título referido al itinerario de la

clase obrera en su vinculación con el peronismo, hay que ir al encuentro de *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976* del británico Daniel James; sobre las movilizaciones obreras y populares de los últimos '60 y primeros '70, sólo hallaremos *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, de James Brennan, de la Universidad de Georgetown. Y si lo que procuramos es la trayectoria de las izquierdas, habrá que recurrir a *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, rescate de un estudio del fallecido José Aricó, varios años anterior a su publicación.⁴⁵ Y no se trata de una falla imputable al conjunto de la producción historiográfica y en ciencias sociales de los estudiosos argentinos, sino de un 'recorte' particular e intencionado efectuado por esta corriente. Basta examinar la aproximadamente contemporánea *Biblioteca Política*, del CEAL, para encontrar por decenas los trabajos (de las más variadas calidades, orientaciones disciplinarias y corrientes ideológicas) dedicados a la vieja y nueva izquierda, las organizaciones obreras, las organizaciones armadas, la última dictadura militar y sus consecuencias, entre otras cuestiones prolijamente excluidas de la otra colección.⁴⁶

Podemos recurrir una vez más a la opinión de Hilda Sabato para explicar la virtual 'huida' frente a los temas de la historia reciente, aunque no la reticencia hacia otros temas y cuestiones *a priori* menos dolorosos:

"Fue una experiencia durísima y que nos ha marcado de la peor manera; sino volvemos sobre eso, va a ser muy difícil saber dónde estamos parados. No tengo pensado por qué quienes estamos en edad de hacer ese tipo de trabajo no lo estamos generando. En lo personal, tengo una dificultad para mirar ese período, no sólo como historiadora sino como intelectual, como una persona con intereses políticos y hasta como simple argentina, al punto tal que hay varios libros sobre ese período que no puedo leer."⁴⁷

De nuevo, pese al señalamiento, la situación no se ha revertido: son periodistas, militantes e historiadores de otras corrientes (el en otro sitio mencionado trabajo de Pablo Pozzi en torno al ERP entre varios ejemplos posibles) los que analizan la Argentina del '70 en adelante. En otra dirección, no deja de llamar la atención la imposibilidad confesa, no ya de investigar una época, sino de leer acerca de ella. Semejante 'bloqueo' sobre un momento neurálgico de nuestra historia reciente, habla bastante mal de la capacidad de 'distanciamiento crítico' de los historiadores que lo padecen.

Al día de hoy, la escuela historiográfica predominante, realiza una tarea de intervención muy diversificada: lideran la 'formación de opinión' sobre historia argentina en los medios masivos, encaran la edición de una historia argentina integral como trabajo de conjunto de toda la corriente: *Nueva Historia Argentina*, obra colectiva en curso de publicación, pensada para ocupar un lugar similar al que para los liberales jugó la *Historia...* de la Academia, la de *summa* de su producción del grupo y fijadora del canon interpretativo de ahora en adelante, aunque con características de mayor adaptación a un público amplio: carencia de notas al pie, un estilo de escritura relativamente sencillo, ilustraciones. Luis Alberto Romero señaló así los propósitos y rasgos fundamentales de esta obra, en un comentario a uno de los tomos:

"La colección se propone ofrecer a un público lector no especializado una versión accesible y rigurosa del pasado, acorde con los enfoques y los interrogantes de la historiografía actual. Fueron convocados los mejores historiadores universitarios, todos ellos investigadores, quienes comparten una perspectiva 'social' de la historia. Tal caracterización, aunque muy general, define esta *Historia* y la diferencia tanto de las versiones académicas más tradicionales, cuanto de aquellas meramente narrativas o anecdóticas, hoy tan en boga."⁴⁸

La orientación general aparece clara: la escribirán sólo aquéllos miembros de la corporación inscriptos en la tendencia

hegemónica (la perspectiva 'social' que se enuncia, sumada a la extracción universitaria excluyente), y con ello se pretende ocupar un espacio de 'alta' divulgación, moderna y accesible pero no banalizadora, que garantice el imperio de los criterios historiográficos más reconocidos en la actualidad. Hay otro rasgo, lateral pero importante, de la colección: el lugar predominante (en la dirección general de la obra, asignada a Juan Suriano, en la coordinación de algunos tomos, otorgada a Noemí Goldman o Mirta Lobato), se le ha otorgado a la 'generación intermedia' (la que coincide con el grupo que edita *Entrepasados*). Una lógica lineal de jerarquías académicas hubiera otorgado la dirección a Romero, Hilda Sabato o Chiaramonte; deliberadamente o no, se enfatiza la capacidad de los historiadores sociales de generar su propia sucesión y auspiciar activamente la ocupación de espacios expectables por parte de ella.

Se halla asimismo avanzada la publicación de una suerte de compilación cronológica del pensamiento nacional, titulada justamente *Biblioteca del Pensamiento Argentino*, toda ella vaciada sobre el molde de *Pensamiento y construcción de una nación: Argentina 1846-1880*, editada por la Biblioteca Ayacucho hace un par de décadas. De hecho, una reedición de ese trabajo fue el primer volumen que apareció de la colección (aunque no ocupa el primer lugar en el plan de la obra), incluyendo una versión corregida del largo prefacio de T. Halperín Donghi. Por tanto, cada tomo de selección de escritos y documentos de la época, va precedido por un extenso estudio preliminar (algunos de ellos podría con holgura ser publicado como libro independiente, dada su extensión), a cargo de algún miembro del selecto núcleo de 'patriarcas' colocados hoy a la cabeza de la historiografía nacional: Chiaramonte, Halperín (dos veces hasta ahora), Botana, Gallo, y a dos 'externos' a la profesión, aunque vinculados a la historia de la cultura y las ideas, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, y también ampliamente consagrados, para los años posteriores a 1943.⁴⁹

También se ha editado una *Historia de la vida privada en la Argentina*,⁵⁰ siguiendo el sendero marcado por la extensa compilación que sobre el mismo tema, pero con alcance universal, fue dirigida en Francia por Georges Duby y Philippe Aries,⁵¹ y ha salido a la luz una *Historia de las Mujeres*, en dos volúmenes, también a imagen y semejanza de una compilación dirigida desde Francia.

También publican obras de alto nivel pero no dedicadas sólo a especialistas, como la colección de Editorial Sudamericana dirigida por Romero, ya mencionada, y trabajos claramente de divulgación, como las biografías de personajes históricos editadas por Fondo de Cultura Económica, que se vendió en quioscos, y más importante, la historia argentina en fascículos brillantemente presentados (incluyendo versión en *CD-rom*) que ha publicado el diario *Clarín*.

En materia de publicaciones académicas periódicas, este grupo no ha generado una 'gran' publicación específicamente histórica desde la UBA (el *Boletín* del Instituto de Estudios Históricos "Emilio Ravignani", reaparecido en 1989, no ha alcanzado un nivel de difusión y calidad de presentación que le adjudique tal rango)⁵², pero ha publicado profusamente en *Estudios Sociales* (de las universidades del Litoral, Rosario y Comahue), en la tradicional *Desarrollo Económico*, en el *Anuario de IEHS* (de la Universidad Nacional del Centro) además de *Entrepasados*, baluarte de la generación intermedia y joven de la corriente, y en algunas otras publicaciones de universidades públicas y privadas, *Pro-historia*, de la Universidad de Rosario y *Sociohistórica*, de La Plata.

Entrepasados merece especial mención, porque refleja el trabajo de un conjunto de historiadores que han asumido, con alto grado de homogeneidad y autoconciencia, su carácter de integrantes de la generación intermedia (Juan Suriano, Mirta Lobato, Patricio Geli, Ema Cibotti, etc.)⁵³ que se ha nucleado en esa revista, pero la misma ha rebasado ese molde generacional para convertirse en el órgano más específico de la corriente de 'historia social' sin acepción de generaciones.⁵⁴

La vertiente de historia económica (centrada en la Facultad de CC.EE. con ramificaciones en la carrera de Historia) dirige la revista *Ciclos* del Instituto de Historia Económica de esta última facultad.⁵⁵ En un plano intermedio entre la academia y la divulgación, no pocos trabajos breves han visto la luz en *Punto de Vista*, publicación no especializada, pero que constituye una suerte de 'conciencia teórica' y de lugar de encuentro multidisciplinario de toda esa corriente intelectual. Esa publicación vio la luz en plena dictadura militar, impulsada por un grupo de intelectuales empeñados en producir dentro del país, pese a las hostiles condiciones vigentes. La revista ha sido dirigida desde su fundación por Beatriz Sarlo, e Hilda Sabato ha formado parte de su comité editorial desde los comienzos, juega también un papel destacado en ella Adrián Gorelik, un historiador de la 'generación intermedia' nucleada en *Entrepasados*. El final de la dictadura, y el gradual retorno al país de muchos exiliados, amplió tanto el colectivo de escritura como el campo de lectores, conquistándole el sitial de órgano teórico por excelencia de la amplia corriente que cultivó un 'post-marxismo' cuyo desemboque político puede calificarse, siquiera de modo aproximativo, como socialdemócrata.

Ésta se ha entroncado con el 'patriarca viviente' (Tulio Halperín Donghi), y con los representantes más rigurosos y académicamente mejor situados de la generación de Halperín, que han mantenido su actividad más ligada a universidades y centros de estudios privados (Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Natalio Botana)⁵⁶. Han desarrollado asimismo una ampliación por cooptación, que también ensayan ocasionalmente hacia su izquierda, con éxito sobre todo con miembros de la generación joven 'nacidos y criados' en la entronización del modelo hiperprofesional y despolitizado de historiador. En ese cuadro, los más jóvenes presentan cierta heterogeneidad en su actitud, desde la incorporación lisa y llana a la 'corriente principal', hasta el enarbolar posiciones críticas (a veces bastante duras) pero sin romper lanzas con

ella, buscando en la práctica una coexistencia cordial, quizás facilitada por una 'despolitización' del enfoque, con fundamentos diferentes pero resultados semejantes. Dentro de este último arco podría situarse el grupo nucleado en torno a Ignacio Lewcowicz. Quienes, en cambio, sustentan posturas más abiertamente de 'ruptura' con la tradición actualmente entronizada, son los que se agrupan en torno a publicaciones marxistas que están por fuera de los aparatos académicos, como *Taller* o *Razón y Revolución*.

En síntesis, asistimos a la formación de un campo intelectual de amplio desarrollo, con sus reglas de excelencia, su división interna del trabajo, y múltiples niveles de inserción y difusión, que lleva ya casi dos décadas de formación y funcionamiento. No se trata de historiadores individuales o pequeños grupos, sino de una corriente de un nivel de autoconciencia, organicidad, inserción académica y diversificación en su accionar difícil de igualar en otros campos de las ciencias sociales en nuestro país. El gradual agotamiento (y en parte la supresión violenta, como en el caso de la izquierda revisionista) de corrientes históricas anteriores, la ha dejado virtualmente dueña del campo, y ha sabido aprovechar, no sin habilidad y laboriosidad, el espacio que se ofrecía a su acción. De un modo algo paradójico, ciertos fracasos políticos parecen haber redundado en mayor concentración y esfuerzo en el terreno profesional, con los logros y limitaciones consiguientes. Pero esos fracasos no dejan de producir un malestar que, fatalmente, se extiende desde el terreno político-social a los resultados de su producción intelectual y su enseñanza, la que a su vez es objeto de cuestionamientos, en su mayoría producidos desde la izquierda. Las fortalezas en cuanto a cohesión interna, inserción institucional y capacidad organizativa para actuar en ámbitos diversos, no alcanzan a ocultar las falencias de fondo de su producción.

NOTAS

¹ Romero era, en realidad, especialista en historia medieval, doctorándose con una tesis sobre el pensamiento histórico en la obra de San Isidoro de Sevilla. *La revolución burguesa en el mundo feudal* fue quizás su obra más importante en este campo. Trabajó con frecuencia en temas argentinos y latinoamericanos (*Latinoamérica. Las ciudades y las ideas. El pensamiento de la derecha latinoamericana*), incluso en el plano de la divulgación. Su *Breve historia argentina* fue quizás el trabajo de esta generación de historiadores que llegó a un público más amplio, a través de múltiples reediciones, y *Las ideas políticas...* constituyó también un éxito editorial), además de obras en las que intentó el ensayo histórico de vasto alcance (*El ciclo de la revolución contemporánea*). Su inserción académica inicial se dio en la Universidad de La Plata, viéndose interrumpida en 1946. Durante una parte del período peronista se exilió, y fue profesor en la Universidad de la República, de Montevideo. De vuelta en Buenos Aires, y todavía bajo el peronismo, fundaría la revista *Imago Mundi*, un intento de reconstruir el ámbito intelectual antiperonista. La cátedra de Historia Social (y el Instituto correlativo) le daban una posición central en la formación de los jóvenes historiadores, y jugaba como el polo aglutinador de la nueva corriente. Cf. T. Halperín Donghi, "José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina", en *Desarrollo Económico*, vol. 20, Nro. 78. jul/set. de 1980.

² En cuanto a su visión de la historiografía argentina, Romero mantuvo una mirada crítica hacia la Nueva Escuela, obsesionado por un rigor metódico desprovisto de una reflexión de conjunto, con cuyos representantes compartió las aulas de la Facultad de Humanidades en La Plata y después las de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Bartolomé Mitre, en cambio, fue para él un referente central, al que le dedicó un largo artículo: *Mitre. Un historiador frente al destino nacional*, publicado por *La Nación* en 1943. Allí la mirada desplegada sobre el fundador del diario es casi reverencial, tanto en su faz de historiador como en la de hombre de Estado. Al decir de Halperín Donghi, Romero se entronca con claridad en la línea de interpretación histórica trazada por Mitre: "su visión de la historia argentina es en suma la de quien cree que también para afrontar los problemas prácticos cuya hondura ha sido revelada por la irrupción del peronismo, el país debe enriquecer pero también reivindicar la tradición político-ideológica legada por su siglo XIX." (T. H. Donghi, "José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina", en *Desarrollo Económico*, vol. 20, n° 78, Buenos Aires, julio-setiembre de 1980.) Halperín destaca de modo reiterado la filiación liberal, e incluso el ascendiente 'mitrista' de la interpretación histórica de Romero. Ver T. H. Donghi, art.cit., p. 265 y ss.

³ Entrevista con la profesora Reyna Pastor, efectuada en el Centro Cultural

San Martín en el Homenaje a J. L. Romero el 6-04-88. por M. Mazzeo y Fernando Pita (mimeo).

¹ En ocasiones se tiende a poner en duda la influencia de *Annales* sobre la renovación historiográfica, sobre todo en lo que respecta a Romero. Enrique Tandeter, en cambio, es muy claro en ese sentido, al hablar de "... la referencia común a la escuela historiográfica francesa nucleada en torno a la revista *Annales*. La 'historia-problema' que Febvre y Bloch habían postulado desde la década de 1930 en oposición a la 'historia de acontecimientos', conservaba todo su valor polémico en la Argentina post-peronista cuando los epígonos de la Nueva Escuela Histórica recuperaron sus posiciones de poder en la esfera universitaria." (E. Tandeter, "El período colonial en la historiografía argentina reciente", en *Entrepasados*. Revista de Historia, año IV, n° 7, principios de 1994, p. 69.) Más adelante afirma: "La historiografía francesa actuaba también como inspirador eficaz del programa de investigaciones de los grupos renovadores. El énfasis en la historia económica y social, y en particular, el establecimiento de series históricas para permitir el análisis cuantitativo..." (ídem, p. 70)

² *Annales* es el nombre de la revista francesa fundada en 1929, bajo la denominación completa de *Annales d'histoire économique et sociale*. Sobre la base de la repercusión de la revista, se fue definiendo una escuela de historiadores que, iniciada en una universidad de provincia (Estrasburgo), logró luego asentarse en el College de France, y después de la segunda guerra mundial en el Centro de Investigaciones Históricas de la Ecole Pratique des Hautes Etudes (convertida a mediados de los 70 en Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Cf. Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Pp. 28 y ss. Dirigida inicialmente por Marc Bloch y por Lucien Febvre, el trabajo decisivo para el prestigio de la escuela fue la obra maestra de Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen 'a l' époque de Philipp II* (traducida al español como *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, FCE. 1976.) cuya edición original data de 1949. Por tanto el auge de la repercusión de la escuela, ligado al enfoque de 'historia total' (con preeminente atención a lo demográfico, lo económico y lo social, en lugar del tradicional énfasis en la historia política) y al manejo de diferentes niveles temporales (geográfico, social e individual) que se despliega en la obra mencionada, coincidió aproximadamente con el primer período de la 'historia social' en las universidades argentinas. Junto con los ya mencionados, se destacaron en el ámbito de *Annales* George Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie. Tuvieron también relación con la escuela, aunque con un margen mayor de autonomía, varios destacados historiadores de orientación marxista, como Pierre Vilar, Ernest Labrousse y Michelle Vovelle. Peter Burke, op. cit. p. 11. La obra de todos ellos fue publicada en español y llegó a la Argentina a su tiempo, ejerciendo sus cuotas de influencia sobre los estudios históricos nacionales. De

todas maneras, la relación directa entre Braudel y los 'nuevos historiadores' de nuestro país es todavía más temprana, ya que el francés se entrevistó con Romero y algunos colegas argentinos en 1947, durante su última estancia como profesor en la Universidad de Sao Paulo, y en el que fue su primer viaje a nuestro país. Cf. Carlos A. Aguirre Rojas, *Ensayos braudelianos. Itinerarios intelectuales y aportes historiográficos de Fernand Braudel*. Prohistoria, Manuel Suárez. Rosario, 2000, p. 61.

⁶ Cf. Tulio Halperín Donghi. Texto de presentación de *Historia Argentina*. Volumen 3, 3^o reimpresión, 1987.

⁷ Halperín destaca el ascendente que tiene la obra de Mitre en el esquema interpretativo que Romero desarrolla en esa obra.

⁸ Cf. Tulio Halperín Donghi, "Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta", en Idem. *El Espejo de la Historia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987, p. 292.

⁹ Vale aquí el señalamiento de Eduardo Míguez, acerca de la vinculación entre horizonte teórico y simpatías políticas: "...la teoría de la modernización aparecía como fuertemente complementaria de la preocupación por el desarrollo, preocupación no sólo presente en la labor historiográfica del período, sino también en las simpatías más o menos fervientes que la mayor parte de la comunidad intelectual argentina brindó en sus primeras etapas al desarrollismo frondizista." (E. Míguez, "El paradigma de la historiografía económica social de la renovación de los años '60 visto desde los años '90." en Fernando Devoto (comp.) *La historiografía argentina en el siglo XX (II)* Buenos Aires, CEAL, 1994.

¹⁰ Pablo Pozzi y Ernesto Salas presentan a la nueva corriente historiográfica como una manifestación de 'transformismo' por parte de los mismos intereses que habían sostenido a la historia oficial, puesta en crisis por los cambios sociales posteriores a 1930. (Pozzi, Pablo y Salas, Ernesto; "La historia argentina, el revisionismo, y la búsqueda de la hegemonía cultural". *Cuadernos del C.E.U. Mariátegui*, N° 1. Octubre 1992).

¹¹ Con ser un discípulo de Levene y un cultor de la vieja historiografía erudita, Barba protagonizó, en 1957-58, una experiencia de renovación, al incorporar a su *Revista de Historia* a estudiosos ajenos a ese campo, como Sergio Bagú, Boleslao Lewin o Luis V. Sommi. Dos de los tres únicos números de esa revista, dedicados a la crisis de 1930 y a la contraposición entre unitarios y federales, fueron reeditados en formato de libro, y aun hoy su lectura resulta útil. Cf. T. Halperín Donghi, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)". *Desarrollo Económico*, v. 25, N° 100, enero-marzo 1986, p. 501.

¹² Con una ironía que no oculta una antipatía profunda, Halperín Donghi se refiere a este fenómeno en "Un cuarto de siglo...", p. 505.

¹³ En Tulio Halperín Donghi, el trabajo sobre la historia de nuestro país, se vinculó siempre a una producción como historiador latinoamericanista, presente ya en sus obras tempranas, y que dio lugar a un trabajo de síntesis de gran éxito, objeto de sucesivas ediciones: *Historia Contemporánea de América Latina*, y otras que también tuvieron trascendencia, como *Hispanoamérica después de la independencia. Consecuencias sociales y económicas de la emancipación*, Buenos Aires, Paidós, 1972; *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985. Un papel complementario en su producción han sido las periódicas intervenciones sobre el estado de la historiografía nacional, evidentemente dirigidas a marcar el canon de la misma, tal como los artículos publicados en *Desarrollo Económico* y *Punto de Vista* que se citan en otras partes de este trabajo, y otros anteriores en *Imago Mundi*, *Sur* o *La Nación*, y el breve libro titulado *El revisionismo histórico*. Hay una recopilación de 1996 de algunos trabajos de ese tipo: T. Halperín Donghi, *Ensayos de historiografía*, El Cielo por Asalto, 1996.

¹⁴ Roberto Cortés Conde, Tulio Halperín Donghi, Haydée Gorostegui de Torres, "Evolución del comercio exterior argentino: exportaciones 1864-1964", Facultad de Filosofía y Letras, mimeo, 1965.

¹⁵ Los siete primeros tomos, de los ocho planificados de esta obra, fueron editados por Paidós en los primeros años '70, quedando sin realizar el octavo, que iba a versar sobre la historia económica posterior a 1930. En 1999 se produjo una reedición, que reagrupa esos 7 tomos en tres volúmenes, y poco después aparece un sorpresivo octavo tomo, que no responde a la temática planificada para la ya lejana primera edición. Se trata de *La política en suspenso: 1966/1976*, a cargo de la socióloga Liliana de Riz.

¹⁶ Escribe Eduardo J. Miguez: "Efectivamente, con un largo retraso impuesto primero por el congelamiento del Onganiato, luego por el sarampión izquierdista-nacionalista de los tempranos años '70, y finalmente por el terror de las persecuciones de la segunda mitad de esa década, es notorio como un sector cada vez más amplio de la historiografía argentina filia su origen —quizás más a través de las disidencias que en las coincidencias— en la renovación historiográfica ligada a Germani y Romero." cf. E. Miguez. art. cit. p. 20. Nótese el parentesco de la caracterización de las distintas etapas de la historia de nuestro país con lo que ha dado en llamarse 'teoría de los dos demonios' y la ambigüedad del reconocimiento del vínculo, al que se pretende (gratuitamente, a nuestro juicio) más basado en las discrepancias que en las coincidencias. Cierta 'coquetería' intelectual, nos parece, genera inhibiciones a la hora de reconocer claramente paternidades e influencias.

¹⁷ cf. Hilda Sabato, reportaje en R. Hora y J. Trímboli (comp.) *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, 1994 pp. 88-89. El CISEA era el Centro de Investigaciones sobre Estado y Administración, muy

ligado a la primera etapa del gobierno constitucional, al igual que el CEDES (Centro de Estudios sobre Estado y Sociedad).

¹⁸ El vínculo con *Annales* y su grupo de historiadores, reconoce además una cierta simetría en las respectivas trayectorias (salvando por supuesto las distancias) de los historiadores franceses y sus pares argentinos. Si el período 55-66 podía identificarse con la primera etapa de los franceses, de relativa marginalidad (la Universidad de Estrasburgo, los comienzos provincianos de la publicación), el prolongado corte posterior podría asimilarse con el sufrido en Francia por la guerra y la ocupación alemana (Braudel escribe parte de su obra maestra en un campo de prisioneros, Bloch es fusilado por los nazis), y la 'toma de posesión' del retorno democrático de 1983 con la colocación de *Annales* en el sitial hegemónico de la historiografía francesa de 1945 en adelante. Cabría reflexionar sobre si no les cabe también el giro que Burke atribuye al grupo francés: "*Annales* había comenzado siendo la publicación de una secta herética (...) Sin embargo, después de la guerra la revista se transformó en el órgano oficial de una iglesia ortodoxa." P. Burke, op. cit. p. 37.

¹⁹ Hilda Sábato, en un artículo de 1985, menciona la corriente de opinión que "encuentra en la universidad de entonces el modelo a seguir, el antecedente natural luego de tanta ruptura." Hilda Sábato, "Historia y nostalgia". *Punto de Vista*. Revista de Cultura, VII, 25, Buenos Aires, diciembre de 1985, p. 29.

²⁰ Como J. L y L. A. Romero (comp.) *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, extensa compilación situada en la senda del estudio del fenómeno urbano en América Latina, que había ocupado a J.L. Romero en sus últimos años.

²¹ Cf. L. A. Romero en "Advertencia" a José Luis Romero, *El caso argentino y otros ensayos*, Hyspamérica, 1987.

²² En realidad, Romero padre, el historiador erigido en 'modelo' no fue ajeno a la pasión militante. Después de 1955 actuó en las fracciones más a la izquierda del Partido Socialista, permaneciendo afiliado al Socialismo de Vanguardia hasta 1961. cf. L. A. Romero. *Clarín*, 20/2/97. Los 'historiadores sociales' de los '80 no se permitirán compromisos políticos tan radicalizados.

²³ Afirma al respecto L. A. Romero: "Anteriormente el campo del saber histórico, cruzado -mucho más que cualquier otro- por renovaciones historiográficas y por avatares políticos, y absolutamente expuesto a los vendavales ideológicos- (...) carecía casi en absoluto de esos criterios compartidos con los cuales funciona una comunidad académica. Creo que la tarea principal de quienes asumieron la conducción político-académica a fines de 1983 fue instituir esos criterios, sobre los que habría que asentar-se la legitimidad de la nueva situación y con los cuales podría funcionar una comunidad académica." L. A. Romero, "La historiografía argentina en

la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional." En *Entre pasados: revista de historia*. Año 5, n° 10, 1996, p. 96. Sobre esa base Romero destaca la implantación de concursos para la designación de docentes, y más en general que 'todo empezó a pasar por el filtro de una evaluación fundada y pública.' (Ibidem).

²¹ L. A. Romero, ibidem, p. 100.

²⁵ Sergio Bagú da una breve caracterización de la evolución de la historiografía académica que, aunque formulada en términos universales, es plenamente aplicable a Argentina: "...la profesión acentuó los rasgos de dependencia institucional que se habían advertido durante los lustros anteriores, lo cual corre paralelamente con una mayor preocupación tecnológica y metodológica. Las fuentes de financiamiento estrecharon más su modalidad institucional, con lo que la carrera profesional y la recompensa económica fueron inevitablemente imponiendo normas profesionales de tipo formal, acompañadas de cierto menosprecio por el valor de los contenidos. (...) Como nunca antes, las exigencias formales de la carrera profesional condicionaron los contenidos y la temática de la producción escrita. (...) En el terreno conceptual es fácil advertir un generalizado abandono del tipo de planteamientos y aun de temáticas que en el pasado inmediato aparecían como vinculados con corrientes marxistas." S. Bagú. art. cit. p. 82

²⁶ Hilda Sábato, entrevista cit. en *Pensar la Historia...* p. 97. Las prácticas de las actuales figuras de la historiografía universitaria tienden incluso a reproducir ese 'humor fin de siglo' que H. Sábato señala como pernicioso. En un sentido parecido, se expide T. Halperín Donghi: "...y porque está mucho más tranquila podemos tener una historia que sin ninguna intención de desvalorizarla, es una historia que podemos caracterizar como mucho más académica. Una historia en la cual se consideran los temas como si fuera un edificio que hay que completar: ahora se ha hecho esto, ahora hay que comenzar a hacer un poco de historia más cuidadosa de las estructuras económicas. (...) es un programa de investigación histórica, no es un programa de esclarecimiento del presente y del futuro a través del pasado. Es una reiteración de algo que ya había pasado con la generación positivista." (Entrevista a T. Halperín Donghi, en R. Hora y J. Trímboli, op. cit, p. 45)

²⁷ Un comentario agudo sobre este cambio de actitud (aunque no exento de las ambigüedades y la ampulosidad que aquejan la trayectoria de algunos críticos del proceso actual) se encuentra en AAVV. *Manifiesto de octubre*. Para una crítica de la razón académica, s/f. p. 4. Allí se lee: "Así, aquellos que años atrás habían denostado con virulencia que las prácticas y los saberes universitarios tuvieran como eje central de su reproducción los mismos límites de la institución, 'recuperada la democracia' abrazaron esa lógica con no menos entusiasmo."

²⁸ Se ha mencionado varias veces en trabajos recientes, la tendencia a tomar

enfoques de Milciades Peña, sin mencionarlo casi nunca.

²⁹ Véase al respecto la biografía de Agustín P. Justo publicada por Luciano de Privitello en la colección del Fondo de Cultura Económica.

³⁰ A través de los autores mencionados, aludimos a un conjunto de trabajos históricos escritos por no-historiadores (pero sí científicos sociales), que tal vez precisamente por no estar encorsetados por ciertos tics de la 'comunidad de historiadores', despliegan una amplitud en la elección y delimitación de los temas, una unidad de criterio, y una cierta audacia en los análisis y planteos, que suele estar ausente de los crónicos 'compilados' de los historiadores con título y cátedra de tales. Nos referimos a Oscar Oszlak, *La formación del Estado argentino*, reeditada ya dos veces, la última en Ariel, en 1999; J. C. Torre; *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Sudamericana-Instituto Di Tella, 1990; Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Sudamericana, Historia y Cultura, 1988; Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación. 1909-1989*. Sudamericana. Historia y Cultura, 1993; Julio Godio, *El movimiento obrero argentino*, editada por Legasa en varios tomos durante la década de los '80 y reeditada recientemente.

³¹ Josep Fontana enjuicia así la deriva conservadora de *Annales*, en una crítica que ya tiene casi dos décadas, pero conserva vigencia: "En el escenario de la reconstrucción de la historia la escuela de *Annales* no ha asumido el papel de defender explícitamente las excelencias del capitalismo, como lo han hecho ciertos sectores de la 'novísima historia económica' [...] Su tarea principal ha sido la de limpiar el terreno de soluciones alternativas, demostrar la inutilidad de las revoluciones y desviar la atención desde los grandes problemas al 'juego oscuro' de las sociedades." Y luego añade con ironía: "Que en el terreno de donde la gente de *Annales* ha arrancado las 'malezas' de mitos y utopías no pueda crecer otra planta que la del capitalismo no es culpa suya [...] se limitarán a recoger su modesta participación en los beneficios y a seguir con su tarea de conducir a los jóvenes por los senderos luminosos de la ciencia, donde la palabra 'explotación' no tiene sentido, porque no es sino una de esas estructuras permanentes, 'natural' e inevitable como la sucesión de la lluvia y la sequía." J. Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1982, pp. 212-213.

³² En los últimos años han cobrado especial fuerza como referentes autores como Philippe Aries; Francois Furet con sus enfoques 'renovadores' (y políticamente conservadores) acerca de la revolución francesa, Roger Chartier con la aplicación de métodos cuantitativos a la historia cultural, los trabajos teóricos de Michel de Certeau. Y ya fuera del ámbito francés, los 'microhistoriadores' italianos como Giovanni Levy y Carlo Guinzburg (el paradigma 'indiciario'), además de la presencia de los marxistas británicos, desde Thompson y Hobsbawn en adelante.

³³ “La negación del conflicto en el presente (...) implica y requiere su negación pretérita. Por otra parte esta negación es más una histórica expresión de deseos de los sectores dominantes que un dato de la realidad. Si se parte de esta premisa (la negación del conflicto en nuestra sociedad) cobra sentido el rechazo de las visiones antinómicas del pasado.” (“Respuesta del Centro de Estudios Universitarios José Carlos Mariátegui a los ‘nuevos investigadores’”), *Boletín Centro de Estudios Universitarios José Carlos Mariátegui*. N° 3, 2° edición. “Debates en Historia”. Octubre de 1994, p. 5). En realidad el conflicto no es negado por completo sino negado como superable (y en la referencia al pasado, superado), susceptible de conciliación.

³⁴ Hoy no es raro encontrar en prólogos o introducciones de libros expresiones del tipo de ésta, impensables una década atrás en historiadores de pretensión al menos ‘progresista’: “Dejamos constancia de nuestro agradecimiento a la Fundación Omega Seguros por su apoyo para la edición de este volumen.” (R. Hora y J. Trímboli, *Discutir Halperín*, El Cielo por Asalto, 1997). Y conste que se trata de autores pertenecientes a las nuevas generaciones, que no se abstienen de firmar manifiestos críticos contra la tendencia predominante.

³⁵ cf. L. A. Romero y L. H. Gutiérrez, *Los sectores populares y el movimiento obrero* en Comité Internacional de Ciencias Históricas. Comité Argentino. *Historiografía Argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*. Buenos Aires, Argentina, 1990, p. 379.

³⁶ Permítasenos aquí una cita de Josep Fontana, que aunque referida a la historiografía a nivel mundial, viene muy a cuento en su modo de asociar la crítica a flagrantes omisiones de cierto marxismo, la detección de maniobras ideológicas encubiertas en el objetivo de solucionarlos, y la necesidad de preservar la centralidad de la perspectiva de clase, imbuida de un análisis de la totalidad que eluda todo economicismo: “La insuficiencia de los análisis economicistas, por otra parte, ha dado lugar a que sea la historiografía académica la que haya planteado los problemas que ofrecen las otras dimensiones del hombre, ocupándose de temas como el sexo, la familia, la prisión, la ley y el delito, el miedo, lo imaginario, la mujer, la locura (...) Lo cual ha de servirnos como justo recordatorio de graves olvidos, pero resulta erróneo y mistificador cuando se intenta presentar estas otras historias sectoriales como vías que han de permitir analizar al hombre autónomamente. Es necesario reconstruir la imagen global de la sociedad, como propuso un día el materialismo histórico, pero no para fabricar un caleidoscopio de aspectos diversos, sino para centrar toda esta diversidad en torno a lo que es fundamental: los mecanismos que aseguran la explotación de unos hombres por otros, y que no sólo actúan a través de las reglamentaciones del trabajo o del salario, ni se fundamentan sólo en elementos coercitivos físicos, sino que impregnan toda nuestra vida, nuestras formas de comprender la sociedad, la

familia, el hombre y la cultura." Josep Fontana. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Crítica-Grijalbo, 1981, p. 260.

³⁷ Comenta al respecto Eduardo Sartelli, uno de los críticos de la 'nueva historia' desde la perspectiva marxista: "...el malestar reinante no era un resultado de la 'crisis de la historia' o de las 'ciencias sociales' sino de la historiografía socialdemócrata (más aún de la intelectualidad socialdemócrata)...Esa historiografía (...) estaba inhibida para valorar su lectura del pasado con una imagen coherente del presente, y por lo tanto, estaba agotada." A. Santella y E. Sartelli, "CICSO: Marxismo, Historia y Ciencias Sociales en la Argentina" en *Razón y Revolución*. Teoría-Historia-Política. Número 6-Otón de 2000. Es de observar que el presunto agotamiento no ha producido, hasta ahora, la disminución de su predominio académico.

³⁸ Raúl Fradkin, comentario a Enrique Tandeter, "Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826" (Buenos Aires, 1992) en *Entrepassados*, 4-5; 1993, p. 163.

³⁹ Sobre este estado de cosas comenta Roy Hora, en un artículo muy reciente, y en el que predomina un tono de moderado elogio a los estudios históricos de los últimos tiempos: "...debemos prestar atención a las limitaciones de una historiografía que, a pesar de contar con condiciones de producción más aceptables que las vigentes en períodos anteriores, difícilmente pueda ser recordada por el tipo de obras que contribuyen a forjar una verdadera tradición historiográfica, y que hacen a la actualidad de una disciplina y a su impacto en la cultura." R. Hora, "Dos décadas de historiografía argentina" en *Punto de Vista*, XXIV, n° 69, abril de 2001, p. 48.

⁴⁰ Hilda Sábato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: La fiebre del lanar 1850-1880*, Sudamericana-Historia y Cultura, 1989. La autora realizó la versión original del trabajo como tesis de doctorado en la Universidad de Londres, presentada en 1981. Luego la revisó con propósito de convertirla en libro, el que apareció recién en 1989.

⁴¹ Nos referimos en realidad a una investigación colectiva que Jorge F. Sábato dirigió, y en la que participaron José Luis Moreno, Jorge Schvarzer, Juan Carlos Korol y Manuel Trumper, entre otros, con asiento en el CISEA, y parte de cuyos resultados fueron reunidos en J. F. Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*. CISEA/Gel, 1988. Este trabajo, comenzado en realidad en los inicios de la dictadura de 1976, pareció iniciar una fecunda perspectiva de trabajo destinada a repensar el clásico problema de la caracterización de nuestras clases propietarias y de nuestro capitalismo en general. Parecía marcar un camino en el que el rigor investigativo no impidiera la perspectiva integradora, la posibilidad de efectuar generalizaciones, en una orientación que no se hundiera en la minucia monográfica sin caer en las afirmaciones fáciles de cierta ensayística. Y estuvo acompañado por un meritorio trabajo de Schvarzer que decía mucho

sobre el presente de la clase dominante, *La política económica de Martínez de Hoz*, que establecía un tácito hilo de continuidad entre ambos momentos históricos de la que era, en lo esencial, la misma clase. Sin embargo, y a despecho de su buena repercusión, no tuvo muchos seguidores, y las investigaciones historiográficas tomaron otros rumbos...

¹² Otra excepción puede estar constituida por la obra de Enrique Tandeter, ya mencionada en una nota más arriba.

¹³ Hilda Sábato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Sudamericana. Historia y Cultura, 1998, p. 23.

¹⁴ Tres compilaciones incluidas en la colección 'Historia y Cultura' dirigida por Luis A. Romero, pueden servir de ejemplo de una producción en la que los protagonistas son los trabajadores (o los más amplios 'sectores populares'), sin que su lucha frente a las patronales y el Estado ocupe un lugar de importancia en casi ninguno de los trabajos recolectados. El problema es ya habitual: So capa de no reducir la experiencia obrera a la lucha de clases, esta última tiende a desaparecer completamente del punto de mira de los investigadores. Nos referimos a Diego Armus (comp.) *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Sudamericana, 1990; H. Sábato y L. A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Sudamericana, 1992; y Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, 1995. En cerca de una veintena de artículos (sumando los tres libros) casi no aparecen sindicatos ni huelgas...

¹⁵ En realidad se reunieron en el volumen dos trabajos: el que le da título, escrito en 1981 e inédito hasta la edición de este (1999), y el que en su momento sirvió de introducción a Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano. *Cuadernos de Pasado y Presente*, 60, Siglo XXI, México, 1979.

¹⁶ Algunos ejemplos de la Biblioteca Política de CEAL, a los que podrían agregarse un par de decenas más de títulos: Edgardo J. Bilsky, *La F.O.R.A y el movimiento obrero (1900-1910)*, dos volúmenes, 1985; Hugo del Campo, *El 'sindicalismo revolucionario' (1905-1945)*, 1986; Natalia Duval, *Los sindicatos clasistas: SiTraC (1970-1971)*, 1988; Germán Roberto Gil, *La izquierda peronista (1955-1974)*, 1989; Mónica R. Gordillo, *El movimiento ferroviario desde el interior del país (1916-1922)*; Emilio J. Corbière, *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, 1987; Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, 1984; Emilio A. Crenzel, *El Tucumano (1969-1974)*, dos volúmenes, 1991; H. Camarero y A. Schneider, *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, 1991.

¹⁷ H. Sábato, entrevista citada, p. 103).

⁵⁰ Luis Alberto Romero, "Versiones del pasado. Estudios sobre la Argentina moderna", en *Clarín*, Suplemento Cultura y Nación, p. 9, 3/6/2001.

⁵¹ La Biblioteca está planteada inicialmente en siete volúmenes, que van desde el período de la emancipación hasta 1973. El último ha sido desdoblado en dos, uno a cargo de Carlos Altamirano y otro de Beatriz Sarlo.

⁵² Nos referimos a *Historia de la vida privada en la Argentina*, en tres volúmenes, Taurus, 1999, bajo la dirección de F. Devoto y M. Madero y con la participación de Tandeter, Juan Carlos Garavaglia, Dora Schwarzstein, Dora Barrancos, Eduardo Miguez, entre otros. Esta obra reproduce, incluso, la presentación tipográfica y la diagramación de su inspiradora francesa.

⁵³ El original francés se publicó en 1985 (*Histoire de la vie privée*, Éditions du Seuil, París). La versión castellana, *Historia de la vida privada* (Taurus, 1987, reeditada en rústica en diez volúmenes en 1990) llegó a constituirse en un inesperado *best-seller* en las librerías porteñas de los primeros '90, inaugurando una tendencia a la elevada repercusión de una historiografía de 'puertas para adentro', apartada de las consideraciones 'estructurales' y del conflicto social y político, recogida y reproducida con entusiasmo por ciertos medios historiográficos locales. Sus similares sobre las mujeres, la infancia y el cuerpo humano, también se distribuyeron en Buenos Aires con buena repercusión.

⁵⁴ Entre otras peculiaridades, el mencionado Boletín tiene la de la ausencia total de artículos con temática posterior a 1955, por lo menos a lo largo de sus primeros diecisiete números. Cf. Oscar H. Aelo, "De historiadores e historiografía. Apuntes sobre el Boletín del Instituto Ravignani", en *Taller*, Vol. 6. N° 16-Julio 2001, p. 104.

⁵⁵ Ema Cibotti ha producido una caracterización de esa impronta generacional, la de los formados durante la dictadura militar, en contacto con quienes en esa época estaban marginados de la Universidad, como Leandro Gutiérrez, y a quienes pasaron a considerar sus 'hermanos mayores'. A la hora de establecer rasgos comunes, Cibotti comenta: "Hay denominadores comunes que podemos resaltar. Preocupaciones compartidas no tanto en el terreno temático, cuanto en las formas de su abordaje, en la aplicación de análisis microhistórico, en el culto por el trabajo de archivo, en fin, en el sometimiento con rigor a las reglas del oficio y en la voluntad de defender una continuidad profesional." (Ema Cibotti, "El aporte en la historiografía argentina de una 'generación ausente', 1983-1993", en *Entre pasados*, Año III. 4-5. Fines de 1993, p. 10.) El artículo subraya, además de esa preocupación por las 'reglas del arte', la relación de seguimiento que estos jóvenes investigadores tuvieron con la generación de sus 'hermanos mayores', como autoconsciente realización de un contacto intergeneracional con mucho de *cursus honorum*.

⁵⁴ Véase sobre el grupo que edita *Entre pasados* la fuerte crítica que les hace E. Sartelli en "Tres expresiones de una crisis y una tesis olvidada" en *Razón y Revolución*, N° 1-Otoño 1995, sobre todo por su incapacidad de generar un proyecto historiográfico propio, y su esterilidad en lo que respecta a la producción de obras de envergadura, que rebasen el marco del *paper*.

⁵⁵ El director de ese instituto, Mario Rapoport, acaba de publicar una *Historia Económica, Política y Social de la Argentina (1880-2000)* una suerte de extenso manual, pero con claro destino al estudiante universitario en materias relacionadas con la historia. En el Instituto de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, un ámbito nada insignificante en cuanto a los recursos que maneja, trabajan historiadores con pasado (o presente) de militancia en el maoísmo (PCR), pero ello no se refleja en una diferenciación drástica con la tendencia hegemónica.

⁵⁶ El Instituto Di Tella, convertido en los últimos años en Universidad, ha sido un ámbito de enlace entre los 'historiadores sociales', incluso los de la 'generación intermedia' (Fernando Rocchi) y otros más ligados al liberalismo económico y político (Ezequiel Gallo y Natalio Botana son dos ejemplos entre otros posibles). Juan Carlos Torre, sociólogo de formación pero con obra relativamente abundante en la historiografía ligada al período peronista, ha sido un mentor del espacio del Di Tella. En cuanto a *Desarrollo Económico*, la revista del IDES con cuatro décadas de trayectoria, no está hegemónizada por los historiadores, pero sí por el grupo más amplio nucleado en su momento en torno al Club de Cultura Socialista. Cortés Conde, por su parte, ocupa un lugar destacado en la Universidad de San Andrés. Tanto este último, como Botana y Gallo, están hace ya unos años incorporados con carácter pleno ('miembros de número') a la Academia Nacional de la Historia, en lo que forma parte, a nuestro juicio, del avance hacia la conformación de una 'comunidad de historiadores' unificada, capaz de consolidar una nueva 'historia oficial', como comentamos en su momento.

VI

Historiografía e izquierda

En un país como Argentina, en el que el debate histórico se combinó de modo tan frecuente y vigoroso con las luchas para definir el presente y el porvenir, nos inclinaríamos a pensar que las concepciones históricas que vinculan más directamente pensamiento y acción, que postulan una interacción más dinámica entre el pasado y el presente, tienen un papel fundamental para cumplir.

Sin embargo, la historiografía de izquierda, específicamente la marxista, no pudo abandonar, salvo excepciones, un lugar marginal. En el plano de la vida académica, o bien se le cerraron las vías de acceso, o los sucesivos asaltos reaccionarios sobre las instituciones educativas y de investigación lo privaron de las escasas posiciones conquistadas. Hay que tener presente que, por décadas, en las universidades argentinas fueron más comunes las designaciones discrecionales que los concursos; las censuras y persecuciones que la libertad de cátedra; las irrupciones del poder político en plan represivo que la 'autonomía'. Mientras que en el plano de la discusión pública sobre el pasado, la persistente batalla entre liberales y revisionistas, que llegó a alcanzar una repercusión realmente masiva y a ventilarse en los ámbitos más variados, dejó a la historiografía marxista en una posición de debilidad, tanto en sus posibilidades de definir un campo autónomo como en la de adquirir 'visibilidad' frente a las dos tendencias predominantes.

Tendía a quedar como un tercero en discordia, difícilmente perceptible entre dos adversarios numerosos, organizados

e 'instalados' ante la opinión pública como los únicos términos posibles de la disputa, las dos grandes maneras de interpretar el pasado nacional. O, por el contrario, propendía a ser absorbida por una de las fuerzas en pugna, convertirse en un ala 'radical' de una de ellas, dependiente en última instancia de una visión que no era la propia.

Por añadidura, en historiografía, como en política, la izquierda no tuvo un núcleo central, hegemónico, sino una multiplicidad de opciones dispersas y enfrentadas entre sí, en un campo de por sí pequeño. El riesgo de convertirse en un 'polvillo inorgánico'¹ incapaz de realizar ninguna construcción efectiva, estuvo, y está, muy presente.

La historiografía marxista no llegó nunca a configurar una escuela articulada en el país, ni aun en las épocas en que se efectuaron más trabajos bajo la advocación de esa línea de pensamiento. Está representada más bien por una serie de autores individuales y con enfoques divergentes entre sí (empezando por la caracterización de Argentina como formación económico-social, objeto de debates interminables), cuyas obras se produjeron desde los años '40 y '50.

Entre los historiadores que iniciaron su producción entre esas fechas, uno de los más importantes es Rodolfo Puiggrós, quien llegó a producir intentos de análisis de vasto alcance (*Historia crítica de los partidos políticos argentinos*²), y algunas otras obras de alcance polémico y temática amplia (*La época de Mariano Moreno, Rosas el pequeño, Historia económica del Río de la Plata, La Cruz y el feudo, De la colonia a la independencia*), en el estilo de una literatura histórica con fuertes vetas polémicas, y destinada al gran público, característica de la producción de la época.

La *Historia crítica...*, obra que fue creciendo a través de las ediciones, hasta comprender varios tomos, tuvo más de una suerte de análisis de la trayectoria de la izquierda argentina desde sus orígenes hasta el presente del autor, que de una historia de los partidos políticos propiamente dicha. Era también, una extensa rendición de cuentas de Puiggrós

acerca de su trayectoria y ruptura en el Partido Comunista. La demostración de la 'alienación' de la izquierda respecto a toda la problemática nacional (veáse la sección 'Las izquierdas y el problema nacional') y de la radical incomprensión del peronismo que fue su consecuencia (la sección 'El peronismo: sus causas') fueron los dos ejes de la reflexión de Puiggrós, sobre el telón de fondo de la historia política argentina desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

Puiggrós representó, a partir de 1946, el entronque del marxismo con una visión nacional-popular que reivindicaba activamente al peronismo, viéndolo como un paso hacia la consumación de una revolución socialista. En línea con las corrientes situadas más a la izquierda dentro del revisionismo, reivindicaba la historia de las clases subalternas como una lucha contra las clases dominantes y el imperialismo que se daba desde los comienzos de la nacionalidad, pero a diferencia de aquellas las ponía en vinculación con las luchas obreras por la construcción de una sociedad socialista. Su adhesión al peronismo³ no le impidió mantenerse en el terreno del marxismo y los objetivos anticapitalistas, por lo que, si bien comparte enfoques y algunas precariedades de interpretación con el revisionismo de izquierda; tales como la sempiterna esperanza en que el Ejército jugara un rol sustitutivo en un proceso revolucionario antiimperialista, y está influido por una visión nacional-popular del conflicto social, puede ser legítimamente considerado un historiador marxista.⁴ Desarrolló un verdadero interés por la investigación histórica, e incluso por los debates teóricos en torno a la misma, como cuando tomó parte en la discusión con André Gunder Frank⁵ acerca de los modos de producción en América Latina. Pero esa actividad no dejó de estar animada por una perspectiva política que aspiraba a llevar adelante consecuentemente las líneas planteadas por la IC a partir de 1935, ante lo que percibía como defección del Partido Comunista de la Argentina, fuerza política de la que llegó a ser dirigente, hasta abandonarla en 1946. Buena parte de su producción está

atravesada por la contradicción latente entre la necesidad de explicar una adhesión al peronismo (que por momentos no fue de las más críticas)⁶, con la aspiración a seguir representando el rumbo de la revolución obrera y socialista. En sus últimos años de actuación intelectual y política, los ideales socialistas, a veces algo difusos, de la 'tendencia revolucionaria' del peronismo, le proporcionaron un espacio en el que se sintió incluido, alcanzando incluso un lugar destacado en el mundo académico, como rector de la UBA, en una experiencia que resultó muy breve. El posterior exilio lo llevaría a integrarse a la dirección 'movimientista' de Montoneros.

Otra línea de la historiografía de inspiración marxista (más precisamente integrada a una de las vertientes del trotskismo argentino) es la que se ha conocido por décadas como 'izquierda nacional', siempre aspirante a constituirse en fuerza política, pero de influencia mucho mayor en el terreno de la discusión histórica. Tiene como antecedente a Liborio Justo, ya en los años '30, con su interpretación de Argentina como un país semicolonial, en el que se requería un proceso de liberación nacional, que incluía una revolución agraria, como paso previo indispensable a la lucha por el socialismo. Ese enfoque lo debatió fuertemente con Antonio Gallo, escritor también trotskista, sosteniendo además la existencia de restos feudales en Argentina y la clasificación de Argentina como 'semicolonia' lisa y llana.⁷

Los seguidores de Justo romperían luego con él, para dar origen a una serie de agrupaciones (la primera fue el Partido Obrero por la Revolución Socialista). Ya en los años '40 las revistas *Octubre* y *Frente Obrero* se constituyeron en portavoces de este tipo de posiciones, y no tardan en enfilarse a un fuerte acercamiento al peronismo, viendo el proceso como un modo de aproximación a la deseada 'revolución nacional' y antiimperialista. Esa corriente estuvo compuesta, desde un principio, por historiadores que a la vez eran dirigentes políticos de pequeñas agrupaciones y partidos, para los que la labor histórica era, en primer y fundamental lugar,

una forma de militancia activa.⁸ Allí se contaron Aurelio Narvaja, Enrique Rivera y Esteban Rey, entre otros.

Es interesante ver como ya en Rivera se vislumbran los grandes temas de la 'izquierda nacional', incluso algunas posiciones que resultan más bien insólitas para otras corrientes revisionistas: Así, Rosas es presentado como un miembro de la oligarquía terrateniente porteña, sin que se le reconozca ningún tipo de atenuantes a esa condición, y es responsabilizado (coincidiendo con la tradición liberal) de postergar la organización del Estado nacional, e incluso del asesinato de Facundo Quiroga. En la secuencia histórica, el gobernador de Buenos Aires es más un precedente del 'mitrismo', que un aliado de los caudillos del interior, de los que se destaca precisamente su lucha contra Rosas (como en el caso del *Chacho* Peñaloza). En cambio, 1880 es el gran momento de una reformulación de la 'unidad nacional' en contra de los intereses sectarios de la oligarquía porteña, y Roca aparece casi como el héroe de esa empresa.⁹

Jorge Abelardo Ramos fue por lejos el más conocido y exitoso de los historiadores de esa corriente.¹⁰ Sus enfoques sobre la historia del siglo XIX transitaron por los carriles ya marcados por Rivera y los demás iniciadores de la izquierda nacional. Pero Ramos se centró de modo cada vez más completo en la contradicción nación vs imperialismo (teniendo este como aliados tanto a la oligarquía antinacional como a la izquierda 'cipaya'), en detrimento del enfoque de clase, incluso al precio de deslizarse en los últimos años a una visión nacionalista a secas, y abandonar explícitamente el marxismo a favor de un 'socialismo criollo' en el que sólo el segundo término parecía conservar algún significado. Junto con los clásicos del marxismo, Ramos hacía ascender su linaje intelectual al socialista Manuel Ugarte, predicador del antiimperialismo en las primeras décadas del siglo XX, y a la tradición de FORJA. De alguna manera, se postulaba para ser el *factótum* intelectual y político de la fusión entre el nacionalismo popular y un marxismo puesto de retorno en la senda

'nacional', en términos que rechazaba con fuerza el antiperonismo de la izquierda tradicional, pero también las tentativas de radicalizar al peronismo 'desde adentro'. Casi toda la producción historiográfica de Ramos constituye un ejemplo de la utilización del pasado como arma polémica al servicio de la discusión del presente, sin una verdadera preocupación por la investigación histórica, que le asignara a esta última un mínimo de autonomía frente a la actividad política.¹¹ Resulta notorio, tras la recorrida de cualquiera de sus libros, que el análisis del pasado es en él sólo un instrumento para el objetivo de discusión y adoctrinamiento político, y que la propensión por el trabajo con fuentes y el rigor metodológico tienden a cero.

Un motor de sus trabajos era el rastreo de la 'burguesía nacional' progresista que encabezara un proceso de transformaciones, o de su sustitución por algún sector militar. *Revolución y contrarrevolución en Argentina*, una amplia síntesis de la historia nacional, fue su obra más exitosa, y constituyó una matriz de interpretación del proceso argentino, en torno de la sempiterna lucha de la nación contra el imperialismo, que tuvo vasta influencia en la izquierda de los años '60 y '70, incluyendo su caracterización del peronismo como 'bonapartismo', pero asignándole un sesgo progresista dentro de las posibilidades de ese rol.¹² Una buena porción de los esfuerzos de Ramos se la llevaron sus diatribas contra el resto de la izquierda argentina (*El Partido Comunista en la política argentina*, reeditada como *Historia del stalinismo en Argentina*¹³) y latinoamericana (*El Marxismo de Indias*). Polemista siempre impiadoso, sus críticas se volvían particularmente agudas cuando el objetivo se situaba a su izquierda (preferencia que no le era privativa), lo que no se reduce en él a la descontada aversión al stalinismo y los partidos comunistas, sino a figuras tan respetadas (por otros) como Mariátegui o Ernesto 'Che' Guevara.¹⁴ Dentro de la argumentación que utilizaba Ramos para zaherir al resto de los partidarios del socialismo, buena parte abrevaba en un

antiintelectualismo de tintes populistas, que debía mucho al arsenal que FORJA había construido unas décadas antes. En una paradoja chirriante, un intelectual, líder de un grupo político cuya eficacia mayor se había desplegado en la captación, justamente, de estudiosos y artistas, desenvolvía una activa hostilidad a todo lo que oliera a *intelligentzia*.¹⁵ Otra contradicción fue la de que, una vez desplegado el proceso de radicalización bajo advocación peronista, que lo tuvo, si quiera de modo indirecto, como inspirador, Ramos se revolvió furioso contra él, caracterizando a sus representantes en términos cuasi-criminalizantes, más propios del vocabulario policial que del análisis histórico y político.¹⁶

Más allá de sus avatares políticos, sus trabajos tuvieron un impacto muy fuerte, en el que tuvo mucho que ver el brillante estilo literario del autor, hábil y ácido polemista en una época en que la polémica histórico-política era un género dotado de una extendida audiencia.

El otro gran representante de la 'izquierda nacional' fue, sin duda, Juan José Hernández Arregui, autor en el que la producción historiográfica aparecía subordinada al despliegue de posiciones filosóficas que lo llevaron a construir una suerte de heterodoxa 'historia de la cultura argentina' que despliega en sus obras principales.¹⁷ Portador de una lectura no materialista de Marx, que lo conduce a su preocupación preeminente por la cultura y los fenómenos de conciencia,¹⁸ colocó su obra en el lugar de un doble ajuste de cuentas, con 'la izquierda argentina sin conciencia nacional' y el 'nacionalismo de derecha con conciencia nacional y sin amor al pueblo'.¹⁹ Hernández Arregui recorrió la trayectoria cultural del país, movido por la obsesión de llegar a construir una conciencia colectiva de 'lo nacional', que pudiera hacerse carne en las masas populares.²⁰ Mas allá de lo plausible de su programa, y de su claro alineamiento político con la izquierda, el autor se resintió de algunos de los *tics* que provenían del nacionalismo que él mismo llamaba 'oligárquico': reticente a todos los fenómenos culturales de raíz inmigratoria (sin excluir

al tango, por ejemplo), defensor de una visión 'hispanista' del subcontinente latinoamericano, perfectamente capaz de rechazar determinados pensamientos o expresiones en nombre de un nacionalismo provincialista que desconfiaba de todo lo 'foráneo', lleno de aversión por la ciudad-puerto, enfrentada a una idealización del interior y del medio rural. Hernández Arregui fue, sin duda, el más inteligente y formado de los pensadores de la 'izquierda nacional' (con la que su identificación fue en el plano ideológico-cultural, ya que nunca formó parte de sus emprendimientos políticos), por lo que la presencia en él de estas limitaciones, quizás nos hable más de las contradicciones insalvables de la pretensión de 'cruzar' el nacionalismo populista con el marxismo revolucionario, que de su talento y agudeza crítica.

A diferencia de los anteriores, Milcíades Peña representa un pensamiento marxista que se resiste a toda concesión al 'nacionalismo popular', y por lo tanto sitúa las fallas del pensamiento y la acción de la izquierda argentina en sitios bien distintos al de su insuficiente comprensión de la 'problemática nacional'. Peña desarrolló sobre todo una línea de crítica a la burguesía, como inapta para desarrollar una transformación 'democrático-burguesa' de Argentina (incluyendo al peronismo como aquejado de esta incapacidad). A diferencia de quienes, como Ramos, hablaban en nombre de la 'ideología de la clase obrera', pero terminaban erigiendo a la 'nación' en sujeto de la historia, Peña se esfuerza por mantener el punto de vista de clase, y en esa dirección renuncia a toda esperanza sobre el rol progresivo de ningún sector de las clases dominantes ni del aparato estatal, tales como los 'militares patriotas' que recorren buena parte del mapa de nuestra izquierda, desde Ramos al Partido Comunista, pasando por Puiggrós. Pasaba a fundamentar desde allí el imperativo de la revolución socialista (y no democrático-burguesa), al mismo tiempo que mantenía una posición pesimista frente al peronismo e incluso respecto de la clase obrera enrolada en éste, por la influencia que había alcanzado en

ella una ideología conservadora, que esperaba de la acción del Estado existente la 'redención' social.

Algunos méritos del trabajo historiográfico de Peña resultan indudables: desarrolla tempranamente la línea de la historia económica y social sin abandonar la historia política, procura avanzar en una historiografía basada en la orientación marxista, con una conceptualización independiente, sin adscribirse ni a la historia oficial ni a su impugnación revisionista; emprende investigación propia, incluso con apoyo de métodos cuantitativos, a pesar de sus condiciones de aislamiento y su carencia de formación académica; mantiene su postura militante, sin por eso visualizar al tratamiento de la historia como mero 'instrumento' al servicio de aquélla.²¹ También es destacable su búsqueda del cruce de la historia con las disciplinas de las ciencias sociales, principalmente la sociología y la economía, encuentro que en nuestro país se hallaba en pañales por aquellos años, no sólo dentro del marxismo.

El otro galardón de Milcíades Peña es el de haber logrado conformar una obra de amplitud integral sobre la trayectoria de nuestro país, *Historia del pueblo argentino*, que apareció con carácter póstumo en seis volúmenes, que van desde *Antes de Mayo* hasta *Masas, caudillos y elites*, dedicado este último al yrigoyenismo y el peronismo. Por fuera de los trabajos agrupados en la *Historia...*, Peña produjo un conjunto de artículos de análisis de la clase capitalista argentina, luego agrupados en dos libros: *La clase dirigente argentina frente al imperialismo* e *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, exámenes que iban en contra de la idea de la existencia de una burguesía industrial antiimperialista, predominante en las restantes corrientes de izquierda, ingresando de lleno en el debate político sobre el tipo y carácter de un futuro proceso revolucionario en Argentina. La lucha contra la idea de una 'burguesía nacional' potencial aliada de los trabajadores en una revolución 'nacional' contra el imperialismo, fue uno de los *leit motifs* del trabajo de Peña, que se diferenciaba así, al mismo tiempo, de

Puiggrós, las distintas expresiones de la 'izquierda nacional' y la historiografía ligada al Partido Comunista.

Con todo, su línea de interpretación cae a veces en afirmaciones arbitrarias al tornar absoluto un enfoque (como el de la orientación probritánica del peronismo, que no carecía de asidero pero que él convierte en eje de su comprensión; o la interpretación francamente pesimista de la conciencia obrera posterior al peronismo, ya mencionada), o carga las tintas en contra de una interpretación errónea difundida (la existencia de una burguesía nacional, p. ej.) en el límite de caer en exageraciones simétricas, además de incurrir con frecuencia en esquematismo economicista al juzgar los conflictos de nuestro pasado. Además, su obra tiene una limitación más 'estructural': Peña sigue viendo la historia 'desde arriba', centrado en el itinerario de las clases dominantes, sus mezquindades y fracasos, tendiendo incluso a justificar en términos históricos las acciones represivas de los dominantes, cuando éstas se inscriben en una lógica del 'progreso' que lo identifica con el desarrollo de las fuerzas productivas.²² El agudo analista que fue no consiguió escapar de las 'prisiones' de cierta ortodoxia marxista, que en aras de un 'objetivismo' estrecho, sólo valoriza las luchas de las clases subalternas cuando éstas impulsan un desarrollo material al que identifica sin más con el 'progreso social', y no tuvo oportunidad de bucear en los pliegues de la subjetividad, en las razones del comportamiento concreto de esas clases. De todas maneras, ello no oscurece el mérito de un joven autodidacta que logró escribir algunas de las mejores páginas de historia producidas por el marxismo argentino hasta ese momento.

Durante los años '60 y '70, la creciente politización y radicalización de la sociedad argentina tuvo su pleno correlato entre los intelectuales, y afianzó a la historia, en tanto que disputa por la interpretación del pasado proyectada al presente, como un lugar importante de la lucha

política. Al proceso que marcaba un desplazamiento del eje de los movimientos revolucionarios al mundo periférico y colonial (China, Cuba, Argelia, Vietnam) correspondió una nueva mirada sobre las obras de Marx, centrada en su producción menos tildable de 'eurocéntrica', parte de ella publicada por primera vez en este período, como *Formaciones económicas precapitalistas* o los escritos sobre la comuna rural rusa, que no dejaría de tener repercusiones en el plano historiográfico. Historiadores marxistas argentinos experimentados, como Puiggrós, y noveles, como Ernesto Laclau (después alejado del quehacer historiográfico), Carlos Sempat Assadourian y Juan Carlos Garavaglia,²³ ingresaron en el debate internacional que en torno a la cuestión de los modos de producción-formaciones económico sociales en Latinoamérica, se desenvolvía en el continente, al calor de discusiones más amplias que abarcaban al marxismo mundial (particularmente en torno a la producción de Louis Althusser, y sus seguidores, como Etienne Balibar), al tiempo que la revista *Pasado y Presente* y sus *Cuadernos* difundía a los clásicos y al marxismo europeo contemporáneo, pero también ofrecía un espacio para ingresar directamente en el debate.²⁴ La rígida teoría de los 'cinco estadios'²⁵, de matriz stalinista, caía en definitivo desprestigio, mientras la caracterización de las sociedades latinoamericanas se erigía en un tema de debate de indudable repercusión sobre el 'tipo de revolución' que se postulaba para el subcontinente o los distintos países dentro de él.

Cuando en 1973 la dictadura emprende la retirada y Rodolfo Puiggrós asume el rectorado de la Universidad, la enseñanza de la historia americana y argentina se organizará con referencia explícita al marco conceptual althusseriano, introduciendo así, por breve tiempo, en el campo académico, a la historiografía de clara orientación marxista.²⁶ Lamentablemente, esa fusión entre historiografía militante y vida académica duró lo que un soplo, bajo una ola de represión y

censura que tuvo en la universidad, ya a fines de 1974, uno de los puntos de inicio de lo que sería una contraofensiva brutal, y no hubo oportunidad de comprobar si los límites del althusserismo hubieran sido superados en dirección a un marxismo más 'abierto'.

La breve y fulgurante trayectoria de Peña tuvo alguna descendencia en un grupo que trabajó inicialmente con él, dentro del que se destaca Jorge Schvarzer,²⁷ que luego emprendería un estudio sistemático de los orígenes de la clase dominante argentina, al principio asociado con Jorge F. Sábato, y luego en forma individual, llegando hasta nuestros días en ese empeño (*Empresarios del pasado* y *La industria que supimos conseguir* son sus publicaciones más recientes en este campo²⁸), pero ya bastante alejado del original compromiso marxista.

Puiggrós no dejó discípulos directos con real gravitación (sí algún coetáneo que realizó su propia producción en una línea similar, como Eduardo Astesano²⁹). Algunos miembros de la izquierda nacional que resolvieron no acompañar a Ramos en las peores derivaciones de su línea, como Norberto Galasso o Jorge Enea Spilimbergo, no pasaron de fundar pequeños institutos casi subsumidos en torno a sus figuras,³⁰ si bien el primero logró mantener un nivel de penetración importante en los circuitos culturales 'alternativos', hasta nuestros días.

De vasta y prolongada producción fueron tres historiadores no profesionales, todos ellos comprometidos en la militancia política: Liborio Justo, Luis Franco³¹ y Luis V. Sommi, trotskistas de distintas vertientes los dos primeros, comunista luego alejado del partido el último. Obras como *La revolución del 90* o la dedicada a la historia de los ferrocarriles de Sommi, y varias de Justo³² o Franco no carecen de interés incluso para el lector actual, aunque la precariedad teórica es evidente en los tres.

Más allá de las corrientes inspiradas en el marxismo, es indudable que un nombre destaca con amplitud, tanto por la

calidad de su trabajo, como por la coherencia ética y política con que lo ha respaldado, y la muy amplia difusión que alcanzó, tal vez única en todo el panorama de la historiografía de izquierda en Argentina. Nos referimos a Osvaldo Bayer.

Con un trabajo individual centrado en la historia del anarquismo, y dentro de éste no en la 'corriente principal' expresada en *La Protesta*,³³ sino en los militantes ligados a la acción directa y a la contestación más radical, Bayer ha desarrollado un trabajo tan solitario como novedoso, ya que la historiografía ligada al anarquismo, con Diego Abad de Santillán a la cabeza, provenía del núcleo ligado a la FORA, y nadie había detenido la mirada sobre los practicantes de la 'acción directa', los 'expropiadores', ni sobre la lucha obrera de la Patagonia.³⁴

Más ligado al periodismo³⁵ que a la academia pese a tener formación historiográfica formal, Osvaldo Bayer ha producido una obra fundamental para la historia de la izquierda y la clase obrera argentina, con centro en los cuatro tomos de *Los Vengadores de la Patagonia Trágica*³⁶, y complementada por *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, y trabajos más breves sobre *Los anarquistas expropiadores*, *Simon Radowsky*, *La masacre de Jacinto Arauz*, y otros. Junto con la vindicación³⁷ de luchadores sociales y militantes, Bayer construye una fuerte impugnación de la violencia estatal en sus diversas manifestaciones, tanto materiales como simbólicas, enlazándolas con la expresión de un orden social radicalmente injusto. La recuperación histórica del pensamiento y la acción 'libertarias', largamente ocluida por una mirada que remitía al anarquismo a un momento 'primitivo' de la conciencia y organización obrera, que no le asignaba nada aprovechable para etapas más 'avanzadas', tiene todavía un largo camino que recorrer en nuestro país, quizás facilitado en el futuro por el reciente surgimiento de nuevas agrupaciones y periódicos que recogen el pensamiento libertario.

Otro historiador de las luchas sociales de principios de

siglo es Gastón Gori, talentoso escritor santafesino que escribió un clásico equiparable en más de un sentido a los de Bayer: *La Forestal*, sobre la explotación en los quebrachales del norte santafesino, amén de varios trabajos sobre la agricultura y el capitalismo rural en Santa Fe y otras áreas de la región pampeana.³⁸

Con temas más cercanos en el tiempo, y mayor imbricación aun con la investigación periodística y la literatura de ficción, Rodolfo Walsh escribiría su obra maestra, *Operación masacre*, y otros trabajos como *¿Quién mató a Rosendo?* y *El caso Satanowsky*, que en su conjunto constituyen un vigoroso alegato contra la organización política y social de la Argentina post-1955 y su clase dominante, cuya lectura es altamente necesaria para comprender el período, así como el espíritu que alentó a la llamada 'resistencia peronista'.

Un esfuerzo peculiar, por su entronque en un solo libro de la experiencia militante con la historiografía profesional, es la compilación realizada por Juan Carlos Cena, sobre *El Cordobazo*, con un extenso estudio preliminar del autor,³⁹ o la peculiar síntesis de testimonios orales, reconstrucción de época a partir de los medios periodísticos y análisis historiográfico, que constituye a *La Voluntad*, de Martín Caparrós y Eduardo Anguita, de la que hablaremos más adelante.

Junto a estas obras de historiadores que trabajaron por su cuenta, sin inserción en el campo académico, pero también fuera de las estructuras partidarias o con encuadramientos laxos en ellas, y alcanzaron en su mayoría vasta repercusión de público y crítica, los partidos de izquierda desarrollaron una prolongada labor en el terreno histórico, pero que tendió, por múltiples razones, a quedar circunscripta dentro de los ámbitos donde la influencia partidaria era más sensible, sin ingresar en los circuitos culturales de alcance más amplio.

La historiografía producida en el ámbito de los partidos de izquierda

Varios líderes del Partido Socialista (Juan B. Justo, Alfredo L. Palacios, Nicolás Repetto, Américo Ghioldi) escribieron sobre historia argentina, pero en una cuerda que se diferenciaba muy poco de la historiografía liberal, y en un registro más divulgativo o doctrinario que de investigación. Un partido que se proponía como la avanzada de una modernización liberal y progresista del país, tendía a proponer correcciones parciales, pero no un cambio de rumbo a la historiografía oficial.⁴⁰ También hubo historiadores de origen socialista más cercanos a un perfil 'profesionalizado' (Alberto Palcos⁴¹, José P. Campobassi,⁴² Luis Pan) que se integraron al ámbito académico, sin diferir en temas ni método con la historiografía erudita. Pero no pueden considerarse aportes a la historiografía marxista (no pretendieron serlo, por cierto), ni tampoco llegaron a configurar una corriente autónoma. Sí hizo aportes originales el dirigente socialista, de origen obrero, Jacinto Oddone, sobre todo con su libro *La burguesía terrateniente argentina*, de 1930, que ganó el respeto incluso de historiadores extranjeros por ese trabajo sobre la estructura social del campo.⁴³ También trabajó, con menos fortuna, en la historia del movimiento obrero y del propio Partido Socialista. En las últimas décadas, algunos de los miembros del Club de Cultura Socialista, como José Aricó y Juan Carlos Portantiero (ambos no historiadores de profesión, pero con antecedentes de trabajo sobre la historia argentina), se reinsertaron, o al menos se aproximaron, a las estructuras supérstites del socialismo, y produjeron dos trabajos sobre el fundador del partido, que constituyen a su vez esquemas de interpretación, de sesgo reivindicatorio, sobre el rol original del socialismo argentino.⁴⁴

La historiografía vinculada al Partido Comunista comenzó por algunos esfuerzos de dirigentes políticos por brindar interpretaciones históricas, como fue el caso de Rodolfo

Ghioldi, quien introdujo las líneas generales de la interpretación de la historia argentina, destinada a hacerse canónica para el comunismo local: partía de la existencia de una oligarquía latifundista, de raíces feudales, que había obstaculizado el proceso de desarrollo capitalista, para asociarse luego al capital imperialista. En ese cuadro, existiría una 'burguesía nacional' que había avanzado en los intersticios dejados por la penetración imperialista y el poder terrateniente, y nunca había consumado una revolución democrática y antiimperialista en el país, postergada desde el siglo XIX, y una subsistencia del 'problema agrario', encarnado en 'masas campesinas' oprimidas por el latifundio. De esta matriz interpretativa se dedujo, a partir de 1928, el tipo de la revolución necesaria en Argentina: 'democrática, agraria y antiimperialista, con vistas al socialismo', caracterización que permanecería incólume en el partido hasta mediados de los años ochenta.⁴⁵

En la lectura de la historia argentina y de la evolución de su estructura social que plasmaron los comunistas, gravitaba la matriz de pensamiento de José Ingenieros en su obra de interpretación de la historia argentina, *La evolución de las ideas argentinas*. El planteo dicotómico entre fuerzas portadoras del progreso y otras oscurantistas y reaccionarias que teñiría toda la evolución histórica, representada las primeras por las ideas de la Ilustración y la élite intelectual que las portaba, y las otras por la alianza del clero y los terratenientes; la asociación de la colonización española con la implantación de una sociedad feudal en el Río de la Plata, la concepción de una elite jacobina como factor dinámico del proceso histórico frente a unas masas raigalmente conservadoras, arrastradas por el arcaísmo colonial y el clero; el culto de Alberdi y Sarmiento como portadores de un proyecto de progreso admirado acríticamente, y hasta cierto europeísmo de trasfondo racista, todos elementos rastreables en Ingenieros, inficionaron la visión histórica de los comunistas.

Los dos intelectuales más reverenciados dentro del campo comunista, Aníbal Ponce y Héctor P. Agosti, reconocían

una relación de discipulado con el autor de *El Hombre Mediocre*, directa y personalizada en Ponce, mediatizada por este último en Agosti, una genealogía intelectual que se proyectaba hacia atrás, hasta los consabidos Sarmiento y Alberdi. El esquematismo evolucionista de Ingenieros, sus intentos de combinar el marxismo y las ideas del positivismo biológico de Spencer,⁴⁶ pudo vincularse bastante bien con el 'materialismo dialéctico' vulgarizado que campearía largamente por sus fueros en el comunismo argentino. Su sentido del curso de la historia como una evolución gradual, se acomodó a las prácticas políticas concretas del Partido Comunista, que desde los años '30 estuvieron articuladas por el perenne intento de incidir a favor de la que apareciera como más 'democrática y progresista' de las facciones en pugna por el poder, en lugar de procurar la construcción de un sendero independiente para los trabajadores.

El primer intento de historia argentina integral, hecho desde el comunismo, fue obra de Juan José Real (a través de un *Manual de Historia Argentina*), unos años antes de su ruptura con el partido. Pocos años después, habría otro intento similar, el libro de Alvaro Yunque *Breve historia de los argentinos*. Rodolfo Puiggrós también escribió sus primeros trabajos historiográficos estando en el Partido Comunista, como *Rosas el pequeño* y *Mariano Moreno y la revolución democrática argentina*, en los primeros años '40. En la misma línea Ernesto Giúdice, que no dedicó a la historia sino a la reflexión sobre el presente lo central de su producción, escribió sin embargo una serie de artículos recopilados como *Imperialismo inglés y liberación nacional*, de 1940. Allí se avanzaba sobre la idea de que la formación social argentina era en lo predominante capitalista, que esto se proyectaba incluso sobre el campo (sin negar la existencia de áreas de explotación feudal o semifeudal), que ese desarrollo capitalista iba a dar lugar a nuevos grupos políticos ligados a él (lo que preanunciaba, de alguna manera, la emergencia del peronismo). También hacía hincapié en la necesidad de desarrollar la

solidaridad con el proceso soviético sin olvidar la prioridad argentina y latinoamericana de la lucha contra el imperialismo.⁴⁷ Los escritos tempranos de Puiggrós y de Luis V. Sommi⁴⁸, y estos de Ernesto Giúdice, nos brindan una pauta de calidad historiográfica y una autonomía de pensamiento en el planteo de las hipótesis interpretativas, que no perduró en la tradición comunista, luego mucho más estrechamente subordinada a los dictados de la dirección partidaria, y casi siempre por debajo de estos intentos iniciales.

Un caso peculiar dentro de la historiografía comunista lo constituyó el ingeniero Ricardo M. Ortiz, por su fuerte repercusión fuera de los ámbitos partidarios o cercanos, y por su capacidad para construir una obra especializada en historia económica, con un gran acopio de información. Fue autor de un ensayo sobre *El pensamiento económico de Echeverría*, de una historia de los ferrocarriles, y una *Historia de la Economía Argentina*, objeto de múltiples ediciones, que fue por décadas un manual insustituible sobre el tema, del que presenta un panorama exhaustivo entre 1860-1930, con predilección por el estudio de la economía 'real', en claro contraste con el predominio de las variables financieras o de las 'series' de datos que predominaban en otros tratamientos. Ligado al Partido Comunista, aunque nunca actuó de forma pública en sus filas, Ortiz fue un brillante representante de un grupo de 'historiadores-ingenieros' (Adolfo Dorfman, Horacio Giberti,⁴⁹ etc.), que contribuyeron a echar las bases de nuestra historiografía económica, y que tuvieron en común una orientación hacia la izquierda, influida por el marxismo, y la frecuentación de ámbitos cercanos al Partido Comunista. En el caso de Ortiz siempre fue visible su intento de mantenerse en los carriles de la interpretación marxista, aunque no pudo eludir la tentación economicista, bajo la doble influencia del clima general del 'marxismo' de la época, y de la 'deformación profesional' producida por su dedicación a la economía.⁵⁰

El trabajo historiográfico comunista se sistematizó, y alcanzó una mayor densidad de publicaciones y actividades,

con la dedicación de Leonardo Paso a la investigación histórica, y la constitución del Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano, que nucleó a varios historiadores, dictó cursos y realizó investigaciones, pero no tuvo, como institución, la proyección en los ámbitos partidarios y afines de la que gozaban las publicaciones individuales de Paso.⁵¹

Ya en los años '60 y '70, y desde entonces casi hasta la actualidad, Paso fue un publicista muy fecundo, y se ocupó de etapas variadas de la historia argentina (*La diplomacia de Mayo, Rivadavia y la Línea de Mayo, De la colonia a la independencia, Los Caudillos y la Organización Nacional, Origen de los Partidos Políticos Argentinos*, de la que llegó a publicar dos tomos que llegaron hasta 1930, *Raíces Históricas de la Dependencia Argentina*) sin avanzar demasiado sobre el siglo XX; salvo en algunos de sus trabajos más recientes, uno de los cuáles lo dedica al peronismo (tal como *La Argentina 1943-1955*, en dos tomos). También se produjeron bajo su dirección, trabajos de divulgación como un *Compendio de Historia Argentina* o de polémica con el revisionismo como *Rosas, realidad y mito* o *Corrientes Historiográficas*.⁵² La regularidad de la producción y su encuadramiento en una institución dedicada con exclusividad a las cuestiones históricas, no se proyectaron por completo a los resultados de esa labor.

La obra de Paso adoleció del concepto del trabajo intelectual que se tenía en esos años en buena parte de la izquierda y en el Partido Comunista en particular: Los estudios, históricos, sociológicos, económicos o de cualquier otro carácter, obraban como fundamentación *a posteriori* de las orientaciones y caracterizaciones ya adoptadas por la dirección partidaria, sobre las que no había demasiadas posibilidades de entrar en discusión.

Así la historiografía del PC quedó prisionera de la interpretación partidaria sobre la estructura social argentina (el carácter semifeudal de nuestra formación social, por ejemplo), y de las influencias positivistas y liberales que habían

permeado a las corrientes socialistas de nuestro país desde sus comienzos. Esto es evidente en los trabajos del propio Paso, como por ejemplo *Rivadavia y la línea de Mayo*, en el que se realiza una cerrada defensa de sus políticas, como adelanto avanzado del progreso capitalista, con epicentro en las grandes ciudades, contra el atraso feudal representado por las fuerzas rurales y terratenientes encabezadas por Rosas:

“Para nosotros, la derrota del gobierno de Rivadavia significa el cierre del proceso de Mayo y el triunfo temporal de las fuerzas oligárquicas de los terratenientes-ganaderos y del atraso feudal, en la primera etapa de nuestra independencia.”⁵³

Sobre ello se insiste a lo largo del libro:

“(...) lo importante es comprobar cuál es el programa que cada fuerza sustenta y cuál es el objetivo de clases que se acerque más a la liquidación del orden feudal. Si el ‘federalismo feudal’ del rosismo, que tendía a oponerse a la creación de la Nación y a mantener los privilegios localistas en contra de la vida de la Nación misma, o si la política unificadora de Rivadavia, que tendía precisamente a crear la Nación.”⁵⁴

La filiación en el enfoque en Ingenieros, e incluso en V. F. López (siempre identificado con la burguesía porteña), aparece clara, aunque viene a confirmarla las reiteradas citas de ambos autores que jalonan el trabajo. Y también resulta evidente, a todo lo largo de la obra, el afán cuasi-militante en contra del revisionismo histórico que la articula.⁵⁵

Pesaba también sobre esos trabajos la pesada carga del ‘marxismo soviético’ con su componente creciente de ‘objetivismo’ y economicismo, y la tradición de forzar los datos de la historia y la realidad social al servicio de las posiciones políticas del presente, que se formó en la era de Stalin y no se ciñó a los límites de la URSS ni desapareció con la muerte de éste.

El resultado era que el prisma principal para visualizar la historia argentina era la existencia de un proceso de revolución democrático-burguesa trunco desde las épocas

del movimiento de Mayo, y cuya conclusión era la 'gran tarea' pendiente para el desarrollo nacional.⁵⁶ El gran problema de Argentina no era, entonces, el capitalismo, sino la falta de él, y la gran contradicción, rastreada a lo largo de su historia, la existente entre aquellos a quienes se identificaba, en ocasiones con cierta arbitrariedad, como los partidarios de un desarrollo capitalista libre de trabas (Moreno, Rivadavia, Mitre, Sarmiento) y los terratenientes portadores del feudalismo (los caudillos, Rosas, Roca, etc.), que apostaban al 'atraso y la dependencia'. Esos mismos términos se extendían a los debates historiográficos y las batallas políticas del presente:

"El rosismo no puede mostrarnos el futuro, sino solamente un aspecto del pasado. Es por ello que los rosistas contemporáneos levantan cabeza cada vez que, sobre todo desde 1930, se aferran a las riendas del poder político los sectores oligárquicos más reaccionarios. De este hecho se desprende que se trata de frenar todo posible cambio en la atrasada estructura económica y social del país."⁵⁷

Se seguía pensando en términos de réprobos y elegidos, en listados respectivos que recién se diferenciaban del canon liberal, cuando se iba de 1880 en adelante. En cuanto a las clases subalternas, que a lo largo del siglo XIX solían aparecer, de modo algo 'incómodo', alineadas con los representantes del 'feudalismo', no se les prestaba demasiada atención, reunidas bajo el impreciso mote de 'masas rurales', hasta que hacía su aparición la clase obrera, en el filó del cambio de siglo, y cuya trayectoria se seguía con entusiasmo hasta el traumático 'corte' de 1945.

Mientras otros historiadores marxistas derivaban a un 'revisionismo de izquierda' dependiente en última instancia de la más amplia corriente revisionista, pero con peso propio, o lograban resolver una línea autónoma destinada a tener repercusión, como Milcíades Peña, los trabajos de Paso no llegaron a constituirse en un polo de estudio de la evolución histórica argentina, y dependieron en gran parte de la historiografía liberal. Recurrían a ella a modo de 'fuente', a falta de un

rastreo documental propio, para luego tratar de 'interpretar' en clave marxista el proceso histórico. Se sumaba el persistente condicionamiento generado por las necesidades coyunturales de la organización política a la que pertenecían.

Tampoco puede comprenderse el trabajo de Paso sin hacer referencia a la relación del PC argentino con 'sus' intelectuales. Su consolidación como cabeza del trabajo historiográfico vinculado al Partido Comunista, coincidió aproximadamente con las sucesivas disidencias que vaciaron prácticamente al Partido de intelectuales, a lo largo de los años sesenta, al tiempo que aparecía y se desarrollaba la 'nueva izquierda', corriente de pensamiento y acción que reivindicaba el marxismo y la acción revolucionaria, tendía a enriquecerla con el pensamiento posterior a los clásicos, y buscaba inspiración política en la entonces flamante disidencia maoísta y en la revolución cubana. Los miembros de los grupos que publicaban *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*, los que pasaron a las FAR, o al PCR, o los numerosos desgajamientos individuales o de pequeños núcleos, provocaron un corte histórico entre la 'izquierda tradicional' (en primer lugar, el Partido Comunista), y los intelectuales, jóvenes y no tanto, alineados en amplia mayoría con la 'nueva izquierda'. De fuerza política hegemónica en los ámbitos intelectuales y universitarios, el PC fue pasando a un lugar marginal en ese campo, y sus posibilidades de evolución en estudios e investigaciones que requerían un elevado nivel de formación y una dedicación sistemática, quedaron menguadas. Paso fue uno de los destinados a suplir los 'baches' que esa fuga había producido (con *Pasado y Presente* se habían ido jóvenes historiadores como J. C. Chiaramonte y C. S. Assadourian, por ejemplo, pocos años después brillantes exponentes de la historiografía nacional). Y resultó un representante más o menos típico de un conjunto de hombres formados en general fuera del ámbito de las ciencias sociales, que tomaron tardíamente el camino de la indagación en ese campo, sin formación sistemática, asiento institucional fuera de los

cuadros del partido, ni posibilidades de dedicarse plenamente a sus estudios.⁵⁸ Además, era frecuente que los trabajos históricos fueran hechos por encargo, para justificar algún giro de la línea partidaria. Valga como un ejemplo entre varios posibles, que en las épocas del planteo de la 'convergencia cívico-militar' proliferaron los estudios y biografías sobre temas militares, algunas nuevas, otras re-ediciones de trabajos ya publicados (*Arenales*, y *Moreno, secretario de guerra*, firmados por Julio Novayo⁵⁹), una historia del ejército argentino, biografías de Mosconi, Baldrich, Savio y otros, escritas por Raúl Larra⁽⁶⁰⁾), mucho más escasos en períodos anteriores.⁶¹

El resultado fue una historiografía que, como buena parte de la actividad del PC de ese período, fue más bien 'endogámica', dirigida al 'consumo interno' (militantes y simpatizantes) y sin alcanzar los umbrales mínimos (ni por calidad intrínseca, ni por nivel de difusión) para ser tomada en cuenta por historiadores de otras corrientes, salvo en tono de crítica devastadora, como la que gustaba ejercer J. A. Ramos, que en uno de sus ejercicios de ingenioso 'rotulado' para fines polémicos, la bautizó como 'mitro-marxismo'. El juicio de conjunto que esta historiografía merecía entre los historiadores, puede resumirse en la siguiente frase:

"...las tentativas historiográficas del Partido Comunista, se mantenían dentro de los parámetros de la historiografía liberal, maquillándole con algunos conceptos del materialismo histórico."⁶²

En realidad, esta historiografía tenía espacios de divergencia con los liberales: la apreciación del período colonial, en el que eran duros críticos de la colonización española (coincidiendo en todo caso más con la generación de 1837 y la historiografía romántica que con Levene, De Gandía y otros académicos propensos a la hispanofilia) y otro menos tratado, pero igualmente presente, el de la valoración del orden oligárquico de 1880 en adelante, al que vinculaba sin atenuantes con los terratenientes y el capital extranjero. Pero en la consideración de toda el lapso que va de 1810 a

1880, la posición de los historiadores comunistas semeja una suerte de 'radicalización' de la historiografía liberal, a cuyos representantes se reprochará más de una vez no ser terminantes, por ejemplo, en la vindicación de Rivadavia. Y siendo que el período que va entre la revolución de Mayo y la presidencia de Sarmiento atraía los mayores intereses y la producción más copiosa de los historiadores de todas las corrientes, toda la visión historiográfica comunista quedaba impregnada por la afinidad con el liberalismo.⁶³ La semejanza de las posiciones era muy grande, en los juicios que se emitían sobre gobiernos y personajes, aunque hicieran centro en el plano del juego fuerzas productivas/relaciones de producción, y en el conflicto de clase para fundamentarlos.

Algunos trabajos recientes sostienen un juicio algo diferente sobre los factores que influían en la historiografía comunista, destacando el componente nacionalista de la misma, aspecto sobre el que habría que profundizar.⁶⁴

Un nivel de complejidad diferente tuvieron algunos trabajos de Héctor P. Agosti que sin tener un propósito estrictamente historiográfico, incursionaron en la interpretación histórica, como *Nación y Cultura*, que introdujo algunas líneas de análisis innovadoras para la tradición comunista (lo que fue celebrado, por ejemplo, por Juan José Hernández Arregui), pero que no fructificaron en una producción posterior orientada en esa dirección.⁶⁵

El Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano, como dijimos, no sobrevivió al cuestionamiento y desplazamiento de su mentor, ejercido por sus propios miembros, que fue contemporáneo del XVI Congreso de 1986, y allí feneció el intento más duradero de construir un trabajo colectivo en torno a la historia vinculado a la organización partidaria. El comunismo argentino no ha tenido una historiografía propia en la última década y media, salvo los esfuerzos, tampoco sistemáticos, en el campo de la propia historia partidaria, que abordaremos más adelante.

Otros espacios de la izquierda marxista también han

producido sus propios enfoques históricos, aunque sin el número y diversidad de publicaciones de los comunistas. En el Partido Comunista Revolucionario, Eugenio Gastiazoro publicó una ambiciosa obra de historia integral, a lo largo de la década de 1980: *Historia Argentina. Introducción al análisis económico-social*, en tres volúmenes abarcando distintos períodos hasta la actualidad. José Ratzer, por su parte, emprendió el estudio de los prolegómenos del marxismo en el país con *Los marxistas argentinos del '90*, y luego la de los primeros años de las organizaciones partidarias socialistas en *Historia del movimiento socialista en la Argentina*. Y existe un grupo de historiadores de la economía (con especial énfasis en el ámbito rural), con inserción universitaria, que a la vez militan en las filas del Partido Comunista Revolucionario.

En la tradición morenista del trotskismo, a la que estuvo vinculado Milcíades Peña, se enrola Ernesto González, con un trabajo muy difundido sobre la trayectoria del peronismo. También han incursionado en historia argentina, algunos ex miembros del grupo Praxis, liderado por Silvio Frondizi.⁽⁴⁾

En cuanto a la 'izquierda nacional', ya ha sido analizada, porque buena parte de sus principales dirigentes han intervenido en política más a través de su labor de historiadores que por su actuación partidaria. Tanto Norberto Galasso como Jorge Enea Spilimbergo responden a esta caracterización.

Las fuerzas de izquierda escribiendo su propia historia

Fuera del ámbito académico, existe una cierta tradición de historias 'de partido', escritas por dirigentes y militantes, que asumen los estudios históricos como parte de una labor política más general.

La más antigua es la *Historia del Socialismo Argentino*, de Jacinto Oddone, que abarca las primeras décadas de

desarrollo de esa agrupación, en un registro muy apegado a los documentos partidarios producidos en congresos y otros encuentros, y que no va más allá de la segunda década del siglo. También pertenece a esta tradición *El socialismo en la evolución nacional*, de Américo Ghioldi. Estos trabajos presentaban al socialismo local como un esfuerzo para expresar políticamente a la clase obrera argentina surgida en las últimas décadas del siglo XIX, y una tentativa de recoger las mejores tradiciones del liberalismo, para superarlas. Los socialistas produjeron asimismo numerosas biografías de sus principales dirigentes, como las de Luis Pan o Dardo Cúneo sobre Juan B. Justo.

También el Partido Comunista incursionó en historiar su trayectoria partidaria. El primer intento orgánico es el famoso *Esbozo*⁶⁷ de *historia del Partido Comunista de la Argentina*, dirigido por Victorio Codovilla, obra plagada de omisiones y 'recortes' dirigidos a convalidar retrospectivamente la línea partidaria. El *Esbozo* no fue reeditado ni actualizado, y lo que se produjo eran breves trabajos con motivo de congresos o aniversarios partidarios. Con el retorno a la democracia en 1983 se editó un volumen sobre el Partido Comunista, firmado por Oscar Arévalo⁶⁸, que incluyó una sección histórica, y que no innovaba mucho respecto al *Esbozo*. El viraje del XVI Congreso derivó en una nueva versión del *Esbozo*, hecho por un grupo de investigadores entre los que se cuentan Enrique Israel y Julio Laborde, que corregía alguna de las distorsiones del primitivo *Esbozo*⁶⁹ pero que no iba más allá de 1928. Algunos artículos aislados sobre períodos posteriores fueron publicados en la revista *Ideología y Política*, por esos mismos años. Se notaba en ellos una apertura con respecto a las legitimaciones retrospectivas del período anterior, donde el Partido nunca se equivocaba sino que, a lo sumo, la línea era incomprendida y mal aplicada por la militancia y algún dirigente 'desviado' hacia derecha o izquierda. Con todo, eran sólo primeros atisbos de un cambio, en el que se nota la timidez de los primeros pasos luego de

décadas de sacralización de las posiciones de la dirección partidaria. Estos esfuerzos iniciales no tuvieron una firme continuidad, si exceptuamos algunos aportes individuales como los de José Schulman con su libro *Tito Martín y el Villazo* y su reciente estudio monográfico sobre los ferroviarios disidentes de 1945.

En torno al Partido Comunista hay también una fuerte tradición de anti-historias, destinadas a la crítica global de la trayectoria partidaria, en general menos cuidadosas de un análisis pormenorizado que de construir una defenestración en bloque de la fuerza política y su dirigencia. Se cuentan en esta caracterización la producida por Jorge Abelardo Ramos bajo el título *Historia del stalinismo en Argentina*, el amplio espacio dedicado al PC en la *Historia Crítica...* de Puiggrós, pero también hay algunas más recientes, escritas por militantes, como el *Anti-Esbozo de Historia del Partido Comunista*, de Jordán Oriolo, que sigue al *Esbozo* original para refutarlo. En el mismo género de anti-historia, pero incluyendo en lugar central a la tradición del Partido Socialista, se inscriben los dos volúmenes de *El Socialismo en la Argentina*, de Jorge Enea Spilimbergo, el primero de los cuales se titula precisamente *Juan B. Justo y el socialismo cipayo*.

Dentro del trotskismo, en el ámbito cercano al Partido Obrero, Osvaldo Coggiola publicó una *Historia del Trotskismo Argentino*, que llega a 1960, y su continuación *El trotskismo en la Argentina (1960-1985)*,⁷⁰ con la peculiaridad de que el autor es militante de esa corriente, pero se ha volcado a la historiografía de modo profesional. De todas maneras, está escrito desde la perspectiva de que el único grupo auténticamente trotskista en el país, es el nucleado en torno a la agrupación Política Obrera, después Partido Obrero. La visión apologética de la fuerza propia, con correlato en un enfoque denigratorio de la posición de las restantes, es una 'marca de fábrica' que tiene pocas excepciones cuando las fuerzas de izquierda deciden mirarse a sí mismas a través del proceso histórico.

Desde los años 80, y a ritmo creciente, comenzaron a aparecer algunas obras de balance sobre las experiencias de lucha armada de los 60-70, escritas por militantes de las organizaciones que tomaron ese rumbo. Se destaca *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, de Luis Mattini, último secretario general de esa organización, *Los últimos guevaristas*, de Julio Santucho, y varios trabajos sobre Montoneros, que fluctúan entre la historia, el testimonio personal y el periodismo, como los de Juan Gasparini, Ernesto Jauretche y Miguel Bonasso, entre otros. Practicando un corte dado por el género, se encuentra *Mujeres guerrilleras*, de Marta Diana.

Los tres extensos tomos de *La Voluntad - Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina*, realizados por Eduardo Anguita y Martín Caparrós, basada en un conjunto de entrevistas autobiográficas, respaldadas por reconstrucciones de época, constituye un buen intento de dar una visión panorámica, contada en primera persona por protagonistas del período, pertenecientes a un amplio arco de partidos de izquierda, con predominio de las que optaron por la vía armada, y con un estilo de escritura que resulta atractivo para un público amplio. Constituye una suerte de relato coral sobre el lapso comprendido entre 1966 y 1978.

Se hallan en curso de publicación dos obras de largo aliento:

- a) Una historia del socialismo marxista a cargo de Otto Vargas, dirigente de primer nivel del Partido Comunista Revolucionario, de la que se han publicado dos tomos que llegan hasta 1930, contiene muy valiosa información sobre la trayectoria del comunismo argentino (sobre todo su segundo tomo).⁷¹ Esta obra enlaza (aunque con más de dos décadas de intervalo) con las de José Ratzler. No las continúa, sino que retoma, desde el comienzo, el plan de trabajo inconcluso del fallecido Ratzler, con el nuevo aporte de documentos y periódicos que aquél no tuvo a su disposición.
- b) El otro es el desarrollado por la corriente 'morenista'

del trotskismo argentino, está siendo publicado bajo la dirección de Ernesto González, historiador 'oficial' de esa corriente, que ha publicado ya varios tomos de una *Historia del trotskismo obrero y revolucionario en la Argentina*, con participación de algunos historiadores más jóvenes (Hernán Camarero, Marcos Britos, etc). Ya se han editado tres volúmenes, que llegan hasta la década del '60.

Estos trabajos, con despareja calidad en la investigación y nivel de información del que parten, adolecen de extrema dificultad para despegar de la autojustificación de la fuerza política respectiva, siendo en buena medida, 'historias oficiales' de cada partido (o de su posición también 'oficial' sobre las organizaciones que los precedieron). Las críticas y falencias señaladas al desempeño partidario son, en general, sólo aquellas que la propia dirección partidaria se avino a reconocer en su momento. Y más grave, casi todas parten de aceptar el supuesto de que la propia organización es 'el' partido revolucionario dentro del campo de la izquierda argentina, lo que repercute sobre el análisis del propio ámbito y también de las fuerzas restantes, con la que cuesta establecer una relación que no sea la de la crítica despiadada, que siempre aspira a demostrar que las direcciones de los otros partidos tienen objetivos menos nobles que la revolución social y la construcción de una sociedad nueva, o bien que sirven a estas finalidades con un grado de ineptitud o deshonestidad que vuelve su existencia contraproducente. Esta actitud resulta particularmente negativa, en razón de que hace aparecer como incompatible el apasionamiento militante con un mínimo de 'distancia crítica' para juzgar el proceso histórico, al menos cuando el propio compromiso partidario se encuentra más directamente involucrado, abonando oblicuamente el campo de la visión 'despolitizadora' de la historiografía.

En el ámbito de los que dentro de la corriente entroncada en el Partido Socialista han conservado la filiación marxista y la vocación revolucionaria, la Fundación Juan B. Justo

realiza actividades de debate y divulgación que tienen un protagonista fundamental en Emilio J. Corbière, periodista e historiador que ha entregado trabajos como *Orígenes del comunismo argentino* y *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, y ha emprendido una tarea muy amplia de rescate de la tradición socialista en Argentina. No le caben al trabajo de Corbière las generales de la ley enunciadas para los casos anteriores sobre la 'autojustificación', si bien es cierto que el autor se ha mantenido más bien alejado en sus estudios, del período que abarca a su propia actividad militante.

Otra tradición de historia militante son las del movimiento obrero escritas por dirigentes sindicales. Cada corriente importante del movimiento sindical tuvo su propio historiador. Entre las principales pueden citarse: *Gremialismo Proletario Argentino* del socialista Jacinto Oddone, *Historia del Movimiento Social y de la clase obrera en Argentina*, del también socialista (y luego peronista) Alfredo López, o la del también peronista Alberto Belloni, *Historia del movimiento obrero argentino*. Sebastián Marotta, sindicalista revolucionario, es autor a su vez de una muy exhaustiva historia del sindicalismo argentino, titulada *El movimiento sindical argentino*, en tres volúmenes. También la *Historia del Movimiento Sindical*, de Rubens Iscaro (comunista), dividida en una parte sobre la historia universal del sindicalismo y otra centrada en Argentina. Diego Abad de Santillán fue el encargado de escribir la *Historia de la FORA* anarquista.⁷²

Todas ellas adolecen de un enfoque excesivamente centrado en el funcionamiento institucional de las organizaciones sindicales, las unificaciones y rupturas de las centrales de cúpula y sus congresos, sin analizar con profundidad la estructura económica y social ni la evolución de la conciencia obrera. Comparten con los trabajos dedicados a las respectivas historias partidarias, una tendencia excesiva a la justificación de las posiciones y los comportamientos de la corriente de pertenencia del autor respectivo.⁷³ La presencia

del peronismo sumaba una nueva divisoria de aguas, de acuerdo a la cual los autores de izquierda minimizaban al movimiento obrero posterior a 1945 por corporativista o manipulado desde el Estado, mientras que los que provenían del peronismo solían subestimar, por minoritario e incapaz de captar la problemática nacional, el sindicalismo anterior a 1943.⁷⁴

De todos modos, hay que tener en cuenta que son obras escritas por militantes (algunos de ellos dirigentes de primer nivel como Abad de Santillán, Marotta, Oddone o Iscaro), más inspiradas por las luchas vividas y la militancia partidaria que por preocupaciones académicas, lo que hace más comprensibles esas falencias.⁷⁵

En ámbitos del PC existió la práctica de publicar biografías (o autobiografías) de dirigentes obreros destacados, y así las hubo de José Manzanelli, Luis De Salvo, Carlos Ons, José Peter, Vicente Marischi, Rufino Reyes, Pedro Chiaranti, Miguel Contreras y otros. En general de tono hagiográfico en el tratamiento de los biografiados (salvo las autobiografías, más bien pudorosas hasta el exceso en ese aspecto) y conteniendo elogios acríticos de la línea partidaria y la labor política y social de los militantes comunistas. Constituyen sin embargo un testimonio valioso de conflictos obreros y otras luchas sociales, algunas de ellas olvidadas por completo por los historiadores profesionales.

La historiografía de izquierda en los ámbitos profesionalizados

Con carencias y debilidades, puede decirse que en las últimas tres décadas de vida del país, ni siquiera en los terribles años de las masacres y desapariciones han dejado de existir propuestas que reivindican el arsenal teórico del marxismo, la identificación con las clases subalternas, y la asociación del intelectual en general, y del historiador en particular, con el objetivo del cambio social radical. Todo desde

una perspectiva que trata de conjugar el profesionalismo con las definiciones ideológicas claras y la actitud militante.

En la última década, entre avances y retrocesos, esos espacios se han incrementado, sin acertar todavía a constituirse en una alternativa real a la ideología, a grandes rasgos definible como socialdemócrata y a la actitud de 'academicismo' imperante. La mayoría de estos ámbitos tiene en común el sufrir una cierta marginación: los historiadores sociales suelen no considerarlos parte de la 'comunidad de historiadores', y por tanto acostumbran no comentar sus trabajos, no incluirlos en orientaciones bibliográficas, ni reconocer de ningún modo explícito sus aportes a la disciplina. Algunas de las escasas e imprecisas reglas definidas por L. A. Romero en el año 1989 como las que definen a la 'comunidad', parecen determinar su exclusión. Vale la pena intentar una reseña de sus realizaciones, para lo que hay que remontarse a los años '60.⁷⁶

El CICOSO (Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales)⁷⁷ marca un intento altamente profesionalizado, iniciado en los años '60, de fundar instituciones centradas en la investigación social en general, con el trabajo sobre la historia (sobre todo la contemporánea) como un componente más de ese campo más amplio, procurando integrar al conjunto de las Ciencias Sociales, con una metodología marxista asumida expresamente. Este centro se funda en los primeros tiempos de la dictadura de Onganía, y desarrolla una actividad continuada durante más de dos décadas. Lo inician Miguel Murmis, que lo orienta durante varios años, Silvia Sigal, Inés Izaguirre, Eliseo Verón, Darío Cantón, Francisco Delich, Juan Carlos Marín. Se incorporarán luego Beba Balvé y Roberto Jacoby, entre otros. El trabajo colectivo *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis: Córdoba 1969-1971⁷⁸*; y el varios años posterior *1969. Huelga Política de Masas. Rosariazo, Cordobazo, Rosariazo*, de Beba y Beatriz Balvé, son dos muestras de trabajo sistemático y riguroso sobre las insurrecciones callejeras de la época de la 'Revolución Argentina' y a la vez un modelo utilizable para el

análisis de las acciones de masas. A ellos se añaden, entre otros, los trabajos de Nicolás Iñigo Carrera sobre la estructura de la clase obrera y sus acciones de masas,⁷⁹ los de Inés Izaguirre en torno a los desaparecidos, los estudios de Juan Carlos Marín sobre la lucha armada⁸⁰. Estos son quizás lo más destacado de la producción de un conjunto de investigadores preocupados por la rigurosidad, el uso de métodos cuantitativos, y el desarrollo de una historia escrita no ya 'sobre' sino 'desde' el punto de vista de las clases explotadas, en una trayectoria que se prolonga hasta la actualidad.⁸¹ Nacido en los años de auge del funcionalismo y de la escuela de Germani, CICSO fue un temprano contrapeso por izquierda de esa corriente, y una valiosa búsqueda de no sacrificar el rigor a la pasión militante, sino tratar de compatibilizar con sentido creador ambos términos, con el consecuente objetivo de instaurar la perspectiva marxista en las ciencias sociales. Declarará uno de sus principales protagonistas acerca de los objetivos y razón de ser del Centro:

"...sería el de instalar en la investigación en ciencias sociales el cuerpo teórico de Marx. Una experiencia que hoy podría aparecer como muy simple, en la década del 60 era muy compleja (...) la investigación social en la perspectiva de Marx estaba prácticamente ausente (...) sólo se puede entender la existencia de CICSO a partir de entender previamente la existencia de la Escuela de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, sino, no se entiende (...) el CICSO se construye porque en la Escuela de Sociología se produce una crisis intelectual, motivo de que un grupo de profesores jóvenes presionan a la Escuela para que hubiera una orientación en la perspectiva de Marx. Y esto es vivido, de alguna manera, como una experiencia urticante y disruptiva."⁸²

El PIMSA (Programa de Estudios sobre la Sociedad Argentina), ha desarrollado una suerte de continuidad del CICSO, y formado un grupo de historiadores centrado en el estudio de la trayectoria de la clase obrera a lo largo del siglo

hasta la actualidad (Nicolás Iñigo Carrera, María Celia Cotarelo, Roberto Tarditti, Jorge Podestá, Fabián Fernández, entre otros), que vienen publicando un *Anuario* con parte de sus principales investigaciones, en las que se combinan el estudio del movimiento social argentino en décadas pasadas, con el análisis de su trayectoria en el presente y el pasado muy reciente. Nicolás Iñigo Carrera ha publicado recientemente un exhaustivo estudio acerca de la huelga general de 1936⁸³, que tiene entre sus virtudes traer a la luz un hecho histórico sumido en el olvido, sin conformarse con esa 'recuperación'. Por el contrario, emprende un análisis riguroso de la estructura de la clase, las corrientes políticas que la surcan, y un estudio pormenorizado de los sucesos, en múltiples dimensiones.

Quizás los grandes méritos de CICSO y PIMSA han sido los de mantener un entronque con la tradición clásica del marxismo más allá de modas pasajeras (aunque sucumbiendo a veces a cierta tentación 'fundamentalista' en la lectura de los clásicos), y el sostener la preocupación central por la lucha de clases, enfocada desde una clase obrera vista como eje fundamental del 'conjunto de los expropiados'. Por otra parte, es de destacar que el enfoque histórico aparece en esta tradición integrado al conjunto de los estudios sociales.

Ya en los años '90 se han formado nuevos grupos, dedicados centralmente a la historia del movimiento obrero y de la izquierda, con una orientación marxista. Un fuerte desarrollo ha tenido el trabajo de un conjunto de historiadores nucleados en cierta medida en torno a Pablo Pozzi, historiador formado en EE.UU. y especializado en la historia de la clase obrera y las corrientes de izquierda en nuestro país. Pozzi y su grupo⁸⁴ han desarrollado métodos de historia oral, aplicados sobre todo a la clase obrera y organizaciones populares, en línea con los trabajos de E. P. Thompson, Raymond Williams, Raphael Samuel y la tradición de los *History Workshops* de Gran Bretaña, y registrando también fuertes influencias de la historiografía radical sobre todo norteamericana

(Howard Zinn, David Montgomery, Eugene Genovese entre otros). Procuraron disputar espacio en la propia carrera de Historia de la UBA⁸⁵, pero no lograron implantarse sólidamente. En cambio generaron su propia revista, titulada *Taller*, que comenzó a aparecer a mediados de los años '90. Esta tiene el rasgo singular, respecto de otras publicaciones de la misma orientación, de que se nota en ella un consecuente esfuerzo por cumplir escrupulosamente las reglas de las publicaciones académicas: con *abstracts* en español, inglés y francés, información abundante sobre encuentros académicos en el país y en el exterior, datos útiles para investigadores sobre archivos y bibliotecas, un consejo académico internacional, y una singular calidad de presentación, no cede en nada (más bien al contrario) frente a las revistas de la 'corriente principal', manteniendo además una frecuencia de tres o cuatro números por año, muy alta periodicidad para una revista de casi doscientas páginas y una exigencia tan elevada en su armado y presentación. Este grupo también ha emprendido una revisión amplia y diversificada de la actuación de la izquierda, incluyendo al movimiento obrero y a los partidos, cuya más reciente aportación es la investigación de Pozzi en torno al PRT-ERP.⁸⁶ En colaboración con Alejandro Schneider, el mencionado autor ha abordado, con técnicas de historia oral, el período de auge de masas de 1969 a 1976, centrándose en la relación, frecuentemente minusvalorada u olvidada, entre la clase obrera y la izquierda marxista en ese lapso.⁸⁷

Otro grupo es el formado en torno a la revista *Razón y Revolución*, que en su breve vida ha publicado gran cantidad de artículos sobre historia argentina escrita desde ese ángulo.⁸⁸ Entre otras líneas de investigación está desarrollando una sobre la evolución de los partidos de izquierda, conducida por Eduardo Sartelli, su principal animador.

Vinculado al grupo de Pozzi en años recientes, pero con peculiaridades que lo constituyen en un caso singular, se encuentra el historiador latinoamericanista (también con trabajos en historiografía e historia de la izquierda argentina)

Alberto Pla. Formado en la tradición de la historia social, en torno a José Luis Romero, su formación teórica es fundamentalmente marxista, e incluso ha militado dentro de algunas corrientes del trotskismo. Quizás por su participación del linaje 'romerista' ha alcanzado un alto nivel de inserción académica con posterioridad a 1983 (tras un período de exilio), llegando a ser titular de Historia de América en las universidades de Buenos Aires y Rosario, caso por demás infrecuente en historiadores argentinos de orientación marxista.⁸⁹ Entre las peculiaridades de su producción, se halla la de haber escrito un libro sobre historiografía argentina, sin duda el intento más completo de un panorama historiográfico nacional hecho desde el marxismo, el titulado *Ideología y método en la historiografía argentina*, editado por Nueva Visión en 1972.

La historia de la propia izquierda va convirtiéndose en un tema predilecto de los historiadores de esa tendencia. Algunos se han orientado a la evolución de las ideas, o más precisamente, al estudio de algunas de las figuras intelectuales de la izquierda argentina del siglo XX.

El trabajo de mayor aliento en esta orientación es, sin duda, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, de Horacio Tarcus⁹⁰, centrado en la trayectoria política e intelectual de Milcíades Peña y Silvio Frondizi. Esta obra propone un recorrido por la izquierda argentina centrado en la tradición trotskista (aunque no exento de referencias a otras corrientes dentro del marxismo), basado en un intenso trabajo de investigación e interesantes líneas interpretativas. Empero, y sobre todo en sus capítulos dedicados a Peña, el autor parece perder distancia crítica, imbuido de un vínculo de admiración con el malogrado investigador trotskista, el que parece jugar el rol de un anticipado *alter ego* del propio autor (con el que comparte la formación autodidacta, la filiación en el trotskismo morenista y la posterior ruptura con esa corriente para quedar en cierta soledad política).

El propio Tarcus, y el CEDINCI (Centro de Estudios e Investigación de la Cultura de Izquierda) que lo tiene como principal animador, realiza una obra de recopilación, estudio y divulgación de primer orden, que dota a la izquierda argentina de un fondo documental propio que cubre variadas épocas y tradiciones, y cuya utilización ya se refleja en trabajos recientes. Se trata de un Centro de Estudios y Archivo, formado inicialmente sobre la amplia colección de documentos y publicaciones de izquierda recogida por Horacio Tarcus, y luego ampliado con múltiples donaciones de intelectuales y militantes de variadas corrientes. Se constituye así un emprendimiento único en la Argentina actual.

Existe también una revista orientada por Tarcus, *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, que sin ser una publicación especializada en la historia, ha publicado interesantes avances, sobre todo en el campo de la historia de la izquierda. Y en materia de edición de libros, la editorial El Cielo por Asalto ha llevado a la imprenta algunos importantes trabajos sobre historia e historiografía argentina, en la colección *La Cultura Argentina*. Allí se editaron, entre otros, el aquí citado *Pensar la Argentina...*, y un volumen colectivo en torno a la obra de T. Halperín Donghi llamado *Discutir Halperín*, además de una compilación de los escritos historiográficos de ese autor. Cabe señalar que la orientación crítica de la revista y de los trabajos propios de Tarcus, no se ha mantenido tan en alto en alguna de estas publicaciones. La serie de entrevistas de Hora y Trímboli a historiadores argentinos, no integra a ninguno identificado claramente con el marxismo y la izquierda, prefiriendo ofrecer un abanico de las grandes figuras de la historiografía académica hegemónica.

Otro aporte importante, de un autor con inserción en el ámbito académico, es el de Néstor Kohan⁹¹ (si bien proviene de la filosofía y no de la historia) que ha incursionado en la historia de las ideas desde una perspectiva marxista, centrándose en la trayectoria de la izquierda. Junto a exploraciones particulares (en torno a Deodoro Roca y la Reforma,

o el estudio previo a la compilación de *La Rosa Blindada*), ha publicado últimamente el libro *De Ingenieros al Che*, que sigue el itinerario del conjunto del marxismo latinoamericano pero se centra en el argentino, analizando el pensamiento de figuras como Héctor Agosti, Ernesto Giúdice, J. J. Hernández Arregui, Carlos Astrada y Alfredo Llanos, entre otros.

En una línea similar de historia de las ideas, se encuentra Miguel Mazzeo, que luego de un trabajo inicial sobre Mariátegui, ha enfocado su atención en J. W. Cooke, sobre el que produjo algunos artículos y selecciones de documentos inéditos u olvidados.⁹²

Entre la última generación de historiadores, cabe mencionar a Omar Acha, miembro del CEDINCI, quien está trabajando en una obra sobre la historiografía de izquierda, que incluirá trabajos sobre Ingenieros, Ramos, Puiggrós, Peña, Bayer, entre otros, y que constituiría el primer trabajo específicamente dedicado a brindar una visión de conjunto de los trabajos historiográficos de la izquierda.

Los enfoques teóricos y metodológicos divergentes no han dejado de campear al interior de la historiografía de izquierda, generando los correspondientes cruces y debates. Una línea de polémica se ha dado entre el grupo que lidera Pablo Pozzi, adherente a una visión de raíz thompsoniana de la estructura de clase, con eje puesto en la subjetividad, y con gran énfasis metodológico puesto en la historia oral, y otro enfoque que, esquematización mediante, se podría identificar con visiones más ortodoxas del marxismo, y mayor preocupación por el armazón teórico de sus trabajos, y al que de distinta manera, y con diferente pertenencia generacional, representan Nicolás Iñigo Carrera y Eduardo Sartelli.

Este último a su vez ha ingresado en una línea de discusión, ésta mucho más dura, con el post-estructuralismo identificado con el pensador francés Alain Baudiou, en contra del planteo de escepticismo radical frente al trabajo historiográfico que un grupo de esa tendencia (nucleado en torno a la revista *Acontecimiento*) plantea.⁹³ Otro grupo de jóvenes

historiadores ligados a un ataque en talante 'posmoderno' a la hegemonía historiográfica, representado por Javier Trímoli y Roy Hora, entre otros (ataque que elude la confrontación concreta por espacios reales), fue impugnado por el entonces Centro de Estudios José Carlos Mariátegui, en un debate que puede seguirse en las publicaciones de esta última agrupación, a mediados de la década de los '90, citadas más arriba.

Los historiadores de izquierda forman parte de un conjunto de esfuerzos signados por cierta dispersión y a veces superposición de actividades, en la que cada pequeño grupo tiene su revista, su centro de estudios, convoca sus propias jornadas, encuentros, organiza cátedras libres.¹⁴ La circulación entre grupos y entidades, y algunos esfuerzos de carácter integrador, tienden a producirse con frecuencia creciente, pero sin constituir todavía un 'campo' identificable, capaz de darse una estrategia, una política articulada que oponer a las que cuentan, en mayor o menor medida, con el visto bueno de los poderes existentes. La recientemente creada Universidad de las Madres de Plaza de Mayo, con programas de estudio centrados en las ciencias sociales, ha atraído a algunos historiadores de izquierda (Iñigo Carrera y Kohan, entre los mencionados más arriba), pero tampoco en un rango abarcativo que permita que se erija, al menos por el momento, en ese ausente polo de convergencia.

Si un rasgo en común reviste la mayoría de estos grupos e historiadores individuales, es la elección predominante de tema y época: la historia de las clases subalternas y de las expresiones de izquierda en el campo político y cultural, con cierta preeminencia de los años recientes. Es decir que se introducen de preferencia en parte de las cuestiones que, como vimos más arriba,¹⁵ son eludidas por la historiografía hegemónica. Y más allá de las diferencias de enfoque nada desdenables entre ellos, procuran por lo general rescatar el abordaje centrado en las clases y sus luchas, como factor explicativo central en el proceso histórico.

El panorama de conjunto nos habla de la existencia de esfuerzos importantes, pero carentes de una articulación que permita considerarlos una corriente, un 'campo' determinado. Construir esa articulación, trabajar en la convergencia de esfuerzos que hoy se dan en dispersión, generar la capacidad de darse una política para antagonizar con más éxito al pensamiento del *establishment*, son objetivos que no pueden conseguirse ni rápida ni fácilmente, pero hoy existe el problema de que suelen ni siquiera ser percibidos en concreto como metas a alcanzar, y por lo tanto no suscitan mayor preocupación por revertir la situación. Quizás la reactivación de las luchas sociales que se está produciendo en los años recientes, obre como un estímulo para pensar el trabajo historiográfico sobre las clases subalternas, su acción y pensamiento, como una tarea colectiva de creciente urgencia.

NOTAS

¹ La metáfora pertenece a Gramsci en los *Cuadernos de la Cárcel*.

² Esta obra fue objeto de sucesivas reediciones, reelaboraciones y ampliaciones por parte del autor. La última, hasta el momento, fue la efectuada en los años '80 en Hispanamérica, presentada en tres volúmenes.

³ Puiggrós se sumó al peronismo 'desde afuera', llegando a formar el grupo denominado "Movimiento Obrero Comunista", sobre la base de los disidentes del PC que lo acompañaron en su salida de 1945. Los años '70 lo encontrarían junto a la 'tendencia revolucionaria', y luego al 'peronismo auténtico' y al 'peronismo montonero'.

⁴ Pla le reprocha a Puiggrós una valoración positiva del Ejército que concluye por negar el carácter de clase de éste, su carácter de núcleo represivo del Estado capitalista. Cf. Alberto J. Pla, *Ideología y método en la historiografía argentina*. Ediciones Nueva Visión., Buenos Aires, 1972, p. 160

⁵ Esa polémica es recogida en Rodolfo Puiggrós, André Gunder Frank; Jorge Abelardo Ramos, *Polémica sobre los modos de producción en Iberoamérica*, Agrupación Universitaria Nacional, Buenos Aires, s/f.

⁶ Vale como ejemplo de deslizamiento de Puiggrós a posiciones 'verticalistas'

respecto al liderazgo de Perón, los términos de una carta que le dirigió al entonces Presidente, con motivo de su forzado alejamiento del cargo de rector de la UBA: "Mi fidelidad a la causa del justicialismo es inquebrantable, así como el reconocimiento del liderazgo suyo de la verticalidad que implica. (...) Sigo, como siempre, estando a sus órdenes para colaborar desde el llano o de donde disponga, en la tarea histórica que usted dirige con cerebro genial." *La Opinión*, Bs. As., 4 de octubre de 1973, reproducido por Liborio Justo, *Nuestra patria vasalla (Historia del coloniaje argentino)*, t. V, De "dominio británico" a "patio trasero" de los Estados Unidos (1930/1990), Grito Sagrado, 1990, pp 261- 262.

7 Horacio Tarcus ha expuesto el ya lejano y casi olvidado debate Gallo/Justo. Gallo defendía la inexistencia de todo resto feudal y la presencia de un importante grado de desarrollo capitalista, y la ausencia de una burguesía local interesada en la lucha antiimperialista y contra los terratenientes. Justo sostendrá que Argentina es una típica semicolonias, completamente dominada por el imperialismo, con las clases dominantes locales como socios menores y parasitarios. Quedaba así configurado, en sus elementos esenciales, un debate de varias décadas sobre la estructura social argentina y su conformación a lo largo de la historia, que desembocaba en objetivos estratégicos diferentes: liberación nacional vs. socialismo. Cf. H. Tarcus, op. cit. pp. 91 a 107.

* Después de transitar por agrupaciones específicamente trotskistas primero, socialistas afines al peronismo después (el Partido Socialista de la Revolución Nacional) fundado en los últimos años de la segunda presidencia de Perón, la 'izquierda nacional' fundó sus propias agrupaciones, primero el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, y luego el FIP (Frente de Izquierda Popular, formalmente una alianza que incluía al anterior).

° cf. Enrique Rivera, *José Hernández y la guerra del Paraguay*, Indoamérica, s/f.

10 En realidad Ramos fue un privilegiado, dentro de la izquierda argentina, por la repercusión crítica y mediática dada a sus trabajos desde fines de los años '50. Su obra más ambiciosa, la síntesis de la historia argentina titulada *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Amerindia, 1957, tuvo innumerables ediciones, en diversos formatos (se la publicó también en forma de tomos separados), y la corriente de Ramos condujo sucesivas casas editoras dedicadas en gran parte a sus obras (Octubre, Coyoacán, Mar Dulce, etc.). Su simultánea actuación política pública, con sucesivos agrupamientos que ya en los '70 derivaron en el Frente de Izquierda Popular (FIP), por el que llegó a ser candidato a presidente, acrecentaron su repercusión y nivel de conocimiento.

11 "La escritura de Ramos se entiende bien como una inscripción historiográfica de una voluntad política. No había en su estrategia una intención

de legitimación en la 'tribu de los historiadores'. El saber histórico era más bien un insumo polémico que fortalecía su interés básicamente organizativo: la construcción de una alternativa política socialista de tipo nacionalista donde él estuviera, naturalmente, muy bien ubicado." Ariel Eidelman-José Omar Acha, "Nacionalismo y socialismo: Jorge Abelardo Ramos y la 'Izquierda Nacional'", en *Taller*, vol. 5. N° 13- Julio 2000, p. 109. En ese trabajo se lanza una tesis tan original como atendible: la objetiva proximidad de las posiciones de Ramos y de las de uno de sus enemigos predilectos, el Partido Comunista Argentino. Cf. *Ibidem*, p. 107. En realidad, creemos que Ramos llega a un resultado parecido que el PC. en cuanto al tipo de revolución en Argentina (aunque con terminología parcialmente distinta), y la alianza de clases necesaria para su realización, aunque es evidente que la valoración del pasado nacional es profundamente diferente entre el mentor de la izquierda nacional y un PC casi siempre refractario a las posiciones del revisionismo histórico. La excepción parcial fue Héctor Agosti, que valoró positivamente algunos aportes de Hernández Arregui (mirada benévola que fue recíproca), pero no los de Ramos. El componente nacionalista no está ausente en las posiciones comunistas (y tiende a crecer hacia los años '70 y primeros '80), pero nunca impregna su interpretación de la realidad con fuerza similar a lo que ocurre en la 'izquierda nacional'. Con todo, es muy valedero matizar la unilateral creencia (que Ramos contribuyó como pocos a construir) de un PC sólo guiado por su antiperonismo 'gorila' en política, y por el liberalismo de raíz mitrista en materia histórica.

¹² Ha sido señalada la filiación entre ese planteo de Ramos, y los últimos escritos de Trotsky, ya en su exilio mexicano, relacionados con las reformas impulsadas por el presidente Lázaro Cárdenas (nacionalización petrolera entre ellas), que el revolucionario desterrado vio con suma simpatía. Cf. Néstor Kohan, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Biblos, 2000, p. 229.

¹³ J. A. Ramos, *El partido comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*. Coyoacán, 1962, e *Historia del stalinismo en la Argentina*. Mar Dulce, 1969.

¹⁴ A Guevara, todavía en vida, lo ataca al menos en un artículo: "A propósito del Che Guevara. Los peligros del empirismo en la revolución latinoamericana", en *Izquierda Nacional*, 5 de febrero de 1964.

¹⁵ Ramos logró captar para las filas de la 'izquierda nacional', de modo temporario o definitivo, a exponentes de quehaceres como la antropología (Blas Alberti), las artes plásticas (Ricardo Carpani), la pedagogía (Adriana Puiggrós), y la propia historiografía (E. Laclau). N. Kohan, op. cit. p. 231 y ss.

¹⁶ Véase, v.g. la compilación de artículos *Adiós al coronel*, Mar Dulce, 1983.

¹⁷ Sus tres títulos de mayor aliento rondan la misma temática: *Imperialismo y cultura*, de 1957; *La formación de la conciencia nacional*, de 1960, y *¿Qué es el ser nacional?* de 1963.

¹⁸ Néstor Kohan atribuye la inflexión de su marxismo a la relación de discípulo con el filósofo italiano radicado en Argentina, Rodolfo Mondolfo, impulsor de una lectura de la obra marxiana que tendía a rechazar la categoría de 'materialismo dialéctico' (que consideraba, en rigor de verdad, ajena a Marx), por la de 'humanismo realista', para destacar el centro puesto en la actividad humana. Cf. N. Kohan, op. cit.

¹⁹ Cf. J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Plus Ultra, 1973, p. 19.

²⁰ Cf. E. M. Berger, "Sobre método y estética de la reflexión social: La sociología en el pensamiento de J.J. Hernández Arregui" en H. González (comp.) *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros. Los clásicos. Los científicos. Los discrepantes*. Colihue, 2000, p. 300.

²¹ Peña, como investigador y ensayista, oscilaba entre un enfoque histórico y otro de tinte más sociológico, lo que queda subrayado en las dos líneas de compilación que sus amigos y colegas de trabajo intelectual hicieron de sus escritos. Dentro de la sociología de su tiempo, se ocupó, para criticarlos, de los trabajos de Gino Germani, y fue un fervoroso lector de C. Wright Mills, cuyos conceptos utilizó con amplitud. Cf. H. Tarcus, op. cit. 385 y ss.

²² Este costado de crítica a la concepción histórica de Peña encuentra amplio lugar en J. O. Acha. "La concepción historiográfica de Milcíades Peña. Las desigualdades de los marxismos." Mimeo.

²³ Algunos de los principales trabajos de ese debate se reunieron en C. S. Assadourian, C.F.S. Cardoso, H. Ciafardini, J. C. Garavaglia, E. Laclau, "Modos de producción en América Latina", Córdoba, *Cuadernos de Pasado y Presente*, 1973.

²⁴ Jóvenes historiadores oriundos de Córdoba como José Carlos Chiaramonte, Aníbal Arcondo y Carlos Sempat Assadourian, publicaron trabajos historiográficos en *Pasado y Presente*, mientras que Oscar del Barco, entre otros, ingresaba a la discusión desde una perspectiva más teórica. Cabe aclarar que tanto Chiaramonte como Carlos S. Assadourian llegaron a publicar, unos años antes, trabajos históricos en la revista del Partido Comunista *Cuadernos de Cultura*, en la que ya escribía entonces Leonardo Paso. Los *Cuadernos de Pasado y Presente* tuvieron durante estos años un indudable protagonismo en la difusión del Marx 'desconocido', y de otros pensadores marxistas ajenos a la codificación de matriz soviética del 'marxismo-leninismo'.

²⁵ De acuerdo a ella, todas las sociedades humanas estaban destinadas a pasar por cinco modos de producción: Comunismo primitivo, esclavismo,

feudalismo, capitalismo y comunismo.

²⁶ Cf. E. Tandeter, art. cit. pp. 72-73. También afirma Tandeter: "Las discusiones sobre 'el modo de producción asiático' habían permitido cuestionar la idea de una línea única de evolución de los pueblos y con ella el carácter inevitable y progresivo de la sucesión de etapas propia de la Europa Occidental". E. Tandeter, art. cit. p. 74.

²⁷ Schvarzer siguió durante algunos años, firmando con seudónimos antes utilizados por Peña, como 'Víctor Testa', con el cuál firmó un extenso estudio titulado *El Capital Imperialista*, publicado en 1975.

²⁸ Al estilo de su maestro Peña, Schvarzer ha mantenido una doble línea de estudios: los históricos, y los trabajos que estudian la economía y la sociología en tiempo presente. Así, en esta última línea, *La política económica de Martínez de Hoz*, Hyspamérica, 1986, y numerosos escritos breves, algunos de ellos recogidos en *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y 2000*. A-Z editora, 2000.

²⁹ Eduardo B. Astesano fue militante comunista como Puiggrós, al que acompañó en su disidencia, y como éste eligió la historia como escenario principal de sus inquietudes intelectuales, aunque no alcanzó la difusión de aquél. Entre sus obras *Historia de la independencia económica*, *La movilización económica en los ejércitos sanmartinianos*, *El Martín Fierro y la justicia social* y *Nacionalismo histórico o materialismo histórico*.

³⁰ Spilimbergo dirige el Centro de Estudios Arturo Jauretche, mientras que Galasso piloteó el Centro de Estudios del Pensamiento Nacional, que ofició a su vez como sello editorial. Actualmente dirige el Centro Enrique Santos Discépolo.

³¹ Poeta y ensayista, Franco se relacionó en su momento con Peña, para realizar en conjunto un trabajo general sobre historia argentina, que finalmente no se llevó a cabo. Cf. H. Tarcus. *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El Cielo por Asalto, 1996, p. 118-119. Entre otros trabajos históricos, dejó un hermoso ensayo en torno a las tribus indígenas en el período previo a la conquista del desierto, *Los grandes caciques de la Pampa* y otras obras como *Sarmiento y Martí*, *El otro Rosas*, *El general Paz y los dos caudillajes*.

³² Justo tentó la realización de una historia argentina de carácter integral. Se trata de la serie titulada *Nuestra patria vasalla (Historia del coloniaje argentino)*, que en cinco tomos y un Apéndice, publicados a lo largo de tres décadas, recorren la historia del país desde 1535 hasta 1990.

³³ Mientras *La Protesta* era órgano de la FORA del V Congreso, y mantuvo una larga perduración (de hecho hasta nuestros días), existieron numerosos grupos anarquistas ligados a sindicatos autónomos, al periódico *La Antorcha*, de talante más radical que el de *La Protesta*, y a múltiples

organizaciones menos conocidas y duraderas. Un panorama minucioso, para mediados de los años '30, del 'mapa' del anarquismo, lo ofrece Nicolás Iñigo Carrera en 1936. *La estrategia de la clase obrera*, La Rosa Blindada, 2000. El mismo autor le ha dedicado a una organización anarquista, la Federación Obrera Spartacus (parte de cuyos miembros se incorporaron luego al Partido Comunista), un estudio específico, que se ha publicado en el *Anuario 2000* de PIMSA. El líder de la mencionada Federación, Horacio Badaracco, ha sido tema de una biografía novelada de Juan Rosales, publicada muy recientemente por La Rosa Blindada.

¹¹ La huelga patagónica de 1921 y la masacre posterior, no tienen otro antecedente en su tratamiento que el trabajo testimonial de José María Borrero, *La Patagonia Trágica*, publicado en 1921. Posteriormente fue objeto de un trabajo breve de Susana Fiorito.

¹² Osvaldo Bayer ha desarrollado una fluida labor periodística, en parte dedicada a la historia (*Todo es Historia* lo tuvo entre sus animadores principales durante un período), y parte a la defensa de los derechos humanos en Argentina y en el mundo. (cf. Omar Acha, "La historia vindicadora en Osvaldo Bayer", mimeo).

¹³ Reeditada, vertida en ediciones resumidas (la colección Historia y Política de Hispanamérica la publicó en un tomo), y con una versión cinematográfica que fue un gran éxito de público y ha seguido viéndose profusamente en televisión y video, *Los vengadores...* es sin duda la obra histórica de la tradición de izquierda que ha llegado a un público más amplio, además de construir una versión de las luchas sociales de comienzos de siglo que se ha incorporado a la memoria colectiva. Hace pocos años, la conmemoración del líder huelguista Antonio 'El Gallego' Soto, fue ocasión de difundidos actos en la Patagonia, el sur chileno y en Galicia, que constituyeron una reafirmación de las mejores tradiciones del internacionalismo obrero. Asimismo, el sindicato de trabajadores rurales de nuestro país (UATRE) le ha rendido homenaje a otra figura de aquél conflicto, el conocido con el seudónimo de 'Facón Grande', apodo que hoy da nombre al hotel de ese gremio en la Ciudad de Buenos Aires.

¹⁴ Utilizamos el término 'vindicación' en el sentido que le asigna O. Acha en el trabajo arriba citado: "Mientras que la reivindicación implica una operación de repetición, de validación de lo que sucedió en el pasado, quizás de afirmación de que ello merecería intentarse nuevamente, la vindicación no se compromete con el objeto en su totalidad, sino que extiende los efectos de la acción que desarrolló tal grupo o persona. Mientras, por ejemplo, los asaltos de los 'anarquistas expropiadores' no parecen útiles como táctica emancipatoria (básicamente por su individualismo), tales anarquistas pueden ser recuperados como luchadores en una sociedad opresiva que es la verdadera culpable de sus sufrimientos y castigos.

Memoria de una lucha, la vindicación señala más exactamente el crimen como origen de la sociedad actual que la justeza sin problemas que tendría aquella o esta acción de resistencia". (O. Acha. art. cit. p. 3)

²⁸ Gori es narrador y poeta, además de ensayista en trabajos a menudo ligados a la historia santafesina, en especial la de la colonización agraria, como *Estudio histórico y social de la colonia Humboldt; Familias colonizadoras; El indio, el criollo y el gringo; Vagos y mul entretenidos; Inmigración y colonización en la Argentina; La Forestal* ha sido recientemente reeditada (1999) con un prólogo de Osvaldo Bayer.

Quizás con menos nivel, otro trabajo clásico sobre luchas sociales en el medio rural santafesino desde una perspectiva de izquierda es, de Plácido Grella, *El Grito de Alcorta*, reeditado varias veces en versiones de diferente extensión, la última en la Biblioteca Política de CEAL.

²⁹ Juan Carlos Cena, *El Cordobazo, La Rosa Blindada*, 2000. Cena es un hombre de prolongada militancia en el gremio ferroviario, cordobés de origen, que tras publicar un extenso e interesante libro de memorias, titulado *El Guardapalabras*, en el que su experiencia en el gremio del riel ocupa un sitio fundamental, ha trabajado en el mencionado volumen colectivo, abriendo una veta que la historiografía de izquierda debería cultivar con mucha dedicación, ya que tras el prolongado estudio preliminar del compilador, se hermanan testimonios personales con artículos de historiadores profesionales (Mónica Gordillo, Pablo Pozzi, entre otros), en una audaz, y por eso productiva, ruptura de 'casilleros'.

³⁰ En realidad, el socialismo argentino también tuvo líneas de encuentro con la renovación historiográfica. José Luis Romero se afilió al Partido Socialista en 1945, y permaneció varios años en sus filas.

³¹ Palcos llegó a ser miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, en la década de los '30, ya plenamente incorporado a la corriente historiográfica liberal.

³² Periodista de *La Nación*, educador, y militante socialista, Campobassi compuso dos extensas biografías: *Sarmiento y su época y Mitre y su época*, que no se apartan de las líneas habituales en la interpretación favorable de ambos personajes.

³³ Escribe el historiador del agro de origen francés Roman Gaignard: "Auto-didacta, investigador cuidadoso y paciente, militante socialista (...), J. Oddone nos aporta la visión apasionada del polemista extremadamente informado. Después de 1930 nadie supo exponer en términos tan claros y tan fundamentados el origen de la aristocracia terrateniente en la Argentina y todos lo han plagiado, citado o ignorado voluntariamente. No se le puede exigir el aparato crítico de un investigador universitario, pero sus fuentes, claramente indicadas y controlables, no se han visto nunca tergiversadas."

(R. Gaignard, *La Pampa Argentina. Ocupación-Poblamiento-Explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*, Buenos Aires, Solar, 1989.

¹¹ Nos referimos a *La hipótesis de Justo*, de Aricó, ya citada, y a Juan B. Justo, F.C.E. 2000, un breviarío biográfico a cargo de Portantiero.

¹² Según una nota biográfica, Rodolfo Ghioldi estudió historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y colaboró de alguna manera en el Instituto de Investigaciones Históricas en épocas en que lo dirigía Ravignani. Cf. Leonardo Paso, "Rodolfo Ghioldi: Ha muerto un maestro", en *Cuadernos de Historia*. Nov. Dic. 1985, p. 4-5. Sería interesante poder determinar hasta qué punto las concepciones imperantes en el Instituto en esa época incidieron sobre Ghioldi. En sus trabajos históricos "En defensa de la revolución de Mayo", "Juan Manuel de Rosas" y "¿Qué es lo progresista y lo no progresista en la Historia Argentina?", Ghioldi se abroqueló en posiciones fuertemente contrarias a toda reivindicación de los caudillos o de la acción de las masas rurales bajo su dirección, incluso cuando éstas no entroncaban con posiciones rosistas. Lo fundamentaba en una idea lineal del 'progreso' entroncada con las concepciones del marxismo soviético, que le hacía juzgar como reaccionarias las acciones opositoras al liberalismo burgués, que para él expresaba, sin matices, la opción 'progresista' en la Argentina del siglo XIX. En años posteriores, otro dirigente de primera línea, Fernando Nadra, incursionó repetidas veces en el tema histórico, llegando a publicar libros sobre el tema, como el titulado *San Martín hoy*, aunque en muy estrecha relación con la propaganda partidaria. Otro dirigente importante con incursión en la historiografía fue Benito Marianetti, productor de una biografía de Manuel Ugarte y de algunos trabajos sobre la historia de su provincia, Mendoza.

¹³ Cf. O. Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910)*, FCE, 2000, p. 290. El autor llama la atención sobre lo que el propio Ingenieros denominaba su bioeconomismo y en otro pasaje caracteriza así su pensamiento: "Se estaba, sin duda, ante la versión economicista de un marxismo fuertemente penetrado por la influencia positivista, al cual el intelectual argentino había tenido un seguro acceso a través del marxista italiano Achille Loria." (Ibidem, p. 294). Recuérdese que Loria fue citado vastamente por Gramsci en los *Cuadernos...* como ejemplo de la variante más extrema, por momentos delirante, del economicismo.

¹⁴ N. Kohan, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Biblos, 2000, pp. 132 y siguientes. Allí mismo destaca el autor, en una interpretación de Giúdice como un 'hereje' dentro de la tradición comunista, que aquel libro despertó el entusiasmo de Raúl Scalabrini Ortiz. Asimismo señala que, alrededor de 1940, Giúdice y Puiggrós integraban una comisión de estudios de la formación social argentina, junto con Paulino González Alberdi.

¹⁸ El más recordado trabajo de Sommi es el que produjo, ya años después, sobre *La revolución del 90*. Antes había trabajado sobre el capital trasnacional en Argentina, con un buen estudio sobre el capital norteamericano (*Los capitales yanquis en la Argentina*), y otro sobre el de origen alemán, evidente trabajo de 'encargo', donde en aras de señalar al capital vinculado al nazismo como enemigo principal, daba la impresión que todo el capitalismo argentino se hallaba bajo égida alemana.

¹⁹ Adolfo Dorfman escribió una *Historia de la Industria Argentina*, cuya primera edición es de 1942 y tuvo su reedición ampliada en 1970, y abarca hasta 1935. En su momento aparecería la continuación, *Cincuenta años de industrialización argentina*. Horacio C. E. Giberti publicó *Historia económica de la ganadería argentina*; primera edición de 1941, reeditada y ampliada en 1981 por Solar. Ambas obras se convirtieron en material de consulta indispensable para avanzar en los ramos respectivos de nuestra historia económica, todavía hoy no reemplazadas por otros trabajos integrales del mismo alcance y nivel de información.

²⁰ Un comentario más que elogioso sobre la obra de Ortiz, al que prácticamente considera el máximo exponente de la historia económica en el país, se encuentra en Horacio J. Cuccorese, *Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina del siglo XX*, Univ de La Plata, 1975.

²¹ En contemporaneidad con el viraje que el Partido Comunista realiza en el XVI Congreso de 1986, cuyas tesis implicaban dejar de lado buena parte de las posiciones que sobre el pasado argentino sostenía el partido, Paso fue desplazado de la conducción del Ateneo, a iniciativa de parte de los miembros del mismo, pero esa institución no continuó el trabajo, quizás por efecto de las convulsiones de esa etapa. Sí lo hizo el propio Paso acompañado por un pequeño grupo de militantes, y sacando a luz de modo esporádico una precaria publicación periódica. La profusa publicística del PC en materia historiográfica ha descendido abruptamente desde entonces, y recién ahora se emprenden algunos intentos de retomar ese campo de trabajo con permanencia.

²² Este breve libro (menos de cien páginas) condensa una fundamentación de la labor histórica en la línea del DIAMAT soviético, que ocupa más de la mitad de sus páginas, mientras que a la historiografía liberal y el revisionismo se le dedican sendos capítulos de menos de diez páginas cada uno, y otro de valoración de los elementos comunes entre ambas corrientes, más breve aun, lo que evidencia que la preocupación central era reafirmar el enfoque 'científico', mientras que la refutación de los contrincantes aparecía como una operación rápida y sencilla. Es interesante la valoración negativa que se hace de lo que nosotros llamamos 'revisionismo de izquierda', reduciéndolo a una 'trampa' ideológica: "A partir de la nueva etapa peronista, que se inaugura en 1973, este revisionismo rosista

presenta en algunos de sus hombres ciertas características nuevas: aparece inficionado de ribetes seudomarxistas, que es la nueva toma de posición de sectores de la burguesía nacionalista para intentar frenar el inevitable giro a la izquierda de las masas populares en la Argentina..." cf. Leonardo Paso y otros (Eugenio Ferrarotti, Enrique A. Palomba, Guillermo Ríos y Raúl Fernández), *Corrientes historiográficas*, Ediciones Centro de Estudios, 1974, p. 55.

⁶³ Leonardo Paso, *Rivadavia y la Línea de Mayo*, Fundamentos, Buenos Aires, 1960, en la Introducción, p. 7

⁶⁴ Ibidem, p. 62.

⁶⁵ Ese objetivo anti-revisionista alienta desde la muy breve Introducción: "Para los enemigos abiertos y desembozados, los que condenan la revolución de Mayo como un acto poco menos que descabellado, tipo Anchoarena y Rosas, de aquella y esta hora, Rivadavia encarnó uno de esos 'locos bribones y furiosos' cuyo delito fue trabajar por la independencia nacional". "Otros, sostenedores más o menos vergonzantes de la misma tesis, ubicados en las corrientes demagógicas de aquella y de esta época, se empeñaron siempre en demostrar que la gestión gubernativa de Rivadavia fracasó porque no supo colocarse dentro de la realidad histórica del momento argentino en que le tocó actuar; son los que lo condenan por 'aristocratizante', 'europeizante', y por su aislamiento de las masas que dirigían los caudillos." Tras esas estocadas apenas eufemísticas, primero contra el revisionismo rosista más tradicional, y luego al más vinculado al peronismo, se fundamenta la valoración positiva de Rivadavia. "En la búsqueda de un camino argentino hacia el progreso y el bienestar del pueblo." Ibidem, p. 7 y 8.

⁶⁶ Quizás la mejor exposición de esta tesis, con un esfuerzo por compatibilizarla con categorías gramscianas, se encuentra en el *Echeverría* de Agosti, cuya crítica a su vez realizó José Aricó, y está incluida en uno de los capítulos de *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Puntosur, 1988.

⁶⁷ Leonardo Paso. *Rosas, realidad y mito*, Cartago, 3ª edición, 1975, p. 128.

⁶⁸ Con ser una suerte de 'historiador oficial' del partido, Paso siempre mantuvo tareas partidarias no vinculadas a su labor histórica. El trabajo intelectual ocupaba un lugar marginal en el conjunto de la estructura partidaria, y se tendía a que fuera así en las vidas individuales de quienes cumplían esas funciones.

⁶⁹ Los trabajos de Julio Novayo no provenían del área de influencia de Paso, sino que eran alentados por el 'responsable ideológico' del partido por ese entonces, Oscar Arévalo.

⁷⁰ Raúl Larra no puede ser considerado en rigor un historiador, pero su

producción estuvo casi siempre ligada al pasado argentino, sea como biógrafo (*El solitario de Pinas*, sobre Lisandro de la Torre, además de las citadas) o como novelista (*Sin Tregua*, casi una biografía novelada de José Peter, y una de las pocas historias de ficción con centro en la clase obrera industrial en la literatura argentina o *Yo soy Andresito Artigas*, sobre el caudillo misionero). La novela histórica fue cultivada con cierta frecuencia en los ámbitos comunistas, pudiendo mencionarse también *Los traidores*, de José Murillo, sobre la huelga metalúrgica de 1954, y la muy poco difundida *La yumba es más que un tango*, de Luis Gorban, situada en la coyuntura 73/74 y el auge del peronismo de izquierda. Uno de los mejores narradores de la actualidad, Andrés Rivera, novelizó el comunismo de los años previos al peronismo en *El verdugo en el umbral*.

⁶¹ Néstor Kohan ha puesto en tela de juicio, a nuestro entender con buen criterio, la idea de que la producción intelectual dentro del PC estuviera homogéneamente regimentada dentro de aparatos culturales sin fisuras, tesis que ilustra largamente con el ejemplo de Ernesto Giúdice en casi cuatro décadas de trayectoria en el Partido. Sin embargo, dentro de un campo heterogéneo, hubo aparatos que funcionaron casi siempre 'pegados' a una línea partidaria vivida como absolutamente incuestionable. El historiográfico del período, Paso, fue sin duda uno de ellos. Ver N. Kohan "Herejes y ortodoxos. Ernesto Giúdice y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino", en *Periferias*, Revista de Ciencias Sociales, año 2, n° 2, 1° semestre 1997, pp. 81-100.

⁶² Marta Cavillotti, "Hacia la superación de los 'revisionismos'" en *Lautaro*, Revista del Centro de Estudios Universitarios José Carlos Mariátegui, año 1, n° 1, junio 1995.

⁶³ Esa afinidad con el liberalismo solía no ser reconocida cuando se hacía expresa referencia a las corrientes historiográficas consideradas burguesas, y se proclamaba cierta equidistancia frente a ambas: "Sin restar méritos a todo cuanto hayan podido aportar las viejas corrientes históricas en la información y conocimiento de nuestro pasado, tanto el liberalismo como el revisionismo rosista no han podido dar respuestas globales válidas que, proyectándose sobre la conciencia nacional de nuestro pueblo, alumbraren sin sombra el camino de la liberación nacional y social." L. Paso, *Rosas: Realidad y mito*, Cartago, tercera edición revisada y ampliada, 1975.

⁶⁴ Cf. José Omar Acha, "Rodolfo Puiggrós, Nación, peronismo y revolución", mimeo.

⁶⁵ Juan José Hernández Arregui, en *La Formación de la Conciencia Nacional*, se muestra gratamente sorprendido por la inflexión de ese trabajo de Agosti.

⁶⁶ Sin ser un historiador, sino un filósofo y teórico de la política, Silvio Frondizi ha dado uno de los aportes importantes a la interpretación desde un punto de vista marxista de la sociedad argentina, si bien con predominio del punto de vista sociológico sobre el histórico: *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*. Vol I. *El sistema capitalista*, y Vol II, *La revolución socialista*. Buenos Aires, Praxis, 1955 y 1956. Su formación marxista estuvo influida por el pensamiento de Trotsky, y más tarde por los enfoques gramscianos, sin ceñirse a ninguna ortodoxia. El grupo Movimiento de Izquierda Revolucionaria - Praxis por él fundado, incluyó a un futuro historiador profesional, Marcos Kaplan, radicado desde hace muchos años en México, y progresivamente alejado del marxismo. También salió de allí Ramón Torres Molina, que haría luego algunos aportes historiográficos desde el peronismo de izquierda, y el futuro dirigente del Partido Obrero, Jorge Altamira.

⁶⁷ Mucho antes de la publicación del *Esbozo* se produjo una curiosidad que debería ser reeditada: *Historia del socialismo marxista*, un opúsculo firmado colectivamente por la dirección del recién fundado PSI-PC, fechado en 1919 y dirigido a explicar la escisión del socialismo argentino y los primeros pasos del Partido Socialista Internacional, que ha sido utilizado en trabajos de Emilio J. Corbière y Alberto Pla sobre el tema.

⁶⁸ Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, CEAL, 1983.

⁶⁹ Nos referimos a AAVV, *El nacimiento del PC*, Buenos Aires, Anteo, 1988.

⁷⁰ Ambas partes de la obra fueron editadas entre 1985 y 1986, en la Biblioteca Política de CEAL.

⁷¹ Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, Agora, tomo I, 1987 y II, 1999.

⁷² Este intelectual de origen anarquista se dedicó de lleno al estudio de la sociedad argentina en varias dimensiones, al punto que confeccionó un *Diccionario de Argentinismos*. La *Enciclopedia Argentina*, suerte de *summa* geográfica, histórica, lingüística, de ciencias naturales, sobre el país. También publicó *Historia Argentina* en varios tomos, en la que no se apartó de los cánones liberales, al igual que en los numerosos artículos de carácter biográfico e histórico de la recién mencionada *Enciclopedia*.

⁷³ Un breve pero plausible comentario sobre estas 'historias militantes' del movimiento obrero se encuentra en Héctor G. Cordone, "Apuntes sobre la evolución de la historia sindical en la Argentina. Una aproximación bibliográfica". Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Documento de Trabajo Nro. 32, Buenos Aires, 1992, pp. 5-6

⁷⁴ Como ejemplo claro de la posición antiperonista, se puede tomar a Jacinto Oddone, que cierra su *Gremialismo proletario argentino* en 1946, en función de que considera que en esa fecha se extingue el 'sindicalismo libre'.

En la otra dirección se puede citar a un sociólogo militante del peronismo, Roberto Carri: "Los sindicatos argentinos se debatieron por espacio de medio siglo en la indiferencia y la semiclandestinidad. Las ideologías socialista y anarco-sindicalista predominaron durante la mayor parte de ese período, pero el movimiento sindical dividido y fragmentado nunca pudo dirigir realmente la acción proletaria en nuestro país (en su conjunto puesto que sectorialmente hubo ámbitos donde se hacía sentir la influencia sindical). La excepción fueron las serias conmociones sociales de la Semana Trágica de 1919, y en esa oportunidad lo hizo contra su voluntad puesto que la acción espontánea o dirigida por grupos anarquistas sobrepasaba las consignas impartidas por las organizaciones gremiales." R. Carri, *Sindicatos y poder en la Argentina*, Sudestada, 1967, pp. 11-12.

⁷⁵ De las falencias que pueden señalarse en estos trabajos, quizás la que sea más de lamentar es el espíritu sectario con que están escritas la mayoría, lo que provoca la ostensible ausencia de una tentativa de síntesis que, sin abandonar el lugar del compromiso militante, pudiera elevarse por sobre las desavenencias y polémicas que se produjeron. Se les hace aplicable la afirmación de George Haupt para la historiografía europea (lo que de paso demuestra que el fenómeno dista de ser autóctono): "La historia del movimiento obrero deviene esencialmente un arma entre dos rivales en el seno del movimiento, ella sirve para justificar esa hostilidad y para legitimar los intentos de hegemonía." G. Haupt, *L'historien et le mouvement social*, París, Máspero, p. 30., citado por G. Cordone, op cit, p. 6.

⁷⁶ "Se debe cobrar conciencia del lugar específico y acotado que ocupa en nuestro país la producción historiográfica que aspira a regirse por las pautas de calidad vigentes en el mundo. ¿Cómo se identifican a sí mismos estos historiadores? Quizás por exclusión. Quizás por la referencia a las reglas de la disciplina que imperan en la comunidad académica internacional (...) Son ciertamente bases mínimas para la constitución de una identidad entre los historiadores, pero bases al fin." Luis A. Romero, "1988: un año de Congresos", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana* Dr. Emilio Ravignani, 3º serie, N° 1, 1989, p. 171.

⁷⁷ Las reflexiones recientes sobre la posibilidad de generar espacios autónomos de creación de conocimiento, suelen asignar al CICSOS un valor de ejemplaridad. Así Pablo Pozzi: "...el impulsar talleres, conferencias y centros de estudio puede proveer lugares concretos de reagrupamiento, investigación e intercambio intelectual. El ejemplo del CICSOS es útil en este sentido. No se trata de construir muchos CICSOS sino más bien de nutrirse de una experiencia válida para generar instituciones alternativas que representen la variedad de perspectivas, intereses y enfoques que existen en el campo popular". (Pablo Pozzi, "Hacia una alternativa intelectual" en *Taller*,

Vol 3. N° 6- Abril 1998). El número 6 de *Razón y Revolución*, le ha dedicado a la experiencia de CICSO un dossier, titulado *Marxismo, Historia y Ciencias Sociales*, coordinado por Agustín Santella y Eduardo Sartelli.

^{7*} Este libro es un trabajo colectivo, realizado por Beba Balvé, J. C. Marín, M. Murmis, Lidia Aufgang, Beatriz Balvé, Tomás Bar, Roberto Jacoby y Graciela Jacoby.

^{7*} Entre ellos, Nicolás Iñigo Carrera y Jorge Podestá, "Análisis de una relación de fuerzas sociales objetiva: caracterización de los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual". *Cuadernos de CICSSO, Serie Estudios* n° 46, 1985, y varios trabajos sobre el movimiento obrero y campesino de la región chaqueña, entre ellos, de los mismos autores *Movimiento social y alianza de obreros y campesinos. Chaco (1934-1936)*, Biblioteca Política, CEAL, 1991.

^{8*} Principalmente, J. C. Marín, *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, CICSO, 1984.

^{8*} Al filo del golpe militar Murmis fue reemplazado en la dirección por Marín y Beba Balvé, que serían de allí en adelante figuras protagónicas, a las que se agrega Nicolás Iñigo Carrera. Avanzados los años '80 CICSO sufriría la salida de Marín, y ya en los '90 la de Iñigo Carrera. La institución sigue existiendo, bajo la dirección de Balvé.

^{8*} Entrevista a J. C. Marín, realizada en 1999, citada por Agustín Santella, "Desarrollos en ciencias sociales: el CICSO" en *Razón y Revolución*, n° 6, otoño de 2000, p. 5.

^{8*} Nos referimos al ya citado *1936. La estrategia de la clase obrera*, La Rosa Blindada, 2000.

^{8*} Pueden contarse entre los historiadores jóvenes vinculados a Pozzi a Ernesto Salas, Alejandro Schneider, Roberto Elisalde, Hernán Camarero, Patricia Funes, Patricia Berrotarán. Coexisten en ese grupo investigadores más identificados con las corrientes nacional-populares (Salas, Berrotarán) y otros enrolados en el marxismo, más precisamente en la corriente morenista del trotskismo (Schneider, Camarero).

^{8*} Algunos docentes nucleados en torno a Pozzi ingresaron sobre todo en cátedras de Historia Argentina, de América, y en algún caso Contemporánea, pero sin conseguir posiciones que los habilitaran para la dirección de esas cátedras. Historiadores veteranos como Horacio Pereyra o Alberto Pla operaron como 'paraguas' de esas inserciones, que en general no sobrevivieron a su fallecimiento o retiro.

^{8*} Pozzi, primero solo (*Oposición obrera a la dictadura 1976-1983*, Contrapunto, 1988; y luego en colaboración con Patricia Berrotarán (*Estudios inconformistas sobre la Clase Obrera Argentina 1955-1989*, Letra Bue-

na, 1994) y con Alejandro Schneider (*Combatiendo El Capital - Crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1985-1993)*, El Bloque, 1994), ha trabajado primero sobre las luchas obreras de 1955 en adelante y ahora se ha volcado a la historia de la izquierda, siendo su última aportación en coautoría, la aludida en esta página, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Eudeba, 2000. El más reciente trabajo de Pozzi es *Por las sendas argentinas. El PRT- ERP. La guerrilla marxista*. Eudeba, 2001, fruto de cerca de una década de investigación sobre esa organización armada, en base a un importante contingente de testimonios orales.

⁸⁵ En uno de los pasajes iniciales de la obra, se aluden con claridad las omisiones que se intenta subsanar: “La izquierda, en la historia argentina, parecería desaparecer, a partir de 1946, con el nacimiento del peronismo. Cuando recibe alguna mención, es para caracterizarla como ‘alejada de los trabajadores’ o como ‘traicionando algún conflicto’. Así el trotskismo desaparece de la historia de las luchas obreras; el partido comunista y su papel en la CGT es olvidado; y la ‘nueva izquierda’ se ve reducida a memorias estudiantiles –en todos los casos, dejando espacio al mito peronista–. No queremos decir que la izquierda haya sido protagonista excluyente, o que estuviera exenta de errores, sectarismos y problemas. Lo que sí queremos decir es que el período 1955-1976 se caracterizó por una relación dinámica y dialéctica entre la izquierda y la clase obrera. Esta relación tuvo una influencia, aún hoy no estudiada, muy profunda, que llegó a radicalizar sectores del peronismo.” (P. Pozzi y A. Schneider, *Los setentistas...* p. 17)

⁸⁶ *Razón y Revolución* comenzó a aparecer en 1995, y han aparecido hasta el momento siete números, con amplia proporción de artículos históricos.

⁸⁷ También enseñan en Rosario Gustavo Guevara, relacionado al grupo de la revista *Cuadernos del Sur* y el porteño Eduardo Sartelli.

⁸⁸ Tarcus es profesor en la UBA, en las facultades de Ciencias Sociales y Filosofía y Letras.

⁸⁹ La inserción académica de Kohan es relativa, ya que buena parte de su actividad se desarrolla por fuera de la Universidad. Últimamente ha cubierto un rol importante en la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo.

⁹⁰ Algunos de esos documentos se publicaron en la revista *Periferias*, n° 7, Segundo Semestre de 1999, y otros compilados en forma de libro (con un amplio estudio preliminar) en *John William Cooke. Textos traspapelados (1957-1961)*, La Rosa Blindada, 2000. Antes de ello, Mazzeo había dirigido la compilación de ensayos de varios autores: *Cooke de vuelta. El gran descartado de la sociedad argentina*, La Rosa Blindada, 1999.

⁹¹ En el número 1 de *Razón y Revolución*, Sartelli rompe lanzas con historiadores identificados con *Acontecimiento*, a partir de la crítica al libro *La historia desquiciada. Tulio Halperín Donghi y el fin de la*

problemática racionalista de la historia, Bs. As. 1993, firmado con el seudónimo "Oxímoron", escrito por un grupo de jóvenes encabezados por Ignacio Lewcowicz.

⁹¹ El fenómeno de las cátedras libres, presente desde los años '80, hizo explosión con las cátedras 'Che Guevara', desarrolladas a partir de 1997 y en torno a los treinta años de la muerte del Che. A partir de entonces, iniciativas de ese tipo se han multiplicado a lo largo y ancho del país: Marx, Mariátegui, John William Cooke, Agustín Tosco, Antonio Gramsci, etc. han sido advocación de sendas cátedras de este tipo. En ese fenómeno, la historia nacional no ha tenido hasta ahora la fuerte presencia que hubiera podido esperarse. Algún curso de historia argentina dentro de la Cátedra Libre de Derechos Humanos dirigida por Osvaldo Bayer, el curso de historia del movimiento obrero encuadrado como Cátedra Libre Agustín Tosco, y no mucho más.

⁹² Ver cita de entrevista a Hilda Sábato incluida en R. Hora y J. Trímboli, op. cit.

VII

La divulgación histórica

La escritura de tema histórico tiene, desde antiguo, un público mucho más amplio que el ofrecido por los especialistas y estudiosos de disciplinas afines. A ese público se dedican, desde hace mucho, obras aligeradas de notas y otro aparato erudito, estilo deliberadamente llano, que abarcan desde ensayos de elevadas aspiraciones en los que historiadores profesionales deciden tomar cierta distancia de las reglas académicas para realizar sus planteos con más libertad (lo que suele identificarse como 'alta divulgación' dirigida a un público relativamente ilustrado y exigente), hasta relatos biográficos o de episodios históricos situados en los márgenes de la novelística, sin mayor preocupación por el rigor de las hipótesis o la comprobación de los hechos, y generalmente producidas por narradores, periodistas e historiadores 'aficionados'. Argentina tiene una prolongada tradición en este campo. Ya en los años '30 y '40, parte de la producción de Manuel Gálvez,¹ con biografías noveladas y novelas históricas, perteneció a este género, y conoció en su época ventas realmente multitudinarias, además de contribuir de modo significativo a la popularización del punto de vista revisionista. En realidad, la novela histórica se remonta al siglo pasado, con *Amalia* de José Mármol, o las novelas ambientadas en la época de Rosas de Eduardo Gutiérrez. Y ambos 'padres fundadores' de la historiografía; Mitre, con *Soledad*, y Vicente F. López con *La novia del hereje* y *La loca de la guardia*, incursionaron en ese género con propósito divulgativo, de 'popularización' de la historia.

Lo que inaugura Gálvez es una ficcionalización de éxito masivo, que llega a un público más amplio que el habitual de la historia e incluso de la literatura.

En el plano de la divulgación la producción de la historiografía liberal no fue tan importante, ni su hegemonía tan persistente como en el campo académico y en los textos destinados a la enseñanza. Puede sí citarse una corriente dirigida al público infantil y adolescente, centrada en las biografías de próceres, que tuvo salida sobre todo a través de la Biblioteca Billiken², al menos hasta los años '70. Allí destacarían Alberto Larrán de Vere (que practicaba la biografía, con breves libros sobre la mayor parte de los próceres) y Arturo Capdevila (que entre su prolífica obra incluyó algunas biografías noveladas, varias de ellas de tema sanmartiniano). La Academia realizaba actividades de divulgación por medios distintos de la escritura, como reiterados ciclos de conferencias, incluyendo las propaladas por radiofonía.³

Ya en los años '60, el historiador Félix Luna, con sus numerosos libros y la revista mensual *Todo es Historia*, dio origen a una línea de divulgación que abrevó en el revisionismo sin embanderarse con él, reivindicó al peronismo sin 'peronizarse' y al radicalismo sin activismo, en una senda ecléctica (pero nunca neutral), que en términos de generación de un mercado ha tenido resultados crecientes. Incluso se fue desprendiendo de la impronta 'revisionista' cuando esa corriente dejó de tener aceptación masiva, en un proceso que, casi al mismo tiempo, forma y sigue al 'gusto popular' en materia historiográfica. Luna, si bien publicó obras sobre el siglo XIX, como *Los Caudillos*, y variados intentos de historia integral o de interpretación de aspectos generales (*Buenos Aires y el Interior*, *Conflictos y armonías en la historia argentina*, por ejemplo), tuvo en el siglo XX (casi virgen de parte de la historiografía académica tradicional y también postergado por el revisionismo) su objeto central de escritura. Así publicó sus *Yrigoyen*, *Alvear*, *Ortiz*, dos obras sobre el peronismo (*El 45* y los tres tomos de *Perón*

y su tiempo) y el resumen *Argentina. De Perón a Lanusse*, entre otros. Y en los últimos años se ha dedicado a obras de historia integral, que fueron reproducidas en todos los formatos posibles⁴. La experiencia quizás más interesante en cuanto a trabajos de divulgación que apuntaban a una historia argentina integral, bajo la dirección de Luna, fue *Memorial de la Patria*, una treintena de volúmenes, que, en riguroso orden cronológico, en una periodización que solía seguir los cambios de gobierno o régimen, pero nunca ubicaba a personas en los títulos⁵, abarcaban desde 1804 a 1973. Lo más significativo es que Luna convocó para esa colección a un heterogéneo conjunto de autores que incluía historiadores revisionistas (Julio Irazusta, Miguel A. Scenna), miembros de la Academia o próximos a ella (Carlos S. A. Segreti, Luis C. Alén Lascano, Carlos Páez de la Torre), algún 'historiador social' (Luis Alberto Romero) y un nutrido grupo de periodistas e historiadores 'aficionados' de diferente extracción (Isidro Odena, Juan Carlos Vedoya, Andrés M. Carretero), sin descuidar al *staff* de *Todo es Historia* (María Sáenz Quesada, Roberto A. Ferrero).⁶ Luego de esta experiencia que, sin dejar de apuntar al mercado, no estaba exenta de aspiraciones de dignidad intelectual, Luna se inclinó hacia éxitos editoriales más seguros, y en los que su nombre suele ocupar un sitio excluyente.

En cuánto a *Todo es Historia*, se puede afirmar que, a más de treinta y cinco años de su número inicial, constituye por sí misma un fenómeno cultural. Destinada a la venta en kioscos de diarios y revistas, su vigencia ha sido ininterrumpida, si bien no tiene el volumen de ventas de sus mejores épocas. Por sus páginas han pasado historiadores de las más variadas tendencias, y de todos los niveles de formación, desde los más 'academicistas', hasta los niveles más periodísticos de la divulgación. Allí publicó muchos de sus artículos Osvaldo Bayer, Emilio J. Corbière fue secretario de redacción durante años, formó parte del *staff* de dirección la estudiosa del feminismo Mabel Belucci. Ello junto

con hombres de la Academia o de la 'historia social'. También en torno a Luna (y a la revista) se formó un grupo de historiadores que tuvo un lugar destacado en la historiografía de divulgación, y que cultivó un estilo propio, más bien conciliador de las diferentes vertientes, sin posiciones que chocaran al sentido común del grueso de los argentinos cultos. Quizás los más destacados sean el ya mencionado Miguel Angel Scenna y María Sáenz Quesada, quien recientemente se ha convertido en una escritora *best-seller* por peso propio, e incluso ha publicado una historia argentina integral en un tomo que parece destinada a un amplio éxito.

Luna será seguramente recordado como el hombre que llevó la historia a los kioscos, en forma de revista de tirada masiva, fascículos coleccionables e incluso como suplemento de los diarios, además de convertirla en un *best seller* de librería en niveles a los que sólo llegaron los más exitosos libros de los revisionistas, pero aquéllos durante un período más breve (Luna ya lleva más de cuarenta años de vigencia). Además, si su nivel de ventas era bueno hasta los primeros años '80, el progresivo ocaso del revisionismo potenció en gran medida su penetración en el mercado, al dejarlo sin competidores.

En los '60 el revisionismo generó una gigantesca tarea de difusión, aunque en general sin escribir demasiadas obras con ese propósito específico, ya que la finalidad central de toda su escritura era una y la misma: disputar, no en los ámbitos especializados sino ante el gran público, contra la hegemonía de la historiografía académica y liberal. Por lo tanto, casi siempre primaba un registro polémico, poco propicio a la referencia erudita o a los recaudos metodológicos. La ortodoxia narrativa y la calidad literaria de muchos de sus textos hacían simple su lectura a un público masivo, impulsada en gran manera por la elevada politización existente en el período. Así obras como *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, de José María Rosa, o varias de aquellas en las que Jorge Abelardo Ramos narró la historia

nacional, se convirtieron en potentes *best-sellers*, sin necesidad de sufrir adaptaciones ni síntesis. También tuvieron elevada difusión las obras panorámicas escritas durante o antes de ese período, como la *Historia de la Argentina* de Ernesto Palacio o la de José Luis Busaniche (ambas en un grueso volumen), e incluso los trece tomos de la de Rosa alcanzaron elevadas cifras de ventas, como antes dijimos.

En esos años de auge de la literatura social, política y en especial histórica, también desde el marxismo hubo obras que, aunque tampoco pensadas específicamente para ese propósito, alcanzaron a un mercado de lectores en expansión. Los breves y muy baratos tomos de Milcíades Peña (la ya mencionada *Historia del pueblo argentino*) tuvieron un lugar central para la difusión de esa corriente, pero no llegaron a generar una política de sistemático ingreso en el debate histórico del campo marxista.

El Partido Comunista intentó hacerlo en cierta manera, pero sin romper con su sistema editorial de distribución restringida (muchas veces forzada por la clandestinidad o la censura, pero sin *timing* para aprovechar las épocas de más libertad), y la historiografía comunista siguió teniendo a sus afiliados y simpatizantes más cercanos como su público fundamental. Trabajos como los de Alvaro Yunque, como su biografía novelada *Alem, el hombre de la multitud*, o su trabajo de similar carácter sobre el cacique *Calfulcurá*, alcanzaron una difusión algo mayor, pero sin llegar a la masividad.

Quizás la política más amplia de ediciones baratas, con importante presencia de enfoques de izquierda, fue la emprendida por Centro Editor de América Latina en la etapa de su dirección por Boris Spivacow, con series como *La realidad argentina* o *El país de los argentinos*, de fascículos coleccionables con la historia nacional como tema, combinando historiadores profesionales y aficionados. Con repercusión no tan amplia, CEAL volvió a experiencias similares en los ochenta, ya bajo la dirección de Oscar Troncoso, con una colección específicamente dedicada a la historia argentina, de

folletos breves que incluían selecciones documentales y un estudio preliminar, dirigida por L. A. Romero y Lilia Bertoni, *Historia testimonial Argentina: Documentos vivos de nuestro pasado*. En la misma década, la *Biblioteca Política* se extendió a todos los campos de las ciencias sociales y a diversos formatos de trabajo, desde la tesis doctoral a la biografía novelada, con el solo rasgo en común de estar referidas a nuestro país y al período contemporáneo. Una buena proporción de los casi quinientos volúmenes editados, estuvo dirigida a temas de la historia argentina de las últimas décadas.

A mediados de los años '80, la editorial Hyspamérica realizó un interesante intento de divulgación, a través de la colección *Historia y Política*, de ediciones baratas de clásicos de la historia y de la literatura de memorias, en ediciones baratas colocadas en kioscos. Desde la obra de Zinny o Saldías a la de J.L. Romero, Fermín Chávez o Gregorio Selser, entre los historiadores, memorialistas como el general Paz, libros de viajeros desde Thomas Mc. Cann a Huret y Clemenceau, con inclusión profusa de investigadores extranjeros (Alain Rouquié, Peter Waldmann, Samuel Bailly, Magnus Morner, Manfred Kossok, Harold F. Peterson, p. ej.), y de científicos sociales ocupados en temas históricos (Guido Di Tella, Julio Godio, Liliana de Riz, entre otros), se reeditaron un centenar largo de títulos, abarcando los más variados períodos, temas, escuelas históricas y modos de abordaje. Lamentablemente la colección nunca volvió a relanzarse, y quedó convertida en un clásico de las librerías de viejo. Muy recientemente dos colecciones en curso, una dirigida por Gregorio Weinberg, en editorial Taurus, y otra por el librero Alberto Casares, en Emecé, han retomado la publicación de trabajos de memorialistas y viajeros, en prolijas ediciones con estudio preliminar en el primer caso y prólogos breves, en el segundo, pero sin incursionar en historiadores.⁷

En los últimos años, y dentro de un retorno del género biográfico, se ha producido un particular relanzamiento de historiadores del ámbito de la Academia Nacional de la

Historia. Dentro de una colección de historia argentina de la editorial más poderosa del mercado nacional, autores como Miguel Angel De Marco (actual presidente de la Academia), Carlos Páez de la Torre (h), Carlos Segreti y Patricia Pasquali, han publicado biografías que se centran en algunos de los próceres del panteón tradicional del siglo XIX más cuestionados por el revisionismo (Lavalle, Rivadavia, Mitre, Avellaneda), y no incluyen a ninguna figura del panteón alternativo del revisionismo. Creemos que indican un propósito de desandar definitivamente los antiguos avances del revisionismo en la conciencia histórica popular, al menos en la de sus sectores más ilustrados.*

La historiografía universitaria predominante desde 1983, luego de asentarse en el terreno académico, se ha lanzado a disputar este terreno (la *Historia Argentina* publicada como suplemento de *Clarín* con la orientación de L. A. Romero es una evidencia en este sentido, así como el volumen *Historia Argentina Contemporánea*, de Luis Alberto Romero o la colección de biografías del Fondo de Cultura Económica que se puso a la venta en kioscos), quizás como el primer intento orgánico (la vieja escuela erudita nunca lo hizo) de ingresar a la difusión masiva con las mismas firmas que ocupan posiciones preeminentes en la Academia (para los textos escolares existe el antecedente de José Luis Romero, que también aportó su *Breve Historia Argentina*). Incluso, se ha conseguido una presencia frecuente de los historiadores (L. A. Romero, pero también Hilda Sabato o Fernando Devoto, entre otros) en los diarios, no ya en suplementos o secciones culturales, sino en las páginas de editoriales, dando una legitimidad creciente a la intervención pública desde el saber histórico. En una empresa consciente (y explícita) de dominación de todo el campo historiográfico en sus diversos niveles, la divulgación masiva no podía ser descuidada. L. A. Romero, guía y 'operador en jefe' de esta empresa cultural, se lanzó con decisión a ese terreno, con ayudas sustantivas como la del *Multimedios Clarín*, el Fondo

de Cultura Económica y Editorial Sudamericana (la editora de la colección *Historia y Cultura* y ahora de la *Nueva Historia Argentina*). Mientras que tanto revisionistas como liberales, aun en sus épocas de auge, solían publicar sus libros en editoriales marginales o muy especializadas, la 'Nueva' Historia ha sabido posicionarse en el mismo núcleo de la gran empresa editorial.

Se debe asimismo vincular con este fenómeno, la ya mencionada publicación, casi simultánea, de la nueva versión de la *Historia de la Nación Argentina*, por la Academia, y de la *Nueva Historia Argentina*, de los historiadores sociales, obras ambas que responden bastante aproximadamente al tipo de la 'alta' divulgación. A lo que se ha sumado, con menor nivel de difusión, la reedición de la *Historia Argentina* que en los últimos años de la 'Revolución Argentina' editara Paidós, con el sorpresivo agregado de un último tomo que la remonta hasta el golpe militar de 1976, a cargo de la socióloga Liliana De Riz.⁹

Cabe destacar una línea de divulgación emprendida recientemente por historiadores dedicados principalmente a la enseñanza secundaria (miembros del cuerpo docente del Colegio Nacional de Buenos Aires y la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini), que han tenido la particularidad de optar sobre todo por medios audiovisuales (video, página web y televisión por cable) y han reconstruido con una perspectiva crítica la historia contemporánea de nuestro país, expuesta en una serie de videos, con el mérito adicional de llegar hasta nuestros días.

Asimismo, algunos historiadores universitarios de izquierda han colaborado en la escritura de libros de texto (Roberto Elisalde, p. ej.), si bien actualmente los textos surgen de un trabajo grupal bastante despersonalizado, donde el 'sello' lo marca en mayor medida la empresa editorial que los autores de tal o cual texto.

En el escalón más bajo en cuanto a su vinculación con la historiografía con reconocimiento académico, pero quizás en

el más alto en cuanto a impacto en el mercado, se encuentra la novela histórica de los últimos años. Este tipo de obras volvió a ser exitosa en nuestro país en la década de los '80, pudiendo citarse de esa época *Juanamanuela mucha mujer* de Martha Mercader, y *La revolución es un sueño eterno*, de Andrés Rivera, en torno a la figura de Juan José Castelli, el jacobino de la revolución de Mayo.¹⁰ En estos casos iniciales, se trataba de autores ya conocidos en el campo de la literatura de ficción, que decidieron *motu proprio* tomar el pasado nacional como temática. Ambos libros fueron un éxito de ventas, y poco después sería el ubicuo Luna el que ingresaría a esa nueva liza con *Soy Roca*, aun más exitoso que los dos anteriores.

Pero fue años después que se dio una avalancha de novelas de ambiente histórico, en general de autores noveles o poco conocidos, claramente inscriptos en una operación de mercado de las grandes editoriales, con claros signos de 'fabricación en serie' y con una calidad literaria, en términos generales, muy inferior a la de los predecesores citados. Entre los de mayor impacto se cuentan los sucesivos títulos de Juan I. García Hamilton, sobre Alberdi, Sarmiento y San Martín, *El grito sagrado*, de Pacho O' Donnell, o el relato armado por la periodista Araceli Bellota, con la correspondencia amorosa de Sarmiento. Se trata de un acercamiento a la historia que privilegia la anécdota superficial, la historia de alcoba, el 'descubrimiento' de parentescos ignorados, y otras banalidades en nada vinculadas a los ejes centrales del proceso histórico. El gusto masivo por la lectura de historia nacional no se ha perdido, como queda demostrado por el éxito de estas novelas, pero sí transformado en algo más vinculado al entretenimiento que a la reflexión social y política. De paso, se eligen casi invariablemente personajes pertenecientes al panteón 'oficial' tradicional, quizás como un modo adicional de conjurar los 'fantasmas' que pueda haber dejado el revisionismo en la conciencia histórica de los sectores medios.

Hay que aclarar que no todas las novelas históricas de los

últimos tiempos responden a esa línea. Por ejemplo, las de Horacio A. López, en las que se intenta un acercamiento al contexto social de la época y a los conflictos y luchas de ideas imperantes. Estas tienen en común el intento de rescatar personajes 'jacobinos' de la Revolución de Mayo y la Guerra de la Independencia.¹¹

NOTAS

¹ El escritor nacionalista fue autor de varias novelas históricas, centradas en el período rosista (1829-1852). Varias de ellas estaban estructuradas al modo de 'episodios nacionales' (nombre de la serie de relatos históricos del escritor español Benito Pérez Galdós), abarcando un lapso y sucesos que ya se indicaban en el título: *El general Quiroga: 1829-1835*, *Tiempo de odio y angustia: 1839-1840*, *Han tocado a deguello: 1840-1842*, *Bajo la garra anglofrancesa: 1843-1848*, *Y así cayó don Juan Manuel: 1850-1852*, *El Gaucho de Los Cerrillos*, *La ciudad pintada de rojo*. También compuso un extenso relato novelado de la guerra del Paraguay: *Escenas de la guerra del Paraguay*, en tres volúmenes.

² La propia revista *Billiken*, cuya aparición comenzó en las primeras décadas del siglo, fue un escenario privilegiado para la versión más apologética de la historiografía oficial, dedicada a un público infantil o en los primeros años de la adolescencia. En los '60 aparece su competidora por excelencia, *Anteojito*, que no innova en el tratamiento de la materia histórica.

³ La A.N.H. transmitió durante un tiempo las conferencias dictadas en la institución por la entonces Radio del Estado. Cf. Cattaruzza, A., "Descifrando...", art. cit. p. 454.

⁴ La historia argentina de Luna apareció incluso como anexo al popular diario *Crónica*, en folletos coleccionables de modo independiente.

⁵ Así el tomo que trata la presidencia de Mitre, a cargo de Trinidad D. Chianelli, se llamaba *El gobierno del puerto*, y el correspondiente a la primera presidencia de Roca, escrito por Andrés M. Carretero, *Orden, paz, entrega*. Quizás se trataba de reflejar con esta 'despersonalización', la idea de estar haciendo historiografía moderna, no centrada en los grandes hombres sino en la totalidad de los procesos.

⁶ En la solapa de contratapa de cada uno de los volúmenes, se enunciaba brevemente lo que se pretendía ofrecer con la colección: "Una visión completa

de la historia de la Argentina independiente a través de sucesivos volúmenes eruditos sin pesadez, de claro lenguaje pero sin superficialidad y con un único compromiso con el pasado: la verdad histórica." Es decir, textos accesibles a un público amplio, que no aparecieran embanderados en una u otra corriente, y que mantuvieran cierto 'piso' en su nivel de elaboración.

⁷ Por esta vía se han reeditado las *Memorias curiosas* de Antonio Beruti, las del general Miller, Cunnigham-Graham, el general Belgrano, *El Diario de Gabriel Quiroga* de Gálvez, entre muchas otras.

⁸ Estas obras han sido lanzadas por la Editorial Planeta, en un formato elegante y a precios medios-altos. La Academia, largamente marginada de una literatura histórica de aspiración más o menos masiva, ocupa así un sitio en la 'alta' divulgación, a la vez que vuelca trabajos que, por su tema y orientación, parecen orientados a re-generar un consenso en torno a las valoraciones de la vieja historia liberal.

⁹ Rivera ha vuelto a incursionar con éxito en la narrativa ambientada en la historia del siglo XIX con *El Farmer*, obra dedicada al exilio británico de Rosas.

¹⁰ Ver más arriba la mención al trabajo de Liliana de Riz, que ha escrito con frecuencia sobre temas de historia contemporánea, pero desde su formación disciplinaria como socióloga y cientista política.

¹¹ Nos referimos a las novelas de Horacio A. López *Memorias desde el Fondo del Mar: Novela histórica*, Buenos Aires, Dirple, 1997 y *Por un único sol: diario ficcional de Monteagudo*, Buenos Aires, Anficciónía, 2000.

VIII

Sobre las perspectivas futuras. A modo de conclusión

En las páginas anteriores, hemos venido trazando un panorama de la evolución de la historiografía en Argentina. Al momento de concluir este trabajo, nos parece pertinente realizar algunas reflexiones sobre las posibilidades de modificar el 'campo historiográfico' actual, ante una situación que nos parece eminentemente insatisfactoria, por las razones que hemos tratado de exponer más arriba.

Todo indica que, pese a los fuertes signos que denotan una crisis, la historiografía argentina, en el corto plazo, seguirá hegemonizada por el grupo de historiadores que mantiene su predominio desde el retorno al régimen constitucional, basado en primer lugar en las principales carreras de Historia de las universidades del país, no sólo las nacionales sino también, más recientemente, algunas de las principales de carácter privado. Es muy probable que siga avanzando hacia una progresiva fusión con el espacio de la Academia Nacional de la Historia, y afiance su desarrollo en la 'alta divulgación', y su creciente acceso a los medios masivos, para de ese modo completar su predominio sobre todos los ámbitos significativos del trabajo con la historia.

También es altamente factible que Félix Luna y los historiadores a él vinculados sigan desenvolviéndose en el espacio de la difusión hacia un público menos ilustrado o más conservador que el de los anteriores, y alcancen alguna baza más en la Academia y en otras instituciones tradicionales. Y seguramente las grandes editoriales seguirán explotando la novela histórica de baja calidad o la biografía trivializadora,

realimentando una degradación del 'consumo histórico' de masas.

La pregunta que nos cabe es cuáles son las posibilidades de cambio, y en consecuencia la perspectiva de los historiadores considerados de izquierda en ese panorama. Eso si partimos del presupuesto de que un lugar marginal, compatible con la dignidad ética e intelectual, pero sin eficacia en el debate sobre el pasado y el presente de nuestro país, y sin capacidad de incidencia fuerte en la formación de la conciencia histórica de los argentinos, no puede ser satisfactorio, y no es otra cosa lo que el 'sistema' ofrece hoy.

Cabe preguntarse cuál puede ser el 'programa de acción' de la historiografía de izquierda, en general adscrita a diversas vertientes del marxismo. Esto resulta particularmente problemático, si se considera que esa historiografía nunca tuvo una consolidación como 'escuela', una voluntad sostenida de trabajo en común, ni posibilidades de abandonar cierta marginalidad, salvo en períodos muy breves. Por añadidura, se enfrenta a una concepción predominante de la formación del historiador (y del investigador en ciencias sociales en general), que tiende a la endogamia, a convertir la producción en un medio para hacer avanzar un currículum y no en un camino para la construcción de conocimiento, y mucho menos en parte integrante de una militancia político-intelectual. Es decir que tomar el camino de la izquierda significa no sólo colocarse por fuera del paradigma predominante, sino asumir un modo de 'acumulación intelectual' que el sistema no es propenso a reconocer.

Frente a ese cuadro de situación, que puede proveer avances en la investigación y el conocimiento histórico, pero se aleja progresivamente del enfoque de clase para aplicar a los 'sectores populares' una mirada de 'entomólogo', y que es indiferente, cuando no va directamente en contra, de la vinculación entre conocimiento histórico y transformación social, se dibujan una serie de tareas fundamentales

para los que aspiramos a reivindicar una concepción diferente, con otros anclajes sociales y políticos:

- a) Procurar avances en superar el divorcio entre historiografía profesional y académica e historiografía militante o de partido. Ello implica promover la articulación entre los ambientes universitarios y los ámbitos de la militancia, fortaleciendo las tareas que pongan a trabajar conjuntamente a gente de ambas procedencias, sin paternalismos condescendientes ni antiintelectualismos igualmente inadecuados. Se trata de superar el 'pensamiento de becario', siempre centrado en hacer carrera y acumular publicaciones, y por lo tanto despreocupado del impacto social de su actividad de investigación y de enseñanza (y en casos límite hasta de su aporte efectivo al conocimiento), y proponer la recuperación de una ética militante del trabajo intelectual, que permita avanzar en el trabajo colectivo, sin jerarquías rígidas ni *cursus honorum* obligatorio, sin deferencias a 'próceres' académicos reales o supuestos, pero también sin *diletantismos* que menosprecien la disciplina intelectual y la construcción pausada y laboriosa del conocimiento. Tener siempre presente el interrogante sobre la interrelación entre un proyecto social de transformación del presente, que es necesario construir, y el conocimiento del pasado que debe transitar un camino de ida y vuelta con los objetivos emancipadores. Esa puede ser la mejor respuesta a la 'despolitización' de la actividad histórica que ha impulsado la corriente hegemónica desde mediados de los '80.
- b) Trabajar en la historia de las clases subalternas y de la izquierda, con un enfoque que se empeñe en no reproducir la mirada 'desde arriba' que suele tener la historiografía oficial, pero que también eluda aplicar moldes preconcebidos que siempre concluyen por 'descubrir'

lo que van a buscar, por idealizar o 'romantizar' a los sujetos que estudia. Se requiere desarrollar un compromiso, una empatía, con el proceso social que se está investigando, sin encantarse por la visión detallista pero inarticulada, al estilo de quien mira por la lente de un microscopio, y no se preocupa por situar en un contexto la diminuta muestra que se ofrece a su examen. Pero eludiendo al mismo tiempo, con el mismo empeño, el impulso a generalizaciones rápidas y facilismos.

- c) Rescatar las luchas obreras y populares (en el sentido amplio de luchas que comprende a lo cotidiano y 'mínusculo'), tanto las del pasado lejano como las recientes y las del presente, las de alcance nacional como las regionales y locales, con un abordaje que no considere la 'recuperación de la memoria' como fin en sí mismo, sino como paso indispensable para analizar rigurosamente la trayectoria de las clases subalternas en nuestro país, con un interés ligado a la transformación social. La dicotomización de la utilización y desarrollo de las categorías teóricas por un lado, y de la observación minuciosa de la realidad social y de los sujetos que la construyen, por el otro, es una vieja tradición disociadora que afecta a muchos historiadores, y constituye, a nuestro juicio, un signo inequívoco de que se han tomado senderos incorrectos.
- d) Desarrollar una crítica de sentido integral a la corriente historiográfica hegemónica, y proponer interpretaciones alternativas a las que ésta efectúa y difunde, sin que aquella crítica y esta formulación de alternativas se conviertan en fines en sí mismos u obsesiones: no se trata de 'dar vuelta' las interpretaciones de la historiografía hegemónica, o de denunciarla permanentemente como 'falsificación' en un talante similar al del revisionismo, sino de construir con autonomía el

propio trabajo de investigación, las preocupaciones teóricas, los ámbitos de discusión, en ruptura con las convenciones de la corriente hegemónica. La principal tarea de los historiadores marxistas y de izquierda, tengan formación académica o carezcan de ella, estén dedicados a tiempo completo a este trabajo o no; no puede ser otra que la de 'escribir historia', revalorizando el compromiso militante y la cosmovisión anticapitalista, emancipatoria, como animadores fundamentales de esa escritura, junto con la clara definición de los conceptos y el rigor metodológico.

- e) El esfuerzo historiográfico, sin perder su especificidad, no puede estar desligado de la formación de un campo de la izquierda en las ciencias sociales, no cruzado por partidismos ni, menos aún, por capillas académicas. La tendencia ya operante es crear espacios sin demasiada acepción de disciplinas, lo que puede ser susceptible de profundizarse. Quizás el desafío actual sea producir una historia claramente integrada en un pensamiento radical que renazca con fuerza en el conjunto de las ciencias sociales de Argentina.

- f) Volcar el conocimiento que se genere en investigaciones y análisis sistemáticos, de un modo que a su vez puedan constituirse en base de la divulgación escrita y del trabajo de formación de militantes sociales y políticos. Eso significa retomar la publicística histórica de izquierda, hoy casi extinguida, pero desde un nivel de seriedad y distancia crítica ausente en el pasado, y con la firme decisión de diferenciarse, tanto de esa 'historia para historiadores' que suele poblar revistas y encuentros profesionales, privada de cualquier repercusión en círculos más amplios; como de la 'divulgación' anestesiante, escrita desde el *marketing* más que por genuina preocupación por la verdad histórica.

Estos objetivos requieren para su consecución una trayectoria de mediano plazo, demandan espacios fuera de las universidades (centros de estudios, revistas, asociaciones culturales de todo tipo), pero asimismo dentro de ellas; necesitan de historiadores de 'tiempo completo', pero también de militantes que conjuguen experiencia práctica y vocación por la investigación; no pueden depender estrechamente de las organizaciones sociales y políticas, pero tampoco pretender ignorarlas declarándolas 'superadas' con soberbia siempre contraproducente.

En fin, necesitan de un trabajo arduo y paciente, y de transitar por un camino necesariamente estrecho, que no puede ni debe esperar auspicios del *establishment* social y académico. No puede ser sino una tarea colectiva, exenta de sectarismos, y en la que el *interés*, la motivación, radique en la búsqueda de construcción de conocimiento, vinculada a la construcción de una sociedad diferente.

ANEXO

Bibliografía comentada

Se incluye en este anexo una breve guía bibliográfica comentada, destinada a quienes quieran profundizar en los temas tratados. Se la divide en dos secciones: la primera centrada en producciones sobre historiografía y cuestiones de método en general, y la segunda referida particularmente a nuestro país.

a. Historiografía general y comprensión de la historia

- AAVV, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, 18ª edición, 2000.

Diez artículos de sendos historiadores mexicanos (o residentes allí) que procuran dar respuesta a la pregunta del título. Aunque la mayoría de los trabajos contienen algunas referencias específicas a la historia y la historiografía mexicana, el sentido de la obra es universalizable. Destacaría en especial dos: el de Carlos Pereyra, que da título al libro, y el de Adolfo Gilly, "La historia como crítica o como discurso del poder". Ambos reivindican una historia con orientación de clase, desprovista de pretensiones de 'neutralidad', militante por las transformaciones sociales, pero rigurosa, respetuosa de la verdad de los hechos, enemiga de las conclusiones apresuradas. La edición original ya tiene dos décadas, pero no ha perdido vigencia.

- Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, 15^o edición, 2000.

Obra de un historiador marxista francés, claramente enfrentado a las visiones ‘academicistas’, incluyendo la Escuela de *Annales*. Vindica la relación entre historia y práctica social, y el espíritu militante y de partido en el historiador. Realiza un agudo análisis de la ‘corporación de historiadores’ y sus prácticas. Contiene también críticas dispersas a la escuela histórica soviética y a la escrita por los comunistas franceses. El autor ha recibido críticas por el tipo de vínculos que establece en la relación entre el trabajo histórico y la militancia política, a la que algunos juzgan excesivamente directa y ‘pragmática’.

- Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Altaya, 1993.

Febvre es, junto con Marc Bloch, el fundador de la revista *Annales*, en el año 1929. El tema de esta compilación de artículos suyos escritos a lo largo de dos décadas (1930-1950, aproximadamente), expone, en tono polémico, los grandes temas de la que se dio en llamar ‘nueva historia’. Asistimos así al choque entre la historiografía erudita tradicional y una aspiración a la historia de la totalidad, menos centrada en los acontecimientos. Hay que tener en cuenta que el autor es anterior a la obra de Braudel y sus aportaciones sobre las ‘temporalidades’ diferentes, y estuvo más inclinado a temas de historia de las ideas que a la problemática económica y social que sería luego el sello distintivo de la escuela. Su lectura es muy grata porque el autor tiene un estilo polémico, lleno de ejemplos concretos, y realiza así una brillante crítica de la ‘vieja historia’.

- Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Ensayos braudelianos. Itinerarios intelectuales y aportes historiográficos de Fernand Braudel*. Prohistoria, 2000.

El autor es un especialista en la obra y la biografía intelectual del historiador francés, y está claramente vinculado a ella por una relación de admiración y discipulado. El libro puede resultar un tanto árido, pero es una recorrida por el que es quizás el autor más prestigioso para la 'corriente principal' de la historiografía actual, y una ayuda útil para comprender su obra, desde una mirada muy favorable, que hay que tomar con ciertas reservas.

- Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX. Ensayos introductorios*. Prehistoria-Manuel Suárez, 2000.

Se compilan aquí un conjunto de ensayos recientes de Aguirre Rojas, que se extienden sobre un panorama de distintos aspectos de la historiografía mundial, con especial atención a las últimas décadas. Es muy recomendable el capítulo de balance sobre la historiografía occidental en el año 2000, porque logra dar en breves páginas una idea genérica del desarrollo histórico actual. También es de suma utilidad una 'bibliografía sumaria' sobre la historiografía del siglo XX, que ocupa las últimas páginas del volumen. Una de las preocupaciones que recorre la mayoría de los trabajos, es la ubicación de la historiografía latinoamericana y de los principales problemas del subcontinente vistos en perspectiva histórica. En esa línea, el libro se cierra con un abordaje de la región de Chiapas y el movimiento zapatista, inspirado en la línea de análisis de Immanuel Wallerstein y la teoría del 'sistema-mundo'.

- Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, Paidós, 1997.

El autor es un historiador de la escuela de *Annales*. Sobre todo en la primera parte del libro, titulada simplemente "La Historia", hace un recorrido somero sobre el itinerario del pensamiento histórico de la antigüedad a nuestros días, y esboza algunos de sus principales problemas.

- Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Gedisa, 1997.

Tiene un panorama general sobre todo el desarrollo de su escuela, escrita por un historiador británico con amplia labor en historiografía y teoría histórica. Abarca desde sus comienzos como grupo cuasi marginal a su transformación en 'corriente principal' de la historiografía francesa y su crisis posterior. Trae breves análisis de las obras principales de la corriente, incluyendo las de Marc Bloch y Lucien Febvre, los fundadores y de Fernand Braudel, y Emmanuel Le Roy Ladurie. Incluye al final un breve pero útil 'glosario' que define las principales categorías utilizadas por esa escuela.

- Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Universidad de Zaragoza, 1989.

Una muy buena recorrida por casi medio siglo de historiografía marxista británica, que incluye capítulos específicos sobre Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm y E. P. Thompson, y una última sección sobre lo que el autor denomina la contribución colectiva, como escuela, de este grupo de historiadores. Uno de los méritos del libro es que encuentra la forma de ubicar los avances de las investigaciones históricas sobre el contexto de los debates teóricos del marxismo de buena parte del siglo XX, y no sólo en el ámbito anglosajón, sino también en el de Francia y otros países, muy fundamentalmente la ligada al papel del sujeto y de las estructuras en el decurso histórico. Otro es el de discutir la problemática de la perspectiva de clase en la historia, y la posibilidad de una 'historia desde abajo', como parte de una alternativa no sólo histórica, sino también política. Termina el libro con un planteo apenas esbozado, pero de connotaciones fascinantes, 'la educación histórica del deseo', una formulación que le debe mucho a William Morris.

- Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1982.

La idea fundamental de esta obra está expresada en el título: propone un recorrido por la historiografía de distintas épocas y tendencias, desde los antecedentes clásicos hasta el presente, pero no viéndolas al interior de la propia producción histórica, sino como expresión de proyectos sociales, animados por diferentes clases en sociedades de diferente estructura. La 'politicidad', el 'partidismo' de la labor historiográfica, es analizado con particular detenimiento en las escuelas que jalonaron el siglo XX, como el marxismo y *Annales*, y en polémica abierta contra los criterios que identifica con la reacción capitalista, como los de Popper y cierta historiografía económica norteamericana, y el giro post-Braudel de *Annales*, al que estigmatiza sin piedad.

- Adam Schaff, *Historia y verdad*. Planeta-Agostini, 1994.

Escrita por un historiador polaco contemporáneo, de formación marxista, es una exposición de carácter epistemológico sobre la construcción del conocimiento histórico y la tarea del historiador. La obra incluye a modo de introducción un interesante análisis sobre la historiografía en torno a la Revolución Francesa.

- Ciro F. S. Cardoso, *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia, 1981-2000*.

Se trata de un manual básico, orientado a proporcionar nociones de la epistemología y metodología del conocimiento histórico y su aplicación. Comienza por ofrecer un marco epistemológico y metodológico general, después del cual recién ingresa en el terreno específico histórico. En la última parte se orienta a prestar asistencia a los estudiantes e investigadores jóvenes que se inician en las actividades de investigación, con abundancia de

ejemplos concretos, instrucciones para fichar documentos y bibliografía, y otros métodos básicos a utilizar.

- **Ciro F. S. Cardoso-Héctor Pérez Brignoli**, *Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social. Crítica, 1976-1999.*

Cronológicamente anterior a la obra mencionada arriba, este manual es más específico, ya que se centra en la historia económico-social y demográfica, y no contiene consideraciones epistemológicas generales. Los años transcurridos no han envejecido el texto, y constituye una buena introducción para comprender la configuración del pensamiento historiográfico del siglo XX, sobre todo en relación con la escuela de *Annales* y al materialismo histórico, así como para tomar un contacto inicial con ciertos métodos y técnicas básicos para esos sectores de la disciplina. El capítulo introductorio, así como los titulados “Marxismo e Historia en el siglo XX” y “La historia social” son los más accesibles e interesantes para el lector no especializado. El primero de ellos brinda un panorama, breve pero eficaz, de los logros y limitaciones de la historiografía de orientación marxista hasta los primeros años setenta, tanto en el ámbito ‘occidental’ como en los países ‘socialistas’.

- **Philippe Joutaurd**, *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Se trata de un estudio integral (e internacional) sobre el desarrollo de la historia oral. Los seis primeros capítulos son una suerte de historia de la sub-disciplina, desplegada con un criterio que combina lo cronológico y lo espacial, analizándola primero en su cuna (EE.UU.), luego, siguiendo el movimiento de expansión, en Gran Bretaña, Escandinavia e Italia, y finalmente en Francia, que ingresa con retraso a la utilización de esas técnicas. Concluido

este enfoque histórico, se explica lo central sobre métodos y técnicas de historia oral, la construcción del documento oral, etc.

- Pierre Vilar, *Pensar Históricamente. Reflexiones y recuerdos*. Crítica, Barcelona, 1997.

Un veterano historiador francés, de la escuela de *Annales* y orientación marxista (fue incluso militante comunista durante un lapso prolongado), desarrolla aquí una especie de 'autobiografía intelectual', que resulta muy útil para entender el desarrollo de la historiografía francesa y las instituciones de investigación y docencia (y sus cruces con la política) a lo largo del siglo, vista por uno de sus protagonistas principales (Vilar es un gran historiador, especializado en historia de España, más específicamente de Cataluña). La responsable de la edición española le ha agregado amplias notas al pie que enriquecen notablemente la obra y le agregan precisión a los comentarios del autor.

- Pierre Vilar, *Introducción al vocabulario del análisis histórico*, Hyspamérica, 1992.

Es una especie de diccionario de las principales categorías aplicables a la historia, con visible predominio del enfoque marxista. Escrita en un tono didáctico y con pretensión introductoria, constituye una muy buena presentación para principiantes en los estudios históricos, de las categorías teóricas en torno a la sociedad y la política, analizadas desde el punto de vista del historiador.

- Eric Hobsbawn, *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998.

Se trata de una compilación de jugosos artículos y conferencias de tema historiográfico, por el que es quizás el historiador más famoso entre los aún vivos. Es una especie de rápido recorrido sobre algunos de los principales temas de la historiografía. Son particularmente

interesantes los titulados “¿Qué le deben los historiadores a Karl Marx?”, “El presente como historia”, “Marx y la historia” y “Sobre la historia desde abajo”.

- Thad Sitton, George L. Mehaffy, O.L. Davis Jr., *Historia oral. Una guía para profesores (y otras personas)*. F.C.E., México, 1989.

Una especie de manual sobre el trabajo en historia oral (armado de proyectos, revistas, técnicas, trabajo de campo), pensada para trabajar con alumnos de secundaria y ‘aficionados’ en general. Refleja la experiencia norteamericana, que es la más antigua y arraigada en historia oral, y en la que hay un fuerte componente no profesional y de rescate de la memoria de grupos sociales postergados y de las tradiciones locales. Altamente recomendable para todo interesado en iniciarse en la investigación histórica y en el manejo de la sub-disciplina que es el trabajo historiográfico mediante testimonios grabados en soporte magnético.

- Jorge Aceves Lozano (compilador), *Historia Oral*. Instituto Mora, México, 1993.

Es una recopilación sobre distintos aspectos de la historia oral y su metodología, de la que participan algunos de los máximos exponentes de ella en el nivel mundial, como Paul Thompson (“Historias de vida y cambio social”) o Alessandro Portelli (“El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral”).

- AAVV, *La historia oral*. CEAL, 1991.

Copilación de características similares a la anterior, efectuada por Dora Schvarstein, responsable del área de historia oral en la Universidad de Buenos Aires. Pueden destacarse del conjunto dos trabajos. En primer lugar, por el cuestionamiento del paradigma circulante sobre lo que es un historiador y el buen trabajo histórico: “Desprofesionalizar la historia” de Raphael Samuel, un padre

fundador de la historia oral británica; y "Lo que hace diferente a la historia oral", y también el trabajo de Alessandro Portelli, que plantea de modo sencillo pero agudo algunos problemas básicos del lugar de los testimonios hablados y sus características.

- Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición crítica preparada por Etienne Bloch. Presentaciones de Jacques Le Goff, Carlos Aguirre Rojas y Etienne Bloch. Instituto Nacional de Antropología e Historia. Fondo de Cultura Económica. México. 1993-1998.

Esta publicación toma manuscritos que Marc Bloch, el fundador de la escuela de *Annales*, compuso ya prisionero del ejército nazi (había participado en la Resistencia en Lyon), por el que terminaría siendo fusilado. Esta edición crítica reúne diferentes redacciones de los manuscritos, y extensas presentaciones a la edición española y francesa. Es un texto metodológico en el que Bloch vuelca reflexiones inspiradas por toda su trayectoria de historiador. Entra en debate con las concepciones sociológicas y económicas que tendían a relegar el papel de la historia, y con la historiografía positivista que pretendía hacer a un lado el rol del historiador. Defiende en cambio el papel activo del historiador como 'hombre de oficio', la necesidad de su labor para la comprensión y el análisis de la 'materia en bruto' que brinda la historia. Aborda también la problemática del tiempo histórico y su periodización, del lenguaje del historiador, y su compromiso ético con la materia estudiada. Toda la obra resulta muy útil a la hora de acercarse a la comprensión del trabajo del historiador, con el valor adicional de constituir un testimonio del que fuera fundador de *Annales*, y uno de los más grandes historiadores de la primera mitad del siglo XX.

- Julio Aróstegui, *La investigación histórica. Teoría y método*. Crítica, Barcelona, 1995.

Valioso manual que en su ordenamiento va de 'mayor a menor', desde la consideración de la teoría histórica y el carácter de la historiografía en su primera parte, la construcción del conocimiento historiográfico en la segunda, y un extenso tratamiento de métodos y técnicas en la tercera y última. Resulta muy interesante el capítulo 3 de la primera parte, dedicado, bajo el título de "La renovación historiográfica", a un rápido pero amplio panorama de los 'paradigmas' historiográficos del último siglo.

- Edward Hallet Carr, *¿Qué es la historia?*, México, Planeta, 1985.

Este libro contiene la transcripción de una serie de conferencias dada por el que fuera magistral historiador de la U.R.S.S (la monumental *Historia de la Rusia Soviética*), en el año 1961. Beneficiándose con el tono coloquial, y la multiplicación de ejemplos concretos, Carr realiza una excursión por los grandes problemas de la historiografía (la relación pasado-presente-futuro, el vínculo entre la sociedad y el individuo, la idea de progreso, el determinismo y el 'accidentalismo', el enfoque de la causalidad y otras formas de explicación histórica, la ubicación de la historia en el conjunto de las ciencias sociales), de una manera amena, sin que por eso pierda rigor. Las características de la exposición la hacen especialmente apta como iniciación a la lectura de otras obras más arduas. El modo de discutir los 'grandes problemas' es muy característico de la tradición empirista de los anglosajones, lo que se pone de manifiesto aún en un historiador influido por el marxismo como Carr.

- Alberto J. Pla, *Historia y Socialismo*, Centro Editor de América Latina, 1988.

Compilación de trabajos, parte de los cuales son de tema historiográfico. No poco esfuerzo se dedica a debatir con el estructuralismo de estirpe althusseriana, y con la teoría

de la dependencia latinoamericana. Este libro se articula, en cierta manera, con el que escribió Pla sobre la historiografía argentina, y ambos lo convierten en el autor marxista argentino más preocupado por los debates historiográficos locales y mundiales.

- Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*. Alianza Universidad, 2° reimpresión, 1996.

Esta colección de artículos trata diversos modos del que-hacer historiográfico, sobre todo aquellos que han surgido o tomado auge en épocas recientes. Así la historia desde abajo, la de las mujeres, la microhistoria, la historia oral, historia de la lectura, de las imágenes, del cuerpo, y algunas ramas más tradicionales, más bien 'renacidas' luego de su virtual 'proscripción' por la historia económica y social, como la historia de acontecimientos y la historia del pensamiento político. Cada una ocupa un capítulo, escrito por un especialista en la sub-disciplina respectiva. Entre los autores predominan los anglosajones, con alguna excepción como el 'microhistoriador' Giovanni Levi. El conjunto está presidido por un trabajo del compilador procurando ubicar la 'nueva historia'. Escritos en pleno auge de la crisis de 'los grandes relatos' y de la idea de progreso en la historia, muchos de los artículos están fuertemente atravesados por esa coyuntura. La obra en conjunto brinda un panorama, un tanto abigarrado, de las nuevas temáticas e inclinaciones metodológicas de los historiadores.

- Peter Burke, *Sociología e Historia*. Alianza Editorial, 1980.

Esta es una obra particularmente apropiada para estudiantes o graduados de sociología interesados en los estudios históricos y estudiantes de historia con inquietudes sociológicas, porque trata de superar lo que el autor denomina 'un diálogo de sordos' entre ambas disciplinas,

para pasar a analizar luego las convergencias e interrelaciones entre el punto de vista centrado en la estructura social (sincrónico, básicamente dominado por la sociología), y el cambio social (diacrónico, hegemonizado por la historiografía). Se pone el énfasis en la posibilidad y necesidad de aprendizajes recíprocos. Burke es un historiador, con abundantes publicaciones sobre temas de historiografía, lo que no le quita una sensibilidad específicamente 'sociológica'.

- Waldo Ansaldi (compilador), *Historia/Sociología/Sociología histórica*, CEAL, 1994.

El compilador, un historiador argentino contemporáneo, que conoce el entrecruzamiento de campos, por estar dedicado a enseñar historia social argentina y latinoamericana en la carrera de Sociología. Reúne aquí un conjunto de artículos del área francesa y anglosajona, con sociólogos como J. C. Passeron, e historiadores como Theda Skocpol. Tras dos artículos que analizan las relaciones entre historia y sociología, otros cuatro se refieren a los basamentos de una sub-disciplina: el enfoque sociológico del pasado, al que denomina sociología histórica. Como el título anterior, éste es recomendable para aquellos que se sientan provocados al 'cruce' entre ambas disciplinas (y a los que aun no, para despejar prevenciones e ignorancias mutuas).

b. Breve bibliografía comentada sobre historiografía argentina

- Rómulo D. Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)*, 1940.
Es la obra clásica sobre la escritura histórica de nuestro

país, tanto por su carácter integral, como por lo minucioso y profundo de sus análisis, más allá del acuerdo con sus puntos de vista. Parte de Ulrico Schmidel, y no va más allá de las primeras décadas del siglo XX, sin llegar a tratar ni a la nueva escuela ni a los revisionistas. El autor es un exponente de primer orden de la Nueva Escuela Histórica, tanizada su visión histórica por una perspectiva ideológica cercana al conservadorismo. Tiene el atractivo de que lleva adelante un enfoque muy polémico, que hace severas críticas hacia muchas 'vacas sagradas', sin excluir a López, Mitre y en especial a Paul Groussac, a quien refuta una y otra vez a lo largo de la obra. A cambio, se muestra elogioso de autores más cuestionados, como Ernesto Quesada, y desliza aquí y allá juicios relativamente favorables al período rosista y hasta a la entonces novedosa historiografía revisionista que se ocupaba de él asiduamente. Todos los autores posteriores lo han leído y citado en abundancia, y algunos lo han tomado como modelo, hasta en el título, como es el caso de Horacio Cuccorese, discípulo de Carbia en la Universidad de La Plata. Cierra la obra un amplísimo *Índice bibliográfico*, que da cuenta de una gran masa de publicaciones en materia histórica, incluyendo un pormenorizado detalle de las principales publicaciones de fondos documentales.

- Horacio Juan Cuccorese, *Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina del siglo XX*, Universidad Nacional de La Plata, 1975.

Esta obra está explícitamente inspirada en la de Carbia. Toma algunos grandes nombres de la historia económica y social y se ocupa de sus trabajos principales, con un tratamiento más bien descriptivo y poco analítico. Falencias que podían ser aceptable en su maestro, que concibió y escribió su obra entre los años '20 y '40, no lo son en su discípulo, treinta y cinco años después de la edición

definitiva de aquélla. Es llamativa la valoración que hace de la obra de Ricardo M. Ortiz, a quien erige virtualmente en máximo representante de la historiografía económica.

- AA.VV. *La Junta de Historia y Numismática Americana y el Movimiento Historiográfico en la Argentina (1893-1938)*. Dos volúmenes, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995-1996.

Obra realizada por la Academia con motivo del centenario de la 'Junta', antecedente directo de la ANH. Está organizada de modo tal que, partiendo de una historia institucional de la Junta, que abarca un resumen cronológico de su trayectoria y un par de artículos sobre sus distintas actividades, se expande luego a un panorama general de la historiografía argentina en el período, incluyendo las diferentes escuelas históricas, las diversas especialidades, y la proyección de la historia sobre el conjunto social (educación en sus diversos niveles, obras de divulgación, literatura y cine con temática histórica, etc.) Está compuesta de una serie de monografías, la mayoría compuesta por miembros actuales de la Academia. Sin abandonar el predominio del enfoque institucional, casi de 'autohomenaje' inevitable en este tipo de publicaciones, se nota cierta flexibilidad que permite incluso críticas a la propia Junta y sus actividades.

- AA.VV. *La Academia Nacional de la Historia en su Centenario (1893-1993)*, Edición de la Academia Nacional de la Historia, 1999.

Folleto recordatorio editado por la propia institución, tiene una doble utilidad: proporciona información sucinta sobre la evolución de la Academia a lo largo de un siglo de trayectoria, y nos da una idea de la imagen que quieren proyectar los académicos actuales. También incluye la integración completa de la institución en el período actualmente en vigencia (autoridades, miembros de número,

correspondientes en Argentina y en el exterior).

- Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, vol. I El Ateneo, varias reediciones.

Las primeras ciento cuarenta páginas de este tomo inicial están dedicadas a un prólogo de Ricardo Levene explicando el sentido y plan de la obra, a reproducir la normativa y el debate legislativo a que dio lugar la publicación de esta Historia, y a reflejar juicios periodísticos de la época sobre ella. Del conjunto surge un interesante panorama de qué se propone la Academia con la obra, del auspicio que recibe desde las instituciones del Estado, y la recepción que logra en los medios 'prestigiosos'. Se incluye también una síntesis, escrita por el académico Enrique de Gandía, de la historia de la Academia, que ocupa una cincuentena de páginas. Este último trabajo tiene abundante información, pero en general elude hacer comentarios, salvo los párrafos laudatorios de rigor para la propia institución. Creemos que la lectura de esta suerte de introducción a la 'opera magna' de la Academia, es indispensable para entender la construcción de la 'historia oficial' en nuestro país.

- Miguel Angel Scenna, *Los que escribieron nuestra historia*. Ediciones La Bastilla, 1976.

El autor es un historiador vinculado al revisionismo histórico y a la revista *Todo es Historia*, de la que fue frecuente colaborador. Abarca la historiografía desde Ulrico Schmidel, cronista alemán del siglo XVI, hasta trabajos contemporáneos a la edición de la obra. Se centra sobre todo (lo que está marcado desde el título) en el análisis de los autores, a los que en general agrupa por 'generaciones' (que no tienen otro contenido que la coexistencia en el tiempo), aunque a veces introduce la opinión sobre 'escuelas' o instituciones en particular. Es una especie de

larga narración, con opiniones críticas o elogiosas aquí o allá. Es crítica a la historiografía liberal, sin superar ciertos lugares comunes de la objeción revisionista, pero con no pocos arrestos 'conciliadores', reconociendo méritos de sus exponentes. El talante político es más bien conservador. Reserva muy poco espacio a autores marxistas. Contiene mucha información, pero el componente de análisis y crítica es de menor valor.

Fuera del trabajo de Scenna, que no fue un protagonista central del revisionismo, no hay otro trabajo integral de historiografía hecho por autores de esa tendencia. Sí hay ensayos de crítica de la historiografía liberal, que tratan de sentar las bases doctrinarias del revisionismo, e incluyen algunos análisis historiográficos.

- Ernesto Palacio, *La historia falsificada*, La Syringa, 1960.
Es una breve obra (original de 1939), en que se intenta fundamentar el entonces naciente revisionismo histórico. Claramente inspirado en el pensamiento reaccionario europeo de la época, como Charles Maurras y Ramiro de Maeztu, todo el ensayo es una impugnación del pensamiento liberal, desde el punto de vista de un nacionalismo ultraconservador que quiere reencontrar las 'esencias' nacionales destruidas por el liberalismo. Resulta útil para conocer el repertorio ideológico del revisionismo inicial, expuesto por uno de sus fundadores.
- Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*. Peña Lillo, 1970

El libro intenta una crítica integral de la historiografía liberal y plantea al revisionismo como un componente de una orientación política diferente para el país, en lo que el autor expone como una síntesis entre la orientación política renovadora introducida por FORJA y los trabajos de los historiadores nacionalistas inclinados al revisionismo. La segunda edición, que es la que data de 1970,

incluye un apéndice específicamente historiográfico, escrito por Norberto D' Atri, titulado "El revisionismo histórico. Su historiografía." El mismo contiene una suerte de breve historia del revisionismo, acompañada por un diccionario de autores, con sintéticas informaciones y valoraciones sobre diferentes historiadores revisionistas o próximos a esa corriente.

- Rodolfo Ortega Peña - Eduardo Luis Duhalde, *Las guerras civiles argentinas y la historiografía*. Sudestada, 1967.

Es un breve trabajo (en rigor, reproduce una ponencia), que analiza rápidamente las distintas formas de encarar las guerras civiles posteriores a Caseros, refutando a todas ellas. Luego propone una nueva forma de abordar las insurrecciones montoneras y la Guerra de la Triple Alianza, con inspiración revisionista.

- Alberto J. Pla, *Ideología y método en la historiografía argentina*, Nueva Visión, 1972.

Tiene un valor básico, el de ser el único intento, que sepamos, de estudio integral de la historiografía argentina, escrito desde el punto de vista marxista, por un historiador profesional de esa orientación. El autor tiene formación profesional en historia, y amplia inserción en el espacio académico, y a la vez ha militado largamente en grupos marxistas (específicamente trotskistas). Pasa revista a las principales corrientes historiográficas de nuestro país, haciendo la crítica de todas ellas (incluidos los autores que define como 'pretendidamente marxistas'.) Considera a la 'nueva historia social' como una suerte de continuación de la escuela liberal por otros medios. En su enfoque se articulan una visión marxista con conceptos de la escuela de *Annales*, en su versión más cercana al materialismo histórico. Una de sus conclusiones es la carencia de historiografía marxista seria en nuestro país.

- José Luis Romero, *La experiencia argentina y otros*

ensayos, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1989.

Este libro constituye la compilación más completa, de las varias existentes, de trabajos breves de Romero en torno a la historia y la política en Argentina. Algunos de ellos se refieren a la historiografía nacional, entre los que destaca el dedicado a Mitre, "Mitre: un historiador frente al destino nacional", en el que queda claro el entronque entre el 'padre fundador' de la historia liberal y el iniciador de la historia social en nuestro país. Otros artículos se ocupan de Vicente Fidel López, Paul Groussac y de la obra del filósofo Alejandro Korn en relación con la historia.

- AAVV. *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*. Siglo XXI, México, 1982.

Extensa compilación de artículos de historiadores argentinos, latinoamericanos, estadounidenses y europeos, sobre Romero, o en torno a los temas que él estudió. Reúne a latinoamericanistas destacados (Leopoldo Zea, Sergio Bagú, Halperín Donghi, John Lynch, Nicolás Sánchez Albornoz), con especialistas en historia argentina (Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, James Scobie, Leandro Gutiérrez, Alberto Ciria). Resulta sugerente el artículo de Bagú, que insinúa un acercamiento al pensamiento de Romero diferente al más difundido de Halperín.

- Tulio Halperín Donghi, *Ensayos de historiografía*, El Cielo por Asalto, 1996.

Reúne un conjunto de artículos, de variadas épocas, en los que T.H.D. vuelca sus opiniones sobre distintos momentos de la producción historiográfica argentina. Halperín ha sido la 'voz' de los historiadores sociales en esta materia. Los ejes de sus trabajos son: a) Un juicio severo sobre el revisionismo, al que le niega jerarquía intelectual y sólo le reconoce haber denunciado acertadamente la crisis de la historiografía liberal. b) El entronque con la

tradición iniciada por Mitre, al que considera el gran fundador de la historiografía nacional, y algunos de cuyos puntos de vista básicos sigue defendiendo. c) La presentación de José Luis Romero como el hombre que rescata la tradición científica frente a la crisis de la Nueva Escuela y la falta de sustento del revisionismo. Por ser artículos de diferentes épocas, brindan un panorama del pensamiento de la 'voz oficial' de la historia social en Argentina, sobre todo después de la muerte de Romero.

- Javier Trímboli y Roy Hora, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, El Cielo por Asalto, 1994

Conjunto de reportajes a historiadores argentinos contemporáneos, que versan sobre el pasado y presente de la disciplina en el país. Son entrevistados José Carlos Chiaramonte (el mayor especialista en historia de la primera mitad del siglo XIX), Hilda Sábato (la más reconocida en historia de la segunda mitad del siglo XIX), Tulio Halperín Donghi (autoridad en la propia materia historiográfica, y autor de estudios y ensayos que recorren toda la historia argentina), con lo que tenemos a tres de los principales protagonistas de la historiografía universitaria de hoy. Natalio Botana (orientado a la historia política en general, y a la de las ideas políticas en particular, cuya inclusión representa una apertura hacia un enfoque más 'liberal' de la problemática histórica nacional), Beatriz Sarlo y Oscar Terán (que trabajan en historia de la cultura y las ideas de la Argentina, y si bien no se desenvuelven en la carrera de Historia, están sumados a la corriente político-intelectual constituida en torno al Club de Cultura Socialista). En suma, un panorama, en forma de testimonio directo, y organizado por Hora y Trímboli, dos jóvenes seguidores (por más que les guste presentarse como críticos) de la corriente predominante.

- Sergio Bagú, *Argentina 1875-1975. Población, econo-*

mía, sociedad. Estudio temático y bibliográfico. Solar. 1983.

El autor es uno de los más agudos estudiosos de la historia económica y social que ha dado nuestro país. Este libro es en realidad una guía bibliográfica, exhaustiva para el período que abarca, ordenada temáticamente dentro de las cuestiones económico-sociales y demográficas, con la ventaja de que abarca tanto aquellos en que predomina el enfoque histórico, como los realizados desde el punto de vista del sociólogo, del economista y de otras disciplinas. En buena parte de los casos no se limita a identificar los libros y artículos, sino que ofrece comentarios interesantes sobre los mismos. En la primera sección incluye una pequeña guía de fuentes documentales. Es de lamentar que no exista un trabajo similar para la historia política e institucional, aunque algunos de sus títulos, por proximidad temática, se hallan comentados aquí. Es un importante material de consulta cuando se quiera tener una idea sobre la orientación y el valor de una obra (incluye libros y artículos), si bien a medida que va 'envejeciendo', nos impide informarnos sobre los trabajos recientes.

- Hebe Clementi, *Rosas en la historia nacional*, La Pléyade, 1970.

El libro es un recorrido por la historiografía acerca de Rosas (sobre todo la de orientación revisionista), en el que la autora entra a discutir procesos y acontecimientos del período rosista, a través del análisis de diversas obras, y registra polémicas al interior del revisionismo (por ejemplo las críticas de los revisionistas 'clásicos' a sus colegas de izquierda). El estilo de redacción y organización del trabajo, con transcripción de largos párrafos de las obras analizadas, dificulta un poco su lectura. Una sección titulada 'Recapitulación temática' al final del libro, brinda una orientación suscita sobre las principales

cuestiones en torno a la etapa rosista y los que la autora considera los mejores tratamientos.

- Roberto Etchepareborda, *Rosas-Controvertida historiografía*, Pleamar, 1972.

Otro recorrido por la historiografía en torno a la figura de Rosas, escrito por un representante no 'ortodoxo' de la historiografía liberal, que intenta un análisis desapasionado de la principal bibliografía en torno a la figura del gobernador bonaerense.

- Leonardo Paso, *Corrientes historiográficas*. Cartago. Varias ediciones.

Un esbozo de tratamiento de la historiografía argentina, desde la posición de quien fue por años el 'historiador oficial' del PC. El breve libro comienza con un planteo general del 'materialismo histórico' que deja al análisis estrictamente historiográfico un espacio bastante breve, y lo torna excesivamente a 'vuelo de pájaro'. Por otra parte, está cruzado por las limitaciones del 'marxismo soviético' de segunda mano que se practicaba en el país hasta los años '80.

- Fernando J. Devoto (compilador), *La historiografía argentina en el siglo XX*. Dos volúmenes. Centro Editor de América Latina. 1993-1994

Reúne un total de once trabajos (más un prefacio y un estudio preliminar a cargo del compilador), que recorren diversos aspectos de la historiografía argentina, desde el cambio de siglo hasta los años ochenta del siglo XX. Es útil para tomar una idea de las principales corrientes historiográficas de nuestro país. El director de la obra es titular de Teoría Histórica e Historiografía en la UBA, y es un destacado protagonista de la 'renovación' historiográfica hoy hegemónica. El segundo volumen está dedicado a la evolución de esa corriente casi por entero. Hay un artículo, en el primer tomo, que

trata al revisionismo, a cargo de Alejandro Cataruzza, y no hay ningún trabajo específico sobre la historiografía marxista y de izquierda.

- Nora Pagano-Martha Rodríguez (compiladoras), *La historiografía rioplatense en la posguerra*, La Colmena, 2001.

El título no es muy ilustrativo, ya que algunos de los trabajos tratan temas anteriores a 1945. Un trabajo de Martha Rodríguez, sobre la relación entre Ricardo Levene (y por lo tanto la Academia) y el peronismo, resulta interesante, ya que es un tema no muy explorado. También cabe mencionar al de José Omar Acha en torno a la historiografía sobre el peronismo entre 1955 y 1960, que refleja los primeros intentos de análisis sobre el peronismo hechos desde diversos campos ideológicos.

- Hugo Biagini, Hebe Clementi y Marilú Bou, *Historiografía Argentina: la década de 1980*. Editores de América Latina, 1996.

Proporciona información básica y breves comentarios sobre las publicaciones históricas del período enunciado en el título. Tiene una redacción que parece algo apresurada, y una organización del contenido que podría mejorarse en su sistematicidad. Hay que tener en cuenta que la década abordada tiene particular importancia: es la del regreso, ya en posiciones de hegemonía, de la 'historia social'. Contiene un muy valioso apéndice titulado "Fuentes Auxiliares" con información sobre guías bibliográficas y obras de referencia útiles para estudiar la historiografía argentina.

- Alejandro Cattaruzza, "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional", capítulo X del tomo VII de *Nueva Historia Argentina (Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política 1930-1943)*, Sudamericana, 2001.

En medio centenar de páginas, el autor traza las grandes

líneas del quehacer historiográfico de la época, pero no al interior de la 'corporación historiográfica', sino en diversos campos de la acción social, como el aparato del Estado, los partidos políticos, la escuela, la llegada al público de los libros, etc., lo que le confiere interés y dinamismo. El debate entre liberales y revisionistas, cuyos años inaugurales coinciden con el período abordado, toma el lugar central del análisis, sin absorberlo por completo. Se encuentran también importantes comentarios sobre la historiografía comunista de la época. Su claridad expositiva y el entramado de diversos aspectos que abarca convierten a este trabajo, pese a su brevedad, en uno de los más ricos de los publicados en los últimos años sobre historiografía argentina.

- Alejandro Herrero y Fabián Herrero, *Las Ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa*. Centro de Publicaciones/Universidad Nacional del Litoral, 1996.

Compilación de un amplio conjunto de entrevistas (un total de más de treinta), a investigadores argentinos contemporáneos que trabajan en historia de las ideas o historia intelectual. Los reportajes se dividen en dos secciones, la primera dedicada a autores consagrados y la segunda a jóvenes investigadores, y no se limita al campo de los historiadores, sino que incluye a filósofos y estudiosos de la literatura, bajo el común denominador de que trabajen sobre la evolución intelectual del país. Como en otras selecciones de este tipo de los años recientes, con intención o sin ella, se produce un corte ideológico, que hace que no aparezcan entrevistados autores de importante producción en la materia y amplia repercusión, como Horacio González, Alcira Argumedo u Horacio Tarcus. Otra crítica posible es que el elevado número de entrevistas hace al conjunto excesivamente abigarrado, produciendo un acentuado efecto de 'exceso de información'.

- Comité Internacional de Ciencias Históricas. Comité Argentino, *Historiografía Argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*. Buenos Aires, 1990.

En un extenso tomo se vuelcan las actas de las Jornadas realizadas en Paraná, en el año 1988. Está conformado por un conjunto de ponencias agrupada entre las distintas ramas de la historiografía que se produce en Argentina (colonial, regional, social, económica, agraria, etc.). Constituye un panorama algo frío, pero bastante completo, de la producción histórica nacional en las tres décadas comprendidas en el título, que incluye los libros y artículos publicados, y algunos comentarios sobre los principales problemas de las sub-disciplinas tratadas. Algunas secciones superan lo informativo para ingresar en discusiones aun vigentes, como en las tres que a 'historia social' dedican L. A. Romero, Leandro Gutiérrez e Hilda Sabato.

- Adrián G. Zarrilli-Talía V. Gutiérrez-Osvaldo Graciano, *Los estudios históricos en la Universidad Nacional de La Plata (1905-1990) Tradición, renovación y singularidad*. Academia Nacional de la Historia, 1998.

Obra conformada en realidad por tres estudios, ordenados en forma cronológica, sobre la historiografía de la Universidad platense. En función de que la UNLP no tiene un perfil historiográfico propio (tal cosa se reconoce a lo largo del libro), el enfoque resulta excesivamente institucional, con mucho espacio dedicado a enumerar realizaciones y publicaciones, lo que carece de interés para el lector no interesado específicamente en la trayectoria de esa casa de estudios. No se cumple del todo lo anunciado en el título, porque el análisis no va más allá de los primeros años setenta. De los tres trabajos el más interesante es el dedicado al período peronista, porque aporta bastante información y algún análisis en cuanto a las transformaciones operadas por el

peronismo en la Universidad en general, a través del prisma local platense.

- Tulio Halperín Donghi, *El revisionismo histórico argentino*. Siglo XXI, 1970.

Sin ser un análisis minucioso de la historiografía revisionista (no podría serlo, dada su extensión), y aunque padece la trabazón expositiva de la mayoría de las obras de T.H.D., es un serio aporte a la comprensión del revisionismo en su doble papel de movimiento político y tendencia historiográfica, desde puntos de vista identificados con la 'historia social'. Entre los aciertos del texto debe contabilizarse el señalamiento del carácter 'parasitario' del revisionismo respecto de la historiografía liberal, y a partir de allí se vislumbra la posibilidad de su crisis terminal al compás del agotamiento progresivo de su rival. Otro es el desmontaje crítico del modo de abordaje de la problemática económico social, en el que éste se vuelve una suerte de instrumento auxiliar para fundamentar interpretaciones previamente adoptadas sobre el acontecer político.

- Maristella Svampa, *El dilema argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. El Cielo por Asalto. 1994.

No es estrictamente un trabajo de historiografía, sino que tiene un objetivo que excede ese campo: un seguimiento de las ideas-estereotipo fijadas en la dicotomía civilización-barbarie, a lo largo de la historia argentina. Pero en el análisis de esa trayectoria juega un lugar relevante el esfuerzo de comprensión del sustrato político-ideológico que da respaldo tanto a la historiografía oficial como al revisionismo, con un enfoque que pone de relieve la riqueza y complejidad de los procesos que dan origen a uno y otro.

- Diana Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, 1995.

Vuelca una tesis doctoral realizada en Francia. Es un amplio estudio sobre el revisionismo histórico, puesto en relación con el clima político y cultural de las distintas épocas del país, desde 1916 en adelante. Se presta en la obra preferente atención a la 'recepción' del revisionismo fuera de los especialistas en historia, incluyendo las instituciones estatales, los diferentes partidos políticos, y lo que la autora denomina el 'sentido común histórico'. Hay un buen tratamiento de la relación entre el revisionismo y el Estado peronista, que incluye el análisis del discurso historiográfico de funcionarios políticos y legisladores de la época. Una deficiencia que puede señalarse es que la imagen del revisionismo se centra en exceso en torno al juicio sobre la figura de Rosas, descuidando otros temas característicos de esa tendencia (la apreciación de la etapa colonial, la del resto de los caudillos, el juicio sobre el periodo post-Caseros). Una consecuencia de esto último es la escasa atención al revisionismo de izquierda, que a diferencia del tradicional, nunca se vertebró en torno al 'rosismo'.

- Héctor G. Cordone, *Apuntes sobre la evolución de la historia sindical en la Argentina. Una aproximación bibliográfica*. Ceil (Centro de Estudios e Investigaciones Laborales)-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Documento de Trabajo N° 32.

Es una breve pero eficaz reseña historiográfica en torno a la historia del movimiento obrero, que parte de una obra pionera del dirigente socialista Adrián Patroni y de los primeros informes oficiales, y termina en los años '80, trayendo además un listado de actualización bibliográfica que llega hasta 1992. Junto con el artículo de *Entre pasados* escrito por Mirta Lobato y Juan Suriano, son los dos materiales disponibles sobre historiografía sindical y obrera en Argentina.

- Ricardo L. Costa y Danuta T. Mozejko, *El discurso como*

práctica. Lugares desde donde se escribe la historia. Homo Sapiens, Rosario, 2001.

Trabajo de corte académico, orientado a analizar la construcción de la 'autoridad' histórica en Argentina, en particular la estatuida en torno a la figura de Bartolomé Mitre. Se toma como base para el trabajo la *Historia de San Martín...* y subsidiariamente sus polémicas con V. F. López y Dalmacio Vélez Sársfield. La obra no es estrictamente historiográfica, ya que está planteada más bien como un análisis del poder discursivo que 'hace' la historia, examinado desde el punto de vista de su genealogía, y con el sustento disciplinario de la sociología y el análisis del discurso, en un enfoque que trata de hacer equilibrio entre los abordajes más estructuralistas y aquellos más atentos al sujeto. El resultado es un acercamiento, bastante original en nuestro medio, a la figura del historiador que funda la disciplina histórica en el mismo tiempo que contribuye a constituir un Estado-nación, encarado en nuestro país por el fundador de *La Nación*.

- Norberto Galasso, *De la Historia Oficial al Revisionismo Rosista-Corrientes historiográficas en la Argentina*. Cuadernos para la Otra Historia. 1, Centro Cultural Enrique Santos Discépolo, Buenos Aires, 1999. *La Historia Social*, Cuadernos para la Otra Historia 2, Centro Cultural Enrique Santos Discépolo, Buenos Aires, 1999. *La corriente historiográfica socialista, federal-provinciana o latinoamericana*, Cuadernos para la Otra Historia 3, Centro Cultural Enrique Santos Discépolo, Buenos Aires, 1999.

Son tres folletos que contienen una visión panorámica de la evolución historiográfica argentina, agrupándola en sus escuelas principales. La escritura y la organización de los temas (en torno a los historiadores más importantes o difundidos) tiene una intención marcadamente didáctica, pero sin dejar de lado las aristas polémicas. Podría

objetársele, en el método, que se centra mucho en las 'grandes figuras', prestando menos atención al contexto socio-cultural de desarrollo de las distintas corrientes.

Sin abandonar su orientación de 'izquierda nacional' dentro del espectro historiográfico 'revisionista', Galasso brinda una visión actualizada de los grandes debates sobre la historia nacional. Quizás la mejor parte de la obra sea la segunda, dedicada a la 'historia social' en la que realiza una crítica con matices originales y fervor militante, de la actual hegemonía historiográfica. En la tercera, realiza la defensa de una visión centrada en el socialismo como derrotero ideológico, el latinoamericanismo como idea de nación alternativa a la oficial, y la defensa del interior y del federalismo frente al predominio porteño, con la que se identifica de modo pleno y militante, y a la que hace partir del grupo trotskista de la revista *Frente Obrero*, como fundadores de una visión marxista y a la vez 'nacional' de la historia argentina, a los que separa cuidadosamente del divulgador más famoso de la misma, Jorge Abelardo Ramos.

Artículos en revistas

Las revistas especializadas en historia, o dentro del campo de las ciencias sociales, han publicado numerosos artículos sobre temas historiográficos. En *Estudios Sociales* pueden encontrarse escritos referidos sobre todo a la Nueva Escuela Histórica, en la línea actualmente hegemónica. *Desarrollo Económico* contiene algunos artículos de Halperín Donghi, fundamentales para la fijación del punto de vista historiográfico hegemónico en la actualidad. *Punto de Vista* ha reflejado una y otra vez las opiniones en la materia de Hilda Sabato y también las de Halperín Donghi. *Entrepasados*

contiene un artículo de Enrique Tandeter que, aunque dirigido a la historiografía del período colonial, constituye una evaluación más general de la historiografía argentina reciente, así como algunos trabajos que fundamentan el quehacer de la 'nueva historia social' en la actualidad, como el de Ema Cibotti que aquí se cita, y análisis de historiadores más jóvenes sobre la constitución de la historiografía nacional, además del mencionado de Suriano y Lobato sobre la historia del movimiento obrero.

La Academia sigue editando su revista *Investigaciones y Ensayos*, que refleja tanto la producción monográfica de sus miembros, como amplia información sobre las actividades de la Academia, reemplazando así al extinto *Boletín*.

Otra interesante revista de aparición reciente es *Socio-histórica*, una publicación desarrollada en la Universidad de La Plata, especializada en trabajar en la intersección entre sociología e historia, con investigadores enrolados en esa línea como Alfredo Pucciarelli y Waldo Ansaldi como animadores, a través del Centro de Investigaciones Socio Históricas.

También ha publicado artículos sobre historiografía, aquí citados, *Pro-historia*, publicación de la Facultad de Humanidades de Rosario.

Las revistas *Taller y Razón y Revolución* contienen elementos para el debate contra la historiografía hegemónica y entre distintas corrientes de la historiografía de izquierda identificada mayormente con el marxismo. De allí recomendamos sobre todo los artículos de Eduardo Sartelli y Nicolás Iñigo Carrera (en *R y R*), y los de Pablo Pozzi en *Taller*, junto con alguna intervención crítica de Ernesto Salas. Los primeros defienden un enfoque marxista sólidamente implantado en el análisis socioeconómico y en el despliegue de las categorías teóricas básicas de esa tradición. Pozzi, de formación anglosajona (y por lo tanto más empirista, aun dentro del marxismo) y con opción metodológica por la historia oral (en una inflexión radical de la misma, inspirada por Thompson y los *History Workshop*, y por la historiografía

radical norteamericana al estilo de Howard Zinn o David Montgomery), asigna al enfoque teórico un rol menos central, además de adoptar una impronta más 'subjetivista' en la aproximación a la lucha de clases.

El Rodaballo y *Periferias* han publicado un par de trabajos sobre la historiografía acerca del Partido Comunista. Un contenido más compacto y homogéneo tiene el *Anuario* del PIMSA, que viene publicándose hace varios años, básicamente con avances de investigación de los miembros de ese instituto. Varios de los trabajos encaran el estudio del movimiento obrero y social de los últimos años en el país.

La mayoría de los artículos atinentes a nuestro tema incluidos en publicaciones periódicas han sido citados en el cuerpo del trabajo, por lo que el lector podrá dirigirse a esas referencias para ubicarlos y consultarlos.

INDICE

- 3 *I. A modo de presentación*
- 15 *II. Los orígenes de la 'historia oficial'*
22 Los fundadores de la historiografía nacional
- 39 *III. La nueva escuela histórica*
- 65 *IV. El revisionismo histórico*
84 Peronismo e historiografía
- 109 *V. La 'nueva historia' o 'historia social'*
116 Después de 1983. La hegemonía de la 'Historia Social'
- 149 *VI. Historiografía e izquierda*
163 La historiografía producida en el ámbito de los
partidos de izquierda
173 Las fuerzas de izquierda escribiendo su propia historia
179 La historiografía de izquierda en los ámbitos
profesionalizados
- 205 *VII. La divulgación histórica*
- 217 *VIII. Sobre las perspectivas futuras. A modo de
conclusión*
- 223 *Anexo / Bibliografía comentada*
223 a) Historiografía general y comprensión de la historia
234 b) Breve bibliografía comentada sobre historiografía
argentina